



FRAN
BARRERO

AMURAO

El purgatorio de los niños perdidos



Índice de contenido

[C-1a AGUA](#)

[C-1b](#)

[C-2a](#)

[C-2b](#)

[C-3a](#)

[C-3b](#)

[C-4a](#)

[C-4b](#)

[C-5a FUEGO](#)

[C-5b](#)

[C-6a](#)

[C-6b](#)

[C-7a](#)

[C-7b](#)

[C-8a](#)

[C-8b](#)

[C-9a TIERRA](#)

[C-9b](#)

[C-10a](#)

[C-10b](#)

[C-11a](#)

[C-11b](#)

[C-12a](#)

[C-12b](#)

[C-13a AIRE](#)

[C-13b](#)

[Agradecimientos](#)

[Otros títulos](#)

AMURAO

El purgatorio de los niños perdidos

—

FRAN BARRERO

Primera edición: Marzo de 2018

© Fran Barrero

© Venus Publicaciones

www.venus-publicaciones.com

www.franbarrero.es

AVISO LEGAL: Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Diseño de la portada: Fran Barrero

Maquetación y Correcciones: Fran Barrero y Ramón Portalés

Depósito Legal: M-21.991-2016

ISBN: 9781980557319

*A todos vosotros,
protagonistas y compañeros de una adolescencia
llena de maravillosas experiencias.*

AGUA

8 de Noviembre de 1917

Tú lo viste, Señor, viste cómo le quitaron la ropa y le pusieron un manto de color escarlata. Luego trenzaron una corona de espinas y se la colocaron en la cabeza, y en la mano derecha le pusieron una caña. Arrodillándose delante de él, se burlaban diciendo: «¡Salve, rey de los judíos!».

En tus manos encomiendo mi carne y mi espíritu. El vínculo que me une a Ti siempre debe ser más fuerte que el logrado con la familia; después de todo, esta solo tiene presencia en la vida terrenal. Y ya lo dice tanto la Biblia como el párroco: ama a tu familia, pero mucho más a Dios.

No puedo defraudarte, mi Señor, pues ya he fallado a todos los que me he cruzado en el duro camino de la vida. No pienso seguir destruyendo lo más maravilloso que he logrado en esta miserable existencia. Aunque tenga que perderlos a los tres...

Miguel se ha extrañado cuando le he despertado con sigilo en mitad de la noche, no había madrugado desde que su madre... Cuando le he dicho que iríamos a pescar al lago de detrás de la mina y que debíamos hacerlo mientras los peces aún dormían, se ha entusiasmado a pesar del frío que sabía que pasaríamos. No ha preguntado por sus hermanas porque sabe que ellas tendrán tareas por la mañana, deben limpiar la casa, hacer la comida y el resto de sus responsabilidades.

Encontré la barca de Brian donde siempre, y allí volverá a estar cuando el ingeniero la necesite; nunca sabrá que se la he tomado prestada. Ruego al Señor todopoderoso que perdone a este pecador por haber tomado algo ajeno sin permiso. Nos montamos y comencé a remar mientras Miguel trataba de colocar los cebos en los anzuelos bajo la oscuridad. Sentía cómo tiritaba de frío pero no oí sus quejas en ningún momento.

El olor a azufre que llegaba desde el otro lado del camino era muy intenso, pero sabía que, cuando nos alejásemos en dirección a los juncos, desaparecería para volver a sentir el aroma de las jaras bajo el rocío de la noche. Aún quedaban unas dos horas para el alba y todo estaba sumido en

una oscuridad absoluta, ya que la luna quedaba muy por encima de la niebla, pero apostaría a que el niño sonreía, como si supiera que estaba cumpliendo con una función celestial, dirigiéndose a un destino que quedaba muy por encima de los deseos terrenales y del egoísmo que tanto daño había hecho a los hombres.

13 de noviembre de 2017

La calle se alargaba y su pendiente parecía aumentar a cada paso, las piernas pronto dejarían de responderle y no era por el intenso frío. El peso de su compañero sobre los hombros se multiplicaba al mismo ritmo que sus remordimientos. Para que tuviese una oportunidad de sobrevivir, debía llevarlo rápido al hospital pero, ¿dónde estaba su coche? ¿Dónde había un hospital? La sangre de Miguel estaba empapándole la camisa y aquel calor no era en absoluto reconfortante. Hacía varios minutos que no le oía gemir de dolor y eso, sumado a la sangre perdida, era muy mala señal.

Ya no observaba las luces de la calle que hace solo unos momentos dibujaban destellos de colores sobre la carretera mojada por la lluvia. Ahora solo sentía humedad y casi no veía más que el vaho que salía de su boca, como expulsado por un viejo y cansado tren de vapor que ya no cuenta con las fuerzas suficientes para subir un nuevo tramo en la montaña. Estaba a punto de rendirse, no lograría salvarle.

La culpabilidad por el error cometido, que podría costarle la vida a su amigo y compañero, logró que sacase fuerzas de donde no quedaban y trató de avanzar unos pasos más, pero el esfuerzo no duró mucho y cayó de rodillas. El cuerpo de Miguel se desplomó en el suelo y su cara quedó mirando hacia la suya, con los ojos vidriosos enfocados en el infinito, como los de quien observa desde otra dimensión. «¿Está muerto? —se preguntó el inspector—. No, no puedes morirte, joder, aún no».

De repente, Miguel pareció regresar a la realidad, parpadeó y luego tosió en un desagradable estertor que hizo brotar sangre de su boca. El inspector estaba tan asustado que pensó que el corazón estallaría dentro de su pecho.

—Me dejaste solo..., debimos entrar los dos a la vez.

Otra vez no, aquello no podía estar pasando otra vez... El inspector sintió el vértigo que precede a la caída, y tras sumergirse en el abismo, despertó en la cama de su recién alquilado piso.

—Todo un profesional.

—Un buen amigo y una persona excelente.

—El mejor de toda la provincia.

—Un zapatero como los que ya no quedan.

—Ya lo ven, así definen sus clientes, vecinos y ciudadanos en general a Celestino Villar, zapatero que, a sus noventa y siete años, ahí es nada, se niega a colgar el cartel de cerrado en el negocio que regenta desde 1955 en la localidad de Minas de Riotinto, provincia de Huelva. Un artesano para el que parece que el tiempo no haya pasado, ya que realiza su trabajo con el mismo mimo y dedicación que el primer día en que entró como aprendiz de su padre en el negocio.

Eran las ocho y cinco de la tarde y la reportera, de largo pelo castaño y dentadura impecable, hablaba a cámara mientras el anciano seguía con su trabajo, aparentemente ajeno a todo el revuelo mediático que había congregado a sus vecinos a las puertas de su pequeño taller de reparación de calzado. Imágenes grabadas durante la tarde se mezclaban con las del directo, y en una ventana a la derecha de la pantalla aparecía el presentador en el plató central en Sevilla. Un bello homenaje a una larga vida de entrega y amor por una profesión que nació en las enseñanzas del abuelo de Celestino.

—Ahora tendremos la oportunidad, si sus labores se lo permiten, de hablar con Celestino sobre su oficio, sus anécdotas o experiencias que...

—Laura —interrumpía el presentador, sonriendo con la seguridad de saber que controlaba la situación—, no olvides preguntarle por la competencia que suponen las tiendas de chinos y otras zapaterías baratas que hacen casi más rentable la compra de un zapato nuevo que arreglar uno roto.

—Claro, Pedro —respondía ella con sumisión, pero sin perder la sonrisa que marcaba hoyuelos en sus mejillas—, la irrupción del calzado económico es un tema que, sin duda, debe de haber supuesto un antes y un después en la vida y trabajo de nuestro protagonista. ¿No es así, Celestino?

El anciano zapatero miraba a la chica como quien contempla por primera vez un amanecer, algo increíblemente bello ante sus sentidos pero sin saber muy bien lo que significaba ni lo que supondría para su vida. El buen hombre se había peinado y afeitado a conciencia y puesto una camisa gris impecablemente planchada para la ocasión, pero que no ocultaba los estragos de su duro trabajo. Sus manos y antebrazos estaban surcados de mil venas y

cicatrices, y las yemas de sus pulgares habían sustituido la carne y huellas dactilares por callos de la consistencia de la madera seca. Estaba muy delgado y parecía un niño allí sentado en su pequeño taburete de madera rodeado de herramientas y zapatos o suelas a medio terminar de arreglar. Aquel era su ambiente, no el circo que observaba al otro lado de su banco de trabajo.

—Bueno, aquí estamos, como cada día —dijo sin saber muy bien si había respondido bien a la pregunta de la periodista.

—¿Se siente usted con fuerzas después de tantos años de trabajo duro, Celestino?

—Bueno, como siempre. Uno tiene que hacer lo que sabe hacer. Ya me entiende usted.

—Sí, pero... ¿No le apetecería jubilarse y disfrutar del descanso merecido? No, no me responda aún, Celestino. Los espectadores aún tienen muchas dudas, como por ejemplo: ¿No se siente cansado tras una larga vida en un trabajo que cada vez se reconoce menos? Después de todo, la zapatería o arreglo de zapatos no deja de ser un oficio en vías de extinción por el auge del calzado barato que procede principalmente de China.

Celestino miraba a la reportera sin saber muy bien qué contestar, no quería hacer el ridículo, como le había prometido a su hija cuando le notificó que irían a hacerle un reportaje de televisión para el Canal Sur. Pero aquella muchacha tan delgada y guapa, junto al mozo alto y silencioso que sostenía una cámara con una luz que casi no le permitía ver lo que tenía en su propio banco de trabajo, le hablaba de cosas que no comprendía; a pesar de haberle asegurado antes de la propia entrevista, y también unos días atrás, cuando se puso en contacto con él para pedirle permiso para un reportaje, que todo sería muy fácil, rápido y que casi no se daría cuenta de que había ido allí; además de que ganaría mucha clientela para su negocio en el futuro. Celestino se sentía algo engañado y con miedo a defraudar y avergonzar a su hija con algún comentario que le hiciese quedar como un analfabeto, así que meditaba con tesón cada palabra que contestaba, sin importarle que la reportera pareciese desesperada por su tardanza e inseguridad.

Por suerte para él, no necesitó soportar mucho más aquella tortura.

El revuelo que se formó en la calle, y acabó llegando a los vecinos que se congregaban dentro del local, hizo que la reportera desconectase su mente del pinganillo que le iba guionizando lo que debía hacer, preguntar y sentir ante los espectadores. Una frase repetida a sus espaldas hizo que su cerebro

bloquease sus cinco sentidos, aunque no impidió que un cosquilleo, como mil inquietas hormigas, recorriesen su estómago hasta hacerle abandonar el local y salir a la calle sin dar explicaciones ante las atónitas miradas de Celestino y del presentador en el plató. Su operador de cámara, Javi, corrió tras ella.

El televisor mostraba ahora el intento del presentador por seguir adelante con el programa, dando paso rápidamente a otro reportero que se encontraba en Málaga.

¿Cuánto hacía desde la última vez que dispuso de unas horas para disfrutar de sus amigos, salir al cine, cenar o jugar con su pequeña sobrina? El trabajo le tenía tan absorbido que se había olvidado de vivir. Claro que su talento y la dedicación aplicados a sus últimos casos en Sevilla le habían valido un buen ascenso, junto con un traslado y unos días libres para dedicarlos a ordenar su vida en el nuevo destino y organizar sus asuntos personales.

Ya instalado en su ciudad natal, Huelva, Marcos caminaba aquel viernes por la calle Palacio en dirección al restaurante El Portichuelo, donde había quedado para cenar con varios excompañeros de universidad que no veía desde hacía más de cinco años, los que había estado destinado como policía de homicidios en la capital andaluza. Llegaba tarde, había tenido que aparcar más allá de la avenida de Pablo Rada e iba pensando en la disculpa que ofrecería a sus amigos cuando, al llegar a la fachada del restaurante, les vio a través del ventanal. ¿Había pasado el tiempo de una forma tan cruel por él mismo como por aquellos señores que contemplaba? Se quedó unos instantes analizando (gajes del oficio) las calvas, pliegues en rostros, tripas incipientes y la ropa algo desfasada de quienes habían sido la flor y nata de la ciudad en su generación, algunos y otras portaban cochecitos de bebé como accesorio para amenizar la velada. Aquello le hizo sentir mayor, incluso creyó envejecer un lustro en un solo minuto, a pesar de no tener aún una sola cana en su cabello castaño ni haber ganado un kilo desde que tenía veinte años.

Sentía que se avecinaba un duro golpe de realidad y no le apetecía lo más mínimo enfrentarse a ella. No estaba en absoluto preparado para aquello.

«Qué bien te ves», «cómo te cuidas», «¿qué tal se trabaja como inspector de homicidios?», «menudo señor importante», «cuéntanos casos oscuros y secretos de algún famoso o futbolista», «¿sabes algo sucio sobre el

gobierno?», fueron algunas de las preguntas que tuvo que soportar por ser el único del grupo que no había acabado en un trabajo anodino o de los que se consideran convencionales. Pero salió bien de la situación tras soltar aquellas frases que siempre funcionaban y que solían repetir sus superiores una y otra vez en las ruedas de prensa: «estamos barajando varias hipótesis», «el caso presenta dificultades sobre las que ya os mantendremos informados», «las autoridades no tenemos nada que añadir hasta avanzar en la investigación». Y todos rieron a carcajadas ante aquel despliegue de originalidad.

Después de sentarse entre Luis y Simón (aquel parecía el rincón de los solteros en un banquete de boda), Marcos pidió un solomillo de ternera a la pimienta y luego, al pensar que no podría comerlo acompañado de un buen Rioja, debía conducir de vuelta a casa, hizo una mueca de desagrado y pidió agua.

Las conversaciones sobre las novedades en la vida y trabajo de cada uno duraron poco más de veinte minutos, para pasar a continuación a las anécdotas sobre sus hijos y lo mal que iba todo con la crisis, dos temas que Marcos no soportaba. Sentía estar siempre rodeado de clones, con quejas por todo lo que sucedía a su alrededor o intentando convencer a los demás de comprar el coche que ellos tenían, la cámara de fotos que habían recibido en Navidad, hacerse vegetariano o tener un hijo lo más pronto posible. Cuando Marta, que hace solo unos años era una chica lanzada y presumía de ir a comerse el mundo, le preguntó mientras amamantaba a su hijo de unos meses de vida qué se le había perdido tan lejos, en Sevilla, sintió ganas de romper a reír en su cara. Tuvo que contenerlas bebiendo unos sorbos de agua. Parecía que Huelva siguiera estancada en los años setenta, aún muchos consideraban una locura el marcharse a otra provincia, aunque solo estuviese a cuarenta y cinco minutos en coche.

Aquello no pintaba bien. Marcos sabía que la conversación derivaría, cuando todos llevasen dos cervezas más, en recordar batallitas y ponerse nostálgicos. Lo que parecía una cena de reencuentro, cargada de incertidumbre y buenas expectativas, se estaba convirtiendo en algo peor que una cita a ciegas organizada por su abuela.

Por suerte no llegó a tener que soportar esa última fase de conversación, ni más preguntas de Marta, a la que recordaba con un físico espectacular y siempre con ganas de salir de fiesta, recordaba... De hecho, ni siquiera pudo terminar su plato antes de que sonase el teléfono. Todos emitieron un berrinche de desaprobación cuando se levantó a atenderlo, como si hablar por

el móvil un minuto fuera una falta de educación imperdonable para aquellos que se habían pasado toda la noche consultando wasaps.

Aquel teléfono era el personal, pero la llamada provenía de la central en su nuevo destino, a la que aún no se había acercado por estar disfrutando de tres días libres. No era lógico que le llamasen a las nueve de la noche, pero quizá hubiera surgido algún problema con los papeles de su traslado y necesitasen hacerle una consulta.

Marcos se equivocaba. Tras oír la voz de Irene, la recepcionista de la comisaría, se despidió a toda prisa, soportando quejas de sus excompañeros mientras dejaba dos billetes de veinte euros sobre la mesa. El policía ni percibió el mohín forzado de decepción que le dedicaban mientras él les prometía, no muy convencido, que repetirían la experiencia en breve. Había quedado en trance tras oír lo que Irene le había narrado.

La luz del ocaso, anaranjada y perezosa, se había ocultado dos horas antes sobre el horizonte de espigas secas que se extendía a su derecha en el embalse. Hacía mucho que no llovía y la orilla del silencioso lago estaba más alejada que nunca del margen de la carretera, mostrando un panorama de basura medio descompuesta y un suelo agreste y amarillento que, hasta pisarlo, no se sabía si estaba seco o actuaría como una trampa de fango pegajoso. En ese instante, Fermín pudo oír como se filtraba a lo lejos un graznido entre el bullicio que originaban los policías.

Más de dos horas llevaba en la zona. Por suerte, pudo llamar por el móvil a su mujer para contarle lo ocurrido y luego envió varios mensajes más para que no se preocupase y supiera que llegaría muy tarde a cenar. Cuando salió aquella tarde a pasear por la zona, como cada día que no llovía desde que se jubiló en la mina, no habría podido imaginar lo que encontraría al cambiar su ruta habitual y dirigirse al embalse de Gossán, su meta era llegar al antiguo y abandonado edificio de Telefónica antes de caer la noche.

Guardiaciviles y policías locales ocupaban la zona, afanados en colocar cinta blanquiazul entre los arbustos para impedir que entrase nadie al lugar donde había encontrado el cuerpo del niño. Claro que allí solo estaban ellos, aquello no era el centro de una ciudad, sino un paraje desierto en mitad de la nada. Había visto suficientes películas policíacas y capítulos del CSI a lo largo de su vida como para saber que colocar la cinta no serviría para nada;

en cambio, los cientos de pisadas que estaban dejando por todas partes no gustarían nada a los investigadores que apareciesen desde la Policía Nacional.

Ya le habían tomado declaración dos veces y le retenían para que lo hicieran una tercera los de la nacional a su llegada. «Con lo fácil que sería que se mandaran por fax o mail la declaración entre ellos», pensó Fermín, dudando sobre la capacidad de los cuerpos de seguridad a la hora de resolver un caso complicado si no habían caído siquiera en algo tan sencillo como pensar que entre todos podían ayudarse y no repetir el trabajo.

Tras desaparecer las náuseas por el momento desagradable de encontrar al pobre niño, tenía hambre de nuevo. Llevaba dos horas sentado en el asiento del copiloto del todoterreno de Matías, el sargento de la Guardia Civil, y no veía la hora de llegar a casa para cenar. Desde su jubilación, Mariángeles, su mujer, le tenía a régimen estricto y le obligaba a dar largos paseos por la tarde y asistir por las mañanas al parque frente a su casa para realizar ejercicios en unas máquinas que habían instalado unos años atrás. Ya no recordaba cuál fue el último día que no sintió hambre. Solía deambular famélico por la casa, en busca de alguna chocolatina o trozo de embutido que su mujer hubiera olvidado tirar a la basura, aunque estuviese caducado. La visión del cuerpo del crío logró lo que ningún banquete de reyes hubiera conseguido, le cortó el apetito y provocó un temblor en sus piernas tal, que tuvo que sentarse sobre una gran piedra cercana para respirar hondo y calmarse antes de llamar al 112. Y eso que al principio pensó que se trataba de un muñeco o maniquí. En buena hora decidió acercarse para verlo desde más cerca.

—¿Estás bien, Fermín? —le preguntó Matías, que parecía aburrirse allí más que él mismo—. Debe de haber algún dulce o chocolatina en la guantera, no es gran cosa pero te ayudará a matar el hambre hasta que llegues a casa.

Fermín no llegó a dar las gracias, aquellas palabras le sonaron a cantos celestiales. Había perdido doce kilos en los dos años que llevaba sometido a aquel régimen opresivo; ahora, con ochenta y dos kilos, se veía como un chaval: estilizado y con energías que llevaba décadas sin sentir. Su mujer estaba loca si pensaba matarle de hambre, ¿para qué tanto régimen? Por más kilos que perdiese, no llegaría nunca a parecerse a Alain Delon.

Devoraba las dos chokolatinas Mars al mismo tiempo que engullía cacahuets que había encontrado en una bolsa transparente, algo rancios, pero servirían. En ningún momento pensó que estaba dejando sin provisiones a Matías, aquella era una oportunidad que no podía dejar pasar. Llegaría a casa muy tarde, donde le esperarían un plato frío de acelgas rehogadas o coliflor

hervida. Necesitaba combustible de verdad y aquel festín le estaba sentando de maravilla. Gasolina de alto octanaje.

Una luz azul que parpadeaba entre la maleza le sacó de sus pensamientos. «Ojalá sea la Policía Nacional y pueda marcharme pronto a casa».

Tras salir del restaurante y dirigirse al coche a toda prisa, Marcos atravesó la avenida de Andalucía para salir a la A-49, y desde allí accedió a la carretera de la sierra. Le habían notificado el descubrimiento de un cadáver en las proximidades de la mina de Riotinto y debía corroborar lo antes posible, junto al juez de instrucción, el forense y los de la científica, que no era un homicidio, ya que se trataba de un niño pequeño y aquello podría tener consecuencias nefastas sobre la ciudadanía. El inspector había visto una docena de cadáveres en toda su vida, y no olvidaba a ninguno de ellos; algunos por muerte natural y otros por violencia, pero nunca se había enfrentado a la visión de un niño pequeño sin vida. Tocaba madera mientras conducía para que hubiese sido un accidente o muerte natural.

La carretera tenía bastante tráfico al pasar por los primeros pueblos. A esa hora había muchos desplazamientos de jóvenes para salir de fiesta o visitar a sus parejas, aparte de los que volvían tras una demasiado extensa jornada de trabajo. Aún así, no tuvo la necesidad en ningún momento de encender la seta, como llamaban a la luz azul que tenían instalada en el salpicadero, mucho más discreta que la antigua del techo aunque más molesta cuando los destellos le deslumbraban de noche. A pesar de llevar años en el cuerpo, aún se sentía algo incómodo al usar la luz y la sirena de preferencia.

Media hora más tarde, sintió una leve lluvia durante poco más de un minuto, casi inapreciable en aquella noche de invierno negra y fría. Tras dejar atrás el pueblo de Valverde del Camino, pasó por el desvío de la aldea de El Pozuelo. Mil historias de adolescencia cruzaron su mente en una única fracción de segundo. ¿Cuánto hacía que no visitaba el lugar donde había pasado las vacaciones con sus padres y su hermana? Tenía recuerdos muy nítidos sobre los momentos vividos entre amigos que hacía siglos que no veía, recuerdos que se habían adherido a su mente como la hiedra a una fachada. Unos pocos minutos más tarde el tráfico se redujo al mínimo, solo se cruzaba con otro coche de cuando en cuando, observando en el retrovisor cómo se alejaban las luces rojas, la carretera en ese punto parecía estar

muerta. Su Citroën C5 siguió hacia el norte mientras él iba alternando experiencias vividas en el pasado con deseos de no encontrarse un caso de asesinato tan pronto, no tan pronto...

Pasó Zalamea la Real y tomó el desvío hacia Minas de Riotinto; una vez atravesado el pueblo y las oficinas de la mina, debía llegar al embalse de Gossán, donde le esperaba el horror. Apartó los pensamientos oscuros de su mente volviendo a un pasado que siempre parecía mejor. «¿Qué habrá sido del Trola, el Gordo, el Nena, Noemí, Laura y todos los demás? Laura... ¿Dónde estará? ¿Se habrá casado?». Entonces apareció el recuerdo de Marta amamantando a su hijo durante la cena y con aquellas preguntas arcaicas... Lo que hizo que Marcos sacudiese su cabeza para tratar de evitar pensar que a Laura le hubiese ocurrido algo así. ¿Qué habría sido de su novia de adolescencia? La primera de la que estuvo realmente enamorado. Solo recordaba que quería ser veterinaria, aparte de los buenos momentos que vivieron detrás de la escuela y aquella mágica e inolvidable noche en su dormitorio de la casa de sus abuelos, donde lo hicieron por primera vez. «Esas cosas nunca se olvidan», pensó. El recuerdo de la primera vez que la vio, momentos antes de la fiesta de verano del 2002 en la aldea, llegando con sus hermanas en el coche familiar, se hizo cristalino en su memoria. Era su primer año veraneando allí y salía con Violeta, una preciosa niña madrileña que al principio lo había encandilado con su cara de ángel, pero decepcionado en cuanto conversó con ella dos veces. La sonrisa de Laura llegó como agua de mayo, fresca y salvadora. Aquellos hoyuelos en las mejillas y la forma de cerrar los ojos al reír le hipnotizaron desde el primer instante. Fue Laura la que estuvo a su lado todo el fin de semana, creando un vínculo de esos que perduran en la memoria para siempre. Ni su cuerpo perfecto, y muy desarrollado para su edad, ni su hermosa cara..., fue su forma de mirarle, de sonreírle y el calor que sentía al estar a su lado los que le hicieron atesorar aquella experiencia como algo único e irrepetible.

Marcos dejó atrás la aldea y sus recuerdos, y unos minutos más tarde el pueblo de Riotinto, para tratar de centrarse en su trabajo. Solo encendió la seta cuando ya se encontraba en el camino de tierra que le conducía al lugar en que había visto aquella concentración de personas desde la carretera.

Matías esperaba a su viejo amigo el inspector Jorge Sanabria, que se

había ocupado de los asuntos de la nacional en aquella zona desde que él no era más que un simple cabo. Aún recordaba aquel campeonato provincial de dominó que ganaron como pareja, conservaba el trofeo en el mueble bar del comedor de su casa. No recordaba que se había jubilado meses atrás, incluso había dado una fiesta en su casa de campo a la que asistió con su mujer y se pilló una borrachera épica. El pipiolo que salió del C5 gris no parecía saber ni dónde se estaba metiendo, menuda ropa llevaba, parecía venir de una discoteca. Mal asunto, la policía cada vez reclutaba peores especímenes. Mal preparados, demasiado jóvenes y con aspecto de no aguantar un sopapo bien dado.

—¿Dónde está el responsable de la civil? —preguntó aquel flacucho, sin respeto aparente ni considerar que otros habían adelantado su trabajo.

—¿Quién lo pregunta? —respondió él, con indiferencia y sin querer reconocer que el joven tenía la autoridad en aquel momento. ¿Cómo iba aquel niño imberbe a responsabilizarse de semejante hallazgo?

«Mal empezamos», debió pensar el inspector al encontrarse con esa hostilidad, pero a Matías no le importó, ya debería haberse acostumbrado si quería endurecerse como un hombre. Aquel crío podía aprender mucho de la experiencia y talento innato de quien llevaba tantos años dirigiendo el cotarro. El sargento sabía manejar la situación a la perfección, así que no había por qué alarmarse.

—Mi nombre es Marcos Navarro, inspector de homicidios de la Policía Nacional. Le agradezco su colaboración y estaré encantado de recibir su informe sobre lo que hayan descubierto, pero mientras lo confecciona y manda a la central de Huelva, echaré un vistazo por mi cuenta, si a usted no le importa, claro.

—Matías se echó a un lado, sin palabras para contestar aquel argumento, y le dejó pasar con visible resignación.

¿Qué podría descubrir aquel trajeado niño de la capital que no hubiera descubierto por sí mismo? Se trataba de una muerte por ahogamiento de manual, estaba más que claro. Esperaba que aquel flacucho al que aún le faltaba un hervor no se inventase que aquello era un asesinato para ponerse alguna medalla o convertirse en el protagonista de la película. En sus largos años de patrulla había visto casi de todo y ya nada le podría extrañar.

Los de la científica, para dar más bombo y platillo, aparecieron unos quince minutos después, con esos trajes blancos de plástico y portando guantes de goma, botas metidas en bolsas de plástico y chorradas similares.

Cómo les gustaba aparentar y hacerse los importantes. Cuando allí solo podrían certificar lo que él ya había corroborado, que era un niño pequeño ahogado por hacer el idiota sin la supervisión de sus padres.

No pudo terminar de mascullar aquellos pensamientos cuando unas voces le sacaron de la redacción de su informe mental. Por lo que estaba oyendo, la inoportuna y agobiante reportera volvía a intentar cruzar el perímetro de seguridad sin su permiso.

Más allá de los focos y de los ruidosos transformadores de gasoil no quedaba más que la noche húmeda, oscura y silenciosa. Solo cuando se acercaba un coche al lugar del crimen, se rompía ese estado de trance, como cuando apareció, hará casi una hora, el Ford Fiesta blanco.

—¡Trabajo para la prensa y tengo derecho a informar de lo ocurrido! — exigía la enfadada reportera a un guardia civil que la había detenido a los dos metros de cruzar ilegalmente la cinta blanqui azul. Su operador de cámara estaba a su lado, disimulando con la cámara a la altura de la rodilla pero tratando de grabar la zona en la que se encontraba el cadáver.

—Si no se marchan de aquí, los arrestaremos por intromisión, señorita — le respondía un guardia civil, mientras la agarraba del brazo para llevarla de vuelta a la zona tras la cinta perimetral.

Cuatro años, nada menos que cuatro interminables años llevaba estancada en aquel programa. El sueldo no estaba mal y el trabajo era fácil, además, le ocupaba poco tiempo. Pero entrevistar a diario a gente anónima por tener oficios extraños u obsoletos, otros que habían batido un récord Guinness de la tortilla de patatas más grande o aquellos que habían elaborado un portal de Belén con figuras de mazapán, era un auténtico coñazo. Necesitaba saber que aquello conducía a alguna parte, que no seguiría pasando frío en vano mientras esperaba a que le dieran paso desde el plató para entrevistar al paleto de turno. Le quedaban meses para cumplir los treinta y sabía que todos los reporteros del programa tenían los días contados tras esa edad. Como presentadora podría mantenerse durante décadas si era incisiva, simpática y se mostraba cercana al público, aparte de conservar un físico agraciado, delgado y juvenil; todo eso lo tenía ya, pero necesitaba la oportunidad de demostrar su valía. Debía encontrar el punto de inflexión que le diera el espaldarazo necesario para salir de aquel callejón sin salida en que se había

convertido su trabajo. Quizá, ya puestos a soñar, algún canal de televisión nacional se interesase por ella.

Todos aquellos pensamientos y deseos se convertirían en humo si no lograba hacerse con la noticia que acababa de suceder, fuese un accidente o un crimen. Si aquel niño que acababa de aparecer muerto hubiese sido asesinado, ser la única periodista que había estado allí, y realizado una emisión en directo junto a las imágenes del hallazgo, podría suponer su tan ansiado trampolín. Si consiguiera algo de apoyo por parte de aquellos idiotas que se creían importantes por llevar uniforme y haber colocado una absurda banda de plástico, lograría su objetivo.

Había pasado casi una hora y todos sus intentos habían resultado un fiasco. Comenzaba a desesperarse.

—Necesito que me den paso desde la redacción, ¿has llamado otra vez?

—Sí, pero dicen que no podemos mostrar el cadáver del niño en horario protegido. Y además, no quieren darte acceso si no garantizas que alguien declarará, algún miembro de la Guardia Civil o la Policía.

—¡Joder, joder y más joder! —gritó la chica a su operador de cámara.

Aquello no podía estar pasando, tenía ante sus propios ojos, a pocos metros de distancia, su pasaporte al éxito, su tan ansiado ascenso, y lo iba a perder porque aquellos guardiaciviles de pueblo no la dejaban pasar unos metros más allá de aquella ridícula cinta de plástico. Ni muerta permitiría que algún oportunista que llegase después que ella le pisase la noticia. El tiempo corría en su contra y necesitaba encontrar la forma de dar la noticia en directo; sería un bombazo a nivel nacional y las imágenes se repetirían a todas horas en todos los canales si se confirmase que aquello era un homicidio. Durante semanas o meses se hablaría en programas como el de Susana Griso o Ana Rosa Quintana sobre el caso, y usando aquellas imágenes. Podría incluso participar como tertuliana.

No había dejado aún de soñar, mientras pensaba en la forma de colarse de nuevo y hacer una conexión en directo, aún a riesgo de ser arrestada y pasar la noche en un calabozo, cuando la solución a todos sus problemas apareció cabalgando sobre un caballo blanco. Bueno, lo hizo sobre un Citroën C5 gris.

Hacía un frío inesperado para el que no iba vestido adecuadamente, olía a azufre en la zona hasta bloquear los sentidos y el sonido ambiente no

parecía el de un apacible lago en mitad de la noche, pero lo que más molestó a Marcos fue la cantidad de gente que parecía pasear alrededor de la escena en la que había hallado un cuerpo. Si aún no habían entrado a trabajar los de la científica, ¿cómo es que había una decena de personas caminando libremente por la escena en la que se había descubierto el cadáver? Algunos rodeaban al niño como si fuese la atracción en la pista circular de un circo. Ahora tendría que hacer de malo, de antipático niño de ciudad entre guardias y policías locales que se sentirían ofendidos en su propia casa. Lo había vivido muchas veces pero nunca se acababa de acostumbrar al recelo que provocaba cuando echaba una bronca a señores mayores que su padre por haber arruinado con sus pisadas la escena de un crimen. El encontronazo con el sargento guardiacivil del bigote y la barriga incipiente no iba a ser el único aquella noche.

Le pareció ver a un equipo de televisión por el rabillo del ojo mientras cruzaba la cinta blanquiazul y se identificaba ante un joven con uniforme de policía local. Incluso pensó que la chica le llamaba por su nombre, pero eso no podía ser, allí nadie le conocía.

—¿Qué habéis encontrado o averiguado, aparte del cuerpo? —preguntó al sargento mientras se colocaba unas gomas elásticas alrededor de los zapatos para que sus huellas fueran descartadas de la escena, algo absurdo a esas alturas. Todos los presentes le miraron sin saber qué significaba aquello. Marcos suspiró, no le cabía duda de que no se encontraría ni una huella del asesino que no estuviera inutilizada en el barro por la de alguno de aquellos ineptos.

—Es un niño de cuatro años, está desnudo y parece que se haya ahogado.

—¿Cuatro años? ¿Cómo está tan seguro de la edad?

—Es Miguel, el hijo pequeño de Palmira y de Paco el Mulo. Este es un pueblo pequeño y...

—Sí, comprendo. ¿Han llamado a los padres?

—Hace media hora.

Marcos hizo una mueca de contrariedad. A los familiares de un fallecido hay que llamarlos para que los reconozcan en el depósito. Es menos traumático y se evita que entorpezcan en la investigación en el lugar del descubrimiento. Cuando llegasen los padres, sería difícil contenerlos para evitarles el paso a la zona en la que debían tomar pruebas los de la científica.

—Está bien. Si les ve llegar antes de que se haya levantado el cuerpo por orden del juez de instrucción, use a todos sus efectivos para impedir que

entren en el perímetro, ¿entendido?

—Sí, claro, lo comprendo.

Se agachó y observó el cuerpo del niño, no presentaba aparentes signos de violencia, ni contusiones, ni cortes o impactos de bala. Se colocó guantes de látex y movió el cabello. Querría darle la vuelta, pero esperaría a que llegase el forense. La piel se veía blanca, casi albina a la luz de aquellos focos que atravesaban la oscuridad de la noche. Permanecía medio sumergido en la orilla de aquel extraño lago artificial, que tenía un agua demasiado transparente para el olor tan fuerte a azufre de la zona. Un policía local le dijo a Marcos que aquel lado de la carretera solo recogía agua de lluvia, como un embalse convencional, mientras el otro recibía el agua de un afluente del río Tinto, con todo el mineral que este arrastraba. El olor provenía del otro lado de la carretera y al inspector le pareció casi irreal que aquel ecosistema tan contaminado no afectase en absoluto al otro lado de una carretera de solo unos diez metros de ancho que actuaba de barrera física, muro de contención y filtro.

Todos aquellos pensamientos eran más que necesarios para ocupar su cerebro y que no recordase cuándo fue la última vez que vio un cadáver. Fue el de su compañero y también el del verdugo del mismo, muerto tras dos disparos que él mismo efectuó. No quería pensar en eso ahora, necesitaba su mente al cien por cien y ya tenía bastante con las pesadillas que lo atosigaban cada noche desde aquel fatídico día.

No llevaba ni un cuarto de hora en aquel lugar y ya tenía los pies calados de agua, aparte de los pantalones hasta las rodillas. Cada minuto hacía más frío y la humedad le estaba pasando factura, al día siguiente tendría un buen constipado. Sacó un pañuelo de papel del bolsillo mientras analizaba rastros alrededor del niño. Demasiadas huellas diferentes, maldita sea. ¿Cuándo demonios pensaban llegar los de la científica, el forense y el juez?

El Volvo negro apareció antes de que terminase su pensamiento. Por fin. De él salieron dos mujeres y un chico joven, y se dirigieron al maletero, del que sacaron infinidad de maletines de aluminio y unos trajes de color blanco que se enfundaron antes de atravesar la línea de seguridad.

—¿Quién está al mando? —preguntó la mayor de las dos chicas.

—Yo —respondieron al unísono Marcos y Matías. Luego se miraron entre ellos con algo de recelo e incredulidad.

—Preguntamos por el inspector Navarro.

—Marcos Navarro —fue lo único que respondió el policía ante la mirada

infantil y rencorosa del sargento de la Guardia Civil.

—¿Tenemos vía libre? ¿Se ha respetado la escena del hallazgo?

—Sí y no. Ya sabéis cómo va... Cuando he llegado esto era una verbena.

—¿Sí? ¿Y me has pedido un tinto de verano? —respondió con mucha seriedad, demasiada para aquellas trenzas rubias que no encajaban con la enorme barriga de embarazada que lucía la mujer

—Esto... no te comprendo —respondió Marcos con inseguridad.

—Ja, ja, ja. ¡Cómo sois los novatos! —Maite, la forense y responsable del equipo de investigación científica, rompió a reír con unos ronquidos estridentes que provocaron el silencio de todos los que allí permanecían. Aunque ella no pareció notar que se había adueñado del protagonismo—. Estaba de broma, nos dijeron por teléfono que eras nuevo y me lo has puesto a huevo, ja, ja, ja.

Marcos se unió a las risas, tratando de parecer sincero y que no se notase que le había molestado la broma, a esa hora acumulaba demasiadas ganas de marcharse a casa y darse una ducha caliente. Por desgracia, aún le quedaba un buen rato para lograr su deseo, debía entrevistar a quien había encontrado el cuerpo, esperar un dictamen preliminar de la científica y conducir hacia la capital. Luego tendría que elaborar su propio informe.

—¿Marcos? ¿Puedo llamarte Marcos? Le preguntó Maite cuando él estaba terminando de hablar con Fermín.

—Claro, cuéntame, ¿qué habéis averiguado?

—Mejor te lo cuento en privado.

Se alejaron unos metros del coche de la Guardia Civil, ante la expectación y los malos augurios del inspector, y la forense se acercó lo suficiente como para que no tuvieran que alzar la voz.

—Bien, cuéntame, ¿sabes cuánto tiempo lleva muerto? Aunque sea de forma aproximada.

—Eso es difícil de precisar, porque el frío del invierno y del agua han acelerado mucho el *rigor mortis*; pero teniendo en cuenta esas variables, calculo que un día, más o menos. En el laboratorio podré acercarme mucho más a la hora exacta. Aunque eso no es tan importante como lo que quería contarte.

—Dime.

—Quizá haya sido asesinado.

—¿Perdona? —Marcos no pudo evitar la sorpresa y su malestar ante una noticia tan fatídica—. Pensaba que eso lo dictaminarías en un examen en

profundidad en el laboratorio. Discúlpame, pero no esperaba que me dijeras algo así esta misma noche.

El inspector no podía asimilar que alguien pudiera matar a un niño tan pequeño. De certificarse oficialmente en la autopsia, sería su primer caso de homicidio de un niño, algo para lo que no estaba preparado. Entonces deseó que todo fuera otra broma de aquella extraña forense.

—Al estar el niño muy pálido, en parte debido a la temperatura, se marcan bien las huellas de la presión de unos dedos sobre hombros y clavículas, son marcas que evidencian que ha sido sumergido en contra de su voluntad. Estoy casi segura de que ha muerto ahogado por la acción de otra u otras personas.

—Esperaré a que me confirmes ese dato con exactitud. Por cierto, es extraño que no lo hayan atado a un peso, una piedra o algo similar; ya sabes, para evitar que se encontrase tan pronto.

—Sí, es algo inusual. Quizá el posible asesino se vio sorprendido y no pudo llevarlo más al fondo para que se sumergiera durante unos días, o no tuvo tiempo de colocar un contrapeso para evitar que saliese a flote cuando los gases de la descomposición hinchasen el cuerpo.

Marcos se sentía enfermar ante la idea de hablar tan coloquialmente del crimen de un niño pequeño, casi de la misma edad de su sobrina.

—Joder, solo es un crío pequeño.

—Y eso no es todo.

—¿Cómo?

—Hemos girado su cuerpo y tiene grabado un triángulo en el pecho, y parece realizado *post mortem*. Usaron algo muy afilado, la punta de un bisturí, cúter o cuchillo.

—¿Un triángulo, me tomas el pelo?

—¿Te parece que esté bromeando?

—No sé... después de...

—Tranquilo, Harry el Sucio, ya me irás conociendo. Yo solo bromeo al llegar o en las fiestas de Navidad de la comisaría. Durante el trabajo soy un témpano de hielo.

—Joder.

—¿Cómo dices?

—Que preferiría que hubiera sido todo una broma.

«¿Un niño pequeño? —pensaba— ¿Quién mataría a un niño pequeño?». Aunque no se trataba más que de un pensamiento basado en la vulnerabilidad

por su fragilidad e indefensión; aparte de en la moralidad que nos inculcan desde que nacemos. Un niño es una persona igual que un adulto o un anciano, que lo veamos diferente solo responde a nuestra educación. Como diría el poeta: El sentido moral de los mortales es el precio que debemos pagar por nuestro sentido mortal de la **juventud**[El autor modifica el poema original de Vladimir Nabokov en su novela Lolita (1955)].

Tanto los policías locales como los guardiaciviles que permanecían en la zona trataban de frenar a Paco, el padre del niño, mientras este intentaba acercarse a su pequeño cuerpo desnudo y semisumergido con una fuerza que hizo emplearse a fondo a más de diez personas; los gritos de su madre desgarraban el silencio de la noche como un cuchillo oxidado. Semejante revuelo propició que la reportera cruzase el cordón de seguridad y se acercase a su presa. Ya dejaría a la familia de la víctima para cuando estuviera más calmada.

Lo tenía todo estudiado, había tenido tiempo de planearlo y no dejaría que aquella oportunidad, que se había hecho doblemente propicia a su favor, se le escapase. Si aquella noticia había surgido en aquel pueblo en el que se encontraba trabajando, y ahora aparecía un oficial de policía al que no veía desde..., es que aquel era su día, o mejor dicho, su noche.

—¿Ya no saludas a tus viejos amigos?

Marcos tardó una eterna fracción de segundo en asimilar una situación que jamás hubiera esperado. En ese momento se marchaba hacia el coche, sabiendo que, después de la ducha caliente en casa, tendría que elaborar un informe preliminar sobre el homicidio de un niño pequeño, cosa que no le apetecía lo más mínimo. Y ahora se veía frenado por una cara que pertenecía a esa región de su pasado que siempre deseas recuperar pero que tienes miedo de hacerlo.

—¿Laura? No me lo puedo creer. Precisamente, cuando pasé el desvío de El Pozuelo, pensé... Bueno, ¿qué haces aquí?

—Trabajo como periodista. No, esto..., en realidad soy reportera de Canal Sur, no sé si conoces el programa Andalucía Directo.

—Sí claro, vivo en Andalucía.

—Vaya, me siento como una estúpida. Llevaba tanto tiempo sin verte que no sabía si te habías ido a otro lado, al extranjero. —«O a otro planeta»,

pensó.

—No, estuve estudiando y trabajando en Sevilla, pero ahora me acaban de destinar aquí, a la provincia de Huelva. Y... no sé qué más decir, me siento algo estúpido. Aún no sé qué haces en la escena de un homicidio.

—¿Homicidio? ¿El niño ha sido asesinado?

—Joder, no debí decir eso. —Marcos acababa de cometer un error gravísimo: comentar un dato confidencial y de máxima importancia a una reportera que podría airearlo en los medios. Aquello sería nefasto, claro que la chica que él recordaba de sus años de adolescencia no le fallaría jamás.

—No saldrá de aquí hasta que tú me des permiso. No imaginas lo importante que sería para mí esta noticia, y lo que significaría que me ayudases.

—Pero yo... yo no puedo filtrarte información. Pondría mi trabajo en peligro, Laura. Ya me he excedido con lo que te he comentado, no puedo darte más datos. Además, es solo una suposición, no sabremos nada hasta que la autopsia dictamine la causa real y las circunstancias de la muerte.

—No importa, ¿pero sacarás un hueco para que podamos tomar un café o almorzar un día de estos? Me encantaría saber de ti y que nos pongamos al día. ¿Te parece?

—Claro que sí, sería fantástico. —Le hubiera gustado no parecer tan entusiasmado, pero encontrársela de improviso y comprobar que estaba aún más bella de lo que recordaba hizo que bajase sus defensas.

Marcos apuntó su número, mientras ella se lo dictaba, y le hizo una llamada perdida, luego se despidieron con dos torpes (quizá intencionados) besos en las mejillas y se alejaron con la seguridad de que volverían a verse muy pronto. El inspector no se marchó aún, le quedaba trabajo por hacer.

—Sargento, me gustaría que tomase un molde de las huellas de todos los que han pisado cerca del cuerpo, me refiero a sus hombres y a los policías locales, así como al testigo que encontró al niño. Debemos descartarlos al analizar la zona. También me gustaría que informase a todos de la importancia de no filtrar nada a la prensa, comprenderá que un caso como este puede ser muy impactante en la sociedad. —Matías asentía con la cabeza, con aparente sumisión—. Querría también un informe, lo antes posible, sobre las impresiones recibidas al descubrir el cuerpo y lo que recuerde que dijese el testigo en su declaración. Si la ha grabado o escrito, desearía tener una copia para contrastarla con la entrevista que yo mismo le he hecho.

—Bien, trataré de tenerlo lo antes posible —respondió con notable aspereza.

El inspector notó el rechazo a su presencia y autoridad, como si el guardiacivil hubiese pensado: ¿Qué se habrá creído este niño imberbe? ¿Me está dando órdenes en mi propio pueblo o solo me lo ha parecido? Matías parecía detestar a los que consideraba unos estirados nacionales que llegaban desde la capital cuando el caso parecía importante y luego se ponían ante las cámaras para llevarse la medalla. Marcos pensó que había asentido solo porque no quería llevarse una reprimenda del teniente por no haber respetado la jerarquía y la cadena de mando. Claro que el propio teniente, a los ojos de Matías, era un chupaculos como aquel pimpollo, alguien que dejaba el trabajo duro para los que sabían hacerlo y luego aparecían con el uniforme de gala bien planchado para chupar micrófonos.

La noche se había cerrado entre tinieblas y un olor ácido difícil de describir, pero que conformaban un conjunto maravilloso a los ojos y olfato de quien se sentía a punto de despegar hacia el éxito. Solo esperaba que su inútil compañero no la fastidiase.

—¿Tienes el micrófono conectado? —preguntó con un temblor en la voz.

—Pues claro, hago esto todos los días, listilla.

—Vale, vale. Te lo digo porque este es el momento más importante de mí... de nuestras carreras, así que debe salir todo perfecto.

Javi se aseguró de enfocar sus tetas, como siempre, y notó cómo el sonido ambiente del micro captaba la respiración de la chica en el indicador de audio de la pantalla. Esperó a que el punto rojo del monitor auxiliar tornase en verde, indicando que estaban en directo, para hacer una señal con el dedo a la chica.

—Buenas noches, estimados televidentes, mi nombre es Laura Moreno y hoy hacemos una conexión en directo muy especial para informarles de un suceso que no les dejará indiferentes...

8 de Noviembre de 1917

...Señor Dios dame tu paz, esa paz que escapa a toda comprensión humana, esa paz que serena mi alma y que me hace sentir que estás conmigo; y permíteme recordar que en donde Tú estás nada malo puede sucederme. Me cobijo bajo tus alas, sé que ahí siempre estaré seguro...

Miguel me preguntó por qué rezaba tanto aquella mañana. Para que el señor nos acompañase y favoreciera la pesca, le respondí. Empezaba aquel tributo con una necesaria mentira. Esta misma noche he rezado el doble de plegarias y asumido el justo castigo sobre mi propia carne. Conforme a mi anhelo y esperanza de que en nada seré avergonzado, sino con toda confianza, aun ahora, como siempre, Cristo será exaltado en mi cuerpo, ya sea por vida o por muerte.

Quedaba una hora para el amanecer y habíamos pescado tres hermosas carpas. Miguel se veía feliz y yo me regocijé al pensar que ascendería a los cielos y sería acogido entre tus brazos con una sonrisa en los labios.

Debo reconocer que los días anteriores pensaba que no sería tarea fácil, pero una vez allí, sentí el abrigo de Abraham sobre mis hombros a través de los siglos; la brisa cálida de una mirada de asentimiento y una sonrisa amable que llenaron de perdón mi alma, aseverando que todo estaba bien.

Todo estaba bien.

Pedí a Miguel que se asomase al agua para ver un magnífico ejemplar que estaba a punto de picar en mi anzuelo. Sujetándole por la cintura con mi mano izquierda, sentí el calor que emanaba de su cuerpo; con la derecha le dediqué una última caricia en la frente. La barca se sacudió con fuerza y a punto estuvo de volcar. Aún siento las salpicaduras en el rostro y el agua fría en mis brazos sumergidos, aquello se hizo eterno. Dios misericordioso, apiádate del caído en desgracia cuando te ofrece la carne de su carne, recé veintidós veces. Aún siento en las yemas de los dedos, mientras escribo estas líneas, sus convulsiones y cómo trataba de subir a la superficie como si de la ascensión de un ángel se tratase. Aún siento cómo una parte de mí se hundía en la oscuridad bajo la barca mientras recibía la luz del alba a modo de

perdón y de ofrenda por mi sacrificio. Gracias, Altísimo, por posar tu reconfortante mirada sobre este miserable siervo tuyo.

El camino de vuelta me sentí regresando de Moriá. Cada paso, cada una de las veintidós plegarias de agradecimiento, cada imagen de Miguel que pasó por mi mente, ahora aún más dentro de mi alma, fue acercándome a una luz cegadora y pacífica que recorría mi cuerpo, limpiándolo de pecado

Y a todo lo creado que está en el cielo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y en el mar, y a todas las cosas que en ellos hay, oí decir: «Al que está sentado en el trono, y al Cordero, sea la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos».

Esa noche, gracias a ti, mi Señor, y como en la celebración de un destetado, comimos los peces.

14 de noviembre de 2017

¿La noche anterior, al llegar a casa, Marcos comprobó que llevaba los zapatos y los calcetines aún empapados y llenos de un barro amarillento y pegajoso que le obligaría a tirarlos a la basura, incluidos los pantalones vaqueros. Se puso de mal humor, era ropa nueva que se había puesto especialmente para la cena con sus excompañeros. Aquello también le hizo comprender que sería difícil no dejar huellas en los alrededores; quizá el asesino llegó por otro punto al extremo del lago, pero al marcharse debió dejar un rastro de pisadas amarillentas. Si no llovía en las próximas veinticuatro horas, podría ir a echar un vistazo. Tal vez con la ayuda de la Guardia Civil lograrse encontrar algunas huellas; aunque aquel sargento parecía un hueso duro, un tipo chapado a la antigua y que no llevaba bien que nadie entrase en su patio de juegos a cambiar las normas. Ya se había encontrado en alguna ocasión anterior con agentes y oficiales así, recalcitrantes hasta la desesperación y con una percepción de la realidad y de su propio talento bastante distorsionada; habría preferido más ambivalencia y poder sorprenderse en un futuro ante una eficacia y predisposición que bajo ningún concepto pensaba que llegaría a recibir de Matías. Le daría problemas, le daría muchos problemas.

Trató de ocupar su mente redactando un informe preliminar, a la espera de tener datos definitivos de la autopsia; pensando en dónde comprar ropa más adecuada para volver al lago y decidiendo qué se haría de comer, ya que solo había cenado a medias y, a las doce de la noche, volvía a tener hambre.

Todo fuese por alejar el recuerdo de Laura de su mente. ¿Qué hacía allí? De todos los lugares del mundo, se había vuelto a cruzar con ella en la escena de un crimen, y nada menos que en aquel pintoresco lugar en mitad de la noche. Tenía ahora el pelo algo más corto, antes le cubría toda la espalda, pero del mismo color, un castaño a juego con sus ojos oscuros y sin teñir, ese detalle le encantaba. ¿Y qué era esa sensación laxa y pueril que había sentido al volver a verla, al oír su voz o contemplar su sonrisa, como si volviera a ser

un adolescente? ¿La habría sentido ella también? ¿Habría pensado que era un pusilánime al verle tan tímido? ¿Tendría pareja? Marcos sacudió la cabeza para tratar de evadir esos pensamientos, era lo que menos necesitaba en ese momento.

Regresar al trabajo sin tiempo apenas para olvidar su anterior caso le pasaría factura. La pérdida de su compañero estaba aún muy fresca, incluso lo había perseguido en sueños en las noches de los últimos meses. Pesadillas que revelaban su secreto, su miseria. Las dudas lo atenazaban, ya no estaba tan seguro de ser ese buen policía que se creía infalible. Lo que dijese los periódicos y sus superiores no servía de nada, aquello era solo una brillante capa de chapa y pintura sobre la roña inerte que se descomponía debajo. El ascenso era inmerecido, pero le sirvió para poder pedir otro destino y salir de aquellas calles que le recordarían siempre sus debilidades.

Miró su arma, estaba en la funda sobre la cómoda del dormitorio. Le temblaba el pulso de un modo descontrolado solo con la idea de tener que volver a usarla. Tendría que hablarlo con la psicóloga del departamento, pero no se sentía aún capaz de vaciarse de secretos.

Aunque todo eso ocurrió anoche, a pesar de que Marcos sentía que hubiera pasado una semana desde que entrase en el restaurante a cenar con sus excompañeros. Casi no había podido dormir, pero al menos, al despertar, fueron los recuerdos de Laura y los veranos pasados en la aldea los que eclipsaron a los pensamientos y pesadillas habituales. El timbre de una llamada en su teléfono móvil hizo desaparecer la sonrisa de la chica de su cabeza, se incorporó en la cama y descolgó.

—¿Pero te has vuelto completamente loco?

Era Paco, el comisario de la central de Huelva. Estaba hecho un energúmeno. Marcos se espabiló como si le hubieran lanzado un jarro de agua helada a la cara; no comprendía el motivo de aquellas palabras, ni el tono que usaba cuando aún no se conocían en persona.

—Pero... ¿Qué me he perdido?

—No me jodas, niño. Aún no has empezado y ya estás sacando los pies del tiesto. Toda la puta prensa y la televisión está contando datos sobre el caso del niño encontrado anoche. Aún no tenemos confirmación de la autopsia y ya has ido contando que se trata de un homicidio. Hay que ser muy gilipollas para hablar con una periodista en el mismo momento y lugar del descubrimiento.

—Pero yo no...

—Mira, si has venido aquí para hacerte famoso, te recomiendo el Gran Hermano o cualquier otra mierda similar, pero en mi comisaría no me jode nadie, ¿estamos?

—Creo que aquí ha habido un malentendido, no tengo ni idea de lo que me estás hablando.

—¿No? Pues compra cualquier periódico o pon cualquier canal en la televisión; incluso los programas de cotilleo están hablando del tema. Cuando te hayas enterado de la cagada, te quiero en mi despacho para explicarte unas cuantas cositas.

El golpe del teléfono al colgar el comisario le hizo dar un respingo en la cama. Cogió el mando a distancia de la mesita de noche y encendió la tele que colgaba como un cuadro de la pared de enfrente. La imagen de Laura, en una conexión desde el lago de Riotinto, aunque en diferido, le hizo atar todos los cabos al instante. Un peso se originó en su pecho hasta dejarlo sin aliento, sintió el mareo llegar a tiempo de levantarse e ir corriendo al baño para echar hasta la primera papilla.

—¡Qué hija de puta!

Aquel debía ser un día maravilloso, el comienzo del reconocimiento que merecía y que llevaba esperando ya demasiado tiempo. Había pasado toda la noche sin dormir, analizando sus posibilidades, estudiando los pasos a seguir, el aumento a pedir y el puesto de trabajo que solicitaría a la cadena a cambio de no marcharse a otra en la que le ofrecieran mejores condiciones; claro que si se trataba de una nacional..., esas eran palabras mayores. Un canal nacional era el sueño de cualquier periodista de talento.

En estos momentos elegía la ropa que se pondría durante el día para hacer varias conexiones en directo. Llevaría en el coche media docena de mudas para poder elegir y no aparecer siempre con el mismo conjunto, así que debía centrarse en prendas que no se arrugaran con facilidad. Desde la cadena ya la habían apartado de su programa para darle preferencia y cobertura inmediata en los informativos, a cualquier hora, aunque tuviera que interrumpir el mismísimo programa de Juan y Medio, o peor aún, el de la copla. Decidió que necesitaba salir de tiendas porque, a pesar de no saber dónde meter tanta ropa en un apartamento tan pequeño, si todo salía como había calculado, pronto viviría en Sevilla o Madrid, en una casa acorde a su nueva posición y

necesitaría trajes y vestidos como los de una presentadora seria y no tanta ropa casual de sus años de reportera.

Su apartamento tenía dos estancias principales, el dormitorio, del que se accedía a un pequeño aseo con ducha, y el salón con cocina americana. Al menos era luminoso, céntrico y el casero permitió que lo pintase y adecentase un poco, con muebles de Ikea, que no estaba la economía para derrochar. Se suponía que era algo temporal, pero ya llevaba seis años allí metida y cada vez sentía más claustrofobia. Pasó frente al espejo de la puerta del armario y observó cómo la luz que entraba por la ventana hacía brillar su cabello; por enésima vez en los últimos meses pensó en aclarárselo un poco. Casi todas las presentadoras eran rubias o lo tenían más claro que ella, salvo Ana Rosa, la mejor. Llevaba toda la vida con su color castaño natural y le gustaba tenerlo así, pero a veces le daba por pensar que podría ser un freno en su carrera.

El teléfono sonó en el peor momento, justo cuando elegía unos complementos ante el espejo. ¡Qué coñazo! Llevaba así toda la mañana. Dejó que sonara, pero volvió a insistir al cabo de unos pocos segundos. Aquello rayaba en el acoso. Se acercó para sacarlo del montón de ropa bajo el que sonaba con estridencia y vio un número en la pantalla que no reconocía. ¿Qué hacer? Quizá fuera algún pesado para gastarle una broma, quizá un canal para ofrecerle algún contrato, quizá un confidente que aparecía para aprovechar el tirón de la noticia, quizá, quizá, quizá...

—¿Sí, quién es?

—Alguien decepcionado.

La voz de Marcos supuso una caída mortal hacia el suelo. Llevaba tantas horas volando entre las nubes, sin siquiera haber pensado que había traicionado a un exnovio y que se había metido, sin lugar a dudas, en un atolladero con la policía, a la que debía mimar y no hacerle jugarretas como la de la noche anterior, que ya pensaba estar libre de toda responsabilidad y que nadie podría molestarla ni aguarle la fiesta de su éxito.

—Esto... No sé qué decirte. —Usó su voz más melosa y arrepentida, quizá funcionase. Tal vez Marcos aún sintiese algo por ella, algo que pudiera usar para escabullirse del error y proporcionarle algún beneficio futuro.

—Un «perdona, he sido una inconsciente y te he jodido la vida sin importarme una mierda porque soy una egoísta» serviría.

«Mierda, de nada me sirve la voz de corderito si Marcos no puede ver mis ojos llorosos y mi labio temblando. Necesito verle y pedirle perdón en

persona, quizá logre sacar algo más para la investigación».

—Lo siento, lo siento de veras. No pensé que filtrar a la prensa que aquello era un crimen supusiera un contratiempo para ti.

—¿La palabra confidencial no significa nada para ti? ¿Eres periodista y no sabes que no se puede informar de nada que no haya sido oficialmente declarado por los medios policiales?

—Sí, te entiendo. La cagué, pero... Es que no lo comprenderías. No sabes lo que es estar siempre entrevistando a pueblerinos que... Necesitaba salir del agujero, ni siquiera pensé que te perjudicaría. Lo hice como quien se agarra a un clavo ardiendo, sin considerar las consecuencias. No espero que lo comprendas pero, al menos, acepta las disculpas y dame la oportunidad de compensarte. Si sacas un hueco y podemos tomar un café o un almuerzo...

—¿Te imaginas lo que ocurriría si me viese mi comisario o un periodista nos hace una foto mientras comemos juntos? ¿Te has vuelto loca? Tengo que estar dentro de menos de una hora en el despacho de mi superior para saber si estoy suspendido de empleo y sueldo... y tú me pides que almorcemos. En fin, no debí llamarte, ya suponía que sería una estupidez.

Laura no pudo responder, la conversación había terminado, aunque no como le hubiera gustado. Decidió dedicar unos minutos, antes de volver a la ropa, a pensar en todo lo que Marcos había significado para ella aquellos años que ya casi había olvidado. Necesitaba enviarle un mensaje de texto o un wasap que expresase lo decepcionada que se sentía consigo misma, y debía ser real, no solo parecerlo. Guardó el número en la agenda del móvil, la noche anterior lo olvidó ante la presión y los nervios de hacer el directo. En este momento fue consciente de que, en el fondo, comenzaba a sentirse muy culpable; nunca se había imaginado, sobre todo cuando estudiaba la carrera, que acabaría pisoteando a nadie por progresar, menos aún a alguien que le importase.

Se podía sentir el relente de la mañana a pesar de que el reloj marcaba ya las nueve y siete minutos cuando todos los consejeros y los concejales se encontraban sentados alrededor de la mesa que presidía Manuel, el alcalde de Minas de Riotinto. Una localidad que se había sustentado, y lo seguía haciendo, en la actividad minera. El árido entorno y la constante lucha por la supervivencia, que dependía de encontrar suficiente mineral y que hubiese

empresas interesadas en comprarlo, había hecho de sus habitantes personas ariscas y fuertes. Nunca había logrado despegar como lugar turístico, a pesar del paisaje único en el mundo que ofrecían la mina a cielo abierto más grande de Europa y un río donde incluso la N.A.S.A. había hecho innumerables pruebas por su parecido con el planeta Marte. Por desgracia, los jóvenes emigraban a la capital y los mayores soñaban con tiempos ya pasados.

—Salimos en todos los canales de televisión y en todos los periódicos, ya verás cómo este verano batimos el récord de asistencia durante las fiestas del pueblo —dijo con entusiasmo el concejal de festejos.

—¿Crees que me importa cuánta gente venga al pueblo en fiestas? —le espetó el alcalde—. Aquí lo que tenemos que tratar es la forma en la que esta noticia afectará a la imagen del pueblo. Los ciudadanos tienen miedo al pensar que hay un asesino de niños. Por si no fuera ya una catástrofe que muchos se hayan ido a la capital por quedarse sin empleo, y que otros que siguen trabajando en la mina se hayan mudado a El Campillo, Nerva o La Dehesa, ahora también se marcharán otros tantos por miedo. En veinte años hemos perdido un veintidós por ciento de población y no parece que la tendencia vaya a cambiar.

—Pero estas cosas pasan en todas partes. No creo que nadie se mude a otro lugar porque hayan matado a un crío —añadía Javier, concejal de cultura y actividades.

—Yo opino igual —dijo Matías mientras atusaba un bigote que parecía un hámster dormido bajo su nariz.

—¿Seguro, Matías, estás seguro? Porque todos nos jugamos el puesto.

El sargento de la Guardia Civil, invitado a la reunión para aportar información de primera mano sobre la investigación, se mostraba escéptico. Llevaba toda la vida en el pueblo, y antes que él todos sus antepasados hasta donde su mente recordaba. No cabía en su cabeza que nadie pudiera recoger los muebles y mudarse a otro sitio por una anécdota como aquella.

—A ver —respondía el sargento—, los crímenes ocurren en todas partes, sobre todo por culpa de los videojuegos, de las películas y de los padres que no dan dos hostias a sus hijos a tiempo. Cuando detengamos al cabrón que lo ha hecho, todo se olvidará, volveremos a la rutina.

—Más te vale, Matías, más te vale.

—Bueno, las investigaciones por homicidio corren por parte de la central de Policía Nacional de Huelva.

—Pero eso no impide que puedas investigar por tu cuenta, ¿verdad? Igual

que ayudar para que todo se resuelva lo antes posible.

—No, claro.

Matías acababa de comprender que se habían acabado de golpe sus partidas de dominó al mediodía en el bar San Juan, sus momentos de cerveza y tertulia en la cafetería Soleá y, por descontado, sus fines de semana jugando al golf en el club Corta Atalaya. Ahora le tocaría trabajar de verdad, en un caso difícil y en el que tendría que competir con la Policía Nacional. Aquellos niños de ciudad verían cómo trabaja un investigador de verdad.

El pleno del ayuntamiento continuó tomando decisiones con respecto a la nueva y complicada situación a la que se enfrentaban, sobre todo, creando un departamento de atención a los medios que llamaban sin cesar. Había dos vecinos en paro en el pueblo que habían cursado la carrera de periodismo, pero consideraron más oportuno dar ese puesto a Emilio, el yerno del alcalde, así no haría el zángano todo el día.

A las diez se dio por finalizada la reunión y todos se marcharon a sus quehaceres diarios. Para entonces, Matías ya tenía a dos agentes investigando por el pueblo, haciendo preguntas a los vecinos, y dos más buscando huellas en los alrededores del lago. El alcalde abandonó el último el edificio. Buscaba su coche en el aparcamiento cuando fue abordado por una señora octogenaria, dándole un susto de muerte mientras trataba de encontrar las llaves en sus bolsillos.

—Buscad más abajo. Más abajo.

—¿Qué dice, señora? —Debía ser del pueblo, pero Manuel no recordaba conocerla.

—Debéis buscar en las profundidades, donde siempre se esconde. El diablo ha llegado por fin para llevarse a los pecadores del mundo. Y aunque se disfraza de ángel, no es más que un demonio.

Manuel vio cómo se marchaba tras aquellas palabras y un escalofrío le hizo estremecerse. Entró en el coche y puso la calefacción a toda potencia. Aún permaneció unos minutos sentado en silencio antes de partir a su casa.

Tantos años confesando pecados menores, tantos sentimientos de culpa por nimiedades que las beatas del lugar consideraban crímenes imperdonables, tantas horas en aquel confesionario bostezando y esperando a que se marchase el último feligrés para continuar con sus labores diarias, que

jamás hubiese imaginado las sensaciones amargas y asfixiantes que padecería al oír la narración del asesinato del pequeño Miguel, al que aún recordaba cómo lo bautizó cuatro años atrás.

Esa voz suave y dulce, tan familiar para él; esos ojos profundos de ángel caído; ese tono, casi divertido, al contar cómo se lo había llevado de la puerta de su misma casa, metido en el maletero de su coche, gritando y pataleando todo el camino sin que ningún vecino lo oyese. Regocijándose al detallar cómo le había llevado sobre el hombro a través de la maleza y le había arrancado la ropa antes de sumergirlo en el agua, hasta que dejó de resistirse y volvió a sacarlo para grabar con un cuchillo un símbolo sobre la piel de su pequeña espalda. Aquel demonio le había contado que todo lo hacía por el pueblo, que el sacrificio que estaba haciendo daría unos beneficios inimaginables para todos.

El monstruo se marchó del confesionario con su penitencia y el padre Gabriel comprobó quedaban dos señoras más a la espera, pero no se sentía con fuerzas para atenderlas. Corrió hasta refugiarse en la sacristía, necesitaba calmarse y controlar las ganas de vomitar. ¿Cómo había ocurrido aquello? ¿Cómo un hombre tan devoto y culto...? El diablo se había introducido en él, no había otra explicación posible a aquella barbarie. Incluso recordaba cómo los dos habían coincidido, el asesino y la madre del niño, ambos fieles devotos, en varias ocasiones por la iglesia.

¿Qué ocurriría ahora? No había arrepentimiento en sus palabras, así que podría volver a cometer otra locura. Nunca había maldecido, pero Gabriel necesitaba desahogarse de algún modo y gritó «¡maldito secreto de confesión!». No le importó si alguien le oía desde el templo. Una sensación de pesadez oprimía su pecho, como si se estuviese creando un tumor ponzoñoso que se extendía lentamente por todo su cuerpo. Necesitaba expulsarlo, le quemaba en su interior. Esa tarde iría a la capital a confesarse con el obispo y pedir consejo.

Salió de la sacristía y volvió a entrar en el confesionario, pero ya no era el mismo, ni aquella pequeña cabina de madera lo sería nunca más.

Justo frente al ayuntamiento, en la cafetería Soleá, varios vecinos no daban crédito a la noticia con la que habían despertado esa mañana. Algunos debatían sobre la gravedad del asunto, enfrentados a quienes consideraban

aquello como una simple anécdota que podría haber ocurrido en cualquier otro sitio.

Inés, la dueña del local, trataba de imponer algo de paz en los ánimos de sus clientes. Llevaba allí años suficientes como para saber que tanto jaleo no pasaría de una acalorada discusión como las que presenciaba cuando había derbi de fútbol o se aproximaban las elecciones. Madrugar cada mañana con aquel frío y tenerlo todo dispuesto para acoger a los fieles tertulianos, aparte de cuidar a su hija pequeña, era bastante trabajo como para tener que oír discusiones acaloradas desde tan temprano. Además, aquella noticia que había escuchado justo antes de irse a dormir la noche anterior no le permitió pegar ojo hasta la madrugada. Pensó en el duro trago que estarían pasando los padres del pobre niño.

—¡Qué miserable hay que ser para matar a una criatura tan pequeña!

—Eso ha sido el padre. El Mulo ha sido siempre conflictivo, no es un mojino, los suyos venían de Nerva. Y la gente de fuera siempre trae problemas.

—Aquí no es mojino ni el alcalde —intervino Inés—. Pocos hemos nacido en el pueblo; y los que sí, sus padres o abuelos vinieron a trabajar a la mina desde fuera.

—Y que el Mulo no se entere de lo que acabas de decir, o el próximo en salir en las noticias serás tú —añadió otro parroquiano.

—Buenos días a todos. Inés, ponme unos jeringos y un cortado, por favor. —El recién llegado era Javier Sánchez, el concejal de cultura y actividades, que acababa de salir de la reunión con el alcalde.

—Te veo cansado, Javier —respondió la chica.

—He dormido poco, hay mucho que hacer con todo lo que está ocurriendo. —El resto de clientes lo miraban, expectantes por si decía algo relacionado con el caso.

—Bueno, ¿no nos vas a contar nada? —Preguntó uno de ellos tras unos minutos de espera.

—¿Nada de qué? ¿Qué os tengo que contar yo a vosotros?

—No te hagas el farruco y larga lo que sepas de la muerte del crío.

—Yo sé lo mismo que vosotros, lo mismo que dice la tele a todas horas. —Señaló el televisor en el rincón, que daba un especial sobre el caso en Antena3—. Así que no me busquéis las cosquillas que bastante tenemos ya con esa filtración a la prensa como para andar de rumores por el pueblo.

—¿Tú crees que haya podido hacerlo el padre?

—¿Quién piensa una barbaridad como esa?

—Bueno, en muchas ocasiones... la tele... ya sabes.

—No, no sé nada, y vosotros menos. Así que dejad ya de decir tonterías, y menos si se tratan de Paco, que ya conocéis todos cómo se las gasta.

Con la conversación, tanto el café como los churros se estaban quedando fríos, así que Javier hizo un gesto de desagrado que no pasó desapercibido para Inés, pero ella miraba con disimulo hacia otra parte. Bastante tenía con la que le estaban formando esa mañana como para tener que ponerle al cliente otro desayuno por habersele enfriado. Que se hubiese ido a una mesa a tomárselo y no haber entrado en la conversación.

A la chica le esperaba un día bastante movido, quizá una semana entera. En el pueblo nunca pasaba nada, solo rumores sobre el inminente cierre de la mina o la supuesta homosexualidad del hijo de algún vecino, sobre todo si era alguien recién llegado. Un crimen como aquel estaba suponiendo toda una revolución; al menos, tocaría madera para que llegase gente de fuera y periodistas que aumentarían los ingresos en su cafetería y en el pueblo en general.

Un sol radiante presagiaba que la sequía continuaría aquel invierno durante unos días más, aunque el viento helado le hizo estornudar al bajarse del coche para afrontar caminando los doscientos metros que le separaban de la puerta principal de la comisaría. Marcos había ensayado durante el trayecto las excusas que podría dar a su superior, pero ninguna de ellas le convencía. Bueno, tampoco había matado a nadie, así que la sanción no sería tan severa. Laura había asegurado que «fuentes policiales nos acaban de confirmar que la muerte del niño fue violenta», pero no había dicho lo de la marca grabada ni ningún otro dato, ni siquiera había dado su nombre, aunque él aparecía en todo momento en el vídeo al lado del cadáver. El asunto era complicado, pero albergaba esperanzas.

El comisario le hizo esperar algo menos de diez minutos, tiempo suficiente para sacar un café de la máquina y poder charlar brevemente con Irene, a la que solo conocía de la llamada de la noche anterior, durante la cena. La recepcionista tendría unos cuarenta años y, por las fotos sobre su mesa y la alianza en el dedo anular, estaba casada y tenía dos hijos pequeños. Era alta, delgada y llevaba el pelo corto y teñido de un rojo intenso, le

quedaba bien con aquellas gafas de pasta negra. Al principio le pareció aburrida o agobiada por su trabajo, percepción que tuvo al oír su tono de voz en cada llamada que hacía o contestaba, pero luego comprobó que se mostraba dispuesta y veloz cuando se trataba de avisos sobre denuncias. El tedio provenía de estar toda la mañana rechazando llamadas de la prensa, y eso le hizo sentir culpable. Irene no le lanzó ningún reproche por estar sufriendo el acoso de los periodistas. Quizá aún no le tenía suficiente confianza.

El despacho de Paco, el comisario, no era muy grande, pero los ventanales daban a la avenida Doctor Rubio y al puerto con la ría de Huelva al fondo. Marcos tocó madera, deseando tener la suerte de que le asignaran uno así. Era la primera vez que entraba en aquella comisaría y no sabía dónde se ubicaba su mesa. No le dio más tiempo para echar un vistazo por la estancia, su superior quería zanjar rápido aquel trámite.

Cuando Marcos salió, ocho minutos después, aunque para él fueron como cuatro horas, tuvo que sonreír como consuelo al saber que no le había degradado ni suspendido de empleo y sueldo, aunque debía andar con pies de plomo a partir de entonces para evitar otra estupidez como la cometida la noche anterior. El comisario le había leído, literalmente, el código de conducta policial y los castigos y penas por desobediencia o faltas leves y graves. Luego se centró en explicarle lo poco que valoraba su historial en Sevilla y su supuesto estatus de héroe, además de dejarle claro que allí llevaban décadas siendo todos iguales y no consentirían que llegase un niño mimado a exigir tratos de preferencia.

A Marcos le hubiera gustado decirle que él no era sevillano, sino onubense, y que no tenía ni había tenido en ningún momento intención alguna de ser considerado un héroe, una estrella o especial y diferente a los demás. Pero, por experiencia con tipos cabreados, le dejó hablar, asintió en silencio y se marchó con la regañina. Ya tendría tiempo, con suerte, de demostrar que trabajaba duro y era muy eficiente. Maldita Laura, pensó mientras se despedía con una sonrisa y un guiño de ojos cómplice de Irene, para volver al coche y atravesar la ciudad en busca del Anatómico Forense, ubicado en el sótano del hospital Juan Ramón Jiménez, donde quería ver los progresos que Maite había hecho con el cuerpo del niño en el depósito.

Llegó al lateral del edificio donde se mostraba el cartel del depósito de cadáveres, entró y se dirigió al ascensor. Pero cuando se abrió la puerta no pudo entrar, trataba de buscar su teléfono móvil entre los bolsillos para

atender la llamada.

—No me lo puedo creer. Tienes la desfachatez de llamarme otra vez.

—Quería volver a pedirte perdón. Espero que no te castiguen.

—Pues precisamente acabo de salir del despacho del comisario y no me ha gustado ni el tono ni el contenido de la conversación.

—Lo siento, lo siento de veras, lo siento mil veces. Y sigue en pie lo de tomar algo para decírtelo en persona. Si no quieres que te vean conmigo, ven a mi casa para almorzar.

—He quedado con mi hermana.

Laura vio que no se cerraba en banda, tenía una oportunidad y la aprovecharía, así tuviera que arrastrarse como no lo había hecho jamás.

—Pero tendrás que cenar también, ¿no?

—Eso suena a cita, y no me apetece.

—Solo en plan de amigos que se reencuentran y hablan de lo que ha sido de sus vidas durante estos años. Te lo prometo, nada de trabajo ni acercamientos de ningún tipo. Solo amigos, ¿vale?

—No sé, déjame pensarlo.

Marcos colgó, tenía demasiadas cosas en las que pensar; sobre todo en el caso, debía tratar de resolverlo, o al menos avanzar en él, para compensar aquel error que la propia chica había ocasionado.

Laura sonreía. A pesar de haberle colgado y de no aceptar aún la cena, conocía lo suficiente a los hombres como para saber que, si no esa misma noche, en otra ocasión acabaría por ceder y sucumbir a sus encantos. Marcos era un ex, y un ex nunca se priva de volver a repetir tras el paso de los años.

—¿De cuánto estás? ¿Aún no te has pedido la baja?

—Solo estoy de siete meses y medio, y mi anterior hijo nació dos horas después de realizar una autopsia. Ningún embarazo me separará de este trabajo tan alucinante.

—Te juro que no tengo ni idea de si me estás vacilando o hablas en serio. Sigo sin pillarte el punto.

—Ja, ja, ja. Qué gracioso es el nuevo. Si los que llevan aquí diez años no me lo han pillado aún, ¿lo vas a hacer tú en menos de un día?

Marcos sonreía por compromiso, ya que seguía sin saber con seguridad de cuántos meses estaba embarazada y si aquello de trabajar hasta el día del parto era cierto. Aunque no había ido allí para charlar, quería conocer los avances que había tenido la forense sobre el cuerpo.

—Tengo dos cadáveres en lista de espera antes del de ayer, pero el niño

ha suscitado tanto interés por parte de los medios que desde arriba nos han metido prisa y me he puesto desde primera hora con él.

Maite le dio una barra de Mentol, observando de soslayo si lo usaba o no. Marcos quería hacerse el experimentado, pero hubiera quedado peor si echaba la papilla en cuanto le llegasen los olores de la descomposición del cuerpo mezclado con el formol, alcohol y otros químicos que se usaban en las autopsias, así que frotó la barra por su labio superior y notó al instante como una descarga eléctrica insensibilizaba su olfato y su mente se aclaraba milagrosamente. Aquello era mejor que un café triple. La forense se dirigió a una de las mesas metálicas y quitó la sábana que cubría el cuerpo desnudo del niño. El inspector se alegró de haber usado el Mentol.

El cuerpo se veía aún más blanco y menudo que la noche anterior bajo los focos que ahora lo iluminaban en aquel lugar gris y mortecino. La enorme cicatriz en forma de Y que recorría su tórax y abdomen indicaban que Maite había terminado, al menos, la primera parte de su trabajo. La forense no se hizo de rogar y comenzó a explicarle:

—El estado de los pulmones no deja lugar a dudas, la muerte se produjo por ahogamiento. He analizado también las marcas de los hombros y clavículas, fueron producidas por dos manos que ejercieron una fuerte presión durante un largo rato, varios minutos.

—¿Hombre o mujer?

—Siendo un niño tan pequeño, aquellas marcas podría haberlas provocado incluso otro niño un poco más mayor, pero la separación entre los dedos indican que son manos de adulto, grandes. Diría que un hombre o una mujer corpulenta.

—¿Dedos? ¿Tenemos huellas?

Maite se encogió de hombros.

—No, ni siquiera parcialmente borradas. Debió usar guantes.

—El caso será complicado —susurró para sí.

—Por cierto, olvidaba hablarte del grabado sobre la piel. Sin duda se lo hicieron una vez muerto, ya que no hay síntomas de hemorragia en los cortes.

—¿Puedo verlo? Claro, le daré la vuelta al cuerpo, ayúdame. —Hizo un gesto señalando su enorme tripa y Marcos se apresuró a colocarse guantes de látex que había sobre una caja al lado de la mesa.

—¿Ves? La precisión es algo chapucera. El asesino o asesina no es buen médico ni dibujante, pero está realizado con algo muy afilado.

—Quien lo matase, sacó luego el cuerpo del agua para hacer el grabado.

—Sí, las marcas en los talones de los pies corroboran que fue arrastrado unos metros, lo agarraría de las axilas para tirar de él así. —Imitó el gesto con su propio cuerpo, un tanto cómico con las trenzas rubias y la enorme tripa, pero Marcos no movió un músculo de la cara.

—¿Sabes qué puede significar ese triángulo?

—No, quizá sea una firma.

—¿Una firma?

—La de un asesino en serie.

—No me jodas, eso solo ocurre en las películas. En la vida real, y más en España, la gente puede matar por muchos motivos, pero asesinos en serie... mejor ni lo menciones.

—No me puedo creer que te hayas acordado de venir a ver a tu pobre hermana y a tu sobrina. Ya esperaba verte solo de Navidad en Navidad.

—Bueno, no me machaques, ya sabes que este trabajo absorbe mucho.

—Pero estás a tres cuartos de hora en coche, no tienes excusa.

Ya cuando tomaba el desvío de la avenida de Andalucía, Marcos pensó en lo mal hermano y tío que era. El edificio casi terminado de construir frente a la urbanización en que vivía Rosa le sorprendió, era un solar la última vez que las visitó a ella y a la pequeña Cristina.

—Lo sé. Aunque tengo que contarte una sorpresa. Acabo de incorporarme a la comisaría de Huelva. Así que me tendrás molestando o viniendo a comer a menudo.

—¿En serio? No imaginas lo bien que me vendrá tener un canguro para Cristinita cuando tenga que hacer recados.

—Ja, ja, ja. No creo que a mi superior le gustase que las horas de trabajo, pagadas por el contribuyente, las usase para eso. Pero quién sabe... Y hablando del diablo, ¿dónde está mi sobrina favorita?

—Pues siendo martes, está en la guardería. Cuando Paco salga del colegio, la recogerá y llegarán a tiempo de almorzar.

—No sé en qué día vivo. ¿Qué tal le va a Paco? Aún sigue en el colegio de Almonte.

—Claro. Por el momento no piensa pedir cambio de destino, se siente muy integrado y cómodo allí.

—Bueno, mientras no le importe conducir todos los días.

A pesar de la ausencia de sus padres, tras un trágico accidente de coche varios años atrás, lograba reencontrarse con las casi olvidadas sensaciones cálidas que provocaba una familia siempre que visitaba a su hermana mayor. Ella había formado una familia nueva, tomando pedazos rotos de la anterior y sumándolos a otros nuevos, para lograr algo muy parecido a la felicidad y el calor que toda persona necesita cerca en momentos difíciles. Por ese motivo se sentía culpable al no haber compartido con ella sus últimas experiencias, miedos y dudas.

—Acompáñame a la cocina, creo que se está quemando la comida. Y cuéntame lo del traslado, señor importante. Espero que me enseñes esa medalla que te dieron. Por cierto, antes de que me olvide, los telediarios no paran de hablar del niño asesinado en Riotinto; ¿qué sabes del tema? Tiene que haber sido tremendo para los del pueblo, con lo tranquilo que es aquello.

—Ya sabes que no puedo hablar del trabajo, no puedo filtrar ningún dato de mis investigaciones —dijo mientras sacaba una coca-cola del frigorífico.

—¿Estás llevando el caso? No tenía ni idea —Marcos no sabía si creerla, ya que aparecía de fondo en las imágenes grabadas por Laura, claro que no tenían muy buena definición—. Allí y en los pueblos de los alrededores deben de vivir aún algunos de nuestros amigos de la época en que veraneábamos en El Pozuelo: Javier y Moises, Rocío y Almudena, Laura y sus hermanas...

—Sí, seguro que sí. Aunque no tengo mucho tiempo para socializar, ya me entiendes. —Prefería no pensar en esa cena pendiente con Laura, ni hablarle de ello a Rosa para no tener que soportar sus risas y preguntas indiscretas; además, aquello lo distraía demasiado y podría perjudicarle en el caso y en su trabajo en general.

—Bueno, si ves a alguien, dale recuerdos de mi parte.

—Se los daré, descuida.

—¿Dónde vas a vivir? ¿En la ciudad o buscarás piso en un pueblo cercano?

—Ya alquilé un apartamento cerca de aquí, se puede llegar caminando en unos pocos minutos cruzando el parque que hicieron sobre Patiño. En la calle Sanlúcar de Guadiana, cerca del asador Cuesta, ¿lo recuerdas?

—Sí, donde papá tenía la plaza de garaje. Eso está aquí al lado. Y hablando de comida, te quedarás a almorzar, ¿verdad?

—Claro que sí, ya sabes que no me entiendo muy bien con la cocina. Y así aprovecho para ver a la pequeña y a Paco.

Aquello debía ser una broma de mal gusto. No bastaba con lo que había hecho y cómo se había arriesgado con Marcos, desde arriba le pedían que siguiera presionando a la policía y a sus confidentes para dar nuevos detalles sobre el crimen. Aseverar que era un asesinato y no una muerte casual, y ser la única reportera que había estado presente en directo para dar la noticia, no era suficiente. En cuanto otro periodista diese algún detalle escabroso y secreto, todo su éxito se esfumaría y volvería al agujero del que había salido solo unas horas antes. Incluso le habían ofrecido presentar un programa si continuaba como punta de lanza en todo aquel caso, que actualizaba y relegaba al segundo plano a otros famosos sucesos de asesinatos o desapariciones de niños en España.

Todos los canales de televisión estaban revolucionados y saturados bajo las miles de llamadas de televidentes que deseaban saber más sobre el caso. Aquello era un bombazo y, por ahora, solo tenían las imágenes de Laura y su cámara. La chica debía aprovechar el momento y no dejar que todo acabase en un intento de principiante. No podía dejarse pisar aquella oportunidad que le había llovido del cielo.

Encendió el televisor y cambió de canal varias veces, comprobando que todos ellos habían enviado a sus reporteros y presentadores para informar en directo desde la zona; claro que allí solo quedaba el lago y trozos de cinta de plástico blanquiazul por el suelo.

—Habéis llegado tarde, chicos. Más suerte la próxima vez —le dijo a la pantalla.

Aquella sensación de superioridad, de haber logrado lo que los otros ni soñaban conseguir, le dio fuerzas y se lanzó a por el teléfono móvil. Envío un wasap a Marcos para insistirle sobre la cena y le dio la dirección de su casa.

No había hecho más que confirmar el envío cuando su vista se paseó por la habitación, que no mejoraba en limpieza y orden al resto del apartamento. Si Marcos aceptaba, debía recoger y limpiar, aparte de hacer la comida... Pero qué cosa más absurda, mejor comprarla en algún restaurante de la zona. Si deseaba reconciliarse con él, recibir su perdón y lograr algo más de información, la velada debía salir perfecta.

«Necesito ir a la peluquería, hacerme las uñas y luego ordenar todo este caos».

Marcos llegó puntual, a pesar de que ella dudó durante toda la tarde de que asistiese finalmente. Tras confirmarle que cenaría con ella, aceleró el ritmo y logró llegar a tiempo de la peluquería y la manicura para recoger y limpiar. Por suerte, la atendían con preferencia en el salón de belleza a cambio de algo de promoción en sus cuentas de Instagram y Facebook. Solo necesitaba hacerse unos selfies y publicarlos con las etiquetas y *hashtags* adecuados.

Marcos traía una botella de vino tinto y vestía impecable. Laura corroboró su teoría sobre el excelente estado físico y el buen gusto en el vestir de los hombres solteros sobre los casados. Tenía una teoría, que nunca fallaba, sobre el deterioro y la dejadez de los hombres cuando se colocaban el anillo; y más aún cuando comenzaban a tener hijos como conejos.

—Puedes dejar la chaqueta en este colgador.

—Gracias, me alegro de que tengas calefacción. Desde que he regresado a Huelva, la humedad me está matando, casi no la recordaba tras los años en Sevilla.

Laura tardó en reaccionar a sus palabras, Marcos estaba aún mejor bajo la americana de lo que había percibido la noche anterior. Tuvo que hacer un esfuerzo para no mostrarse demasiado entusiasmada y seguir con la conversación.

—Uno siempre se hace al clima del lugar en el que vive durante una temporada. Por cierto, ¿vives ahora lejos de aquí?

—No, en la zona de Fuentepiña.

—Genial, habrás venido andando.

—Sí, por aquí es difícil aparcar. ¿Qué es eso que huele tan bien?

—Es la cena. No he tenido mucho tiempo de cocinar y la he pedido a un restaurante de la calle, pero descuida, está muy buena.

—Ya comprobé que estás muy atareada.

A la chica no le pasó desapercibido aquel comentario.

—Vaya, no imaginas cómo siento haberte fallado. Espero que no te hayan abierto un expediente por mi culpa.

—En realidad fue culpa mía, debí mantener la boca cerrada anoche.

—No, fui yo. No sabes la de puertas cerradas que te encuentras en esta profesión. Al final, acabas subiendo cuando tienes un golpe de suerte o cuando accedes a... Mejor no te lo digo.

—Ya imagino. Veo que el sector está igual de mal que la imagen que siempre ha dado.

—Tú lo has dicho, pero pasa, por favor, no nos quedemos en el recibidor todo el rato. ¿Qué quieres beber? ¿Estás de servicio?

—No, prefiero algo de vino, si tienes.

Lo que comenzó con una conversación casual y una puesta al día sobre los años pasados, sorprendiéndose el uno al otro al haber estudiado ambos en la Universidad de Sevilla, él criminología (tras terminar derecho en Huelva) y ella periodismo, fue relajándose mientras la botella de vino se agotaba. Nada que ver con la amarga experiencia de sus excompañeros de universidad dos días antes. Los recuerdos del pasado, anécdotas picantes y reproches divertidos por no haberse llamado durante ese tiempo, comenzaron a relajar los ánimos algo fríos y distantes que la filtración del caso había provocado. Ni siquiera mencionaron la última noche que pasaron juntos, un momento especial que había quedado grabado en sus mentes, pero que aún no se sentían con la suficiente confianza como para traer de vuelta. Laura había apagado las luces y se observaban bajo el tintineante resplandor de un candelabro, con tres velas casi consumidas, que les separaba en la mesa.

—¿No has realizado emisión hoy?

—No, mañana pasaré todo el día en el pueblo. Emitiremos desde el lago y desde las calles, tratando de preguntar a los vecinos y de ver si alguna fuente oficial desea hacer declaraciones.

—No parece muy divertido.

—Así es esto, igual que en tu trabajo. Casi todo el tiempo se pasa esperando a que llegue un dato estando en el lugar y momento adecuados. ¿Y tú? ¿Has vuelto al pueblo?

—No, tuve cosas que hacer en la comisaría esta mañana y luego he pasado la tarde comprando unas cosas y coordinando el operativo local. Los civiles y la Policía Local del pueblo se encargarán de tareas de búsqueda de pruebas y atención telefónica, aunque mañana me incorporaré con mi nuevo compañero a las labores de campo. No puedo decirte más.

—Lo entiendo, no tienes por qué contarme nada. Y sé que voy a parecer un loro por repetirlo tanto pero, vuelvo a disculparme por lo de anoche.

—No te preocupes, no he tenido nada que lamentar. Al final no he recibido ninguna sanción ni tendremos que desmentir que ha sido un homicidio. Ups, vaya, creo que he vuelto a hacerlo. No debería hablar del caso.

—No lo hagamos, entonces —respondía ella—, aunque es tan aterrador que alguien asesine a un niño pequeño. Sus padres deben estar destrozados.

Al menos yo lo estaría, y eso que nunca he tenido hijos.

—Sí, mañana me tocará hablar con ellos. Espero que dos días sean suficientes para dejar un tiempo respetable de duelo, no puedo prolongar esa tarea por más tiempo.

—Así sales de la humedad de la capital, aunque en la sierra hace más frío.

—Ahora hablamos del tiempo, no está mal.

—Bueno, no quiero que hablemos del caso, así no se me escapará nada si hago otra conexión informativa.

El reloj marcaba la una y diecisiete minutos de la madrugada y Marcos aún estaba frente al ordenador. Había regresado a las doce y, justo después de darse una ducha y tomar otra pastilla de paracetamol, había estructurado las tareas del día siguiente y ahora buscaba en internet algo relacionado con el triángulo grabado sobre la piel de la espalda del niño. Un símbolo tan genérico mostraba demasiados resultados dispares entre sí: delta, el número cuatro, cifrado de acorde musical, una constelación...

Aquello no tenía sentido. No esperaba encontrar nada fiable hasta hablar con los padres y descubrir si tenían algún enemigo, si arrastraban rencillas familiares pasadas, si habían tenido ellos o el niño algún altercado cercano con algún vecino; incluso, aunque pensarlo le repugnaba, si los propios padres se mostraban con una conducta extraña que les delatase como presuntos autores.

No le apetecía pensar en todo eso justo antes de dormir, pero siempre era mejor que dejarse llevar por los sentimientos hacia Laura que había notado despertar de su letargo durante la cena. La chica no le pidió que se quedase ni hizo ningún intento por avanzar algo más allá de una simple cena de amigos, como tampoco él lo intentó, pero entre ambos se apreciaba una química que podría conducirles a un error, especialmente a él. Tan solo dejarse ver con ella por la calle le supondría problemas de cara al comisario.

En el piso en el que habían terminado de cenar una hora antes, la chica tampoco lograba dormir, se debatía entre los sentimientos que habían aflorado, los recuerdos de un pasado que se le antojaba perfecto, la necesidad de obtener un cargo de presentadora antes de cumplir los treinta y el miedo por decepcionar a Marcos otra vez.

El ordenador portátil sobre su regazo mostraba una página en blanco en el procesador de texto desde hacía una hora. Siempre se sentía inspirada cuando escribía desde la cama las entradas de las entrevistas que realizaría el día siguiente, pero ahora no lograba concentrarse en qué más decir sobre aquel caso. Lo único que podría añadir era la confirmación policial de que se trataba de un homicidio, pero aquello era una chorrada, todo el país lo pensaba desde el día anterior. Necesitaba algo más, necesitaba carnaza, pero aún no tenía un claro ganador en su debate interno. ¿Qué hacer? ¿Lo más beneficioso para su carrera o lo que su corazón le dictaba?

No tenía más remedio, debía pensar en ella.

11 de noviembre de 1917

Cuántas muestras de apoyo, cuánto amor recibido, cuántos saludos de vecinos que antes pasaban de largo con la barbilla alta. Ahora todo es diferente. El paraíso en la tierra se me ha mostrado como un camino de sacrificios y recompensas, gracias Todopoderoso por tu sabiduría, por tus consejos que, aunque mudos, llegan a mi mente nítidos como el canto de los pájaros al alba. Porque así como me indicaste lo he hecho, honrándote con mis únicas riquezas, con el más valioso fruto de mi cosecha.

Dos días llevamos en el pueblo buscando a mi pequeño Miguel, dos días de pena, de continencia, de ayuno y austeridad; pero también de regocijo y dicha. Todo gracias al Señor. La palabra de Cristo more en abundancia en nosotros, enseñándonos y exhortándonos unos a otros en toda sabiduría, cantándote con gracia en nuestros corazones con salmos e himnos y cánticos espirituales.

Gracias mi Dios, tu mensaje llegó a mí y el sacrificio no solo limpió mi alma, sino también las del resto de pecadores del pueblo. Incluso los compañeros de la mina han dejado de gritar, de lanzar lujuriosas afirmaciones sobre las mozas solteras, de pelear con el prójimo, de sentir envidia y avaricia. Parecen sumidos en una constante plegaria cuando se encuentran cerca de mí. Todo esto no puede ser fruto de la casualidad, un cambio maravilloso se ha obrado en el alma de cada uno de tus siervos.

Quiéreme, ámame como yo te amo a Ti. No dejes que la luz abandone de nuevo a este, tu Abraham.

Las niñas lloran y rezan a diario, si supieran lo afortunadas que son por poseer la misma sangre que se ha sacrificado por los pecados del mundo. La bondad que mueve mis acciones está ya obteniendo la recompensa prometida. Me sacrificué gustoso, mi Dios, no escatimando a mi propio hijo, al contrario, te lo entregué por todos nosotros. ¿Cómo no habría de daros generosamente, junto con él, que murió por los malvados, todo lo que poseo?

Aún no percibo tu voz, mi Señor, aún..., pero noto tu proximidad y asentimiento en cada paso que doy, en cada amanecer que contemplo, en

cada golpe de aire que respiro. Me siento integrado, valorado y respetado por primera vez en la vida, tanto mi cuerpo aquí en la tierra como mi alma allá en los cielos.

El pago fue alto, pero justo.

15 de noviembre de 2017

Le resultaba curioso ver el vaho en las ventanillas del coche a pesar del sol que castigaba con fuerza a quienes se refugiaban esa mañana tras un cristal. La temperatura en el exterior era de tres grados y el viento soplaba con tal intensidad que le obligaba a contrarrestarlo con el volante cada dos por tres. Recordaba aquella zona de un verde más intenso, claro que hacía muchos años que no pasaba por allí y la ausencia de lluvias dejaba su marca personal en el monte.

Aparcó el coche en el mismo lugar donde lo había hecho el lunes por la noche y pudo comprobar cómo había cambiado la zona en solo treinta y seis horas. No quedaba ya ni un trozo de la cinta policial, el suelo era un mosaico de huellas de neumáticos y de zapatos de todo tipo. No quedaría un solo periodista en cien kilómetros a la redonda ni vecino del pueblo (y alrededores) que no hubiera ido a curiosear. «El ser humano no puede resistirse a esa droga que es la curiosidad mezclada con el morbo», pensó.

Eran las nueve menos cuarto de la mañana y, mirando el suelo embarrado de tonos amarillentos y ocre, agradeció haber comprado la tarde anterior un par de mudas de pantalones, chaquetas y botas de montaña en el Decathlon. En silencio, a su lado y también ataviado para la ocasión, le acompañaba el que había sido asignado como su compañero, David Sobrá. Un tipo enorme, y eso que Marcos sobrepasaba el metro ochenta, con el que casi no había cruzado palabra durante el trayecto desde la capital, ya que iban aún medio dormidos, pero al inspector le dio la sensación de que el chico apuntaba maneras.

—Es asombroso cómo cambia la percepción y las sensaciones que transmite esta zona cuando uno la observa durante el día.

—Sí —contestó David—, da la sensación de que hemos hecho una herida mortal al planeta, por la que se desangra lentamente a través del río.

—Cuando era un chaval, veraneaba cerca de aquí con mis padres y mi hermana. Entonces siempre pensé que, si el diablo deseara subir de los

infiernos a la tierra, usaría esta puerta que nosotros mismos hemos abierto.

—Y quizá no te equivoques.

—¿Cómo?

—Hay que ser un demonio para matar a un niño pequeño.

Los dos permanecieron en silencio unos minutos, soplándose las manos enguantadas para calentarlas y tratando de olvidar aquel razonamiento macabro.

Una suave niebla deambulaba moribunda por la zona y el relente hacía que Marcos tuviese que limpiarse la nariz cada pocos minutos. Si no estaba constipado, le faltaría poco para necesitar unos días de reposo y medicación. Apuntó mentalmente que debía comprar más paracetamol y alimentarse bien, luego miró sus zapatos y esbozó una leve sonrisa. «No todo está perdido, al menos hoy mantendré los pies secos y calientes».

—No encontraremos nada en esta zona, pero podemos observar caminos que lleguen hasta aquí —apuntó.

—Bueno, lo más fácil es llegar en coche por la carretera, por donde hemos venido nosotros.

—Pero esa carretera comunica los pueblos de la zona y está siempre transitada, incluso de noche. El asesino, si quiso asegurarse no ser visto mientras mataba al chico y le grababa la marca en la espalda, debió elegir otra forma de llegar más discreta. —Marcos se evadió de la situación, dejando que su mente trabajase como la de un psicópata, estudiando las opciones y eligiendo el camino más obvio—. Vino durante la noche, unas horas después del último turno de día de la mina, cuando menos tráfico hay; llegó andando para que nadie que circulase por la carretera reconociera su coche; en los sitios pequeños todos se conocen y no podía arriesgarse. Estuvo unos veinte minutos como mucho, quizá el niño estuviese inconsciente, aunque con esa edad podría forzarlo sin problema para llevarlo al lago y ahogarlo aunque el crío tratara de resistirse. ¿Quitó la ropa al cadáver antes o después de ahogarlo? Por las marcas del cuerpo, al rozar con la arena y piedras de la orilla, debió hacerlo antes; lo sacó del agua ya cadáver y le grabó el triángulo en la espalda; luego recogió la ropa y volvió hacia donde tuviera el coche aparcado. —Hizo una pausa, mientras se daba pequeños golpes con el puño en la barbilla—. ¿Por qué lo hiciste aquí? La zona es grande y pudiste ahogarlo más lejos de la carretera. Incluso sumergirlo y que nunca lo hallaran.

—Quería que lo encontrasen rápido.

—¿Cómo dices? —Marcos acababa de salir de su estado de trance.

—Te decía que el asesino quería que lo encontrasen rápido.

—Sí, quizás tengas razón, aunque para eso podía haberlo matado en la plaza del pueblo. Debe haber algo más. Eligió este sitio por algún motivo y descubrirlo quizá nos conduzca o acerque a su identidad.

Aparecieron dos coches en la zona, eran los guardiaciviles y policías locales que Marcos reconoció de dos noches atrás. El comisario había llamado desde la central de Huelva para pedir apoyo en la búsqueda de pruebas por el perímetro y por fin aparecían.

—Ayer estuvimos aquí todo el día y no vimos nada —dijo Matías, el sargento, antes de saludar siquiera.

—Buenos días, sargento, yo también me alegro de verle en una mañana tan agradable como esta —respondió el inspector.

—¿Qué creéis que vais a encontrar? —preguntó el sargento, haciendo como que no había oído al policía.

—Mi compañero y yo buscaremos caminos por la zona desde donde pudiera haber llegado el asesino con un vehículo, cualquier prueba o rastro en doscientos metros a la redonda. Quiero que vosotros sigáis la linde del lago, que busquéis alrededor, y no solo en la orilla, sino también varios metros más arriba, ya que el lago está muy seco.

—¿Y qué se supone que debemos encontrar?

Marcos no tenía ni idea de por qué les daba esa orden, solo seguía su instinto. Algo le decía que aquel lago no había sido elegido al azar, así que podría encontrar cualquier cosa que se relacionase con el crimen. Si después de varios días de interrogatorios en el pueblo y de búsqueda de pruebas por la zona del lago no hallasen nada, las posibilidades de encontrar al asesino se reducirían drásticamente. Lo último que quería era tener que decirles a la cara a los padres del niño que no había podido resolver el caso y que el asesino continuaría haciendo su vida como si nada.

—Sabréis lo que buscamos en cuanto lo encontréis. Recoged cualquier colilla, lata de refresco o cerveza que parezca nueva, fotografiad cada huella de zapato o coche... Usad la imaginación. Todo lo que no haya creado la naturaleza podría ser una prueba.

El sargento emitió un gruñido como toda respuesta e hizo un ademán con la mano a sus hombres, luego se marcharon peinando la orilla del lago. Todos mirando hacia el suelo y murmurando lo que serían recuerdos para los difuntos del inspector.

—No hay nada más bonito que tener que enfrentarse a los compañeros de otros cuerpos a estas horas de una mañana tan hermosa y cálida.

Marcos sonrió el comentario de David, pero no respondió, se limitó a emprender la búsqueda de algún sendero o camino por la zona. Avanzar no resultaba fácil, ya que los matorrales, casi todos jaras, tenían casi su altura y las hojas eran muy pegajosas, le dio la sensación de estar caminando con un pijama de franela entre arbustos de velcro. Por suerte, ya no rompería ni ensuciaría ninguno de sus trajes o vaqueros, aquella ropa cumplía su función de maravilla. El olor que desprendía el monte, mientras caminaba en silencio, oyendo los pasos de su compañero a su espalda, le trajo recuerdos de los años en que pasaba los fines de semana y las vacaciones en la aldea, cuando iba a poner redes para atrapar canarios, jilgueros y verderones con su amigo Luis antes del amanecer. A pesar de ser aún menores de edad, siempre escamoteaban de casa de sus abuelos alguna botella de aguardiente para calentar el cuerpo con un chupito y hacer más llevaderos el frío y la espera.

—Mierda de hierbajos, voy a tener que tirar toda la ropa a la basura en cuanto llegue a casa.

—¿A quién se le ocurre traer esos tacones y esa faldita al campo? Menos mal que en las emisiones no se te ven las piernas, menuda pinta tienen tus medias.

—¡Por favor, cállate Javi!

—Por cierto. Las esperas suelen ser muy aburridas en este oficio, claro que podemos entretenernos de algún modo divertido mientras ocurre algo ahí abajo... —el cámara se insinuaba por enésima vez en los diez meses que llevaba asignado a la reportera.

—Ni te imaginas lo cerca que estás de que te sustituya por una cámara de mano y un trípode. Ahora venden unas compactas que graban 4K con una calidad de audio y video tremendo.

—¿Y privarte de mi compañía y de mi encanto personal?

—Joder, Javi. En serio, cállate.

Los teléfonos seguían sonando sin cesar, como el día anterior, aunque Irene pensaba que se había multiplicado el número de llamadas por diez; se

mostraba cansada de rechazar una y otra vez a los mismos periodistas pesados. En un primer momento llamaban con educación para preguntar por el caso y por si podían recibir alguna información oficial; luego comenzaron a pedir que se les pasase con los policías responsables de la investigación, lógicamente sin éxito; el tercer paso fue ofrecerle dinero a la recepcionista a cambio de filtrar algún dato relevante; el cuarto, justo donde se encontraba ahora, era colgarles en cuanto reconocía la voz, el número desde el que llamaban o comenzaban a explicar quienes eran o lo que querían. Y si todo aquello la sacaba de quicio, soportar las decenas de llamadas al día de perturbados que decían ser el asesino, que incluso daban datos sobre cómo habían realizado el crimen, por supuesto todas erróneas, era un suplicio, porque a esos no podía colgarles el teléfono. Tanto ella como dos policías novatos se encargaban de apuntar sus nombres, números de teléfonos, hora de llamada y hacer un resumen de lo que decían, así era más fácil localizar la conversación en el registro de grabaciones, por si el inspector o el comisario se interesasen por alguna de ellas. A esos había que añadir los que llamaban para acusar a su vecino, al casero o a cualquier otro que les cayese mal, pero colgaban en cuanto se les pedía sus nombres y demás datos.

Desde su posición, podía ver el despacho del comisario a través de los tabiques de cristal, aparte de controlar cómo entraban y salían otros policías. Aquella mañana parecía muy movida, y por los gritos que había oído y los aspavientos que hacía Paco, quizá el nuevo no tardase mucho en tener que buscarse otro destino. Aquel era un caso que les traía de cabeza, no recordaba otro similar desde que estaban en la antigua comisaría central, cuando desapareció y luego encontraron muerta a la niña de la barriada del Torrejón. Aquel caso, a pesar de trascender a la opinión pública y atraer a cientos de periodistas, se llevó con mucho más tacto y discreción. Quizá por aquel motivo, Paco había asignado a David Sobrá como compañero del nuevo. David había demostrado en el poco tiempo que llevaba en el cuerpo que era eficiente, dispuesto y controlaba bien la situación en momentos de estrés, eso le valió el ascenso a oficial en solo dos años y a subinspector tres después. Conocía a casi toda la ciudad después de haber sido copropietario de una discoteca muy famosa y podía moverse por la sierra como si hubiera nacido allí, gracias a su afición por el senderismo y la observación de animales salvajes.

Si alguien podía ayudar a Marcos a limpiar el destrozo que había hecho, ese era David.

El sudor y el calor por subir hasta lo más alto de aquella pequeña colina estaba creando un desagradable efecto sauna bajo la flamante nueva chaqueta de senderismo del inspector. Y abrir el paso, apartando los robustos y densos matorrales, le tenía completamente agotado, mientras David se limitaba a seguirle por la senda abierta.

—¿Qué hacemos aquí arriba? —preguntó el subinspector.

—Quería observar la zona desde un punto elevado, ver si hay senderos o muestras de haber pasado alguien y haber partido algunas ramas.

—Con las jaras tan altas no vamos a poder ver mucho.

—Ya. Pero de eso me acabo de dar cuenta ahora.

Tan solo podían observar el horizonte lejano, con el lago rojizo al otro extremo de la carretera, y más allá las vías del tren, como una cremallera cosida sobre la piedra rojiza, extendiéndose en varias direcciones para comunicar la cantera con los centros de procesado. Allí parecía disiparse el olor a azufre, o quizá lo había asimilado ya su organismo. El también ácido aroma emitido por la resina de las plantas, que había impregnado su ropa, dominaba ahora la escena. Subir allí no había sido una buena idea.

David sonreía mientras veía a Marcos dar la vuelta y emprender el descenso. La próxima vez iría él delante, se conocía la zona como la palma de su mano y se movía con soltura incluso en situaciones como aquella, con una vegetación tan difícil. Todo era cuestión de saber cómo deslizarse entre las plantas en zigzag en lugar de apartar sus recias y pegajosas ramas. Menos mal que al inspector no le había dado por traer un machete y liarse a golpes como si estuviese en el Amazonas. Aquel pensamiento le hizo escapar una pequeña carcajada.

—¿De qué te ríes?

—Pensaba que no debes estar acostumbrado a moverte por sitios así.

—No, la verdad es que no. En Sevilla nunca salí de las calles, y cuando veraneaba cerca de aquí no pasaba más allá de la antigua estación de tren, donde íbamos a fumar a escondidas o a...

—Sí, me hago una idea, todos hemos tenido diecisiete años.

Una sonrisa cómplice entre ellos afianzó la que ambos querían que fuese una colaboración muy larga y afectiva. Claro que el inspector debía resolver aquel difícil caso si quería que ese deseo se convirtiese en realidad. El

comisario ya había advertido a David que su nuevo compañero no duraría mucho más de una semana si no avanzaba en el caso y rectificaba el error del comienzo.

—Si te conoces tan bien la zona y la vegetación, ilústreme. ¿Por dónde habrías venido tú?

—Yo conozco gran parte de la sierra. Te puedo llevar a muchos lugares cercanos a este a ver paisajes increíbles, animales típicos de esta zona o el cerro de Corta Atalaya desde casi cualquier punto.

—Ya veremos la antigua mina y esos animales en otro momento. Si detenemos al asesino, me apunto a una ruta en la que hagas de guía.

—Eso está hecho —contestó con una sonrisa. Él mismo, por culpa del clima seco y el trabajo, llevaba tiempo sin salir de senderismo—. La zona del lago se usaba hasta hace unas décadas para pescar, pero imaginarás que la salubridad de las carpas no es la más recomendable. El caso es que, cuando llueve mucho en invierno, el nivel del agua crece y el lago tiene una extensión de más del triple que ahora, así que muchos traen una barca de remos o canoas y disfrutan de un sábado o domingo soleado.

—Entiendo.

—Así que la gente de Riotinto, Nerva, El Campillo, La Dehesa, o incluso de más allá, incluso Zalamea, conocen la zona. También vienen muchos fotógrafos de todas partes del país, pero esos se quedan al otro lado. Este es un lago convencional, pero tras la carretera tienes un paisaje que parece sacado de una película sobre Marte. A lo que iba, la zona es conocida y muy transitada, así que debemos buscar senderos que solo conozcan los que llevan toda la vida en el pueblo y suelen salir a coger setas o dar largos paseos. Yo buscaría más cerca del pueblo o del perímetro de la mina, alejándome de la carretera. Así que, teniendo la carretera a nuestra derecha y el lago al frente, yo vendría desde las siete o las ocho.

—¿Cómo?

—Las agujas del reloj —añadió mientras marcaba con el brazo la zona a la que se refería.

—Bien, caminemos entonces hacia allí.

—De acuerdo, pero deja esta vez que vaya yo primero, o no podrás levantarte de la cama mañana por culpa de las agujetas.

A más velocidad, y conversando de forma trivial para conocerse mejor, cubrieron una amplia extensión de terreno en poco más de dos horas. Y cuando ya estaban pensando en volver a la orilla para saber si el otro equipo

de rastreo había encontrado algo, dieron con un camino de tierra.

—Mira, parecen marcas de neumáticos.

—Sí, pero hay varias y de diferentes dibujos.

—Haré unas fotos para los del laboratorio. —Marcos sacó una moneda de un euro y la colocó con cuidado al lado de cada huella para que se pudiera calcular la escala. David se había perdido en los alrededores. Ambos se colocaron gomas elásticas rodeando sus zapatos para diferenciar sus propias pisadas de las que pudieran encontrar.

—¿Has visto algo? —le preguntó el inspector cuando le vio regresar.

—Nada, no hay huellas de zapatos por ningún lado, claro que pudo caminar entre las jaras, pisando tallos y raíces, de ese modo no dejaría rastro alguno.

—¿De noche y cargando con un niño en brazos o caminando a su lado? Vamos, no me jodas. Si hubiera ido entre la maleza, habría dejado rastros en forma de pelos o fibras por el roce.

—De eso nada, con la ropa adecuada, como la que llevamos nosotros, y el asesino debía llevarla si conocía la zona, es imposible dejar más que fibras microscópicas que ya se habrá llevado el viento. Quizá se dejase algunos pelos, salvo si lucía mi peinado —David se frotó su cabeza afeitada—, pero también serán imposibles de localizar. Es más, estoy seguro de que cargaba al niño al hombro; vi el informe de la autopsia, con las fotos, y no tenía arañazos en el cuerpo, así que el asesino lo portaba por encima de los matorrales.

—Cada vez se pone la cosa más difícil.

—Ya te digo. ¿Y tú? ¿Terminaste con las marcas de neumáticos?

—Sí, pero solo he fotografiado dos de ellas. El resto pasaban de largo, mientras esas dos de ahí —hizo un gesto señalando el suelo— han estado maniobrando, como si hubieran llegado a este punto y luego hubieran girado para regresar por el mismo camino.

—Bien, pues ya me dirás qué hacemos ahora.

—Empiezo a tener hambre —le respondió Marcos—, así que veamos lo que han podido localizar los del lago.

Veintiséis años. Nada menos que veintiséis años, que se dice pronto; ese era el tiempo que llevaba en el cuerpo. Con él ya eran tres las generaciones

consecutivas de guardiaciviles en su familia y él era el primero que había llegado a sargento; su padre, de noventa años casi cumplidos, se sentía más orgulloso de su hijo que de ninguna otra cosa que hubiera logrado él mismo en toda su vida. Veintiséis años al servicio de la patria, sin una sola mancha en su expediente, y ahora tenía que obedecer a un niño de ciudad que le daba órdenes como si fuese su jefe. La próxima vez que se encontrase a solas con el alcalde, tendrían unas palabras entre ellos; su compañero de golf se estaba jugando peligrosamente el futuro del campeonato anual. Sin poder practicar esos días y creando aquel clima de crispación, que no esperase que pudieran revalidar el título. Ya le habían comentado en la cafetería Soleá, esa misma mañana, que los hermanos Rivera, esos engreídos directivos de la mina que siempre quedaban en segunda posición, llevaban meses entrenando casi a diario. No le extrañaría que aquel asesinato hubiera sido cometido por alguno de ellos, o por encargo de ellos, para apartarle a él, a la estrella de la zona, de poder entrenar y demostrar que sigue conservando el mejor swing.

—¿En qué piensa, sargento?

—Nada, que estamos haciendo el gilipollas, Paco.

—Pero las órdenes son las órdenes. Nos han dicho que ayudemos a resolver el crimen.

—¿No te das cuenta? Aquí ya se ha encontrado el cuerpo y se ha analizado la zona. Estar de paseo por la orilla es perder el tiempo. Yo iría a exprimir a los padres durante unas horas y, si no sacase nada en claro, comenzaría a buscar entre los extranjeros del pueblo.

—Que hayan venido a vivir desde otros pueblos o desde la capital no les convierte en extranjeros, sargento.

—Si no son mojinos, son extranjeros, ¿estamos?

—Sí, mi sargento.

—Luego iría a entrevistar a los aldeanos.

—¿Los de La Dehesa?

—Sí, y también a los de El Campillo, no me fío de esa chusma. Y dejaría para el final al plato fuerte: esos apestosos de Nerva.

—No creo que sea sano eso que siente por los nerveños. Ni que sean delincuentes por vivir allí.

—¡Todos! Desde siempre han sido lo peor. Morralla, chusma. Ya lo decía mi abuelo, nerveño bueno es el nerveño que cuelga de un pino. Nos costó sudor y sangre que no pudieran participar en el torneo de golf, y por mis muertos que conseguiremos que no vengan a jugar al fútbol en las fiestas de

San Roque.

—¡Aquí, sargento, hemos encontrado algo! —Gritaron a unos veinte metros a su derecha.

—A la mierda. Ahora nos pegaremos todo el día aquí, con el hambre que me estaba entrando... Al menos espero que hayamos encontrado algo que podamos refregar por la cara a ese estirado de la nacional.

Unas oscuras y amenazadoras nubes habían tapado el sol una hora antes y la temperatura era mucho más fría de la que había calculado cuando eligió aquel traje de chaqueta, más propio de una primera dama norteamericana o de una entrevista de trabajo que para adentrarse en mitad de un monte. Seguía esperando paciente pero sin esperanzas de lograr obtener nada valioso, claro que no tenía nada mejor que hacer hasta la tarde, cuando pudiera preguntar por el pueblo a los trabajadores que saliesen del turno de día en la mina sobre sus impresiones respecto al asesinato.

—Tengo hambre. —Javi volvió a repetir la misma frase por enésima vez. La sacaba de quicio.

—Pues termínate esos frutos secos que compraste.

—Podemos ir al pueblo, aunque sea para comprar unos bocatas o tomar unas tapas rápidas en un bar.

—No pienso moverme de aquí.

—Pero ya hemos grabado a los policías y guardias peinando la zona y hemos hecho varias selecciones para enviar a la central. Por cierto, aquí no hay nada de cobertura y necesitamos ir al pueblo para enviarlo todo.

—Cállate, esperaremos una hora más.

—¿A qué?

Laura no lo sabía, pero su instinto de periodista, el mismo que sintió cuando entrevistaba al zapatero nonagenario dos noches antes, le decía que algo grande estaba a punto de pasar. O quizá aquello solo fue suerte y ahora estuviera haciendo la idiota en mitad de aquel monte lleno de plantas gigantes y pegajosas, aparte de bichos que aún no había visto pero que seguro que campaban a sus anchas, agazapados y a la espera de abalanzarse sobre ella y picarla. Llevaba toda la mañana allí esperando a no sabía qué, y las dudas la asaltaban hasta hacerle recordar lo que sucedería si no contentaba a sus jefes.

—No jodas.

—¿Qué?

—Hay movimiento, levanta mientras voy a por la cámara. ¡Corre!

El rugir de tripas había desaparecido con la nueva revelación del caso: un cuerpo semienterrado y corrompido hasta los huesos. No importaba que fueran las cuatro de la tarde, aquel hallazgo habría descompuesto el estómago a cualquiera. Bueno, no a cualquiera; el sargento de la civil estaba bien orgulloso y sonriente por haber encontrado lo que, según sus propias palabras, se les había escapado a los señoritingos de ciudad. Claro que investigar aquella zona había sido idea de Marcos, a regañadientes del propio sargento, pero eso no lo admitiría nunca.

Ahora iban hacia el paseo del Chocolate, donde David le aseguraba que comprarían la comida casera o bocadillos calientes de la mejor calidad de toda la provincia. El local, La Cocina de Tiago, pequeño y aislado en mitad de aquel parque, se encontraba cerrado. Caminaron unos metros en dirección al ayuntamiento y entraron en la cafetería Soleá.

—¿Qué se cuenta el poli más guapo de la comarca? —fue el recibimiento que Inés hizo a David. Solo sonreía, ni miraba a sus dos nuevos clientes mientras terminaba de limpiar la barra con una bayeta.

—Pues que estamos muertos de hambre, así que más te vale tener algo para picar, porque «Tiago» está cerrado —respondió David.

—¡Qué bonito! Me dices en mi cara que soy tu segunda opción.

—Venga, no te quejes que aquí no servís comidas, así que aquel no es vuestra competencia.

—¿Inés?

Marcos volvía a tener un *déjà vu* como el que había percibido ante Laura en lo que le parecía una eternidad de tiempo. No podía ser que, en cuanto había pisado el pueblo, habían salido amigos del pasado desde debajo de las piedras.

—¿Marcos?

—¿Os conocéis? —intervino David, que se había visto desplazado.

—Han pasado unos años, pero estás igual. ¿Qué ha sido de tu vida? Veo que no te has movido del pueblo.

—No, ya ves. Las raíces y un noviete que me eché hace ocho años lograron retenerme aquí.

—Qué bien, me alegro mucho por ti. ¿El local es tuyo?

—Sí es de Fran y mío, además del banco, que tiene su parte.

David les miraba con la sensación de ser invisible, una especie de fantasma que habla pero no es oído por los vivos. Así que suspiró y trató de conseguir que le pusieran algo de beber y, sobre todo, de comer.

—Por favor, no quiero interrumpir, pero podéis seguir poniéndoos al día mientras comemos algo, que estoy canino.

Todos rieron e Inés se puso a buscar todo lo que pudiera servir como tapa o aperitivo. Los policías se sentaron en la mesa del fondo a la derecha, desde la que podían ver, a través de una carpa de plástico transparente, todo el paseo y el devenir de coches que cruzaban por aquella calle principal.

—Se me olvida que eres de Huelva, no sevillano. Por eso me he sorprendido al ver que conocías a Inés. Es curioso.

—¿Curioso? Es que veraneábamos en una aldea cercana donde mis padres y sus abuelos tenían casas.

—No, no me refería a eso —le interrumpió David—. Es que yo sí nací en Sevilla, pero vine con catorce años a Huelva con la familia. Me llama la atención que a mí se me considere onubense en la central y a ti sevillano.

—Bueno, entonces seremos una pareja perfectamente compenetrada.

Ambos reían cuando la chica trajo unos cacahuets y coca-colas. Luego les sirvió varios aperitivos más y se sentó a su lado, aunque no pudo quedarse mucho tiempo. La hora del café hizo llegar a muchos parroquianos y debía atenderlos.

Cuando ya se marchaban, Marcos trató durante un largo rato de pagar la cuenta, pero no hubo manera de lograrlo, así que prometió a Inés que volvería para conocer a su familia y poder hablar con más tranquilidad. Le dio recuerdos de su hermana Rosa y se marchó con David hacia la comisaría del pueblo.

Jamás en toda su vida habría imaginado que un teléfono pudiera sonar tantas veces en un día, pero lo gracioso del asunto es que llevaba dos, sí señor, nada menos que dos días sin parar. Si no fuera porque en aquel pueblo se acababa descubriendo todo, y hubiera perdido en el acto el empleo que necesitaba para pagar la hipoteca, habría aceptado sin pestañear los diez mil euros que le habían ofrecido desde un canal por filtrar el nuevo hallazgo que

habían comunicado por radio hacía una hora.

Levantó la cabeza y observó a dos extraños entrando como Pedro por su casa en la comisaría, ¿perdona? Los periodistas ya no tenían decoro ni respeto por nada.

—¿Adónde coño vais?

Cuando Marcos y David le mostraron al recepcionista de la comisaría de la Policía Local de Riotinto sus placas, sintió que le faltaba el aire. O quizás exageró el sofoco para dar pena y evitar una sanción o regañina posterior.

—No se ve todos los días a unos chicos tan guapos por el pueblo —dijo para congratularse con ellos.

Los policías se miraron de reojo una fracción de segundo y contuvieron la sonrisa cómplice.

—Venimos a por información, estamos al cargo de la investigación por los dos cuerpos encontrados en el lago.

—Sí, ya me imagino. ¿Qué podría hacer yo —recalcó ese yo, además de su mirada insinuante— por vosotros?

—Bueno, esperamos que alguien nos ponga al día de los cotilleos habituales del pueblo, rencillas personales, odios entre familias, peleas habituales o recientes, ya sabes.

—No hay nada en la zona que se le escape a Nacho. Nacho se entera de todo y está a su disposición, mi capitán.

—Inspector.

—Eso.

—¿Y bien?

—Bueno, no ha habido peleas entre vecinos desde hace ya... espere, sí, unos dos años, quizá más, exceptuando cuando se dan unos puñetazos tras discutir por un partido de fútbol o en las fiestas. Luego tenemos a familias con rencillas. Paco y Palmira no se llevan muy bien con Eusebio el Largo, es algo que viene desde sus abuelos, cuando un lío de tierras si no recuerdo mal. Aunque historias de esas hay un montón en cada pueblo, claro que no como para llegar a matar a un niño. Si desean algo más detallado y fiable, tendría que hacer unas llamadas a algunas amigas.

—Sí, por favor. ¿Y gente de los alrededores? Aldeas y pueblos donde haya podido llegar algún nuevo vecino con antecedentes. ¿Puedes comprobarlo?

—Claro que sí, te lo tengo listo en un suspiro. —Y suspiró tras decirlo.

Marcos sonrió al recepcionista por compromiso. Luego pensó que le

pediría lo mismo a Irene en la central, pero para comprobar toda la provincia entera. Quizá hubiese llegado alguien fichado por violencia infantil, pederastia o asesinato en los últimos meses. Ahora tenía previsto entrevistar a los padres del niño fallecido, pero en el lago estaría ya la forense y quería consultarle unas dudas que le corrían más prisa. Dio una palmada en el hombro a su compañero y se marcharon con la sensación de que el recepcionista les estaba atravesando la espalda con la mirada.

La niebla ya se había disipado por completo y la tarde dejaba pinceladas anaranjadas sobre la bóveda del cielo, un fondo inmejorable, pensó ella, para hacer la conexión en directo, donde montarían desde el plató las imágenes que habían captado a lo largo del día. Sentirse muerta de hambre por no haberse movido de allí era un justo pago, aquello era oro puro.

—Buenas tardes, mi nombre es Laura Moreno y vuelvo a estar con ustedes desde el embalse de Gossan, en el municipio onubense de Minas de Riotinto, macabro escenario en el que hace dos noches se descubrió el cadáver de un niño de cuatro años. —Hizo una pausa de efecto para mostrar respeto y dolor—. Lo que no imaginábamos, ni creo que lo hicieran tampoco los propios investigadores del caso, es que aparecería otro cuerpo en el mismo lugar. Durante el día de hoy los forenses de la Policía Nacional han retirado lo que parecen ser restos de un nuevo cadáver en el lago, encontrado a unos ciento cincuenta metros del primer hallazgo. Aún no tenemos información alguna sobre la identidad del fallecido, pero debe de estar relacionado, sin duda, con el primer crimen. En las imágenes grabadas podrán ver cómo lo retiran en una bolsa de plástico negra, y por la forma de manipularlo y el tamaño, parece que se trata de un cuerpo muy pequeño, o quizá sean restos de un cadáver que llevase muchos años en descomposición. Las autoridades no se han pronunciado, pero espero obtener información de primera mano y completa fiabilidad en las próximas horas. Les seguiremos informando desde el lugar de los hechos, gracias por elegirnos.

Respiró hondo para recuperar el resuello y corrió a ponerse el abrigo sobre los hombros. Sentía que había hablado muy forzada y atropellada, debía pulir esos detalles si quería convencer a los productores de la cadena de sus habilidades como presentadora y conductora de un programa; aunque achacaba aquel error al frío, a los nervios por tener algo succulento que contar

y a estar midiendo cada palabra para no involucrar a Marcos.

Esa noche dormiría a pierna suelta, aunque había pasado mucho frío durante el día y sentía la humedad adherida a sus huesos. Pero después de la llamada que los de arriba le harían mientras regresaba de camino a la capital, todo aquel malestar y hambre quedaría en segundo plano. Quizá no para Javi, que había permanecido enfadado por no haber podido ir a comprar comida todo el día, pero aquello era lo que conllevaba el éxito, mucho sacrificio y dedicación.

Tenía pensado cenar, darse una ducha de agua muy caliente y acostarse pronto, pero antes quería llamar o mandar un mensaje a Marcos para intentar quedar de nuevo con él. Le apetecía mucho verle. Si además lograba descubrir algún dato confidencial sobre el nuevo hallazgo, sería una cita redonda.

No se quitó la sonrisa de triunfo de la cara durante todo el camino.

14 de noviembre de 1917

Dichosos los que trabajan por la paz, esa tu palabra, mi Señor. Yo trabajo por ella, no hago otra cosa, la paz de mi espíritu y la del mundo que me rodea, incluidos los pecadores que vuelven a blasfemar, beber alcohol, desear a quienes no son sus maridos y esposas, incluso cometer perjurio. Cada día la oscuridad se hace más presente en el alma de los impíos, unas tinieblas que empiezo a sentir demasiado cerca. No puedo controlar las náuseas al recordar que yo pertencí a esa inmundicia, ni el miedo que me atenaza al pensar que pueda volver a sucumbir ante ella.

¿Por qué, mi Señor, si tu luz había logrado limpiar de cenizas esta tierra infecunda? ¿Por qué, mi Señor, si nuestro Isaac fue a ti para lavar el pecado de los hombres? ¿Por qué, mi Señor, si te entrego cuanto me pides, aunque sea la carne de mi carne?

¿Dónde está tu voz? ¿Por qué aún no puedo oírla? ¿Acaso no soy digno aún del don de tu conversación? Observa mi llanto. Oye mis ruegos y plegarias, siente mi devoción infinita y mándame tu mensaje. Soy tu siervo fiel y no merezco tu olvido, ni el de los hombres que vuelven a pasar de largo ante mi puerta.

¿Dónde está Miguel? ¿Se encuentra a tu diestra, mi Señor? Acógelo en tu seno como hiciste con tu propio hijo, ya que ambos siguieron el mismo camino para sacrificarse por los hombres. ¿O es que no es digno de ti? ¿No es un justo sacrificio? Si es así, te ruego me perdones por mi torpeza.

Sí, debe ser eso. El niño era impuro, quizá no estaba confesado y acabó en la casa del maligno. Dios misericordioso, espero que no tengas en cuenta mi error, que no castigues mi alma por no haber comprendido del todo tu deseo y el mensaje que me envías.

Perdona, te suplico, la inquina de este pueblo conforme a la grandeza de tu misericordia, así como lo has perdonado desde Egipto hasta aquí.

Me arrodillo ante ti y te muestro mi espalda, obsérvala, mi señor; las heridas que ves se multiplicarán por el error cometido, purgaré mi alma con mi carne, como cada noche; y ahora te ruego, te imploro, por favor, que me

des otra oportunidad.

¿A cuál de ellas prefieres?

16 de noviembre de 2017

—No me gusta que bromees con estas cosas. Ya sabes que me dan miedo esas historias tan macabras.

—No es una broma, no digas tonterías. Nosotros mismos pensábamos que se trataba de restos de algún animal, alguno que hubiera muerto hace unos años y se lo hubieran comido los buitres de la zona.

—¡Qué desagradable! Me estás dando el desayuno, Matías.

Una mesa pequeña en la cocina acogía el festín de magdalenas y tostadas con tomate que el sargento devoraba mientras su mujer daba sorbos a su café con leche. La televisión pequeña sobre la encimera estaba apagada por primera vez desde que la instalaron varios años atrás.

—Pues no haberme preguntado. ¿Por qué no ves la tele y me dejas en paz?

—En la tele no se enteran de nada, no paran de inventar y suponer, cuando no están mostrando otros casos de otros años y que ya todo el mundo ha visto. Seguro que tú conoces todos los detalles. Cuenta, cuenta.

El sargento de la Guardia Civil no tenía datos de informes policiales ni preliminares de la científica, pero tampoco quería quedar como un donnadie ante su mujer después de haber presumido durante dos días de ser el responsable de aquella investigación y de haber hallado el segundo cuerpo. Estaba seguro de poder resolver el caso antes que nadie.

—Entonces —continuaba ella—, ¿el cuerpo llevaba allí muchos años?

—Sí. Decían que podría ser de la época de comienzos de la mina.

—Pero eso es una barbaridad de tiempo. ¿Cómo no lo habían visto antes?

—Pues quizá porque estaba en una zona más alejada de la orilla del lago que todos usan y porque este año ha bajado el nivel del agua con la sequía mucho más que en décadas anteriores. Seguramente, el cuerpo habrá estado cubierto de agua durante todo este tiempo.

—¿Y también es de un niño pequeño?

Su mujer no paraba de hacer preguntas y él no podía masticar en paz,

incluso había perdido el apetito con tanta conversación. No estaba acostumbrado a hablar con ella por las mañanas, en realidad no hablaban nunca entre ellos. Sería mejor que se marchase ya al ayuntamiento para dejar las cosas claras al alcalde; este debía imponer su autoridad de una vez con la central de Huelva y exigir que el caso se llevase desde el pueblo, allí estaban perfectamente preparados para asumir la competencia y la responsabilidad necesarias. Luego se acercaría a la cafetería de Inés, a ver si llevaba un escote de esos que le alegraban la mañana. Así desayunaría de nuevo, que un cuerpo como el suyo necesitaba mucha gasolina para funcionar todo el día.

Escupió en su mano y se atusó el bigote ante el espejo de la entrada, enorgulleciéndose de que aún se mantuviera frondoso y sin canas, era el sello distintivo de los Sánchez. Evitó mirar la calva que lo acompañaba desde los treinta años y que peinaba magistralmente con cortinilla, nadie se había dado cuenta en más de dos décadas; y por último metió tripa, aguantando la respiración todo lo que pudo, hasta quedar rojo a los pocos segundos.

—Estás hecho un chaval —le dijo a su reflejo, lanzándole un guiño seductor. Luego salió por la puerta sin decir adiós a su mujer. Sonreía ante el prometedor destino que ya saboreaba.

Al cabo de unos segundos volvió a entrar, había olvidado la pistola.

El éxito no lograría cambiarla lo más mínimo, eso era algo que tenía asumido desde hacía muchos años, justo el tiempo que llevaba sabiendo, con total seguridad, que acabaría triunfando. Por fin tendría el reconocimiento, respeto, admiración y sueldo que merecía y por el que había trabajado duro desde el primer día. Aquel aluvión de llamadas al móvil, mensajes, wasaps y correos electrónicos que no paraban de llegar desde la noche anterior, demostraban su capacidad para lograr todo aquello que se propusiera.

Había exigido a la cadena un set en el pueblo de Riotinto, con todo un equipo técnico a su disposición, una habitación de hotel, dietas, un considerable aumento de sueldo y unas vacaciones pagadas de quince días al lugar que ella eligiese cuando todo hubiera terminado. ¿Qué se creían, que iban a mangonearla y volver a enviarla de pueblo en pueblo entrevistando a desconocidos y pasando frío mientras el presentador decidía darle paso? Aquello se acabó, se acabó para siempre. Si la cadena no cumplía sus expectativas, tenía una serie de ofertas sobre la mesa muy jugosas. Bueno, en

realidad no lo eran tanto, pero necesitaba echarse un farol si quería ganar la partida.

Encendió el televisor por si otros canales hubieran descubierto algo y, cambiando con el mando cada pocos segundos, vio cómo emitían sus grabaciones del día anterior en Tele5. Una sonrisa de suficiencia brotó de sus labios perfectamente perfilados. Las imágenes dieron paso al plató y la presentadora del programa dio su nombre, felicitándola por el trabajo. Aquello hizo que tuviera que sentarse, sus piernas temblaban hasta impedirle seguir en pie. «¿Perdona? ¿Ana Rosa Quintana ha dicho mi nombre? ¿La jodida Ana Rosa Quintana, la musa, la reina de la tele? Creo que he pedido demasiado poco dinero a los tacaños del Canal Sur», pensó.

—Vamos a por todas, Laura, a por todas. Dentro de dos días podrías estar en ese plató como colaboradora, el siguiente paso será convertirte en su mano derecha y... tarde o temprano tendrá que jubilarse, nadie dura en televisión para siempre. Bueno, salvo la Campos, pero a esa le quedan menos de dos telediarios. ¡Joder, Laura! Tienes el camino allanado ante tus pies, solo debes andarlo con firmeza.

Decidió que debía llamar a Marcos. Le había dado suerte desde que apareció de nuevo en su vida; no solo lograba que se sintiera más joven al traerle recuerdos de adolescencia y aquellos troteos inocentes, además, el caso que le habían asignado como policía era el mismo que a ella le había abierto, por fin, las puertas del éxito, y eso era una señal inequívoca de que debían estar predestinados. Quién sabe, quizás hubiera algo más allá arriba, algún poder o divinidad que caprichosamente había decidido que sus destinos se uniesen para que ambos lograsen sus metas.

Decidido, le llamaría antes de que fuese más tarde y ambos estuviesen demasiado ocupados.

—No esperaba tu llamada —respondió el inspector, con una voz más grave que la recordada en la cena anterior.

—¿Por qué? ¿No puedo echarte de menos? Me lo pasé muy bien y me preguntaba si querías repetir.

Marcos no respondió, cambió de tema.

—Te he visto en las noticias. No te vino mal que te contase durante la cena que volvería a la mañana siguiente al lugar del suceso.

—No he dicho nada relativo a ti, ni siquiera me acerqué al lago. Las grabaciones las hicimos desde la distancia, algo que estaba planificado desde antes de que vinieras a casa. Nunca te comprometería de nuevo, sé lo que

significa tu trabajo para ti, créeme.

—No sé qué pensar, te tengo demasiado cerca en la investigación y eso no me gusta nada. En mi trabajo hay que mantener las distancias y ser hermético con amigos y familiares.

—Lo imagino, pero no tengo la culpa de que estés llevando el caso con el que me encontré sin buscarlo. No puedo abandonar una oportunidad como esta, solo prometerte que no revelaré nunca lo que digas en mi presencia.

Laura no podía prometer aquello, no sabía el rumbo que tomaría aquel caso ni lo que podría conseguir por sí misma, aunque ya contaba con ideas interesantes para poder enviar esa tarde más información a la central y una nueva conexión en directo desde el pueblo. Pero si todo se congelaba y recibía presión desde arriba, no estaba segura de poder contener su lengua en cuanto a la información que descubriese en sus conversaciones con Marcos.

Cuando colgó el teléfono, aún permaneció sentada en el sofá del salón, mordiéndose una uña a pesar de la manicura recién hecha. No imaginaba que iba a sentir esa batalla en su interior.

—Otro día fresquito, inspector.

David se montaba en el coche de Marcos, hoy le tocaba a él conducir y era una suerte que ambos viviesen cerca. Una vez dentro, partieron hacia el pueblo.

—Ya te digo, menudo invierno extraño nos ha tocado. No llueve desde hace más de siete meses en la zona, ni una mísera nube, pero hace un frío que corta la piel.

—Ya verás cómo pasamos una primavera de diluvios.

—No seas cenizo, hombre. ¿Y por qué te ha dado por hablar del tiempo? Parecemos dos clientes aburridos en la cola de un supermercado.

—En realidad, quería preguntarte por esa reportera del Canal Sur. El comisario se puso hecho un basilisco cuando vio el vídeo y leyó los periódicos. Lo cierto es que no parecía que se lo estuviera inventando o que quisiera especular con la información confidencial de que pudiera ser un asesinato. Por eso todos piensan que lo filtraste tú.

—¿Tú también lo piensas?

David se mostraba incómodo, no dejaba de ser su subordinado y era pronto para generar un conflicto que volviese embarazoso el número de horas

que pasaban juntos. A su vez, Marcos sabía que no podía haber secretos entre compañeros, más aún cuando se trataba de un tema relacionado con el caso.

—Bueno, no sé qué pensar. Prefiero preguntarte, claro que si no quieres...

—Sí, se lo dije yo.

—No jodas —susurró de forma espontánea.

—Fue algo extraño, no lo hice como puedas estar pensando.

David había desviado la mirada hacia la ventanilla, tratando de asimilar aquello sin tener que sentirse observado o analizado. Acababan de tomar el desvío de San Juan del Puerto, dejando atrás la autovía de Sevilla para pasar a la nacional que atravesaba la sierra en dirección Extremadura. Encontrarían algo de tráfico durante unos cuarenta kilómetros y luego, al tomar el desvío de Riotinto, la tranquilidad y una suave niebla les recibirían como cada mañana en la parte más alta de la sierra. Aquel clima mantenía más verde la zona, hasta dar la sensación de pertenecer a una región del norte, casi asturiana o cántabra, en lugar de a la llanura andaluza.

—No tienes que darme explicaciones —añadió David tras un silencio incómodo.

—Lo sé, pero somos compañeros y me gustaría que lo supieras. Esa chica y yo tuvimos algo cuando éramos dos críos, en la época del instituto. Encontrármela en la escena del crimen fue extraño, no sería capaz de definirlo mejor. Me cogió por sorpresa y con las defensas bajadas, ni siquiera supe qué decir hasta pasados unos minutos. Le pregunté qué hacía en la escena de un crimen. Fui un imbécil, pero ya no hay marcha atrás.

—Entiendo que te pusieras nervioso.

—¿Sí? —Marcos le miró intrigado.

—Está muy buena.

Durante un segundo, ambos quedaron en silencio, David pensando que había cometido una imprudencia y Marcos sin saber muy bien qué contestar a aquello. Luego ambos rompieron a reír a la vez.

—Sí, está muy bien. —Al inspector le gustaba mucho la chica, no podía negarlo, pero acercarse a ella era complicado, peligroso para su trabajo. ¿Qué debía hacer? Necesitaba tomar una decisión al respecto, tenía que apartarse de ella o tratar de llevar su trabajo y aquel comienzo de posible relación a la vez, logrando mantener aisladas ambas facetas de su vida.

El estridente sonido del móvil por los altavoces del coche llegó en el momento justo para poder cambiar de tema. Era el comisario. Marcos pulsó

el botón verde sobre la pantalla y la voz ronca de Paco inundó el espacio.

—¿Qué se le ofrece?

—¿Por dónde andas?

Ninguno se molestó en saludar o empezar de forma cordial. Marcos pensó que quizá nunca se acabase aquella animadversión que habían adquirido en su primer encontronazo. Los dos eran orgullosos y había pasado demasiado poco tiempo como para tratar de tender un puente de amistad o confianza.

—Estamos en camino hacia el pueblo, vamos a entrevistar a los padres del niño.

—¿Vas con David?

—Sí, jefe, aquí estoy —respondió el nombrado.

—Bien, solo quería deciros que esa reportera a vuelto a acercarse mucho. Las dos veces que ha aparecido en la tele ha sido para dar primicias y descubrimientos en directo y desde el mismo lugar donde se producían. La mosca detrás de la oreja comienza a molestarme mucho.

—Ayer hacíamos el barrido de la zona, vinieron varios periodistas y luego se marcharon al cabo de un rato. Si esa chica se mantuvo más tiempo o llegó en el momento en que los civiles encontraban el nuevo cuerpo, no creo que pueda ser cosa mía, yo no decido cómo, cuándo ni dónde encontraremos un cadáver o una pista.

David le miraba con complicidad y apoyo, sabía lo duro que estaría siendo para el inspector que todo aquello le ocurriese justo al empezar en su nuevo destino.

—Pues tiene cojones que cada vez que se acerca al lago, aparezca un nuevo cuerpo.

—Opino igual, comisario. Pero yo solo puedo seguir con la investigación.

—Ayer no nos separamos —interrumpió David— desde por la mañana muy temprano y hasta la noche. Ni siquiera vimos dónde estaba esa reportera.

David le hizo un gesto de tranquilidad. En realidad, los dos sabían que Marcos podía haber informado a la chica por mensaje de móvil o decirle el día anterior dónde se encontraría trabajando, pero para David era importante proteger y ayudar al inspector. Hoy por ti y mañana por mí. Cubrirse las espaldas mutuamente era un código personal grabado a fuego en cada policía, especialmente con su propio compañero. Marcos le lanzó una escueta sonrisa.

—Está bien, os dejo trabajar. Informadme de cualquier novedad.

—Gracias —eso no fue para el comisario, sino para David, aunque este no respondió, era lo mínimo.

—¿Crees que el segundo cuerpo, el esqueleto, guarda alguna relación con el crimen del niño?

—Quizá, es de una edad similar, aunque eso nos lo confirmará Maite en unas horas, y estaba en el mismo lugar. Aún es pronto para sacar conclusiones.

La conversación continuó hasta dejar el barrio inglés de Bellavista a la izquierda y adentrarse en el pueblo por la avenida Gregorio García Cardoso, aunque no llegarían al ayuntamiento, se desviarían antes para buscar la vivienda de Francisco Vargas y su mujer.

Marcos no se podía creer la mañana que llevaba, primero la conversación con Laura antes de salir de casa, luego la mantenida con su compañero y, por último, aquella con el comisario. La chica perjudicaba su trabajo incluso cuando no la veía. Menuda mañanita, y no había hecho más que comenzar.

David le hizo un gesto con la mano para que girase a la izquierda en un cruce de calles muy estrechas, la voz del GPS les indicaba que estaban ya a la vuelta de la esquina. Lo que no pudo adivinar fue el inesperado espectáculo con el que iban a encontrarse en la fachada de la vivienda.

No es que llevase una vida entera en aquel laboratorio, ni que fuera de esas personas que dicen haberlo visto todo, pero jamás imaginó que iba a enfrentarse a una autopsia como aquella. Y es que no sabía casi por dónde empezar; hasta llegó a plantearse el buscar los apuntes de la universidad para no perderse en el análisis, pero prefirió ahorrar el tiempo de descifrar aquellos jeroglíficos y llamar a un forense de más experiencia para pedirle consejo. Durante toda la tarde del día anterior y esa pasada noche, en la que el dolor de espalda no le permitió dormir, no paró de preguntarse a sí misma por qué no se había pedido una baja de maternidad para estar viendo la tele, leyendo unos libros que tenía pendientes o paseando por el parque para aprovechar los días soleados. Debía ser masoquista para preferir quedarse allí ante el panorama que veía sobre la mesa de metal.

—Quizá debemos llamar a un paleontólogo y que haga la prueba del carbono-14, Maite.

—No me gusta bromear en el trabajo..., pero esa me la apunto, ha sido muy buena —respondió a su ayudante con una sonrisa.

Frente a ellas se extendía el esqueleto completo de un niño pequeño. El

color y la textura de los huesos no dejaban lugar a dudas, llevaba muerto más tiempo que ningún otro cadáver o resto humano que hubiera tenido que analizar en su vida.

—¿Por dónde empezamos, jefa?

—Analizaremos el craneo, las costillas y otros huesos principales en busca de traumatismos que pudieran justificar su muerte, luego tomaremos una muestra seccionando un hueso, el fémur nos valdrá. Viendo la composición del calcio y los contaminantes en la superficie y en el interior del hueso, y comparándolos con el PH y composición del agua de la zona, podremos calcular el tiempo que lleva allí. Si salvamos algo de tejido interno del hueso, podríamos buscar algún rastro de enfermedad. La mina y la composición mineral de la zona y del lago se han mantenido imperturbables durante más de ciento cincuenta años, así que la corrosión y descomposición habrán sido lineales, de ese modo calcularemos con precisión el tiempo que llevaba allí.

Aquello les llevaría dos días de intenso trabajo, descuidando otros informes que debía realizar y que ya acumulaban demasiado retraso, pero las órdenes no las daba ella. Lo bueno es que había calculado con precisión, por la dentadura y medidas de los huesos, que tenía unos cuatro años (dos meses arriba o abajo) y que era un varón.

El comisario tenía presiones del Ministerio y de los Ayuntamientos de Huelva y de Riotinto. La prensa apretaba también y quería tener el caso solucionado lo antes posible. Así que casi todos los efectivos se destinaban a la investigación, haciendo horas extras y acelerando todo lo posible el proceso. Con un poco de suerte, ese chaval de Sevilla que todos consideraban un portento, acompañado del mejor policía que tenían en la ciudad, y con el apoyo de la civil y la local, resolvería el crimen y la relación, si la hubiese, entre los dos cuerpos.

No le habían dado un coche nuevo, debía conformarse con su pequeño pero fiable Ford Fiesta; y que durase mucho, le quedaban aún dos años por pagar. Ahora mismo lo conducía, con el maletero lleno de ropa, zapatos, complementos, maquillajes, su ordenador portátil... toda su vida. La productora le había pagado una habitación de hotel en el pueblo para estar más cerca de la noticia. Algo es algo, pensó.

Y a pesar de no haber conseguido un aumento de sueldo muy considerable ni tener nada firmado sobre su futuro, lo que más le molestaba en esos momentos, y esperaba que se solucionase con la mayor brevedad posible, era tener que seguir soportando al pelmazo de Javi como único equipo técnico. Miró a su derecha y lo vio roncando con la frente pegada a la ventanilla del copiloto. ¡Mierda! Su sucia y apestosa mochila con la cámara de vídeo estaba aplastando sus americanas. Si cuando las sacase de las bolsas, estaban arrugadas, le mataría.

Llegaron muy temprano al hostel, casi al amanecer, y tuvo que contener un mohín de decepción, claro que ya imaginaba que allí no iba a haber una amplia oferta hotelera, ni el lujo de un Alfonso XIII de Sevilla. Sonrió tratando de ser positiva ante el pequeño paso que había logrado, aquello bastaría por el momento, aparte de poder estar justo donde quería, donde se había originado todo y se encontraban los protagonistas a entrevistar.

Por la fachada que se observaba desde la carretera parecía un restaurante, con mesas y sillas metálicas bajo un cenador de madera con laterales de plástico de color melocotón y simulando ventanas transparentes. Tras cruzar la puerta del hostel, a la izquierda de la del restaurante, cargados con maletas y el equipo audiovisual, vieron a la chica tras la recepción; un pequeño espacio forrado de oscura madera, el mismo color de las plaquetas del suelo. La risueña joven, quizá hija de los propietarios, fotocopió sus documentaciones y rellenó dos fichas, a continuación les dio una llave a cada uno y les explicó con diligencia todos los servicios que tenían a su disposición. Laura y Javi subieron a deshacer los equipajes, sorprendiéndose al ver que las habitaciones eran más grandes y acogedoras de lo que habían imaginado; luego regresaron a la recepción, donde la reportera entabló una charla amistosa con la chica de antes para sonsacarle la dirección exacta que necesitaba. En menos de media hora estaría allí.

La casa era una más en la calle y en el resto del pueblo, con una gran fachada blanca, puerta en el centro y una ventana a cada lado; la mayoría con una segunda planta abuhardillada bajo tejas clásicas de barro. Laura pensó que no podría vivir allí, salvo en una de esas preciosas y enormes casas victorianas del barrio de Bellavista. Aunque, pensándolo mejor, ninguna casa grande y hermosa la apartaría tantos kilómetros de la oferta de tiendas, cines, restaurantes... que tenía en la capital. Se acercó a la puerta de madera de la entrada y pulsó el timbre. A su espalda se oía cómo Javi ya estaba con la

cámara al hombro y grabando, ella se aclaró la garganta con una pequeña tos en el mismo instante en que sintió que abrían desde el otro lado.

Todo ocurrió tan de repente que no tuvo casi tiempo a reaccionar y poder protegerse. Llevaba tanto tiempo entrevistando a personas que esperaban ansiosas su llegada, que no llegó a prevenir (fallo garrafal que asumía) que en aquella casa podría ocurrir cualquier cosa.

La señora que abrió la puerta, de unos cuarenta años y a la que Laura pensó que no le vendría mal quitarse las legañas y teñirse las canas con urgencia, comenzó a gritar como si estuviera poseída, corriendo hacia el interior de la vivienda antes de que ella pudiera saludarla o hacerle la primera de las preguntas que había redactado con mimo la noche anterior.

Y si aquello fue un error enorme, entrar en la casa sin permiso, con Javi detrás y el foco de la cámara a toda potencia... mejor ni recordarlo.

Golpes, insultos, objetos arrojados, tropiezos y empujones para lograr salir de allí lo antes posible. Javi parecía un elefante en una cacharrería, se golpeó contra los cuadros de las paredes y contra la mesita recibidor de la entrada. La cámara se le cayó al suelo y, cuando se agachó a recogerla, Laura, que caminaba de espaldas, le cayó encima, golpeándose la cara contra la cámara. Ahora sentía un dolor enorme en la mejilla y el sabor metálico, que le trajo durante una fracción de segundo el recuerdo de cuando mudó los dientes en su infancia, de la espesa sangre que manaba de su labio inferior partido. La luz del sol y el espacio abierto de la calle no fue ningún alivio, allí se encontraron con la mirada curiosa de docenas de vecinos, alguno grababa con el móvil, y con el marido de la señora. Un tipo tan grande que tuvo que maniobrar para salir de costado y agachándose por la puerta de su casa, con una camiseta de tirantes blanca que mostraba su torso y hombros peludos, y una escopeta de dos cañones que parecía de juguete en sus enormes manos.

Todos gritaban a su alrededor, la esposa, el marido, los vecinos y Javi. Menos ella. Había quedado muda, como si se encontrase bajo el agua y estuviese bloqueada ante la idea de abrir la boca. Prefería tragarse la sangre que seguía bombeando el labio antes de decir algo que empeorase la situación. El tiempo se había ralentizado, como en un extraño sueño, salvo que aquella pesadilla era completamente real. No oía las súplicas de Javi ni los insultos de aquel enorme tipo, solo cómo se movían sus bocas y las gesticulaciones de las manos. La grotesca situación la tenía tan impactada que no fue capaz de suplicar o rezar por su vida. Los escasos veinte segundos se hicieron eternos, llegando a pensar que había tardado menos en aprobar la

carrera de periodismo que en ponerse a salvo de aquella situación.

Y de repente lo vio aparecer a su derecha, como si se tratase de un absurdo, irreal e infantil príncipe azul que se hubiera escapado de una película Disney. Marcos había surgido de no sabía dónde para interponerse con su arma entre ella y el gigante peludo con cara de mala leche. Entonces volvieron los sonidos, de forma lenta pero haciéndose audibles en pocos segundos.

El padre del niño asesinado, aquel que llamaban con toda justicia Paco el Mulo, soltó la escopeta en el suelo pero no dejó de mostrar su cara de enfado y el aspecto de un toro cabreado y a punto de embestir a todo lo que se pusiera delante.

Recordaba con precisión el primer día que entrenó en un gimnasio. Fue en el polideportivo Andrés Estrada, en una sala de pesas muy pequeña donde aquel verano provocaba un calor infernal, el olor era aún peor, y no había siquiera un monitor que ayudase o controlase a los nuevos. Por aquel entonces, con diecisiete primaveras, David tenía un aspecto muy diferente al que lucía en la actualidad, estaba muy delgado, tenía el pelo largo y no había rastro de la barba que ahora poblaba su cara, el único pelo en su cabeza afeitada. Treinta kilos de músculo y el aspecto de su rostro le habían hecho merecedor del apodo de «Oso» que tenía entre los compañeros del cuerpo y del gimnasio de su barrio. Si se tuviera que hacer caso a quienes le conocían bien, era más que recomendable no retarle a un pulso ni meterse en medio de una pelea en la que se hubiera enzarzado.

Cuando Francisco Vargas soltó la escopeta y, sin importarle lo más mínimo que dos policías le apuntasen con sus armas, se lanzó a por el flacucho que estaba más cerca de él, nadie de los que curioseaban en la calle podría haber imaginado el estruendo que produciría aquel choque de trenes. Más de doscientos cincuenta kilos de músculo, enfado, rabia, impotencia, deseos de no perder por primera vez una pelea y tozudez superlativa se dieron cita esa fría mañana de noviembre.

Y por primera vez en su vida, aunque le costase reconocerlo en su interior, David supo que perdería la pelea en cuanto sintió la fuerza y la rabia descontrolada de aquel animal sobre su cuerpo. Lo peor de todo no era el orgullo, su sexto sentido le dejó claro que también perdería la vida en

cuestión de uno o dos minutos si no era salvado por el inspector, vaciando el cargador de su pistola sobre aquel tipo, o usaba las técnicas de judo y aikido que había aprendido cuando era todavía un niño y que ya tenía olvidadas. Estando su contrincante desarmado, Marcos no podría dispararle sin perder su empleo, así que debía agudizar la memoria o el ingenio lo antes posible para inmovilizar a quien no podría reducir a base de puñetazos y que, si lograba atrapar su cuello, acabaría rompiéndoselo como si fuese una simple astilla de madera.

Por suerte, aquel gigante nunca había tenido que usar su fuerza más allá de unos pocos segundos en alguna pelea esporádica en el pueblo, así que empezó a cansarse en cuanto la explosividad inicial fue desinflándose. Momento que aprovechó David para atenazar su brazo derecho, retorcerlo y obligarle a hincar la rodilla. Una luxación de codo duele mucho más que una rotura, y el subinspector se empleó con todas sus fuerzas. Francisco pasó de gritar y gruñir como si estuviese poseído a suplicar como un crío pequeño que le soltasen. David seguía apretando sin ceder a pesar del cansancio, ahora que tenía la sartén por el mango, nunca mejor dicho, no iba a arriesgarse a liberar a aquella bestia. Ni siquiera cuando escuchó que su compañero le pedía que aflojase. ¿Qué sabía él? La experiencia le decía que mejor se enfrentaba a una reprimenda por romperle el brazo que arriesgarse a que aquel tipo se revolviere como un gato y le atacase de nuevo.

Unos minutos después, ya calmados todos, o casi, Francisco Vargas se encontraba esposado en el asiento trasero del coche de Marcos, David masajeándose su hombro izquierdo dolorido y el inspector preocupándose por las heridas de la periodista. Todo parecía haber acabado con la misma rapidez con que comenzó, y los protagonistas comenzaban a ser conscientes de que aquello pudo convertirse en una tragedia por culpa de obrar de forma impulsiva e imprudente. Ninguno de los implicados olvidaría jamás aquel incidente.

—Gracias, chicos, me encuentro perfectamente. Es un detalle que os hayáis preocupado por mí—. Javi se sentía invisible ante las atenciones que se le daban a su compañera, mientras nadie parecía lamentar que su cámara hubiera sufrido varios arañazos y la rotura del foco.

Marcos, una vez asegurado de que Laura estaba bien y que los golpes se los había producido al intentar huir de la casa, por lo que no iba a denunciar a nadie (tampoco parecía que los Vargas les denunciarían a ellos por allanamiento), se despidió y entró en el coche para buscar dónde entrevistarse

con aquel tipo y su mujer.

David oyó las gracias del inspector y le guiñó un ojo con una sonrisa de oreja a oreja como toda respuesta.

—Invicto. Nadie puede con el Oso. Aunque tengo que reconocer que ha estado cerca. Eres un animal, tío —le espetó al detenido mientras le miraba a través del retrovisor interior.

El teléfono móvil de Marcos sonó cuando se bajaban del coche ante la comisaría de la Policía Local de Riotinto, allí les habían prometido una sala de interrogatorios adecuada para las entrevistas. En la pantalla aparecía rotulado: «Maite forense», así que pidió a su compañero que se adelantase para atender la llamada. Quizás fuese algo importante.

—¿Tienes algo para mí?

—Poco, sevillano.

Aún le molestaba ese apodo por el que algunos lo llamaban, principalmente porque ya todos deberían saber que era onubense. Pero no le dio importancia, después del caso que llevaba entre manos, la experiencia vivida unos minutos antes y las presiones recibidas desde todas direcciones, aquello era lo que menos le afectaba.

—Sorpréndeme. Cualquier cosa será bien recibida. —«A ver si tenemos un golpe de suerte y algo sale bien», pensó.

—No hay traumatismos, así que es poco probable que muriese de un golpe. Por el tamaño tiene unos cuatro años, igual que el chico encontrado dos días antes. También era varón, y no podré darte más datos que la fecha aproximada de su muerte, calcula unos cien años (cinco arriba o abajo). Eso te lo aseguraré con más precisión en dos días.

—¿Y no sabemos de qué pudo morir?

—Le haré pruebas por si encuentro alguna enfermedad mortal en aquella época, como la gripe o la tuberculosis, pero sin más tejido que el óseo, no podemos encontrar restos biológicos de veneno o enfermedades de los que desaparecen a los pocos años en el cadáver.

—Ya imagino. Por lo pronto seguiré escéptico, pero si murió en el mismo lago, quizás ahogado, siendo varón y de la misma edad que la víctima anterior, me parecen demasiadas casualidades.

—Son cien años aproximadamente de diferencia, es mucho para un

asesino en serie, a menos que sea inmortal.

—Uf, asesino en serie..., no menciones esas palabras. Y tengo que dejarte, gracias por llamar.

—No hay de qué. Por cierto, oí decir al comisario que hoy interrogáis a los padres del niño. Espero que tengáis cuidado, dicen que el tipo es enorme e inestable.

—Gracias por el aviso, se lo diré a David para que lo sepa también.

Aquel espacio parecía la salita de una vivienda, solo necesitaba una mesa camilla y un televisor antiguo con un paño de ganchillo encima para hacer recordar a Paco la casa de su fallecida abuela. El olor, en cambio, era muy diferente, allí olía a hospital, y no le gustaban los hospitales. Tampoco le había gustado cómo habían dejado a su mujer en la sala de espera mientras a él le metían en ese sitio tan extraño, como si fueran dos delincuentes. No bastaba con haber perdido a su pequeño de una forma tan horrible y que estuviese por ahí suelto el malnacido criminal que lo hizo, encima les trataban de aquel modo en lugar de estar buscando al asesino. Nadie entra en su casa de semejante forma y con una cámara de vídeo, ¿estamos locos o qué? Molestar de aquella forma a su mujer y el luto que guardaban por su pequeño... Y cuando por fin llega la policía es para defender a los periodistas en lugar de arrestarlos. El sistema estaba montado para proteger a los delincuentes en lugar de a las buenas personas. Debió matar a aquel policía, debió matarlo y no lograba quitarse la idea de la cabeza. Debió agarrarle el pescuezo y romperlo sin pestañear. ¿Qué se habían creído esos niños de ciudad? El caso es que aquel policía era más fuerte de lo que había imaginado, mucho más que cualquier otro que le hubiera retado nunca, pero en ningún momento tuvo ocasión de hacerle daño, salvo cuando le atrapó el brazo, maldito cobarde, y se lo retorció. Los hombres de verdad no pelean así, ya lo decía su padre, que daba hostias capaces de derribar una pared de ladrillos. Si volvía a tener la oportunidad... si le quitaban las esposas... no le duraría ni un suspiro.

El tiempo pasaba y nadie entraba en la sala. Tenía hambre, sed y ganas de orinar. El altercado le había puesto muy nervioso y también se preocupaba por el estado de su mujer, que llevaba dos días como un cadáver encerrada en la habitación del niño, llorando sobre su cama y sin probar bocado. Pero, al

menos, había supuesto una razón para salir de casa y olvidar la tragedia por unos instantes. Paco se martirizaba por no haber sido más duro con el chico en cuanto a no permitirle pasar tantas horas jugando en la puerta de casa. En el pueblo nunca había pasado nada y desde siempre los niños habían estado seguros jugando en la calle o en el parque, aunque nadie los vigilase. ¿Quién iba a imaginar que un miserable iba a...? Rezaba por que la policía lo atrapase antes de que pudiera hacerlo él, tarea con la que pensaba empezar cuando viese a su mujer algo más recuperada y hubiera podido enterrar al niño.

Y sabía perfectamente por donde iba a comenzar la búsqueda.

—Creo que ya ha pasado tiempo suficiente. Parece mucho más calmado y lleva un largo rato meditando, eso es bueno para que responda con más soltura a las preguntas.

Marcos hablaba más para sí mismo que a los policías locales que estaban a su lado, así como su compañero. Había observado a Francisco Vargas durante unos veinte minutos en el pequeño monitor en blanco y negro de la sala contigua a la de interrogatorios, y era el momento de pasar a la acción.

—¿Se puede saber qué coño pasa aquí? —Matías, casi sin resuello, aparecía a paso ligero por el fondo del pasillo— ¿Por qué nadie me ha informado de que se iba a interrogar a Paco? Sigo siendo la autoridad en este pueblo.

Después del encontronazo con el padre del niño, Marcos no quería que aquel día empeorase aún más. Y llevaba tiempo queriendo zanjar el asunto de las competencias con las autoridades locales. Así que interceptó al sargento y abrió de golpe y sin llamar a la puerta que tenía más a mano. Dentro, un policía local de uniforme les miró asombrado desde su mesa de escritorio.

—Lamento la interrupción y los modales, pero querría pedirte por favor que nos dejases durante un minuto tu despacho.

Matías y el policía le miraban atónitos, pero el semblante de Marcos no les permitió cuestionarle. Cuando el inspector se quedó a solas con el guardia civil, los puntos comenzaron a colocarse sobre las íes.

—Que hemos empezado con mal pie es algo que no se cuestiona, pero no es la primera vez que me pasa, así que vamos a terminar con esta historia de un modo rápido porque tengo muchas cosas que hacer y ya llevo demasiado

retraso.

Hizo una pausa de efecto. Se encontraba muy cerca de Matías, tanto como para oler el café y los churros que se acababa de comer aunque aún permanecía con la boca cerrada.

—Yo he venido a hacer mi trabajo —continuó—. Esta es mi jurisdicción y es mi caso. Si tienes alguna duda al respecto, solo tienes que llamar al cuartel de la Guardia Civil en Nerva o a la comandancia en Huelva. Se te ha dicho por activa y por pasiva que tus funciones son de apoyo, si tienes algún problema con esas órdenes o lo tienes conmigo, solo tienes que decirlo y haré que se te suspenda de empleo y sueldo en menos de diez minutos.

Matías casi no respiraba, la conversación no estaba sucediendo tal como le había comentado a los vecinos en la cafetería quince minutos antes. Marcos prosiguió.

—No estoy aquí para discutir o pelear con otros cuerpos de seguridad, que deberían centrarse en colaborar en lugar de entorpecer o tratar de demostrar que la tienen más grande. Y dicho esto, te doy dos opciones: sigues en el caso y te permito que observes la entrevista con el padre del niño a través del monitor o te largas a tu casa, al bar o a donde te salga de los cojones. Pero si te quedas, no quiero volver a oírte discutir, levantar la voz o, directamente, tocar las pelotas. ¿Ha quedado claro?

La tensión era tan densa como la gelatina. Solo pasaron dos eternos segundos de silencio incómodo.

—No te he oído.

—Me ha quedado claro.

—Bien, voy a salir por esa puerta y hacer mi trabajo. Tú ya sabes cuales son tus opciones, elige la que quieras.

Y se marchó.

Paco parecía calmado. Aquello no era un interrogatorio porque no había nada contra él, solo una mera entrevista para recabar información. Una entrevista que debieron realizar amigablemente en el salón o la cocina de su casa. A pesar de no ser un acusado ni estar arrestado, era más que recomendable que siguiese con las esposas a la espalda. Parecía calmado, pero no mucho más que un toro pastando o un oso tumbado al sol, a los que Marcos tampoco se acercaría mucho. Al inspector le gustaba hacer las entrevistas y los interrogatorios en solitario, pero no puso ninguna objeción a que David entrase tras él en la pequeña sala.

—¿Se encuentra más calmado?

Emitió un sonido gutural, algo menos que un gruñido, que fue interpretado como una afirmación por parte de los policías. Marcos pudo observar con calma por primera vez a Francisco, el pelo castaño claro y encrespado, junto a unos pequeños pero profundos ojos azules, debían formar el único vestigio de sangre inglesa que le quedaba. Mentón cuadrado y hoyuelo en la barbilla; boca sin labios, como un corte en mitad de la cara, con barba recia de dos días. En resumen, parecía esculpido en roca.

—Las esposas las tendrá durante un rato más, por nuestra seguridad y por la suya.

—¿La mía?

—Si vuelve a intentarlo de nuevo, tendremos que usar medidas de choque más efectivas. ¿Lo ha comprendido? —Marcos enseñó su arma a la vez que hacía la pregunta. Esperaba que Francisco no supiera que un policía no podría dispararle salvo que él también estuviese armado y con intención de atacarles.

Asintió con la cabeza mientras miraba la pistola.

—Me gustaría hacerle una serie de preguntas con respecto a su hijo, luego se las haremos a su mujer. ¿Lo ha comprendido?

—Palmira no está bien, casi no ha comido ni dormido desde...

—Lo sabemos, en este momento está siendo atendida por un psicólogo y la trataremos muy bien, solo serán preguntas rutinarias y acabaremos en pocos minutos.

—Está bien, pero no quiero volver a ver a esos periodistas por mi casa.— Había aumentado su tono de voz y la tensión de su rostro y cuello hasta hacer encogerse a los policías, que temían que tuviera otro arranque de ira.

—Hablaré personalmente con los periodistas para explicarles que serán detenidos y acusados por acoso y por allanamiento de morada si vuelven a acercarse a ustedes. Aunque dudo que se les pase siquiera por la cabeza.

Paco miró a su alrededor y resopló con resignación.

—Está bien, entonces pregunte lo que quiera.

Marcos lanzó una mirada de soslayo a David y otra a la cámara del techo, parecía que por fin podrían avanzar.

—¿A qué hora vio por última vez a su hijo?

—Al volver del trabajo, a las siete y veinte. Estaba en la puerta de la calle jugando con un camión volquete que le regalamos por su cumpleaños.

—¿Siempre regresa usted a esa hora?

—Salgo a las siete de mi turno en la mina. Siempre llego a esa hora,

minuto arriba o abajo.

—¿El niño suele jugar en la puerta de la calle a esas horas?

—Sí, como los demás vecinos. Aquello es tranquilo y casi no pasan coches.

Marcos lo apuntaba todo en una libreta, a pesar de tener la grabación de la cámara. Sobre todo los datos más relevantes y que le gustaba tener a mano durante la investigación. Escribió también: «rutina en la familia» y lo rodeó varias veces con el boli.

—¿Ha notado u oído que haya alguien nuevo por la zona? ¿Alguien que se pasee por la calle? ¿Quizá un desconocido?

—No, pero eso lo sabrá mejor Palmira, yo paso casi todo el día fuera.

—Entiendo. ¿Ha tenido algún altercado con algún vecino en los últimos meses?

—Me llevo bien con los vecinos y con los compañeros en la mina, pero en las fiestas, a veces, hay alguna pelea, por tonterías, ya sabe. Este año le di un sopapo a uno.

—Bueno, pero un guantazo no es una pelea. No creo que nadie vaya a tomarse luego la venganza y en un modo tan extremo como es este caso.

—Sí, solo fue una bofetada, pero estuvo dos meses con la mandíbula cosida con alambres, perdió seis dientes y quedó sordo de ese oído.

Marcos quedó en silencio, trató de tragar saliva pero no lo logró. Observaba las manos más grandes que había visto en su vida, llenas de callos y rozaduras, y unos antebrazos del grosor de su propia cabeza. Tras él, pudo sentir como David suspiraba muy despacio.

—Bien, iremos a hacerle unas preguntas. Díganos el nombre del vecino al que abofeteó.

Marcos lo apuntó en la libreta. También añadió un recordatorio, debía llamar a Irene para ver si había averiguado algo en el registro de pederastas y pedófilos, por si alguno de ellos se hubiera mudado a la zona desde las provincias cercanas. Quizá el asesino intentó algo con el niño y luego lo acabó ahogando. La autopsia no reveló marcas de forzado, pero eso solo indicaba que no hubo penetración, pudo haber tocamientos u otros actos más livianos. Tampoco había explicación alguna al grabado de la espalda, y pensar en ello le dio la siguiente pregunta.

—Si yo le mostrase un triángulo, ¿tendría algún significado para usted?

—¿Un triángulo?

—Sí, una figura de tres lados, parecido a una pirámide.

—No soy tan estúpido, ¿sabe? Ya sé lo que es un triángulo.

—Lo siento, no quería decir... Bueno, ¿conoce a alguien, o alguna marca de ganadería o logotipo de empresa que pudiera relacionarse?

—No, no lo sé. Pero no entiendo esa pregunta. ¿Qué tiene que ver un triángulo con la muerte de mi hijo?

Marcos comprendió que nadie había informado a los padres sobre la mutilación. Ni por asomo sería él quien diera una noticia así, que solo haría más daño a un matrimonio que parecía estar padeciendo un infierno en vida. Las marcas de las comisuras de los labios y la hinchazón rojiza de sus párpados indicaban que aquel hombre había estado llorando sin cesar durante demasiado tiempo, a pesar de que nadie lo adivinaría por su aspecto.

—¿Tiene su familia alguna rencilla personal con otra u otras familias?

Paco pareció dudar unos segundos, luego lo negó de un modo no muy convincente.

—¿Y qué me dice de Eusebio el Largo?

—¿Qué quiere que le diga? —contestó tras meditar sus palabras—. Su abuelo expulsó a los míos de sus tierras y desde entonces su familia no ha dejado de apretar para hacernos la vida más difícil.

—¿Cree que esa enemistad pudiera derivar en...? —Marcos no fue capaz de terminar la pregunta.

—No lo sé, tendrían que preguntarle a él.

La conversación no duró mucho más y Marcos le preguntó si podía quitarle las esposas, si se encontraba ya más calmado.

—¿Harán todo lo posible por encontrar al que le hizo eso a mi pequeño?

—Le doy mi palabra de que no descansaré hasta atraparlo. —Nunca debía hacerse ese tipo de promesas y el inspector lo sabía. Jamás había que implicarse emocionalmente en el caso ni dar falsas esperanzas a los familiares de las víctimas. Pero no pudo evitar hacerlo. El envoltorio de Francisco Vargas podía dar un miedo atroz, pero por dentro era igual de frágil que el resto de los mortales, y ahora estaba totalmente destrozado.

—Me gustaría tenerle entre las manos.

—Entre usted y yo, también me gustaría que eso sucediese.

Francisco Vargas sonrió sin ganas, luego lanzó un suspiro que estremeció a los policías.

—Pueden quitarme esto, no les haré ningún daño.

Marcos se acercó, aún con algo de temor, y lo liberó de los grilletes.

—¿Sabe una cosa, señor Vargas?

—¿Sí?

—Espero no cruzarme con usted en ninguna fiesta del pueblo.

Llevaba rezando toda su vida, junto a su madre y a su abuela, así se lo enseñaron desde que tenía uso de razón y así se lo estaba inculcando a su hijo, al que había llevado desde su nacimiento cada miércoles y cada domingo a la iglesia. La Virgen del Rosario y San Roque habían guiado sus pasos desde hacía tantas generaciones que no sabría precisar si sus antepasados estuvieron rezándoles cuando las imágenes que se conservaban en la iglesia no se habían fabricado aún.

No sabría sumar las plegarias, ruegos, oraciones y versículos que había dedicado a lo largo de su vida a aquellos que creía los protectores de su casa y de su familia, a pesar de no haber sido bendecidos con un camino de rosas precisamente. Pero ahora sabía que todo había terminado, ya no confiaría en un Dios que permite que un lunático se lleve a un niño pequeño e inocente de un modo tan salvaje, a un niño que pertenecía a una familia tan devota. El sábado pasado había limpiado la casa del párroco y le había llevado varios dulces y el guiso de alubias que siempre decía que le encantaba. Al día siguiente le arrebataron la vida al fruto de su vientre. Aún podía sentir el dolor que algún malnacido hijo de Satán le había provocado al desgarrar su carne y su alma, llevándose a su niño de un modo tan cruel, dejando aquel vacío que nunca volvería a sentir completo.

Que nadie esperase verla de nuevo por la iglesia, salvo para ir a maldecirles y escupir en las caras de quienes veneraban a semejante engendro del mal. Si era cierto que existía un Dios al otro lado, tendría que vérselas con sus insultos y con los golpes de su marido...

Había abandonado todo deseo por vivir, no había nada en el mundo que pudiera hacerle recuperar la ilusión por seguir adelante, y lo sentía por el bueno de Paco, que tenía un corazón tan grande como su espalda, pero la sola idea de no volver a ver sonreír a su pequeño, de no poder acurrucarle entre sus brazos, oír sus risas, oler su pelo, cantarle cada noche hasta que quedara dormido... era una tortura que no podía soportar. Deseaba la muerte más que nada en el mundo desde que le comunicaron lo que había ocurrido. Al principio no lo creyó, llevaba dos horas buscando al niño por las casas de los vecinos, a veces iba a jugar con sus hijos, y por el parque de detrás de la

calle. Luego apareció un policía local y le dijo algo que no podía ser verdad. Paco apareció en menos de cinco minutos desde que le llamó al móvil, había estado buscando por otras calles del pueblo, llegó con un gesto en la cara que la hizo temer que haría una locura. Aunque aquello no fue nada en comparación con lo que sintió al llegar al lago. No podría olvidar jamás la terrible impotencia al ver a su niño desnudo y sin vida sobre el agua en mitad de la noche, ante tantos desconocidos, y no poder acercarse a darle su calor, arroparle, decirle cuánto le quería y llevárselo lejos de aquel olor a azufre y a pecado que quienes le rodeaban desprendían.

Palmira miró cómo el policía, el inútil flacucho que ya había visto en el lago, al lado de su tesoro, se acercaba a ella y fingía una sonrisa. ¿Pensaría que con aquel gesto podría devolverle a su bebé? Debería estar buscando al criminal que había asesinado a su hijo en lugar de perder el tiempo esposando a su marido y molestándola a ella.

—Señora Vargas, tenemos que hacerle una serie de preguntas importantes para la investigación. Su marido la esperará y solo serán unos minutos. ¿Se encuentra con fuerzas? ¿Necesita algo, un café...?

—Nada. Terminemos cuanto antes —dijo con frialdad, y se levantó para acompañarles. Antes de entrar, vio salir a su Paco, parecía mucho más calmado y sintió cómo le hacía un gesto de tranquilidad y comprensión. Pero ella no se dejaría engatusar por aquellos enviados de Satán. Su marido era demasiado bueno y confiado con la gente, pero ella no, ella sabía ver lo que los demás no percibían a simple vista. Y no volvería a confiar en nadie en lo que le quedase de vida.

Palmira tenía el aspecto que podría tener cualquier mujer de entre treinta y cuarenta años que siguiese una vida tradicional, basada en exclusividad en cuidar de su casa y su familia. Cabello negro y largo, recogido a la espalda y sin teñirse a pesar de las visibles canas que ya marcaban sus sienes, no iba maquillada y vestía luto riguroso. No la imaginaba Marcos yendo a clases de pilates con las vecinas, ni quedando los viernes por la tarde con amigas para tomar un vino o refresco en una terraza al sol, ni comprando su ropa fuera de un mercadillo convencional. Seguro que se hubiese alarmado si alguien se lo hubiese propuesto, y hubiese respondido: «las mujeres deben estar en sus casas, o ayudando con su trabajo a la economía de la familia. Las que están todo el día en la calle son unas frescas». El inspector, cuya hermana tenía la misma edad que ella, se impresionó al ver lo diferente que son las personas según el entorno y educación que reciben.

Claro que su aspecto no fue lo que más llamó la atención de Marcos, sino una hostilidad que jamás había visto en un familiar directo de una víctima. Aquella mujer, visiblemente rota a todos los niveles, había edificado a base de dolor un muro de sólida piedra en su mente que Marcos no podría traspasar por mucho que se esforzase. Tenía ante sus ojos a una mujer de las de antes, de las que no enferman jamás, nunca se quejan, trabajan de sol a sol hasta el último día de sus vidas, guardan los rencores hasta la tumba, de las que no hablan si no es preciso. Una mujer como lo fue su madre. Conocía muy bien esa testarudez, aunque nunca había averiguado la forma de vencer la barrera que esas mujeres protegían con más ahínco que su propia honra. Pero debía intentarlo, necesitaba lograr que le contase todo lo que tuviera relación con la desaparición de la víctima.

Y Marcos se estremeció al darse cuenta de que seguía viendo a esos seres humanos como números, estadísticas o casos, en lugar de lo que eran: personas que habían dejado un vacío irremplazable en los corazones de quienes les querían. Trató de suavizar su tono al máximo y se hizo la promesa, una vez más, de comenzar a usar el nombre de los fallecidos en las conversaciones.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a... Andrés?

—Ese mismo día, le llevé una merienda a la calle, no quiso entrar en casa para comérsela ni parar de seguir jugando, dijo que la tierra para su excavadora estaba allí. No le importó que hiciera frío, nunca tiene frío ni se queja, es igual de fuerte que su padre.

Marcos se estremeció, era habitual que siguiese hablando en presente sobre el niño. Los familiares y amigos más cercanos tardan semanas o incluso meses en asimilar que ya no están entre ellos.

—¿Puede precisar la hora?

—Eran las seis de la tarde, siempre le doy la merienda a esa hora. Luego comienzo a hacer dos comidas, la cena para todos y el almuerzo del día siguiente, para dejárselo a mi marido preparado en una pequeña fiambarrera que se lleva a la mina —respondía de forma seca, casi robotizada.

—Su marido le vio jugando en el mismo lugar a las siete y veinte, ¿sabe si pudo irse a casa de otro vecino o pudo marcharse con algún desconocido?

—Quizá con un vecino, pero no con un desconocido. A pesar de sus cuatro años, era muy despierto, nunca se hubiera alejado sin darme una voz desde la calle para avisarme.

—Entiendo. ¿Y si le hubieran ofrecido golosinas?

—Nunca las comía, le gustaba la comida de verdad. Para llevárselo, tuvieron que hacerlo en contra de su voluntad.

Seguía como un robot, hablaba casi sin parpadear ni mostrar sentimiento alguno. Marcos estaba muy sorprendido. Aquella mujer necesitaba urgentemente el servicio de un psicólogo, pero jamás lo admitiría ni se dejaría ayudar.

—Prométame algo, aunque las promesas no sirvan para nada entre quienes no tienen parentesco, pero hágalo de todas formas. —Se acababa de transformar en otra persona, en una fracción de segundo, y se mostraba irradiando súplica, esperanza e ira al mismo tiempo.

—Dígame.

—Prometa que cogerá a ese hijo del diablo, prometa que no descansará hasta que lo haya metido en una celda para siempre.

—Se lo prometo. —Fue poco más que un susurro. Se extralimitaba de nuevo y era consciente de ello, pero necesitaba mitigar el dolor interno que abrasaba a la pobre mujer. Quizá luego se arrepintiese, o lo estaba haciendo en ese mismo instante, pero respondió lo más humanamente posible que pudo.

La conversación no les llevó más allá; y, a pesar del tono suave y condescendiente del inspector, la señora Vargas no hizo el más mínimo intento por romper ese muro que le distanciaba del resto del mundo.

—Qué pareja más difícil. Parece sacada de la película de *Los santos inocentes* —dijo David.

—Uf, prefiero no hablar del caso ni de lo ocurrido hoy. Menudo día llevamos.

—También he tenido yo lo mío.

—Sí, de menuda te has librado. Deberíamos comprar o pedir a la comisaría unas táser de esas americanas para dar calambres.

—No creo que un calambre hubiera frenado a ese mastodonte.

—No, yo tampoco.

—Si quieres desconectar, puedes venirte esta noche conmigo un rato. Voy al Real Lion, en la Gran Vía. Allí podemos tomarnos una cerveza y te presento a Sandra, mi novia.

—Quizás en otro momento. Estoy molido y siento que incubo un

resfriado de esos que te tienen amarrado a diez paquetes de pañuelos.

—Como quieras.

—Por cierto, ¿te puedo hacer una pregunta personal?

—Claro.

—¿Qué hace que un tipo, que ya antes de cumplir los treinta es dueño de la mejor discoteca de la ciudad, lo deje todo por hacerse policía?

—Uf, creo que eso te lo tendría que explicar un día con más calma.

«Y más confianza —pensó Marcos—. Todos tenemos esqueletos en el armario». Y su mente viajó de nuevo a su anterior caso, a la fatídica noche en que perdió a su compañero. Llevaba varios días sin tener pesadillas con aquella azotea y el sonido de los disparos, pero sabía que regresarían tarde o temprano.

Esa noche, cuando por fin logró quedarse dormido, el sonido de varios wasaps le despertó. La pantalla mostraba la una y catorce de la madrugada.

<No te he dado las gracias por venir a salvarme>

<Os debo a ti y a tu compañero un favor de los grandes>

<Espero no haberte despertado>

<Te echo de menos>

<Un beso>

Marcos dejó el móvil sobre la mesita tras leerlos y trató de volver a dormir. Se incorporó a los pocos minutos, ya desvelado por completo, y respondió.

<Aquello fue una temeridad, estás loca. No vuelvas a hacer nada tan arriesgado sin consultarme>

<Nos vemos mañana en tu casa, la cena la llevaré yo esta vez>

Apagó el móvil y trató de volver a dormir, ahora con una sonrisa.

FUEGO

17 de noviembre de 1917

Tengo cuidado con mi manera de vivir. No vivo como necio sino como sabio, aprovechando al máximo cada momento oportuno, porque los días son malos.

Tú lo creaste todo, creaste los elementos y de ellos surgió este mundo y luego el hombre. Un hombre que te decepcionó desde el primer momento en que recibió de tus manos el don de la vida y un lugar en el paraíso. Pero ese hombre tiene la capacidad de redención gracias a tu infinita misericordia. Y gracias también a su entrega y sacrificio.

Julia me acompañó ayer en la tarde a la iglesia, debíamos rezar lo más cerca posible de ti para que nos oyeras con claridad, luego la llevé ante el párroco para que se confesara. No se puede vivir en pecado ni un solo instante. De regreso a casa le pedí que hiciera voto de silencio hasta la mañana siguiente, con la promesa de llevarla con su hermano Miguel, y ella sonrió entre lágrimas de dicha por la suerte de poder volver a verle.

Ayunó desde ese momento y se mantuvo en un rincón de la casa, rezando en silencio y sin parar de llorar. Qué valiente ha sido y cuán orgulloso me siento de ella. Sabía que no me defraudaría, que era la elegida. Su hermana pequeña se ha mostrado extrañada, no comprende aún tus deseos, mi Señor. Ella no es digna de ti y no podrá acudir a tu diestra.

Esta madrugada, cuando he sentido en la espalda el suave roce de tu mirada en forma de divino escalofrío, he comprendido que se trataba de la señal convenida para partir. Y al salir del cuarto he visto a Julia, aún sumida entre llantos y oraciones. Su cuerpo y su alma han logrado aguantar tantas horas por el aliento de tu gracia. La he besado en la frente con agradecimiento y orgullo, luego nos hemos despedido de su hermana con una mirada portadora de esperanza y anhelos. El aire aún nos traía el sonido de su llanto cuando habíamos perdido de vista la casa.

Sé que me protegerás, de todo mal protegerás mi vida. Tú, Señor, me cuidarás en el hogar y en el camino, desde ahora y para siempre. Porque el

ladrón no viene más que a robar, matar y destruir; pero yo he venido para que tengan vida, y la tengan en abundancia.

17 de noviembre de 2017

—¿Hulk? Ese tío hubiera partido en dos a Hulk si lo pilla más cabreado. No sabéis lo que me costó reducirlo. Creo que voy a empezar a entrenar más en serio.

David desayunaba con los compañeros de la central en la cafetería, donde había quedado con Marcos para partir de nuevo hacia Riotinto. El resto de policías había visto la noche anterior las noticias del altercado con Francisco Vargas y, tras comprobar el tamaño del mismo, felicitaban asombrados a David por su hazaña.

—Lo que tú digas, Oso, pero yo no me pondría delante de ese tío otra vez.

—Ya te digo, estás loco. Yo lo veo venir hacia mí y le vació el cargador. Prefiero ir a la cárcel que al cementerio.

—¿Seguro que no le pillaste algo flojo? ¿O que no te ayudó el sevillano?

—Yo creo que no es tan grande. Seguro que usaron algún truco de esos de poner un objetivo angular en la cámara.

—Panda de cobardes, un día de estos voy a liarme a dar sopapos con la mano abierta y...

—¿Y qué, valiente? —Aparecía Irene y daba un coscorrón a David en la cabeza, poniéndose de puntillas para lograrlo— Dejad este concurso de testosterona o tendré que quitarme la zapatilla. Vamos, que hay mucho trabajo por hacer, no holgazaneéis. Y más os vale haber dejado algunos bollos para los que aún no hemos desayunado.

Marcos apareció por la puerta principal y saludó a todos. También hizo un gesto a su compañero, cuando este se levantaba de la silla, para que esperase un poco más, debía hablar con el comisario antes de partir. Estuvo en el despacho algo menos de cinco minutos y salieron hacia el coche. David le llevaba un café en un vaso de plástico y no preguntó por la conversación mantenida con el comisario. Marcos lo bebió de un sorbo y tiró el vaso a una papelera camino del coche, no había tiempo que perder.

—¿Más interrogatorios para hoy?

—Tú lo has dicho. Tenemos a dos sospechosos en lista. Esperemos que el día no sea tan movido como el de ayer.

David vio las ojeras hinchadas y comprobó que la noche de Marcos no había sido mucho mejor que el día. No sabía que había vuelto a sufrir las pesadillas que le visitaban casi cada noche desde la muerte de su anterior compañero.

Tras aplicarse a conciencia una gruesa capa de base de maquillaje en polvos compactos, ya no apreciaba en el espejo del baño el enorme morado de la mejilla; y el sellador que le pusieron en el corte del labio en el hospital había funcionado a las mil maravillas, no tuvo que recibir antiestéticos puntos de sutura que hubieran deformado su boca. Ahora, con un lápiz labial rojo intenso, la herida era imperceptible, salvo por la pequeña hinchazón que aún observaba y que no le quedaba del todo mal. Quizá en unas semanas se pasara por alguna clínica de estética para inyectarse un poco de ácido hialurónico en los labios. No señor, no se veía nada mal la boca así de grande.

Si algo le había enseñado la vida, era a sacar lo positivo de cada experiencia. Lo único malo que recordaba del día anterior era la pequeña molestia al masticar, el dolor del codo con que se golpeó en el suelo al caer y la pérdida de tiempo en el hospital. Aquel tiempo era valioso y le costaría recuperarlo. Cuando llegó a la comisaría de la Policía Local del pueblo, ya habían entrevistado a los padres del niño y no había podido grabar la salida de los mismos ni la de los policías nacionales que llevaban el caso, a los que pensaba hacer unas preguntas tras agradecerles su salvamento. Sabía que se mostrarían más habladores y participativos después de llamarles héroes ante las cámaras. Aunque ahora volvió a pensarlo y quizá con Marcos no funcionase demasiado; incluso podría molestarse si le abordaba cuando había pasado tan poco tiempo desde que le filmó en el lago y filtró sus palabras.

Tuvo que conformarse con hacer una breve conexión en directo por la noche, mostrando sus heridas y las imágenes que logró grabar Javi en la casa de los Vargas antes del altercado. No fue gran cosa, pero le valió para recibir más atención y apoyo desde la cadena y la productora, además de un aluvión de mensajes de ánimo por parte de todos y cada uno de los presentadores de

informativos del país, tanto en directo como a través de redes sociales, donde había multiplicado por treinta el número de seguidores que tenía tres días antes. Aquella estupidez, que sus colegas de profesión tildaron de heroica actuación, había salido bien después de todo.

La habitación del hostel Atalaya era considerablemente más grande que la de su apartamento, pero con tanta ropa y complementos colocados por todas partes no notaba mejoría alguna. Las dos mesitas de noche y el pequeño escritorio a la izquierda de la ventana estaban ocultos bajo carpetas con información que no paraban de llegar desde la redacción, donde un equipo de periodistas buscaba datos en la investigación paralela a la policía que ella había comenzado. Ni siquiera sabía dónde podría hallarse su teléfono móvil y el portátil bajo aquel caos. No quería ni imaginar la cara que pondría la chica de la limpieza cuando entrase la mañana siguiente para hacer la cama y cambiar las toallas. Incluso había colgado en la barra de la cortina de la ducha sus trajes más delicados, para que el vapor los mantuviese sin arrugas. El mueble del lavabo estaba cubierto de sombras de ojos, máscaras de pestaña, lápices labiales, esmaltes de uñas, esponjas aplicadoras, brochas, discos de algodón, líquido desmaquillante... Pero el bidé tenía peor aspecto, allí reposaban su secador, el rizador de pelo y la plancha, con sus cables formando una maraña imposible. ¿Cómo había entrado todo aquello en sus dos maletas pequeñas?

Era muy temprano, apenas amanecía y casi no había dormido, pero debía adelantarse a los pasos de la policía y de sus colegas de profesión de otros canales si quería tener una oportunidad de recabar información valiosa para la conexión de esa tarde.

—¿Qué tal has dormido? —Preguntó Javi cuando ella se sentó a la misma mesa del comedor del hostel, allí daba buena cuenta del desayuno bajo los aromas de la fruta, la bollería industrial, el café y las tostadas recién hechas.

—Poco y mal. Tenía mucho que hacer y programar para hoy. Y como no quise adormilarme con calmantes, el dolor de la mejilla y del labio me ha estado torturando.

—Haber venido a mi habitación, ya sabes, para relajar tensiones. —La mirada asesina de Laura le hizo sonreír—. No te enfades, lo digo por tu bien. Que sepas que la oferta se mantendrá en las próximas noches, pero solo como ayuda médica necesaria en momentos de estrés o insomnio.

—Gracias, pero prefiero sufrir estrés, insomnio y hasta pesadillas.

Sobre la mesa, ante ella, un café solo con sacarina y media manzana.

Mantener la silueta a los veintinueve no era tan fácil como a los veintiuno. Y la maldita cámara la hinchaba como a una foca. Si quería dar el salto a la televisión nacional y tener un futuro de éxito, debía hacer sacrificios. Esa palabra, sacrificios, la pensó mientras sentía el aspecto y aroma de los bollos que devoraba su compañero. ¿Cómo podía estar tan delgado si no paraba de comer en todo el día? Quizá fuese el peso de la enorme cámara que cargaba a todas horas. De todas formas, los hombres no tenían ese problema, no estaban tan sujetos a presiones por su físico. Qué rabia sentía al pensar en esa diferenciación con respecto a sus compañeros...

—¿Qué toca para hoy? —Javi la sacó de sus pensamientos sobre mandar a la mierda la dieta.

—Hacer guardia en la entrada del cuartel de la Guardia Civil.

—¿Y eso? ¿Tienes información confidencial? ¿Va a pasar algo en el cuartel?

—No, ese Matías no encontraría una pista ni aunque se sentase sobre ella o estuviese dentro del donut de su desayuno. El cuartel está en la primera entrada del pueblo cuando uno viene desde la capital. Estaremos atentos para ver pasar el coche del inspector o el de su compañero. Luego les seguiremos. Ayer fueron a casa de los padres de la víctima, así que deben estar entrevistando a posibles testigos o sospechosos.

—Mientras no nos encontremos con una situación como la de ayer... Hoy debemos tener más tacto si nos acercamos a los vecinos.

—Opino igual. Hoy me conformaré con grabar a los inspectores en el momento de entrar o salir de las casas; eso será jugoso sin arriesgar el tipo.

No había terminado de pronunciar la frase cuando recordó la conversación telefónica mantenida con su productor la noche anterior. «Necesitamos más carnaza, más chicha. No nos vale con ver a la policía de un lado para otro. Queremos sospechosos, queremos teorías e hipótesis. Y cuando no tengas nada que decir, invéntatelo, pero que sea muy jugoso».

Jugoso... su labio estaba jugoso y no quería volver a tenerlo así nunca más.

Laura pasó toda la noche debatiéndose entre lo ético y lo correcto de las acciones que debía afrontar en los siguientes días si quería mantener el estatus de estrella que tanto le había costado. No podía consultar o pedir consejo a Marcos, ya que este le diría que no se metiera en líos, que no hiciese nada en contra de su propio código ético; pero, ¿qué sabía él, si solo tenía que resolver casos para progresar en su trabajo? En cambio, ella tenía

toda una carrera de obstáculos en su camino. Si nadie la había valorado durante los años pasados por su buen hacer y entrega, tan solo por su físico, a medida que este fuera perdiendo su frescura vería cada vez más cerca el fin de sus expectativas de progreso. No tenía una voz tan bonita y seductora como para intentarlo en la radio, eso ya se lo habían dejado claro en varias entrevistas, así que se veía a sí misma conduciendo un programa de teletienda a las tres de la madrugada en un canal local.

Laura se abofeteó la cara en un acto reflejo, ante la atónita mirada de Javi. No le importaba lo que él o la camarera pensasen, ni el dolor que ahora sentía en el moflete, tan solo quería eliminar aquel catastrófico pensamiento para no atraerlo. Sabía que uno atrae aquello con lo que sueña o piensa, fueran éxitos o fracasos, y se prometió no volver a pensar en destinos tan funestos.

—Venga, el tiempo apremia. Mueve el culo y reza para que los policías no hayan madrugado más que nosotros y ya estén en algún lugar del pueblo.

Al preparar el desayuno, como cada mañana, Palmira colocó tres vasos y tres cubiertos sobre la mesa de la cocina sin pararse a pensar que ya eran cuatro los días que quedaba vacía la pequeña silla de Andrés; le pasaba también durante almuerzo y cena, incluso se dirigía cada tarde a las seis a prepararle la merienda, hasta que comprendía que estaba sola en la casa. Ya no volvería a verle devorar magdalenas tras sumergirlas en el tazón de leche, ni preguntarle a su padre si podría acompañarle a la mina cuando fuese mayor y conducir aquellos enormes camiones volquetes, como los suyos de juguete, que veía desde la carretera. Ahora solo quedaba el silencio, así desayunarían el resto de sus vidas. Así vivirían, si es que aquello era vivir.

Desde la puerta de la cocina, tras llevar los platos y vasos al fregadero, vio a Paco coger su chaquetón del perchero de la entrada, con la misma decisión con que lo hacía todo en la vida, y se lo puso antes de marcharse. No le dijo nada, solo lo vio partir y cerrar la puerta tras sus pasos. Sus ojos reprimieron una pregunta cuya respuesta conocía a la perfección. Debía dejarle marchar y hacer lo que tenía que hacer, sin miedo a las consecuencias, lo que hacen los hombres de verdad. Y Paco lo era, lo supo desde el instante en que lo conoció. El día de su boda fue el más feliz de su vida hasta aquel momento, no había conocido otro hombre mejor; y luego llegó el bebé, al que bautizaron con el nombre de su abuelo paterno.

Ahora Andrés ya no corría por la casa ni la inundaba de risas y de preguntas sobre todo lo que le intrigase. Su padre había estado leyendo una antigua enciclopedia que compró a un vecino desde el día en que supo que nacería su hijo, para responder a todas las dudas que el niño tuviese, así sería listo y no un ceporro como él, decía. El día de mañana estudiaría en la universidad y no tendría que destrozarse la espalda y los pulmones en la mina.

El pequeño Andrés ya no se destrozaría la espalda ni los pulmones.

Su pequeño ya no estaba. Un desalmado hijo del diablo se lo había llevado y ahora desearía no haberse cruzado en sus vidas, desearía no haber nacido siquiera. Cuando Paco lo tuviera entre sus manos, se haría justicia. Palmira terminó de fregar y se encaminó hacia la puerta de la calle. La abrió y notó el relente frío y húmedo en su cara, miró el cielo bajo los tonos del amanecer y supo con seguridad que tampoco llovería ese día. Observó la calle desierta que subía a su izquierda, Paco había tomado esa dirección. Hoy nadie le frenaría, nadie osaría cruzarse en su camino ni le impediría hacer lo que debía hacer. Y esperaba que sucediese lentamente, como se merecía ese desalmado.

Marcos creyó ver un coche en su retrovisor siguiéndole por entre las calles del pueblo, pero desechó la idea al momento. Aún no estaba tan mal de la cabeza como para tener manías persecutorias. David había permanecido dormido durante casi todo el trayecto, e incluso había roncado como un león marino; ni siquiera había podido oír la radio durante unos kilómetros con semejante volumen.

Debían entrevistarse con dos personas, Eusebio «el Largo» y el tipo con el que Francisco Vargas tuvo el altercado en las últimas fiestas de verano. La casa más cercana desde la entrada del pueblo era la del segundo de ellos. Aparcaron justo frente a su fachada, dejándoles una sensación amarga por el recuerdo aún demasiado fresco del día anterior. Hoy no podrían salir las cosas peor, se dijo Marcos a sí mismo, y lanzó una mirada de seguridad a David, aunque este aún permanecía medio dormido. El subinspector, al salir del coche, aprovechó para estirar el cuerpo y quitarse una legaña.

—Buenos días, Policía Nacional. —Enseñó su placa a la señora que abrió la puerta—. Deseamos hablar unos minutos con Ignacio García.

—Mi marido se marcha al trabajo en unos minutos.

—Lo sabemos, no le haremos llegar tarde.

La señora comprobó que el deseo de los policías era solo una forma de hablar con educación, pues no parecían dispuestos a marcharse sin cumplir con su trabajo. Se echó a un lado y les permitió entrar en la vivienda. El ambiente cálido y el olor de las tostadas y café recién hecho fue bien recibido por los policías. Entraron en la cocina, donde ella les condujo, y vieron a Ignacio terminando su desayuno. Era alto y casi tan corpulento como David, algo entrado en canas y tenía la zona izquierda de la cara un poco descolgada, como si hubiera sufrido una hemiplejía.

—¿Quieren un café? —preguntó amable su mujer, mientras él permanecía ajeno a la visita.

—No, gracias.

—Bien, digan para qué me necesitan —fue el único saludo de Ignacio, que aparentaba mal humor.

—Sabrá que encontraron el cuerpo de un niño en el embalse de Gossán hace unos días. El hijo de Francisco Vargas. Querriamos saber cómo es su relación con él desde el altercado de las fiestas pasadas.

—No nos hablamos, nada más que eso.

—¿No le guarda rencor?

—¿Piensan que mataría a una criatura por haber perdido una pelea? No es la primera ni la última en la que me meto. Paco fue legal, pudo hacerme más daño, me lo merecía. Cuando bebo... me pongo difícil y digo cosas que no pienso. Quizá el golpe fue más fuerte de lo esperado, pero eso me hizo aprender.

—¿Aprender?

—A no meterme con él. Y vayan al grano, no tengo toda la mañana.

—Está bien, quisiéramos saber qué hizo esa noche y que nos deje tomar fotografías de las ruedas de su coche.

Pareció pensar durante un segundo.

—Estuve hasta las nueve y media donde Andrés, un bar dos calles más abajo. No tomé más de dos cervezas y me vine a cenar. Lo mismo que hago todos los días. Me acosté temprano, tengo turno de mañana en la mina esta semana. Mi coche es el Xsara gris de ahí fuera, pueden hacerle las fotos que quieran. —Ni les miró al contestar, solo terminó su desayuno y se levantó de la mesa sin llevar el plato y el vaso al fregadero. Su mujer lo hizo con presteza en cuando él abandonó la cocina, una tarea más de tantas que

llevaría ejecutando desde que vivían juntos.

Marcos pensó que no habían cambiado mucho las costumbres en aquellas zonas apartadas de las grandes ciudades desde que él era pequeño y observaba el comportamiento de sus abuelos. Aquel lugar parecía congelado en el tiempo, con sus costumbres machistas, su mojigatería, sus fervores religiosos y la mina, la imperturbable mina, que parecía controlar con más fuerza que nunca el destino de los ciudadanos de la zona a medida que estos profundizaban más y más en sus entrañas. Cada vez que pasaba con el coche cerca de ella, y observaba aquel enorme altavoz apuntando al cielo, pensaba que el cansado planeta trataba de gritar de dolor un «¡basta ya!».

Aún no habían hecho la primera pregunta a la esposa cuando oyeron a Ignacio cerrar la puerta de la vivienda a sus espaldas.

—¿Cuánto llevan casados? Si me permite la indiscreción —David miró a Marcos algo perplejo tras la pregunta.

—Desde siempre, nos conocimos de mozos, en la escuela, y nos casamos con diecisiete años. Hará... treinta y dos.

—Como se ha hecho toda la vida, ¿verdad?

—Claro que sí, ¿para qué cambiar lo que está bien?

—Eso imaginaba.

La mujer se mostraba algo nerviosa, además de exhibir un servilismo que ponía de los nervios a Marcos. David aprovechó para aceptarle ese café y ella, como movida por un resorte, dio un respingo para ponerse a preparar la cafetera.

—¿Tienen ustedes un buen trato con los vecinos?

—Sí, claro. ¿Por qué? ¿Alguno de ellos le ha dicho algo malo de mi Ignacio? No se lo tenga usted en cuenta, a veces bebe y se convierte en otra persona.

Marcos, después de haber comprobado el carácter de su marido en condiciones normales, no quería imaginar cómo sería ese *mister Hyde* del que todos hablaban. Las fiestas del pueblo, sin duda, debían de ser muy entretenidas.

—¿Es su marido un hombre de costumbres?

—¿Qué quiere decir?

—Me refiero a que si es alguien que suele hacer siempre lo mismo. Sus horarios y las personas a las que ve, sus hábitos y conductas...

—Sí, aquí todos tenemos una rutina.

—¿Y nunca trasnocha? ¿No sale de madrugada nunca? Me refiero a dar

un paseo cuando no pueda dormir o tenga algo que hacer.

—No, nunca he sentido que se levantara en mitad de la noche. Esas son cosas de delincuentes.

—Claro, eso mismo pensaba yo, pero entienda que debo preguntar igualmente. Es mi trabajo.

No había terminado la frase cuando recibieron un aviso por el transmisor de David. El recepcionista de la comisaría de la Policía Local de Riotinto se mostraba muy alterado. Se despidieron de la señora García y corrieron hacia el coche.

—David, recuérdame que volvamos para tomar las huellas del coche y para comprobar esa coartada en el bar.

—Y tú a mí que no le acepte otro café a esa mujer.

—¿Tan malo estaba?

—No, es que con las prisas me he quemado.

El alcalde miraba el casi imperceptible movimiento de unas pocas nubes en el cielo a través de la ventana de su despacho y suspiraba por enésima vez esa mañana. No solo se retrasaban las lluvias, por lo que el campo de golf estaría más seco y lento, aparte de las setas, cuya temporada ya estaba arruinada; además, debía soportar a Matías casi cada mañana con su verborrea y sus hipótesis basadas tan solo en los años de experiencia y en las generaciones anteriores que su familia había servido en el cuerpo, como si eso fuera bastase para solucionar un caso de asesinato. «En fin —pensó—, a ver si se cansa de hablar y se marcha tras desahogarse».

—... y por eso te digo, Manuel, que Paco mató a su hijo. Me lo dice el olfato, ya sabes que nunca me ha fallado.

—No seas animal, Matías, no puedes acusar a un padre de matar a su hijo y quedarte tan tranquilo. Y sin pruebas ni nada. No me vengas con historias y deja que los inspectores de la capital hagan su trabajo. Si no quieres ayudarles, vete a la nacional a poner multas o a tomarte unas manguaras al Soleá. Pero no vengas todas las mañanas a ponerme la cabeza como un bombo, ¡joder! ¿No sabes la cantidad de trabajo que tengo?

—Yo solo estoy avisando, luego no quiero lamentaciones y que otro se ponga la medalla cuando se descubran las pruebas.

—Perfecto, te guardaremos la medalla para ti. Ahora sal y haz algo de

provecho, que para eso te pagan. Hace un rato sonó la campana del parque de bomberos, ve a echarles una mano.

El sargento se marchó y Manuel disfrutó del maravilloso abrigo del silencio. Ojalá continuase así durante el resto del día, aunque eso era mucho pedir. Después de semejante inicio de semana, su úlcera no tendría un respiro hasta que aquella pesadilla no hubiese terminado y quedado muy atrás en el olvido. No podría librarse de trabajar el fin de semana, con lo bien que le hubiese venido relajarse los dos días siguientes. Vio pasar el coche de bomberos con la luz y la sirena, precedido por el todoterreno de Matías, y tocó madera para que fuese una simple llamada por una tubería rota.

Llegaba tarde al trabajo, aunque lo bueno de ser el jefe y dueño del negocio era que podía abrir cuando le apeteciese. Si había ya algún vecino esperando en la puerta de la joyería, que esperase; nunca entendería la obsesión de algunas señoras por llegar las primeras a un comercio, incluso antes de su horario de apertura, para ir haciendo cola. Metió el paquete de tabaco y el mechero en el bolsillo derecho de su chaquetón y las llaves y el móvil en el izquierdo. Se palpó el bolsillo trasero del pantalón para asegurarse de llevar la cartera, haciendo memoria para recordar que llevaba los billetes pequeños y monedas para dar cambio a los clientes, y salió por la puerta de casa.

Siempre iba andando a trabajar, ya que el local estaba en la calle de al lado, salvo cuando tenía que hacer algún recado al mediodía o tras cerrar por la tarde. Ese día no era el caso. En la misma puerta de la casa, antes de poder cerrar con llave y de olfatear el aire para tratar de adivinar si llovería de una puñetera vez, lo vio llegar y supo que todo había acabado.

Paco le agarró del cuello y le zarandó como si fuese un monigote de cartón. Sentía pánico a pronunciar palabra alguna o tratar de defenderse. La presión que ejercía con su mano era tal, que sabía que podría partirle el cuello sin esfuerzo alguno. Esos primeros segundos, que se hicieron eternos, recordó con asombrosa nitidez el día en que conoció a su mujer, el de la boda y cuando tuvo que enterrarla tras luchar contra el cáncer durante meses. Nunca habría imaginado que Pilar hubiera supuesto toda su vida, pero quién era él para discutir lo que su mente le había dejado tan claro. Pensando en que se reuniría con ella en cuestión de segundos, tardó en comprender que Paco le

estaba gritando una serie de preguntas, aunque no las había oído ni podría responderlas bajo aquella presión en la garganta.

—Maldito tú y maldita toda tu familia. No le bastó a tu abuelo con echar a los míos a la calle, asqueroso usurero. Habéis estado todos estos años haciendo todo el daño que habéis podido. Y ahora esto... ahora esto... hijo de puta. Seguro que también me echas la culpa de la enfermedad de tu mujer y has tenido que compensarlo, ¿no? ¡Contesta o te mato aquí mismo como a un perro!

Estaba fuera de sí. Tanto que ningún vecino se atrevía a salir a la calle para ayudarle, se refugiaban asustados tras las ventanas. Eusebio no les culpaba.

Quizá fue porque quedó inmóvil y en silencio, pero Paco aflojó la presión y pudo sentir un torrente de oxígeno entrando en sus pulmones. Trató de razonar con él, pero solo un hilo de voz irreconocible salió de su garganta.

—No lo hice, no lo hice...

—¿Quién si no haría esa salvajada? Solo el Largo y su casta son tan miserables como para ahogar a un niño pequeño.

Paco había roto a llorar, era la primera vez en el pueblo que le veían así, ni siquiera cuando era un niño pequeño había dado la más mínima muestra de debilidad. Ni cuando su padre, casi tan enorme como él, le daba una bofetada por portarse mal. Balbuceaba y tenía la cara llena de lágrimas, unas secas y otras aún no, y de mocos que le impedían respirar con normalidad. Eusebio trató de hablar de nuevo.

—No estaba aquí... yo... en Huelva, con mi hermana...

¿Quién le iba a decir que después de tantos años haciendo la vida imposible a aquel hombre, iba a morir en sus manos? ¿Quién le iba a decir que después de tanto torcer aquella robusta rama, iba a acabar partiéndose?

En un arranque aún más violento que el anterior, Paco lo levantó un palmo del suelo agarrándolo del cuello con su mano izquierda, la derecha iba cerrada y directa a su cara. Eusebio cerró los ojos y vio a su mujer una vez más.

Cuando la policía local apareció por la esquina, Paco permanecía en el suelo en cuclillas y abrazado a sus rodillas, llorando como un niño. El cuerpo inmóvil de Eusebio el Largo yacía frente a él.

Aparcaron justo al lado del cementerio inglés del barrio de Bellavista. La pira de denso humo negro indicaba que los bomberos ya habían extinguido el fuego; dos de ellos seguían vertiendo agua con la manguera sobre unos tabloncillos negros que aún desprendían el siseo característico del choque de temperaturas. Marcos se maravilló al pasar junto a la puerta del camposanto, las escaleras de acceso y los muros, completamente cubiertos de vegetación. Aquel lugar transmitía la magia de haber permanecido congelado tras el paso del tiempo. Nada de grafitis, basura, tendido eléctrico o cualquier otro adelanto posterior a su construcción. A través de la puerta pudo ver lápidas y esculturas que sobrevivían a duras penas sobre los restos de quienes fundaron aquel lugar.

El inspector miró hacia el otro lado y no pudo evitar el chasquido de desaprobación al comprobar que Matías se hallaba rondando por el lugar, a David tampoco le pasó desapercibido.

—Tranquilo, habrá venido pensando que había una barbacoa.

Marcos tuvo que contenerse la risa. Luego, cuando estuvieran a solas en el coche, le diría que había sido una ocurrencia magnífica.

—¿También tenéis jurisdicción en los incendios? —dijo el guardiacivil cuando llegó a su altura.

—No si se trata de un incendio casual y sin víctimas. Pero después de un asesinato, es frecuente que el homicida trate de destruir pruebas.

—¿Y qué te hace pensar que ha sido provocado?

—Con este frío y en pleno invierno no es lógico que arda un lugar tan abandonado y con tanta vegetación verde como este. Pero tranquilo, nos marcharemos en unos minutos, en cuanto los bomberos nos den una opinión sobre el terreno.

Al acercarse unos metros más, tuvieron que taparse la nariz con la mano, el olor aún era muy fuerte y les haría toser durante horas si no les prestaban unas mascarillas. Uno de los bomberos, que daba órdenes al resto, se acercó a Marcos mientras un guardiacivil que acompañaba a Matías añadía información sobre el lugar.

—Este cobertizo llevaba aquí casi el mismo tiempo que el propio cementerio. Antes se guardaban en él las herramientas del enterrador. Pero este cementerio dejó de tener clientela hace más tiempo del que pueda recordar, y aquí no se tira o derrumba nada si no estorba.

Todos guardaron silencio al observar las ruinas calcinadas. El bombero

jefe había llegado hasta ellos y se presentaba cuando uno de sus hombres comenzó a gritar desde el interior para que fuesen todos allí. Matías recordó en ese momento todas las veces que se había prometido hacer dieta y ejercicio en las dos últimas décadas, pues llegó el último y avergonzado por ser tan visible el esfuerzo titánico que le había dejado exhausto al recorrer aquellos treinta metros. Respiraba los restos de humo a bocanadas y eso le dejaba un amargor en la garganta que solo calmaría con un par de cervezas en cuanto pudiera escaparse. Entró en el calcinado cobertizo y, antes de ver siquiera lo que había encontrado el bombero, el enorme policía que acompañaba siempre al inspector le arrolló cuando salía del lugar para vomitar.

—No puede ser.

—No me jodas.

—Hay que comenzar a llamar, a llamar a todos.

Marcos no comprendía cómo su compañero se había comido aquel enorme bocadillo y la mitad del suyo. Después de haber vomitado al ver el cuerpo en el cobertizo y de quedarse pálido durante unos minutos, parecía haber recuperado el buen humor y el apetito de una forma milagrosa. El inspector, en cambio, y pese a lo delicioso que estaba el bocadillo de lomo con pimientos que había comprado en La cocina de Tiago, no pudo pasar de dos mordiscos. El olor de la carne a la plancha no paraba de recordarle el que desprendía... Mejor no pensarlo de nuevo. Su cuerpo le avisó con una arcada y trató de respirar hondo el aire helado de la sierra que corría por el parque. El local era pequeño, aunque disponía de una mesa alta con dos taburetes para comer dentro, pero los policías preferían hacerlo fuera, sentados en un banco. A su derecha se alzaba la fachada del Ayuntamiento y, unos metros antes, la cafetería Soleá. Le apetecía volver a ver a Inés.

—¿Qué hacen aquí mis dos polis favoritos? —Les recibió con una sonrisa mientras ponía en marcha la cafetera.

—Estamos haciendo una parada para seguir luego con entrevistas e interrogatorios. Venimos a por tu delicioso café. Necesitamos energía para aguantar todo el día con este frío —respondió David.

—Ya he visto el jaleo de sirenas esta mañana y la nube de humo, y ahora se percibe mucho el olor a quemado. Eso no habrá tenido nada que ver con

vuestra investigación, ¿verdad?

—Aún no podemos decir nada, pero no me extrañaría que la prensa lo divulgase pronto. En este pueblo no tardan mucho en extenderse las noticias.

Aquel comentario de David le hizo pensar en Laura. Llevaba tres días sin verla en persona, exceptuando el altercado con Francisco Vargas, y le apetecía que llegase ya la hora de la cena, aunque nunca lo admitiría. Sabía que con ella solo tendría una oportunidad si jugaba al gato y el ratón. Al menos, la chica se había comportado al cumplir su promesa de no tratar de sacarle más información confidencial. Claro que tras el nuevo hallazgo, no dudaba de que estaría más cerca que nunca.

—Inés —dijo Marcos, saliendo del trance e interrumpiendo la conversación que mantenía esta con David—. ¿Has oído algún rumor durante estos días?

—¿Relacionado con el caso? Pues claro, esto es un bar cafetería, aquí la gente no para de hacer especulaciones. Luego dicen de las mujeres, pero no sabes lo cotillas que sois los hombres.

—Ya me imagino —sonreía—. ¿Hay algo que te haya parecido verídico? Me refiero a que, una vez desechados todos los rumores absurdos y especulaciones producidas por el alcohol, ¿podría haber algo que te haya llamado la atención?

—Pues precisamente esta mañana, bueno, hace algo menos de dos horas, un parroquiano comentó que el padre del niño, Paco, había ido a matar a Eusebio el Largo. Esos dos llevan enzarzados desde el colegio, y ya lo estaban sus padres y abuelos antes de ellos.

—Joder, eso es mucho más que un rumor. David, ve al coche y llama por radio a la central.

—Es al que teníamos que entrevistar ahora, con el tema del incendio no pudimos hacerlo esta mañana. Espero que Francisco no se haya tomado la justicia por su mano. —El subinspector, que aún no había terminado su bollo de chocolate, se metió todo el trozo que quedaba en la boca y salió de la cafetería diciendo algo ininteligible que hizo reír a Inés y Marcos. Al regresar, un minuto después, volvía a mostrar una palidez en el semblante que no presagiaba nada bueno.

—Vamos al cuartel de la Guardia Civil, han detenido a Francisco Vargas por intento de asesinato.

Menos de cinco minutos después, al final de la calle y frente a la entrada al barrio de Bellavista, habían aparcado y entraban a toda prisa en el cuartel.

Allí les indicaron que Francisco se hallaba incomunicado en una sala, por si pudiera tener otro brote psicótico y atacar a algún preso en el calabozo. En una silla de plástico fuera de la sala los policías vieron a su mujer, impasible, enlutada como siempre y con una sombra de oscuridad alojada en sus ojos.

—¿Se encuentra bien, Palmira?

La mujer los miró con ira contenida. No dijo una palabra, pero quedó claro que les culpabilizaba del hecho de haber detenido a su marido y de no haber encontrado y encarcelado aún al responsable de la muerte de su hijo.

Comprobaron a través del cristal de la puerta que Francisco parecía estar calmado, seguía esposado de pies y manos y encadenado a una argolla en el suelo. Ambos entraron en la sala y conversaron con él durante unos minutos. Marcos estaba furioso por no disponer de personal suficiente, hubiese ordenado un dispositivo de vigilancia para un tipo tan peligroso, también por no haber ido a entrevistarse primero con ese tal Eusebio, aunque no podía saber lo que ocurriría o lo que pasaría por la mente de Francisco Vargas esa mañana. Se despidió de él prometiéndole que haría lo posible por evitar que le trasladasen a Huelva y así su mujer podría ir a verle a diario hasta la fecha del juicio; pero le pidió a cambio que tuviese un comportamiento ejemplar, que no diera motivos para que le incomunicaran o trasladaran, ya había empeorado demasiado su situación. A Marcos le dio la sensación de que agradecía el detalle.

Aún no volvieron al cementerio inglés, el inspector debía hacer dos llamadas. Tanto Irene como Nacho, el recepcionista de la comisaría Local del pueblo, dieron la misma respuesta: no había registro alguno de que asesinos o pederastas en libertad, tras cumplir sus condenas, hubieran entrado en la provincia. Ya esperaba algo así, pues sospechaba que el asesino debía ser del pueblo o alrededores. De otro modo no lograría mostrarse invisible al realizar sus crímenes.

Primero fue un lago en la noche, con residuos de azufre y otros minerales nocivos, ahora un cobertizo chamuscado que aún desprendía humo y el desagradable olor a hollín. Aquellos escenarios tan macabros y poco salubres no debían estar sentando bien al feto, ya que lo sentía moverse furioso en la tripa cada vez que visitaba el pueblo para buscar pruebas y certificar una nueva muerte junto a sus ayudantes y el juez de instrucción.

También se revolvía con el ajetreo de tantas autopsias que se había visto forzada a hacer a toda velocidad para contentar las presiones del comisario. El cobertizo en el que se hallaba ahora aún desprendía un fuerte olor a hollín y tuvo que colocarse una máscara para no dañar a su futuro hijo. «Maite, joder, pídete la baja de maternidad ya», se dijo por enésima vez esa semana.

El cuerpo chamuscado que tenía ante ella había ardido desnudo, no se apreciaban restos de fibras adheridas a la piel. Por el tamaño y curva de la cadera apostaría a que se trataba de una niña (eso lo comprobaría en cuanto le diese la vuelta, ya que no se había carbonizado y tendría aún visibles los genitales) de unos seis a ocho años, dato que afinaría antes de examinar la dentadura, cuando apareciesen sus padres. Pensar en que los padres tendrían que saber que su niña había terminado su vida de aquel modo, que no podrían volver a verla ni para despedirse ante un ataúd cerrado, le hizo plantearse si traer a otro hijo al mundo era lo correcto. Llevaba tantos años entre cadáveres que se había insensibilizado ante la barbarie del ser humano; pero últimamente había comenzado a asustarse al pensar en el mundo que esta generación estaba dejando a la siguiente. ¿Qué contaminación, delincuencia, hambruna, sobrepoblación, corrupción... tendrían que soportar sus hijos?

Trató de olvidar sus ideas y miedos para centrarse en el trabajo. Se atusó un mechón de cabello que se había soltado de las trenzas y eso le recordó que debía haber ido el martes pasado a la peluquería para su tinte vegetal. Menudo aspecto tendría, con la máscara, las trenzas rubias llenas de canas prematuras bajo oscuras raíces, el hollín por toda la cara mezclado con sudor y esa barriga que parecía portar trillizos. Aquel pensamiento desapareció cuando fue a colocar las bolsas de plástico en manos y pies para evitar la contaminación de esas sensibles zonas durante el traslado al laboratorio de la capital. Un escalofrío recorrió su espalda y tuvo que salir fuera a respirar un aire menos cargado.

—¿Qué te pasa? ¿Te encuentras bien? —Marcos y David, que regresaban de hablar con Francisco Vargas, se bajaron del coche a tiempo de socorrerla cuando parecía que iba a vomitar.

—Sí, ya estoy un poco mejor. Dadme unos minutos.

—¿Es el bebé? No creo que te haya dado un mareo por la escena, habrás visto de todo a lo largo de...

—Pues, aunque no te lo creas, ha sido algo que he visto ahí dentro. Prometedme que esto no se filtrará, sería terrorífico para la opinión pública, pero mucho más para sus padres, que ya tendrán que cargar con suficiente

dolor.

Los policías la miraban con curiosidad y temor a partes iguales. ¿Qué sería eso tan espeluznante que había provocado aquella reacción?

—No cesa el horror, estimados televidentes. Hace menos de una hora que la policía ha encontrado otro cuerpo en este apacible pueblo de la sierra de Huelva. Una población minera de menos de cuatro mil habitantes que se ha visto sacudida por inesperados y trágicos acontecimientos durante esta semana. Si el pasado lunes informábamos del hallazgo del cadáver de un niño de cuatro años, y el miércoles se descubría el esqueleto de otro menor, que sigue sin identificarse ni recibimos dato alguno desde la policía, hoy se ha hallado otro cuerpo en un viejo cobertizo del cementerio inglés. Un fuego, que sospechamos ha sido intencionado para calcinar el cadáver y hacer desaparecer las posibles pruebas, ha alertado a bomberos y fuerzas de seguridad de la zona. La Policía Nacional, que se hallaba entrevistando a un posible sospechoso en su propia casa, ha partido en cuanto recibieron el aviso. Como pueden observar en las imágenes en directo, ahora mismo hay forenses y todo tipo de investigadores de la policía científica por el lugar. No se pierdan el reportaje mucho más extenso que emitiremos en tan solo dos horas. A las diez les espero en su dial favorito del televisor, el del Canal Sur.

—¿No crees que te has pasado de sensacionalista? Deberías informar y no dar tanto tu opinión. ¿Y qué es eso de volver al directo en dos horas? No tenemos ninguna orden desde arriba para hacer otra conexión.

—Es lo que hay. Si los productores quieren carnaza, esto es lo que tendrán que emitir, aparte de darme otra conexión en directo en *prime time*.

Laura se quitó el pequeño micrófono de la solapa de la americana y luego la petaca que le hacía un daño terrible donde la espalda pierde su casto nombre. Se bajó de los tacones y volvió a preguntarse el por qué se los ponía, cuando nunca aparecían en pantalla. Se dejó caer sobre el asiento trasero del coche y comenzó a devorar el bocadillo que Javi había ido a comprar al pueblo. Estaba molida después de pasar todo el día de un lado para otro, tratando de no ser descubierta por Marcos. Marcos... ¿Vería él las noticias del Canal Sur? ¿Se daría cuenta de que le había seguido cuando viera las imágenes de su propio coche al entrar en la casa del sospechoso o llegando al cobertizo del cementerio? Pues claro que sí, esa noche tendría una llamada

desagradable y esperaba conseguir apaciguarle como las veces anteriores. Tocó madera para que no cancelase la cena y así poder usar sus habilidades de persuasión en las distancias cortas. A Marcos debía quedarle claro que no podía obligarla a dejar de realizar su trabajo de la mejor forma posible. No le había sacado nada de información, ni se habían visto ni hablado, solo había sido más lista y había logrado aquella jugosa noticia.

La conexión de la noche se realizó casi como ella había imaginado. Los productores de la cadena no dejarían a la audiencia sin información sobre la que era la noticia más importante desde la desaparición de aquella adolescente en Sevilla en el 2009. El hecho de tratarse de niños, y las circunstancias aterradoras de las muertes, habían sobrecogido a los espectadores que, por su parte, tampoco se mostraban reacios a recibir su dosis de morbo cada día. Solo estuvo en antena cinco minutos, ya que no había ninguna información más que añadir, salvo comunicar el mutismo de las autoridades y el ataque de Francisco Vargas a un vecino. Laura estaba muy furiosa por haberse enterado de este último suceso por otro canal de televisión, cuando ella se encontraba justo en el pueblo mientras se producía.

Antes de la conexión, la chica recibió un wasap que la había dejado desconcertada. Marcos, al que esperaba oír furioso y recriminándole que le siguiera durante el día, parecía amigable y preguntaba si seguía en pie lo de cenar juntos en el pueblo esa noche. Quizá hubiera permanecido desconectado del mundo y no hubiera visto las noticias. Ella no se pensó la respuesta un solo segundo.

Más tarde en la habitación del hostel:

—¿Dónde has dejado a tu compañero? Me gustaría agradecerle su intervención de ayer. Le debo... os debo la vida.

—Se marchó a la capital con la forense. Así yo podía quedarme con el coche.

—Menudo animal aquel que salió de la casa —dijo mientras se llevaba la mano al pómulo, ahora visible el moratón tras haberse desmaquillado para ducharse.

—¿Te refieres a la casa en la que entraste junto a tu cámara sin pedir permiso ni respetar el dolor de una pareja que acababa de perder a su único hijo?

Laura agachó la cabeza ante la obviedad de la pregunta de Marcos. Era la verdad, dolorosa, pero la verdad a fin de cuentas. Cometieron un error de

novatos que les pudo costar la vida.

A su parecer, Marcos estaba animado, mucho más de lo que aparentaba en las grabaciones que había visto durante el día. Quizá sintiese algo por ella; un chico siempre parece más risueño cuando se encuentra con alguien especial, cuando flirtea. Laura notó que aquel pensamiento también la animaba. Todo el cansancio, frío y humedad de la larga jornada, quedaron eclipsados por la sensación de saber que Marcos quisiera recuperar aquel noviazgo de verano.

—Lo sé, soy un desastre. Pero te prometo que no volverá a ocurrir. No imaginas cómo he aprendido la lección.

—Ya veo que eres un desastre, y para muchas cosas más. Como el orden. Nunca había visto una habitación de hotel así, ¿estás segura de que no han entrado a registrarte o robarte algo?

—Ja, ja, ja. No pasa nada, es que no tengo mucho tiempo para pasar aquí dentro, solo dormir unas horas; y me gusta tener toda la ropa a la vista para elegir más rápido.

—Por cierto, menuda pifia con lo de Francisco Vargas. Se te ha adelantado Tele5 en esa primicia. —Marcos le mostraba una sonrisa cargada de intención.

—Bueno, a vosotros también. Si no llega a ser por la local... —Laura le había devuelto la pelota.

—*Touché* ¿Y esas carpetas e informes? —preguntó el inspector para cambiar descaradamente de tema.

Ambos se habían sentado en el filo de la cama y picaban con tenedores en unas fiambreras de plástico transparente la comida caliente que Marcos había comprado en el mismo lugar que los bocadillos del mediodía. El hambre y cansancio acumulados, aparte de casi no haber almorzado, provocaban que el inspector devorase con ansiedad el bacalao en salsa verde y las albóndigas, mirando con ansiedad la enorme porción de empanada de atún que esperaba para después. Laura, acostumbrada a cenar muy ligero o no cenar, se había sorprendido al ver el contenido de las bolsas cuando lo recibió en la puerta de la habitación.

—Es información sobre ciudadanos del pueblo y alrededores. También listados de pederastas, de criminales por delitos violentos y demás. Me los mandaron desde Sevilla. Mis productores me miman.

—¿En serio? ¿Puedo verlos? —decía con la boca llena—. Quizá sean mejores que mis informes.

—Pues claro que sí, yo no tengo tantas restricciones en mi trabajo. — Marcos captó la indirecta y le lanzó una mirada de auxilio que ella pilló al vuelo—. Lo sé. Tu trabajo es diferente, más hermético y confidencial para no provocar un miedo o rechazo social hasta tenerlo todo bien atado.

—Eso es. Nosotros no podemos permitirnos el lujo de especular o de apostar por un asesino u otro. Hasta que el caso no está cerrado y el juez dictamina la sentencia, todo es secreto.

—Entiendo. Bueno, entonces háblame de ti, de lo que has estado haciendo todos estos años. Aún no nos pusimos al día tras la última cena.

—Sí, tienes razón. Y espero que no siempre sean de incógnito y secretas, escondidos en tu apartamento o en la habitación de un hotel.

—¡Oye! No te quejes, estas situaciones tienen su morbo.

Ambos se miraron y permanecieron en silencio durante unos largos segundos, la tensión entre ellos había llegado al punto más álgido y, mientras cada uno sentía unas ganas enormes de lanzarse sobre los labios del otro, tenían un terrible miedo al fracaso y a la vergüenza de haber malinterpretado las señales, haciendo un ridículo espantoso. Aún necesitaban avanzar unos pasos más antes de lanzarse al abismo, aparte de decidir con miradas y señales quién lo haría de los dos.

No fueron muchos pasos más. Un beso corto y algo torpe precedió a otro más intenso y cargado de intenciones, luego se miraron sin hablarse, sin permitir que pudorosas palabras arruinasen el aire que ardía entre sus bocas. El resto fue como volver a montar en bicicleta tras años sin hacerlo, dejando que sus cuerpos recuperasen la memoria perdida y fluyera todo con naturalidad.

El reloj del móvil marcaba la una menos cinco de la madrugada. Recostada sobre el cabecero de la cama, Laura tuvo la certeza de que recordaría aquella noche durante toda su vida, por la situación en la desordenada habitación, por el caso macabro que les había unido de nuevo y que suponía para ella un ascenso meteórico, por la tensión de tener en su cama a un exnovio al que no había olvidado, pero ante todo, por haber liberado toda la carga interna que llevaba acumulando durante demasiado tiempo.

Miró a su derecha y, en la penumbra producida por la luz de la luna a través de la ventana, adivinó la silueta desnuda de Marcos bajo las sábanas. Sentía el ritmo de su respiración profunda. Se había entregado con ganas,

ambos lo habían hecho, así que él seguro que tampoco olvidaría esa noche en toda su vida. Aquella situación la reconfortó de un modo extraño, no había tenido la necesidad ni deseo de tener pareja desde hacía muchos años, su carrera era demasiado importante y un novio podía suponer un freno engorroso. Ahora, visto desde otra perspectiva, desde otro lugar o desde una madurez que se resistía aún a aceptar, estar con Marcos se le antojaba muy distinto.

El sonido del wasap disipó sus divagaciones, ya casi no podía mantener los ojos abiertos por el cansancio, pero la luz de la pantalla del móvil iluminó el dormitorio y sintió curiosidad. No era su teléfono, sino el de Marcos. Sin querer frenar el impulso, se inclinó para leer sobre la pantalla el globo verde con el mensaje de la forense. Una sonrisa cruzó su cara.

17 de noviembre de 1917

Hay un largo trecho desde casa hasta el cementerio inglés. Aquel lugar es sombrío y silencioso durante el día, así que fue perfecto para la ofrenda durante la noche. Julia caminó a mi lado con obediencia y devoción, asiendo mi mano con firmeza y mirándome con ojos vidriosos tras una mata de cabellos revueltos pero limpios, no puedo sentirme más orgulloso de su actitud y su entrega.

En silencio, como si formásemos parte de la bruma que se levantaba en el monte y barría con su húmeda escoba entre las dormidas encinas, caminamos sin pausa para llevar la salvación a los pecadores que dormitaban ajenos al milagro que en unos momentos se produciría en aquel sagrado lugar. Julia lloraba, y con ello me daba fuerzas para llegar hasta el final.

El cobertizo estaba cerrado pero no tenía puesto el candado, así que entramos a pesar de las preguntas de mi pequeña y de su aterrada mirada. No comprendía que estaba a punto de verte, mi Señor, de recibir tu bendición sagrada. Se sentó sobre unos sacos que pude palpar en la oscuridad y luego cerré la puerta. «Espera unos minutos y te encontrarás con Miguel y con Dios», ella parecía sumida en el éxtasis de una felicidad que desencajaba su rostro y explotaba en forma de llanto. Cerré la puerta y apreté el candado, luego busqué ramas secas por la zona e hice con ellas un montón sobre uno de los costados del cobertizo. La niña aún lloraba en el interior, pude oír con claridad sus súplicas para que la dejase marchar. Pobre. No se lo tengas en cuenta, mi Señor, era tan inocente y pura que no comprendía la dicha que supone llegar a tus brazos. Prendí fuego y observé, como en un ritual divino, cómo tu aliento hacía crecer las llamas y consumir por completo la estructura.

No me marché hasta que dejé de oír los gritos de Julia. Aquellos resonarán como cánticos celestiales en mi mente durante toda mi vida. Gracias mi Señor por semejante recuerdo de la ascensión a los cielos y el sacrificio sincero de su inocencia. Fíjate en cuánta devoción ha mostrado,

que no ha requerido que la golpease, como tenía previsto hacer para aliviar en parte su sufrimiento. El dolor que ha sentido es su penitencia por los pecados de los hombres, y sus gritos bendiciones y aleluyas, cánticos por entregarse a Dios.

Luego me he desnudado y arrodillado, como hago cada noche en casa, y he azotado mi espalda con saña mientras observaba aquella hermosa pira de fuego divino.

Si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Así pues, sea que vivamos o que muramos, del Señor somos.

18 de noviembre de 2017

Había dormido como una marmota, sin sobresaltos, pesadillas ni despertarse a media noche para apuntar algún recordatorio en el móvil. Quizá el ejercicio de la noche anterior y la dulce sensación casi olvidada de contar con un cuerpo desnudo y tibio junto al suyo habían obrado el milagro. Mejor no le decía nada a Javi, o se ofrecería con más insistencia que nunca para que ella pudiese disfrutar de esa terapia a diario.

La noche anterior había hablado muy poco con Marcos sobre su forma de actuar, pero le quedó claro que el inspector no se molestaba porque ella lo siguiese para buscar la noticia; después de todo, dijo literalmente, no podía impedirselo de ningún modo. Aquello le aportó la sensación de que lo estaba haciendo mejor que bien, seguía muy adelantada con respecto a sus colegas de otros canales y además contaba con la información de la forense que vio casualmente sobre la pantalla del móvil. ¿La usaría? Aquello podría suponer una bomba que, pensando con detenimiento y frialdad, le explotase en plena cara. Un dato así pondría presión extra a la policía, destrozaría a los familiares y atraería incluso a la prensa extranjera. Todos saldrían perdiendo.

Marcos la había despertado con un beso en la frente y no pudo reprimir un gemido y ronroneo mientras se estiraba aún bajo las sábanas. No había tiempo para otro asalto en la cama, pero decidieron ducharse juntos, lo que casi acaba en desastre por el pequeño tamaño de la cabina de la ducha. Cuando el inspector se marchó de la habitación, después de darle un largo beso y decirle que quería volver a verla pronto, supo que aquello sí podría funcionar, aunque no adivinaba durante cuánto tiempo. Se sentó, aún envuelta en una toalla, y pensó en cómo los últimos años había estado tan absorbida con el trabajo que solo se le acercaban compañeros, y aceptar las ofertas de revolcones esporádicos por parte de su cámara o de algún presentador casado que se cruzaba por la redacción, no eran precisamente las mejores opciones para salir de la soltería.

No tenía más tiempo para holgazanear ni recrearse en recuerdos recientes,

así que se levantó de un salto y fue a secarse el pelo, también debía enviar un mensaje a Javi para disculparse por la tardanza. Le diría que se comiese el desayuno de los dos, no tenía apetito después de la pesada cena, a pesar del ejercicio posterior. En esos momentos debía poner en orden sus prioridades, marcar la pauta a seguir y el itinerario, que pasaría por el cobertizo otra vez, además de elegir la ropa adecuada de entre todo el caos que tenía por la habitación.

La cocina de la comisaría de Huelva fue, por su tamaño y la hora del día, las nueve y media de la mañana, el lugar elegido para la reunión convocada por Marcos. De camino a la capital estuvo ensayando en el espejo retrovisor interior la forma de evitar mostrar la estúpida sonrisa que parecía habersele adherido a la cara. No podía olvidar la noche anterior y reía como un colegial despreocupado cada vez que pensaba en los besos de Laura, en su mirada, en el roce de su piel... ¿Qué ocurriría ahora? ¿Habría sido solo un rollo de una noche? ¿Qué significaría él para ella? Parecía encantada por la mañana, incluso observó un brillo cruzando sus ojos cuando le dijo que quería volver a verla pronto. En su trabajo había aprendido a detectar esos gestos reveladores de sentimientos en los entrevistados e interrogados. ¿Quién sabe? Ahora que vivía tan cerca de ella podría retomar lo que dejaron siendo críos, pero con calma, dejando pasar los días y conociéndose de nuevo. Dos personas cambian demasiado desde la adolescencia hasta la edad adulta; quizá ya no fuesen compatibles.

—Menudas películas te estás montando. Céntrate en el caso —le había dicho a su reflejo. Dejó de pensar en ella y trató de ordenar datos sobre el caso para la reunión.

Paco y David, a pesar de las caras de sueño y de algún que otro bostezo, charlaban animadamente cuando él entró en la cocina a servirse un café y esperar la llegada de Irene y de Maite, que seguro echaban la culpa al tráfico. Aún no había terminado el amargo brebaje cuando ya estaban todos allí. Un violento frenazo que se escuchó desde la calle supuso la última distracción que se permitieron. Todos miraron al comisario, pero este decidió ceder el turno de la palabra al responsable del caso. Marcos percibió en sus palabras un tono más amigable que en anteriores visitas.

—Nos encontramos con un segundo hallazgo inesperado y que tiene toda

la pinta de ser un asesinato también. Esperemos que no se trate del mismo homicida o estaríamos hablando de un asesino en serie. —Todos allí se estremecieron solo de pensar en esa posibilidad a la que nunca se habían enfrentado—. Se trata de una zona muy visitada por turistas y vecinos de la zona, así que no se han encontrado marcas de pisadas ni de coches que sean relevantes, así como la ausencia de huellas en la cabaña y el cuerpo debido al fuego. Y antes de continuar y de dar detalles sobre las tareas de cada uno, veamos qué nos tiene que contar Maite sobre la autopsia.

—Lo primero de todo —carraspeó de forma muy sonora—, es decir que tendré que hablar seriamente de un aumento con mi superior, porque estas horas extras que nadie me paga me están volviendo lo...

—Vamos, chicos, seriedad. —Paco puso orden y lanzó una mirada de reproche a la forense, aunque no podía hacer más porque no tenía autoridad sobre ella.

—Está bien, está bien. La niña tenía siete años, estaba desnuda en el momento del incendio y su sangre presenta restos de Diazepam, una cantidad no muy grande.

—¿La obligaron a tomar un Valium? —preguntó Irene.

—No es necesario, se puede diluir en agua y ser inyectado. En un niño de esa edad produce un efecto parecido al cloroformo durante una hora o algo menos, suficiente para meterla en un coche y salir del pueblo.

—Investigaremos en las farmacias de los alrededores por la venta de calmantes —añadió Marcos mientras apuntaba en su libreta.

—Por cierto, tu mal augurio se ha hecho realidad, todo indica que es el mismo asesino. Aun no tengo al completo los resultados de la autopsia pero lo que he descubierto no deja lugar a dudas.

—¿Cómo puedes estar tan segura sin tener todos los resultados? —preguntó Paco. Marcos sintió que por fin tenía un equipo en aquella comisaría; le había costado unos días, pero la gravedad del caso había obrado el milagro y todos estaban entregados.

—Es fácil —respondía ella, mientras se cambiaba de postura con torpeza sobre el taburete—. Las dos víctimas son niños, encontrados en la misma población, tanto el ahogamiento como el fuego fueron intencionados, los dos tienen la misma marca grabada en la piel y...

—¿Cómo has dicho? —la interrumpió Marcos—. Ayer no vimos nada grabado en su cuerpo.

—Es cierto, porque la piel estaba muy chamuscada —Irene hizo una

mueca de desagrado, parecía que iba a vomitar el café y el donut de chocolate que acababa de desayunar—. Pero con una búsqueda más intensa y usando luz ultravioleta, apareció con claridad. La única pega...

—¿Sí? —dijo Paco, y todos se inclinaron para prestar atención ante la pausa de efecto que la forense se había tomado.

—El triángulo está grabado al revés que el otro, con el vértice central hacia arriba.

—Quizá sea un imitador —añadió David. Todos le miraron incrédulos.

—Eso no lo digas ni en broma —le cortó su compañero—. Ya sería de locos que hubiera dos desalmados campando a sus anchas por allí. Además, el dato del triángulo grabado no se ha filtrado a la prensa. Así que solo el asesino y nosotros lo sabemos. Por cierto, Maite, ¿podría tratarse de alguna clave? ¿Quizá lo grabó deprisa y no volteó el cuerpo?

—No, está grabado con calma, lo hizo antes de quemar el cobertizo. Y por las estrías que presenta, la niña debía estar consciente y se resistió.

—¡Qué hijo de puta! —David se estaba poniendo enfermo.

—Pero... hay algo más, un último dato. No sé cómo os sentará lo que voy a decir justo después de que hayáis desayunado.

—¡Suéltalo ya, coño! —le espetó Paco, que odiaba aquellas pausas—. Después de lo que ya has dicho, más desagradable no podría ser.

—No apuestes por eso. La niña fue quemada viva. La torsión de los dedos de sus manos, la posición fetal y la mueca de su cara indican que sufrió un dolor indescriptible.

El silencio en la sala hizo que se oyesen con claridad las múltiples llamadas de teléfono que se producían al otro lado de los tabiques de cristal. Los presentes se miraron entre ellos, horrorizados y sin comprender cómo alguien podría hacer semejante salvajada. ¿A qué tipo de monstruo se estaban enfrentando? Lo que todos tenían claro era que debían atraparlo lo antes posible.

Paco tosió para romper el hielo y aclararse la garganta.

—Esto pinta muy feo. Un asesino en serie es algo nuevo en esta zona, y por la crudeza en la ejecución de los crímenes y lo frágiles de las víctimas, debemos darnos toda la prisa posible —los demás asintieron—. Dejaremos a la Guardia Civil y a la Policía Local en tareas de apoyo administrativo y os asignaré otra pareja de investigación sobre el terreno. Estarán a tu cargo —dijo refiriéndose al inspector—. Irene, llama luego a Fran y a Cris y les pones al corriente de su cambio de tareas.

—Sí, precisamente tengo aquí fotocopias de todo lo relativo al caso para repartir. Y en cuanto al tema de las llamadas de perturbados...

—¿Habéis seleccionado alguna o varias que os llamaran la atención?

—No, lo único destacable es que se han multiplicado tras el incendio. Casi todas tienen el mismo patrón, gente aburrida, sin mucho cerebro, con ganas de fama y muy poca vergüenza. Las que se escapan de ese patrón son aún peores, tratan de acusar al vecino con el que no se hablan, al profesor del colegio de sus hijos porque les ha suspendido, al dueño del bar cuyo ruido no les deja dormir por las noches... En esa línea.

—Ya lo imaginaba. Parece que este sistema solo funciona en las películas, pero te garantizo que alguna vez da resultado en el mundo real. Merecerá la pena el esfuerzo si nos acercamos al asesino.

»Otro asunto, aunque no es posible que Eusebio haya asesinado a la segunda víctima, ¿sabemos algo de su coartada?

—Sí —respondía Paco—. El fin de semana estuvo en la capital con su hermana, estuvieron cenando en un restaurante cuando se producía la muerte del primer chico.

—Lo imaginaba...

—Perfecto —añadió Paco, comprendiendo que ya estaba todo hablado—, tú dirás cómo continuamos con la operación.

Marcos vio cómo los presentes se giraban expectantes. Tragó saliva y comenzó:

—David y yo iremos al cobertizo a buscar pistas por los alrededores, luego nos entrevistaremos con el profesor o profesora de la niña en el colegio. Maite, manténnos informados de cualquier avance en la autopsia; por cierto, han trasladado a la víctima de agresión de Francisco Vargas a tu hospital, trata de averiguar si ha salido del coma o llámame cuando lo haya hecho, por si podemos hacerle unas preguntas.

La forense asintió con la cabeza.

—Irene —continuaba—, llama cuanto antes a la Central-1 de Sevilla y que te pongan con Pablo Aguilar, nos vendrá bien su experiencia con el caso de «El Fantasma». —Todos murmuraron con asombro al recordarles los crímenes de aquel asesino de chicas—. En cuanto a esa pareja que nos habéis asignado, les pediré que interroguen a los dueños de las casas del barrio de Bellavista que están más cercanas al cementerio, por si notaron algo extraño los días previos al crimen. Luego buscarán por el pueblo cualquier rumor, antigua rencilla y demás; mientras van de calle en calle, que se pasen por la

farmacia del pueblo y la de Nerva por si pueden darnos nombres de quienes hayan comprado calmantes en las últimas semanas. Por cierto, ¿sabemos ya quienes son los padres de la víc... de la niña? Nos pondremos con ellos mañana a primera hora.

—Sí, ahora mismo se encuentran en tratamiento psicológico, pero en cuanto tengamos el visto bueno de la doctora, estarán disponibles para entrevistarlos —respondió Irene.

—Tengamos mucho tacto, chicos, recordad que estamos bajo el hermetismo más absoluto y no descanséis ni mañana domingo, ¿entendido? Será más fácil encontrar en sus casas a los vecinos en días festivos —añadió el comisario.

—Joer, mi novia me matará —dijo David con pesar.

—Y mi marido —murmuró Irene.

—Vamos, no os quejéis. Si resolvemos este caso, os firmaré unas vacaciones de verano que harán historia.

—No fastidies, en verano estaré apurando la baja de maternidad, a mí me lo guardas todo para septiembre.

Cuando se marchaban de la cocina, Paco le pidió a Marcos que le dedicase unos minutos. Ya en su despacho, se sentaron y, bajo un claro semblante de preocupación, le comentó bajo susurros aquello que le rondaba por la cabeza.

—He pensado que podemos saltarnos una norma, aunque no soy partidario de ir en contra del reglamento. Quizá el dato de que la niña fue quemada viva sea demasiado para dejar que se filtre, y si lo ponemos en un informe que verán tres docenas de personas, entre polis de aquí, guardiaciviles y locales de allí, alcaldes, concejales, médicos y todo el que lo solicite por estar ayudando en el caso..., la prensa lo largará en horario de máxima audiencia y cundirá el pánico. Debemos ser consecuentes con el hecho de que ese dato solo aumentaría el morbo de algunos y el dolor de la familia y seres queridos de la víctima, que ya tienen lo suyo.

—Me parece bien. Podemos redactar dos informes oficiales, el que tengamos nosotros y el que demos al resto de colaboradores y agentes.

—Bien. Como Irene está al tanto del descubrimiento, la llamaré ahora para encargarle la tarea. Luego informaré a Maite y a la pareja que os apoyará en el caso. Tú díselo a David.

—Perfecto, jefe. Si no hay nada más, salimos hacia el pueblo.

¿Qué pensarán los vecinos sobre su gestión? Maldita sea, ¿por qué tenía que ocurrir precisamente aquello durante su mandato? Él solo quería mejorar las condiciones de vida en el pueblo y, si le quedaba tiempo libre, jugar al golf. Tampoco era mucho pedir. Dos años y medio desde que dejó la abogacía y no podía ser más feliz, se acabó el estar de un lado para otro en coche para asistir a juicios, sesiones preliminares, acuerdos o citas con clientes. Su jornada era de lo más estimulante, se levantaba a las ocho y media y se dirigía al ayuntamiento, revisaba las peticiones de ciudadanos y de sus concejales y, después de firmarlas o rechazarlas según su criterio, se marchaba a casa a almorzar y dormir la siesta. A veces, los días tranquilos, había tan poco trabajo que los pasaba viendo la televisión del despacho o leyendo un libro. Pero ahora todo se había convertido en una pesadilla que parecía empeorar por momentos. El teléfono no paraba de sonar, las presiones desde la capital y el Ministerio eran constantes y sus propios vecinos lo atosigaban por la calle.

—Rocío, ponme con el alcalde de Huelva.

La secretaria no respondió, se limitó a conectar su teléfono con la centralita tras establecer la llamada.

—Buenos días.

—...

—Sí, me lo imagino, aquí también estamos bien jodidos. No para de llegar más prensa y los vecinos están muy nerviosos, necesitan que se les diga a diario que el pueblo es tan seguro como siempre.

—...

—Claro, desde ayer mismo, tras descubrir el segundo cuerpo, montamos el gabinete de crisis. Aunque la policía no nos está brindado mucho apoyo.

—...

—Ya, claro, imagino que se centran en hacer su trabajo. Espero que lo terminen lo antes posible, la imagen del pueblo y de toda la provincia no quedará muy beneficiada si se nos recuerda durante años por este acontecimiento.

—...

—Sí, gracias, hago lo que puedo con los medios de que dispongo. Pero no lo olvides, presiona todo lo que puedas a la comisaría, a ti te harán más caso.

—...

—Igualmente, un abrazo.

Manuel colgó el teléfono y sintió que aquellas palabras no habían servido de mucho, seguía con un malestar general en el cuerpo y con miedo a salir a la calle y enfrentarse a las miradas de sus vecinos, que parecía juzgarle por unos sucesos contra los que poco podía hacer por sí mismo. Se asomó a la ventana de su despacho desde la que se veía el barrio de Bellavista y tocó madera para que todo se solucionase lo antes posible.

Aquello no podía estar pasando, llevaban toda la mañana con seis coches siguiéndoles por el pueblo. No importa dónde fueran o si iban a tomar café u orinar, media docena de reporteros, cada uno con su operador de cámara, se bajaban de sus coches y se acercaban corriendo para hacerles siempre las mismas preguntas, sin importar cuántas veces hubieran rechazado hacer declaraciones. Aquello no era sano ni favorecía en absoluto el transcurso de la investigación.

Irene les informó, a través de un mensaje, que Ignacio García había interpuesto una denuncia contra varios periodistas por el acoso sufrido tras saberse que había sido entrevistado por la policía el día anterior. Aquello se estaba yendo de las manos y necesitarían el apoyo de la Guardia Civil para contener a los reporteros sensacionalistas que, cuando no encontraban una noticia de la que hablar, trataban de inventarla o crearla, acosando a los vecinos o a la policía para su propio beneficio. Fran y Cristina, la otra pareja de policías que investigaba el caso, también habían mencionado cómo la prensa les acosaba y entorpecía.

—¿Están siguiendo una nueva pista?

—¿Tienen ya algún sospechoso de los crímenes?

—¿Está haciendo la policía todo lo posible por solucionar el caso?

—¿Ya saben algo sobre el segundo cuerpo encontrado en el lago, el esqueleto?

—¿Se conoce la identidad de la niña quemada en el cobertizo?

—¿No piensan hacer declaraciones?

—¿Están tan perdidos como parece?

David, que al principio se lo tomó a broma y comentaba que se estaban haciendo famosos, tardó pocas horas en mostrar un nerviosismo que preocupaba a Marcos. Solo les faltaba que apareciese su compañero en todos

los canales de televisión golpeando a algún cámara que se acercase más de la cuenta. Por suerte para ambos, Inés llamó al subinspector y a este pareció volverle la sonrisa. Estuvieron hablando unos minutos y, tras colgar, David se mostró muy interesada en ir al cuartel de la Guardia Civil. Aunque antes tenían que hacer otra parada.

Encontraron el colegio Virgen del Rosario justo detrás del ayuntamiento. Allí parecía estar todo concentrado en una misma calle, ya que la iglesia también estaba a pocos metros, la fachada del campanario se veía cercana desde la puerta del recinto en el que habían logrado aparcar. Preguntaron por el edificio de educación primaria y pasaron al interior, donde una administrativa en recepción se sumergía en la pantalla de su ordenador hasta aislarse por completo de la presencia de sus dos visitantes.

Marcos se aclaró la garganta tosiendo ligeramente para llamar su atención y la señora no se inmutó, aunque se giró tan despacio que parecía un títere.

—¿Sí? —preguntó en una voz más chillona de la que se hubiera imaginado por su voluminoso tamaño.

—Inspector Navarro y subinspector Sobrá de la Policía Nacional.

—Pues ya era hora de que apareciesen, les llamamos hace dos horas. A saber dónde andarán ahora los gamberros que han hecho la pintada en la fachada de atrás. Luego os quejáis si se os llama vagos. No entiendo lo que hacen con mis impuestos. —Una vez terminado de hablar, se puso las manos en jarras y clavó la mirada en los policías como si fuese una profesora enfadada por el comportamiento de dos alumnos pequeños. Marcos pensó que de un momento a otro les castigarían de cara a la pared.

Una vez aclarado el malentendido, les pidió una disculpa no muy sincera y les invitó a esperar unos minutos hasta que terminase la clase de la señorita Ángeles Guzmán.

No se sentaron en las diminutas sillas verdes alineadas junto a la pared, prefirieron estirar las piernas paseando por aquellos pasillos con paredes forradas de murales de cartulina con recortes y dibujos, casi todos temáticos de Andalucía y sus provincias, de datos básicos del inglés, de la mina y los minerales que extraían, del descubrimiento de América... Marcos trataba de ordenar conceptos para preguntar a la profesora mientras veía cómo David se hacía un selfie para enviarlo a su chica. Siete minutos después, el sonido corto de un timbre, que trajo recuerdos perdidos para el inspector, anunció el cambio de clase y pudieron acercarse al aula doce, donde les esperaba

Ángeles Guzmán, una chica más joven que ellos mismos y con cara de sorpresa tras ver a los policías.

—¿En qué puedo ayudaros? —pregunto mientras ordenaba libros y folios sobre la mesa.

—Queríamos hacerte unas preguntas sobre Ana. No te molestaremos mucho.

Marcos sintió vergüenza al ver cómo David sonreía con picardía a la profesora, no lo esperaba después de esos días oyendo cómo hablaba de su Sandra sin parar... mi negra por aquí, mi negra por allá...

—Ha sido un golpe tremendo, Ana es... era un cielo, siempre divertida, aplicada, educada y amable. El mundo se está volviendo loco. —Parecía muy afectada por la pérdida de la niña—. Decidme lo que queréis saber por si puedo aportar algo. —Les dio la espalda y comenzó a borrar con energía la pizarra, lo que hizo que se sacudiese su largo pelo rizado color castaño claro, aparte de otras partes de su anatomía que estaban volviendo loco a David. Marcos apostó a que le diría luego: «en nuestros tiempos no teníamos profesoras como esta. Yo hubiera sacado sobresaliente en todo». El inspector trató de borrar esos pensamientos y de no fijar también la mirada en el movimiento hipnótico de su trasero.

—Disculpa, pero antes de comenzar... ¿cómo es que hay clases un sábado?

—Son clases de recuperación. Algunos profesores nos prestamos voluntarios para impartirlas un sábado cada mes y nos turnamos. Así los alumnos con asignaturas suspendidas o que han bajado el rendimiento pueden ponerse al día.

—Vaya, es meritorio... Bueno, vamos al grano, si no te importa. ¿Estuviste ayer en clase?

—Claro, como cada día —la profesora se sentó en el extremo de su mesa, de un modo casi infantil.

—Bien... ¿Has notado a la niña algo diferente en los últimos días? ¿Distante quizá?

—No, era la misma de siempre. Jugaba con sus compañeras y se comportaba muy bien.

—¿Aquí suelen marcharse los niños solos a casa para almorzar y luego por la tarde al terminar las clases?

—Algunos padres vienen a traerlos y a buscarlos en coche, los que viven más lejos; pero en un pueblo tan pequeño y con tan poco tráfico y nada de

delincuencia, la mayoría de ellos vienen y van solos desde que cumplen siete u ocho años. Piense que suelen venir acompañados de otros niños vecinos o que se encuentran por el camino.

—Sí, comprendo. Tal vez lo que voy a preguntar ahora sea algo complicado de comprender pero —pensó unos instantes para elegir las palabras adecuadas—, ¿has visto a algún profesor con una conducta un tanto... especial con las niñas? ¿Alguno que se haya acercado a Ana?

La profesora se mostró horrorizada ante esa idea y el ambiente en el aula pareció enrarecerse ante preguntas tan incómodas.

—Comprende —continuó Marcos— que debemos hacer estas preguntas, forma parte de nuestro trabajo el no descuidar ninguna posibilidad.

—Entiendo. No te preocupes. Lo cierto es que solo hay tres profesores, el resto somos mujeres. Aparte de la directora y el jefe de estudios. Pero no he visto nada raro en la conducta de ninguno de ellos nunca. Si queréis entrevistarlos...

—No, no será necesario. Gracias por tu tiempo y toma una tarjeta, aquí tienes un número al que llamar por si recordases algo importante. No importa la hora o el día, tú llama si recuerdas algo que pudiera ayudarnos.

—Claro. Te llamaré.

Se despidieron dándose la mano y partieron hacia el coche. Aún les quedaba mucho por hacer y debían darse prisa. David entró por la puerta del conductor, le gustaba conducir aunque no fuese su coche. Marcos entró por el otro lado, y tras un silencio que ambos sabían lo que significaba:

—Si yo hubiera tenido maestras con esa cuando estudiaba, ahora tendría tres carreras universitarias. ¡Madre mía cómo está la señorita Ángeles!

Cinco minutos después en el cuartel de la Guardia Civil:

—Necesitamos acceder a los archivos en papel, a los más antiguos que tengan guardados.

—Esos se encuentran en el sótano, en los archivadores de metal del fondo, pero aquello es un caos, un trastero lleno de muebles viejos —respondió el administrativo de la recepción.

—No importa, necesitamos información sobre sucesos acaecidos hace un siglo aproximadamente.

El recepcionista emitió un sordo y largo silbido.

—A saber en qué estado se conservarán esos documentos. En aquel entonces se apuntaba todo en fichas clasificadas, todo escrito a lápiz, quizá se

hayan borrado con el paso del tiempo.

—No importa, bajaremos igualmente, danos la llave.

David le había contado, mientras conducían hacia su destino, que un cliente habitual de la cafetería de Inés, un señor nonagenario, había mencionado la casualidad de que apareciese un cuerpo quemado en el cobertizo, ya que su abuelo le había contado que un siglo atrás el antiguo cobertizo del cementerio también había ardido y se había encontrado dentro el cuerpo de otra niña. Inés pensó que sería de interés para el caso y llamó en el acto a su amigo.

—El esqueleto hallado en el lago quizá no sea una casualidad. Si es cierto que hubo otro incendio hace un siglo en aquel mismo punto y que murió otro menor. Los sucesos supondrían una especie de eco en el tiempo. Como si algún perturbado estuviese al corriente de aquellas víctimas, asesinados o por accidente, y se hubiera propuesto repetirlos.

—Eso suena muy rebuscado.

—Pero es una posibilidad y debemos barajarla.

—Pues a buscar.

El edificio era relativamente nuevo, pero aquel sótano plagado de sillas y escritorios de los años setenta, usados y apilados en un rincón; grandes cajas de cartón, viejos archivadores, máquinas de escribir, ordenadores de hace veinte años, polvo, telarañas y documentos amarillentos que casi se deshacían entre las manos, les hacía sentir en las catacumbas de alguna catedral abandonada. Bajo la parpadeante luz de los tubos de neon que aún no se habían fundido del todo, buscaban carpeta por carpeta y hoja por hoja.

Al cabo de dos horas, David salió a comprar unos bocadillos calientes, aún no habían conseguido encontrar lo que buscaban. Aquellos documentos mostraban denuncias o procesos de investigación ocurridos incluso antes de que se crease el cuerpo de la Guardia Civil. Según iban leyendo, casi todo se componía de altercados entre mineros, robos o peleas. A Marcos le llamó la atención cómo los nombres de los protagonistas alternaban entre españoles y británicos: Brian, Fulgencio, George, Cipriano, John, Manuel...

Pasar la tarde allí abajo quizá no pareciese muy divertido, ni siquiera tenían la sensación de que avanzasen en el caso, pero estaba siendo un respiro al quitarse de encima a los pesados periodistas, que incluso habían seguido a David cuando fue a comprar la comida.

Unas horas más y no sabían si aún era de día o había anochecido, el tiempo pasaba en aquel sótano de un modo extraño y anónimo. Para colmo, la

humedad y el frío les tenía destrozadas las articulaciones. Estaban a punto de parar y de prometerse que volverían a la mañana siguiente a continuar donde lo habían dejado, cuando Marcos gritó un ¡Eureka! Sostenía el amarillento papel en las manos como si se tratase de un trofeo de fútbol. Tomó las carpetas de los dos meses anteriores y posteriores al suceso y todo comenzó a brotar ante sus ojos.

David era el único en la comisaría que conocía su secreto, y es que salir con un compañero era algo que no estaba muy bien visto. Todo ocurrió una noche de fiesta, iba a ser algo entre colegas, nada de cita. En aquel entonces llevaban tres meses de compañeros y, entre risas y unas copas, surgió algo más entre ellos. Era imposible que David no se enterase de lo que ocurría en cualquier garito de moda de la ciudad; el que no estaba regentado por un amigo suyo, lo hacía por un antiguo empleado. Además Sandra, su novia, tenía una empresa de azafatas de eventos y, en una ciudad donde todos se conocen, es difícil pasar desapercibido para los ojos del gran hermano.

Había sido una suerte que les destinasen como compañeros de patrulla, aunque sus amigos más íntimos y los familiares les comentaban sin cesar que no se debía compartir trabajo con la pareja. Fran se mudó al piso que ella tenía alquilado cerca de la comisaría unos cinco meses atrás y, por ahora, no habían tenido más que buenas vibraciones. En el trabajo llevaban bien sus tareas, en las que ninguno se comportaba como el jefe del otro, así que no había por qué tener miedo a que aquello no funcionase. Por el momento, seguirían dejándose llevar por sus sentimientos y que el destino decidiese.

Que les incorporasen al caso más importante que hubieran soñado era un reconocimiento a su valía y a su buen trabajo, aparte de poder aprender de aquel inspector que venía de Sevilla con medalla al mérito bajo el brazo. Se dejarían el alma trabajando a sus órdenes y ayudando en todo lo que pudieran. En esos momentos estaban entrevistándose con una de las pocas familias que vivían durante todo el año en el barrio de Bellavista, llevaban tres esa mañana y aún nadie había visto ni oído nada extraño durante el día anterior. Con un poco de suerte, alguien pudo salir a dar un paseo o a correr por la zona en un momento cercano al crimen, tal vez observó un coche o movimiento cerca del cementerio, pero por ahora no habían tenido suerte.

Mientras Fran parecía estar en el salón de su casa, menos mal que no puso

los pies encima de la mesa, ella luchaba por elegir la postura en la que acomodarse en aquel sillón tan elegante. La señora de edad avanzada, con peinado y joyas a lo folclórica, les había ofrecido café y unas pastas (en las casas anteriores no les habían invitado siquiera a pasar) y Cristina daba sorbitos a la diminuta taza mientras se esforzaba en que no se le agitara el meñique. En efecto, la taza era tan de juego de muñecas, que sería ideal estirar el meñique, pero no quería dar una impresión poco seria; bastante bochorno estaba pasando al ver cómo Fran devoraba las pastas de tres en tres mientras ella hacía todas las preguntas. Luchó consigo misma por no probar ninguna, se había prometido ser fuerte con la dieta para volver al peso que tenía cuando aprobó las pruebas físicas de la academia, y por el olor a mantequilla, cada pasta debía equivaler a cinco puntos negativos en su libreta de control. Durante esos breves instantes en que su mente estaba en otro lugar, la información que le daba la testigo pasó de largo como un ave que no se posaba en su nido.

—Muy bien, gracias por su ayuda. Le dejaremos una tarjeta con nuestros teléfonos por si recuerda algo más u oye a algún vecino hablar sobre el tema, ¿de acuerdo?

Se marcharon y siguieron con su tarea. Que por el momento parecía ser entretener a aquellas personas y oír sus quejas sobre lo mal que iba la vida y lo corruptos que parecían los políticos. Luego marcharían a preguntar en casas del resto del pueblo, de forma aleatoria, por movimientos extraños de vecinos o foráneos, por rencillas o rumores, lo que fuera que añadiese algo de luz al caso. Pero antes de eso, habían decidido dar una vuelta por el cementerio, ya que estaban justo al lado.

—¿No te parece raro? —preguntó Cris.

—¿El qué?

—Que nadie haya visto ni oído nada. Se supone que han traído aquí a una niña, le han grabado un símbolo en la piel y luego han prendido fuego al cobertizo con ella dentro y aún viva. Entre los gritos y el tiempo total que estuvieran aquí a plena luz del día, es extraño que nadie lo haya percibido. Solo hay cincuenta metros hasta las casas y menos de veinte hacia la carretera principal; esto me parece muy raro. El que lo hizo, debía conocer al detalle los hábitos y horarios de todos los que viven por la zona. Eligió el mejor momento para ser invisible. Eso o todo el pueblo está compinchado con los asesinatos.

—Menuda película saldría de ahí. Pero también opino que debe ser algún

vecino del pueblo.

—Pues claro. Vive en el pueblo desde hace mucho y conoce a todos o casi todos los vecinos, así como cada uno de sus movimientos.

—Luego se lo comunicaremos al inspector.

—Supongo que eso ya lo sabe... ¿Tú crees que lo resolverá?

—Eso espero, la gente se está poniendo muy nerviosa por aquí. Y mira a la prensa. —Fran señaló a los tres coches desde los que les observaban y grababan desde que llegaron al pueblo esa mañana—. Esos no pararán de atosigarnos.

—Echemos un vistazo al cementerio antes de volver al pueblo. A ver si hay suerte.

Las lápidas rotas o consumidas por el paso del tiempo, sumadas a estatuas que luchaban sin éxito contra el avance de la vegetación, dieron la bienvenida a la pareja de policías en aquel camposanto que había visto su máximo esplendor decaer a medida que la mina perdía su valioso mineral. Nombres y apellidos extranjeros se podían adivinar en los grabados de las lápidas y mausoleos que llevaban décadas sin recibir visitas. Un escenario decadente que se resistía a sucumbir al paso del tiempo o aceptar que aquellas estirpes se habían extinguido para siempre. El clima frío y húmedo ayudaba a traer de vuelta al presente los llantos y plegarias que se habían pronunciado entre aquellos muros de piedra durante siglo y medio, Cris sintió un escalofrío cuando solo llevaba unos minutos dentro.

No pudieron encontrar ninguna pista allí, así que volvieron al pueblo para iniciar las entrevistas.

Recordaba cómo apenas levantaba unos palmos del suelo cuando había visto a su padre discutir por primera vez con el miserable de Pedro el Largo. A esa familia de desalmados no les había bastado con expulsar injustamente a sus abuelos de sus tierras y ver cómo se veían obligados a malvivir para comenzar de cero, seguían empeñados, tres generaciones después, en hacerles el máximo daño posible. Incluso habían convencido a los vecinos del pueblo de que su abuelo nunca les devolvió una deuda contraída en su juventud, y tuvieron que vivir durante décadas bajo el yugo de las habladurías y los dedos acusadores a sus espaldas. Lo perdieron todo, pero eso no parecía ser bastante para la ambición y miseria de esa familia.

Francisco Vargas nació y creció en un lugar pequeño, donde estar marcado como paria y tratar de prosperar es más difícil de lo que nadie pudiera imaginar, pero el pequeño había sobrevivido en la calle y el colegio gracias a su nobleza y una fuerza que todos respetaron desde el primer día. Cada vez que oía hablar de las zancadillas que Pedro ponía a su padre, un grano de arena se sumaba al saco que iba sosteniendo con fuerza y decisión sobre sus hombros. Tratar de echarles de su nueva casa, que despidieran a su padre de la mina, que lanzaran habladurías sobre su santa madre, que volvieran a atacar a sus ancianos abuelos... Aquella familia no tenía límites y eso solo les conduciría a un choque del que quizás no saliesen muy bien parados.

Francisco tenía diecinueve años cuando Eusebio, hijo de Pedro el Largo, trató de seguir la tradición empezada dos generaciones antes. Acababa de entrar a trabajar en la mina y cumplía con el cupo de dos jornaleros, pero cobrando el suelo de uno, y aquello le valió para no ser despedido cuando un buen amigo de los capataces pidió su cabeza.

Francisco, que ya ha sido bautizado como Paco el Mulo, tarda solo unas horas, preguntando por aquí y por allá, en saber quién está detrás de todo. Esa misma tarde, tras salir del trabajo y sin que sus padres ni su novia Palmira lo sepan, se dirige a pedir explicaciones.

Nunca ha hablado con ningún miembro de aquella familia, a la que solo conoce por las barbaridades que cuentan sus padres a la hora de la cena, pero piensa que puede resolverse todo si se razona y el diálogo apacigua los ánimos y unas rencillas que ya quedan muy atrás como para estar alimentándolas de generación en generación. Llama a la puerta y pide hablar con Eusebio.

—Quisiera poner fin a esto de una vez —le dice cuando por fin le tiene delante.

—Tu abuelo nunca pagó su deuda al mío. Nunca estaremos en paz hasta que aquello se resuelva. Queremos lo que es nuestro.

—Mi abuelo perdió su casa y sus tierras. El tuyo se lo quedó todo.

—Pero eso no cubre la deuda y los intereses.

—Lo que dices quedó atrás hace décadas, ni siquiera hay documentos que lo avalen, y mi familia ha luchado mucho por salir adelante y sobrevivir; no creo que seguir atacándola solucione nada. Vosotros tenéis mucho y nosotros nada, ¿no os basta con vernos así? Si seguís buscando, acabaréis por

encontrarme.

Eusebio no parece tener miedo al enorme tamaño de Francisco, ni a que se diga por el pueblo que puede tumbar a un buey de un solo golpe. Desde que tiene uso de razón, su familia lleva acosando a esos pordioseros y así deben seguir las cosas; él no será el debilucho que deje escapar la oportunidad de hacerles más daño.

—Si no te marchas de aquí, haré que os encierren, muerto de hambre.

—Si vuelves a meterme con mi familia, el muerto serás tú.

—Cuidado con lo que dices —Eusebio muestra un brillo de locura en sus ojos—, quizá todos los tuyos acaben llorando antes de lo que piensas. Estoy dispuesto a todo por recuperar aquella deuda o llevaros a la tumba.

Paco rememoró esas palabras, dichas más de una década atrás, con la misma claridad que recordaba el desayuno que un guardiacivil le había servido esa mañana. Eusebio se había atrevido a cumplir su promesa de la forma más cruel y ahora su pobre Palmira y él mismo eran los que lloraban por aquella injusticia.

Cuando el policía flacucho fue a verlo el día anterior, supo que iba siendo hora de cerrar la puerta y dejarlo todo atrás, así que le contó lo sucedido entre las dos familias y él le prometió que indagaría en la coartada de Eusebio. Pero, ¿cómo confiar en la policía o en una justicia que no fuese la del «ojo por ojo»? No se arrepentía de haber ido a buscarlo, ni de haberle golpeado, la única pena era no haberlo matado en el acto. Aquel miserable pagaría tarde o temprano por lo que hizo.

Casi no lograba dormir, había perdido el apetito y se distraía constantemente en su trabajo, algo inusual en él. Era inmensa la vocación que siempre había esgrimido de cara a sus feligreses. Pero ahora ni siquiera sabía si sería capaz de impartir la misa del domingo sin derrumbarse; ya en el confesionario perdía la concentración y desconectada de las palabras de sus vecinos. Y es que aún no habían pasado ni cinco días desde el peor momento de su vida, tanto personal como laboral. Nunca olvidaría las palabras que aquella voz, más que familiar para él, pronunció para sumirle en las más oscuras tinieblas.

Ya desde muy pequeño, apenas tenía cinco años, supo que quería servir a

Dios. No sabría explicar de dónde surgió aquel deseo que cada vez dominaba más sobre las directrices que su estricto padre había planificado para él, pero supo imponerse y entrar en el seminario. Aquel fue el día más feliz de su vida. No pudo dormir la noche anterior, así que aprovechó para pasarla rezando. Varios años después, no acogió con mucho entusiasmo el destino de aquel pueblo minero en la sierra de Huelva, algo alejado de su Córdoba natal y con muy pocos feligreses, pero sabía que el Señor siempre se guarda muy bien de mostrar el camino adecuado para cada siervo. Casi veinte felices años habían pasado y él se había convertido en un vecino más. A pesar de sus deseos iniciales de impartir la palabra de Dios ante una gran congregación, ahora no cambiaría su pequeña iglesia por ninguna catedral del mundo.

Hasta hace cinco días...

«¿Por qué? ¿Por qué, Señor, me has mandado tan dura prueba? ¿Cómo puedo quedar impasible ante esta barbaridad? Mándame una señal, dime qué debo hacer. No me hagas cargar con esta atrocidad durante el resto de mi vida, no me hagas llevarme estos secretos a la tumba».

El secreto de confesión se había convertido en una tortura que no era capaz de soportar sobre sus agotados hombros. Necesitaba gritar, llorar, golpear. Nunca antes había albergado tales deseos e impulsos. ¿Qué sería de su vida si aquello no cesaba? ¿Qué ocurriría si las pesadillas aumentaban? ¿Sería capaz ese desalmado de seguir haciendo esas monstruosidades sin que nadie le detuviese?

Por primera vez en toda su vida, dudó de su fe.

La visita al obispo unos días antes no le calmó en absoluto. Su superior se mostró escandalizado tras confesarle, pero no por los actos inexorables de aquel monstruo, sino por haber roto el secreto de confesión al narrarle los pecados de un feligrés. Gabriel quedó aturdido. ¿Cómo podía preocuparle tanto al obispo aquella nimiedad cuando la vida de una criatura (ahora eran ya dos y podrían ser más en el futuro) había sido sesgada de una forma tan cruel? ¿Había perdido el juicio Monseñor? ¿Dónde encontraría la paz si solo conocía el camino de la fe y ahora parecía estar lleno de baches o muros que le impedían avanzar?

En ese momento sentía cómo el muro estaba creciendo ante él.

Sudaba como si el confesionario de madera se hubiese convertido en una sauna. El aire estaba viciado de pecados mortales y era tan espeso y amargo que sentía no ser capaz de respirarlo. El mundo daba vueltas a su alrededor, por lo que creía que, aun estando sentado, se desplomaría en el suelo de un

momento a otro. Y todo lo producía aquella voz, una demoniaca voz que conocía desde hacía muchos años. Las descripciones al detalle de la nueva barbaridad que había cometido parecían agarrarse con fuerza a su garganta, como si se tratase de una fétida y callosa mano que le impidiese contestar o pedirle que cesara de narrar el crimen. Aquel monstruo no daba muestra alguna de piedad ni arrepentimiento, su voz era suave y constante y Gabriel observó a través de la rejilla de madera que ni parpadeaba al detallar su reciente fechoría. Estaba tan cerca que percibía el olor a café que desprendía su aliento. Aquello no podía durar mucho más. Luego debía ponerle una penitencia, pero no deseaba que semejante aberración permaneciese un minuto más en la casa de Dios, así que le mando rezar a casa y le pidió que se arrepintiese de corazón por sus pecados, arrepentimiento que pasaba por no volver a cometer una atrocidad semejante.

El padre Gabriel sabía que eso no ocurriría, que aquel monstruo no se detendría.

Salió del confesionario para tratar de respirar mejor, desde allí pudo verle salir del templo a la vez que saludaba, con la buena imagen que su educación y dinero le habían proporcionado, a otros fieles que entraban para rezar o confesarse. Llevaba cinco días rezando para no tener que volver a verle, a oír su voz, a exculpar semejantes pecados, pero allí estaba de nuevo. Esta vez había sido mucho peor. Tuvo que salir a la calle para recibir el arropo del débil sol de invierno y, sobre todo, el gélido aire que llenó sus pulmones y calmó sus mareos. Logró vencer las ganas de vomitar, a pesar de no quitarse de la mente la imagen de la pequeña Ana ardiendo y gritando entre llamas, pero no pudo evitar romper a llorar ante la mirada atónita de una vecina que se apresuró a socorrerle.

La reunión extraordinaria de la tarde en el ayuntamiento provocaba un doble malestar en los concejales y el alcalde; por un lado, el tener que trabajar más allá del horario que se suponía que les correspondía o que estaban acostumbrados; y por otro, la acuciante necesidad de encontrar al asesino que había robado el sueño y la tranquilidad a sus vecinos; y, aún peor, había atraído a docenas de molestos y maleducados periodistas que no paraban de acosar día y noche a todo ser viviente en el pueblo. Muchos se preguntaban qué podían hacer ellos para resolver los crímenes, salvo apretar

las tuercas a los perezosos policías que seguramente holgazaneaban de cafetería en cafetería. Otros consideraban que habría que contratar a alguna agencia de detectives privada, aunque fuese a costa de las arcas municipales, pero qué demonios, para eso estaban. Otros, en cambio, trataban de transmitir calma y hacer comprender que todo era cuestión de tiempo y que la situación volvería a la normalidad y aquella experiencia quedaría perdida en el olvido.

—Nos hemos reunido solo para que nos vea la prensa preocupados, y eso me parece absurdo. Tenía que llevar a mi hijo a jugar al fútbol y no he podido por tener que venir aquí a hacer el idiota —comentaba un asesor.

—Se te paga para estar aquí, así que cállate o dimite —le respondió su cuñado, el alcalde.

—Si has llamado a la comisaría de Huelva y al alcalde, deberían poner más de su parte y tratar de acelerar la investigación —añadía el concejal de festejos.

—He llamado y ya me han asegurado que están haciendo todo lo que pueden. Esto no es una película, aquí no se resuelven los crímenes en un día, así que debemos tener paciencia y tratar de dar el máximo apoyo a la prensa seria y a la policía, que os garantizo está haciendo lo que puede.

—Todo es por culpa de la televisión, de los vicios e ideas demoníacas que inyectan en el cerebro de los niños. Si el pueblo va cada vez peor y nos ocurren todas estas cosas, es por no tomar medidas contra el avance de esa basura con la que nos bombardean —dijo el concejal de cultura y actividades lúdicas.

—Ya sé que te gusta echar siempre la culpa a la televisión, Javier, pero no creo que ver películas, series de crímenes o jugar a la consola haya provocado lo que nos ha venido encima.

—Yo solo digo que hemos pasado demasiado rápido del cilicio y el látigo al alcohol y el fútbol. El deterioro espiritual del ser humano acaba siempre por pasarle factura.

—Está bien, te entiendo, pero hoy nos centraremos en buscar la solución a esta crisis. ¿Alguien sabe cómo frenar a la prensa, o al menos apaciguarla?

—Podemos montar un escenario para emisiones en directo, con focos y el pueblo de fondo, con el escudo oficial y que parezca que colaboramos con todo lo que tenemos. Podemos ofrecer entrevistas con información a diario y en directo —aportó el concejal de festejos.

—Eso me gusta, así damos una imagen abierta y participativa, pero que no se parezca a una verbena, que no sea como un escenario de orquesta en la

feria —respondió el alcalde.

—También debemos mandar una circular a los vecinos para tranquilizarles y que sepan que hacemos todo lo posible por encontrar al criminal, que sus hijos están a salvo y que...

El estruendo en los ventanales interrumpió la sesión, eran huevos que unos adolescentes arrojaban desde la calle. El alcalde se levantó y fue rápido a mirar; reconoció a dos sobrinos de Antonio, el tendero que había perdido a su hija en el incendio del cobertizo. No les culpaba, él también sentía una rabia enorme por la impotencia de no saber cómo frenar aquella barbarie. Los chicos corrieron cuando un policía local salió en su persecución. Manuel permaneció sordo a los comentarios y opiniones que su gabinete de crisis lanzaba a sus espaldas. Ya poco importaba, el daño estaba hecho y aquellas familias vivirían con el dolor. Y nunca olvidarían.

—**B**uenas noches, estimados televidentes. Una vez más les traigo las noticias de última hora sobre el caso que sacude a toda España, y no exageraría si dijera a todo el mundo. Hemos sabido en primicia que la víctima encontrada en el cobertizo era una niña de tan solo siete añitos —Laura hizo una pausa de efecto en la que bajó la mirada y tragó saliva—, y cuyas iniciales corresponden a A.M.P. Por cierto, pronto os daremos más datos en exclusiva sobre la trágica muerte; pero antes de eso, os diremos que la policía continúa buscando pistas o nuevos hallazgos en el cementerio inglés del barrio de Bellavista y esta tarde los inspectores responsables del caso han pasado un buen número de horas en los archivos de la Guardia Civil. Quizás busquen pruebas en casos archivados décadas atrás. Como pueden ver en las imágenes grabadas, las divisiones de la Policía Nacional que tratan de esclarecer el caso han estado ocupadas de sol a sol, y quizás pronto puedan pronunciarse a cerca de las vías que siguen para localizar y detener al asesino que ha sembrado el terror en este tranquilo pueblo. Mi nombre es Laura Moreno y les agradezco que una vez más hayan confiado en las noticias del Canal Sur para estar informados al instante. Buenas noches.

Cuando la luz de la cámara se apagó, Laura quedó con la sensación de no haber dicho nada nuevo. Todo aquello no aportaba una mierda, exceptuando el peloteo a Marcos y a su equipo, quizás ellos se apiadasen de ella y le permitieran decir algún nuevo y jugoso dato que la mantuviese en el

candelerero. Claro que eso era mucho pedir. La reportera arrojó el micrófono con desdén al maletero abierto de su coche y se sentó derrotada sobre el filo del mismo, tras emitir un hondo suspiro. Aquello no avanzaba, no tenía nada nuevo y sus productores no tardarían en darle un toque de atención, menos de cinco minutos, calculaba.

Tardó unos diez minutos en llegar al hostel para darse una ducha y tratar de cenar algo decente en el comedor de abajo, pero fue tiempo suficiente para mantener una conversación con quienes mandaban. Le habían recriminado que en las cadenas nacionales había estado más minutos en el aire y que habían entrevistado a varios vecinos del pueblo, aunque no hicieran más que repetir información de días pasados. Necesitaba ponerse las pilas y tener algo jugoso. Ahora más que nunca la competencia era brutal tanto en cantidad como en calidad.

Mandó un mensaje de móvil a Marcos y se lanzó a llorar abrazada a la almohada. La frustración por no lograr avanzar se cargaba sobre sus hombros hasta hacerla desfallecer. El chico contestó casi al instante y accedió a ir a verla. Eso la animó mucho, aunque no volvió a maquillarse de nuevo, no se sentía con suficientes ganas. Como tampoco deseaba sacarle información y luego dejarle vendido de cara a sus superiores.

—¿Qué te pasa? Tienes mala cara, parece que hayas estado llorando.

—Nada, son tonterías. No he tenido el día que imaginaba.

—Pues por la televisión se te veía radiante.

—Eso es por el maquillaje y la interpretación... Espera, no me habías dicho que veías el programa.

—No lo preguntaste.

Se habían sentado de nuevo en el borde de la cama y se repartían la comida que Marcos había comprado en La cocina de Tiago, donde ya era un cliente de confianza. El beso en los labios al recibirse les hizo sonreír, cada uno necesitaba pasar un rato con el otro después de un día difícil y se alegraron de protagonizar aquella muestra de confianza mutua y afianzamiento de una relación que deseaban llevar más lejos.

—La información se estanca y desde arriba quieren avances.

—Entonces, tu trabajo y el mío no son tan diferentes como imaginaba. Pero supongo que, al igual que ocurre en el mío, te presionan solo por inercia, por costumbre. En el fondo saben que las cosas llegan cuando tienen que llegar. Nada se acelerará por presionar.

—Sí, quizás tengas razón. Tal vez no tenga mi puesto tan perdido como

yo creo.

—Después de haber dado la noticia en exclusiva, de convertirte en el rostro más conocido durante la semana y de llevar más avances que el resto, no creo que sean tan estúpidos como para sustituirte por otro reportero.

—Ya, no dudo de que tengas razón. Al ser mi primer reportaje importante, me puede la presión. Pero no hablemos de trabajo, me apetece reír y pasar un buen rato.

—Claro, aunque quizás quieras saber lo que he hecho durante el día. Lo he pasado casi entero sumergido en los sótanos del cuartel de la Guardia Civil para localizar el informe que verifica que hubo otro incendio en un cobertizo anterior hace cien años y que también murió una niña de la misma edad. No ha sido muy gratificante.

Laura estaba sin palabras, atónita, acababa de darle un dato sobre la investigación que valía su peso en oro. La sonrisa que esgrimía Marcos dejaba claras sus intenciones.

—Si lo que acabas de hacer es lo que creo, no sabes lo que significa. Redactaré con todo el mimo del mundo la noticia para que resulte verídico que ha salido de una investigación mía y no de tu filtración.

—No te preocupes, sé que lo harás. Además, dentro de poco lo filtrará algún guardiacivil a cambio de un soborno de otro canal y de todas formas acabará llegando a la prensa.

Laura sintió el destello interno de una idea pasando por su mente. En cuanto tuviera tiempo, debía pensar en ella y desarrollarla.

—Cuando todo esto termine, podríamos salir a cenar en condiciones. Un restaurante elegante, unas copas después, quizá bailar. O lo que te guste hacer a ti. ¿Qué te gusta? ¿El fútbol? Podemos ver algún partido del Madrid y así me recreo viendo a Beckham.

—¿David Beckham? ¿Sabes cuánto hace que se fue del Madrid? Ya ni siquiera juega, está retirado.

—Era una broma, no estoy tan desconectada. En fin, habrá que contentarse con Cristiano, tampoco está nada mal, menudos abdominales y...

—Está bien, está bien. Ya veo cuál es tu interés sobre el fútbol. Menos mal que ya no me entusiasma como cuando era pequeño.

Rieron y terminaron de cenar, luego se dedicaron a disfrutar de un postre que ambos llevaban deseando repetir desde la noche anterior.

18 de noviembre de 1917

El amanecer nos ha obsequiado con un día hermoso, cargado del aroma a hollín divino que aún porta el aire y de la actividad que los vecinos parecen haber iniciado desde el alba. Tras sofocar el incendio del cobertizo del cementerio inglés, un grupo de veinte hombres ha partido de casa en casa para preguntar si algún niño faltaba en su hogar. Al llegar a la mía, dijeron que quizá no fuese nadie del pueblo, sino un pequeño vagabundo que se habría refugiado del frío de la noche en el cobertizo y habría muerto tras prender fuego para calentarse. Yo, con lágrimas de orgullo y llantos de devoción, les confesé que Julia faltaba y que debía ser ella la desdichada criatura que habían encontrado.

Sentí el debate y la lucha en mi interior. La pena por la pérdida de la niña, como la había sentido antes por Miguel, enfrentada a la dicha de haberles dado ofrenda con mi mano derecha sin que la izquierda lo supiera. Todos aquellos pecadores, que ahora mostraban pesar, habían sido salvados gracias a un sacrificio que ellos jamás conocerían ni comprenderían.

Podía haber dicho que Julia había desaparecido unas semanas después o que se había marchado una temporada con unos familiares a Badajoz, pero quería que ella tuviese el funeral que nunca podré darle a Miguel. Espero, mi Señor, que al enterrarla en suelo santo puedas acogerla más rápidamente entre tus brazos, que le muestres el paraíso que ha ganado con su devoción y entrega, que le permitas ver desde ahí arriba cómo ha logrado la liberación de su familia y sus vecinos.

Ahora es un ángel más a tu alrededor, una santa que obrará el milagro de devolver al hombre al rincón de felicidad que una vez fue suyo. Cada vez que rece y que mire al cielo, podré recordar su semblante sereno, observándome con amor y gratitud por lo que hice por ella.

Y oí a cuanta criatura hay en el cielo, y en la tierra, y debajo de la tierra y en el mar, a todos en la creación, que cantaban: «¡Al que está sentado en el trono y al cordero, sean la alabanza y la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos!».

19 de noviembre de 2017

El estruendo de dos disparos rompió el silencio de la calle en la madrugada. Trataba de entrar por la puerta de detrás del edificio cuando sintió cómo su corazón se había estremecido dentro del pecho. Seguía atrancada y, por más que trató de forzarla o derribarla, no hubo manera. La cosa se había complicado y debía obrar con más contundencia, sacó su arma y disparó a la cerradura. Nada. Dos disparos más. No había forma de atravesar aquella apestosa puerta oxidada y llena de grafitis. Parecía que estuviera tapiada por detrás.

Volver a recorrer aquellos doscientos metros de nuevo, pero sabiendo que los dos disparos anteriores no eran del arma de su compañero, sino del criminal, se hizo eterno. Miguel no había disparado para defenderse, eso era mala señal. ¡Maldita sea! Maldita idea tuvo de separarse cuando el reglamento y la lógica decían que debían esperar refuerzos y mantenerse unidos.

Había fallado, el tipo más afortunado de la ciudad, «Sherlock», como le llamaban en comisaría, el que nunca cometía un error, se había dejado llevar por su suerte y esta, caprichosa y esquiva, decidió cambiar de bando en el peor momento.

Entró por la puerta principal y el suelo desapareció bajo sus pies. Cayó, cayó al vacío durante lo que pensó que era una eternidad, sorprendiéndose al comprobar que no estaba asustado. No tenía miedo al impacto que acabaría con su vida, quizá por ser consciente de que se lo tenía merecido. Tal vez le habían disparado también, quizá ya estaba muerto y aquella sensación de caída libre fuese la transición de la vida a la muerte.

Se sumergió en el agua sin haberla visto venir. Tras salir a flote, comprobó que todo seguía en la más absoluta oscuridad, incluso parpadeó en varias ocasiones y se frotó los ojos por si se hubiera quedado ciego y aún no lo supiera. No sabía en qué dirección nadar para salir de allí, así que eligió una al azar. El intenso olor y el sabor a cobre le indicaron que aquello no era

agua, pero sería imposible llenar un tanque tan grande, más que una piscina, con sangre. No, debía estar equivocado.

Llevaba nadando más tiempo del que pudiera calcular, con las fuerzas ya vencidas, cuando sintió algo en los pies. Primero fue un simple roce, luego otro, y por fin la tenaza de una mano en su tobillo que tiró de él hacia el fondo. Se quedaba sin aire y no lograba zafarse de la presión, aunque luchar era ya absurdo, no tendría fuerzas ni oxígeno en los pulmones para lograr volver a la superficie. Se abandonó y abrió la boca, sintiendo como el espeso líquido entraba en su cuerpo entre convulsiones que no podía controlar.

Y despertó.

Excitado y aún sin haber abandonado del todo la pesadilla, Marcos intentaba asimilar aquellas sensaciones que no se correspondían a las de su nueva casa. El tacto de las sábanas, el grosor y dureza de la almohada, el olor a perfume y la escasa luz que entraba a través de la ventana, todo era diferente. Dos segundos después, aún tratando de controlar la respiración, comprendió que aquel lugar no le era del todo desconocido. Seguía en la habitación del hostel de Laura. Ella permanecía a su lado y la funda nórdica se movía despacio al ritmo de su respiración en la penumbra. Acarició el cabello que reposaba sobre la almohada y luego su cuello. Emitía un calor reconfortante.

Estudió su cara un rato. La piel bronceada y su ondulado pelo. La línea que dibujaba su mandíbula dirigía la mirada hacia unos labios que le trajeron recuerdos cercanos, y un cosquilleo brotó en su propia boca. Permanecía igual de bonita que en sus recuerdos de adolescencia, quizá más. Luchó contra el deseo de acariciar una peca bajo su ojo izquierdo, no quería despertarla. Quizá desapareciese la magia, prefería contener en su interior los deseos de volver a fundirse con ella en un solo cuerpo.

Entonces llegaron la inseguridad y el miedo. ¿Y si todo aquello hubiera sido un grave error del que se arrepentiría cada vez que volviera a verla o a pensar en ella? Ese pensamiento atenazó con fuerza su estómago. La chica tenía un trabajo incompatible con el suyo, quizá solo quisiera tener algún encuentro esporádico, sin ataduras, o tal vez hacía todo aquello por lograr información para sus emisiones, y luego desaparecer con un buen contrato como presentadora. No podía ilusionarse, tener la mente fría era lo más importante; pero, ahora que sus caminos habían vuelto a cruzarse, la deseaba más que a nada en el mundo, más incluso que la vez anterior.

Rozó su cuello con los labios, justo bajo la oreja, y se levantó despacio de la cama para ir al cuarto de baño, cerró la puerta con cuidado de no hacer ruido y buscó a tientas el interruptor de la luz. La imagen que apareció en el espejo era la del cobarde que tanto detestaba, la de un inútil que no debería seguir en el cuerpo, y mucho menos haber aceptado la medalla que aún permanecía en el estuche de terciopelo sobre el armario de su dormitorio; así que aquel era el último sitio donde esperaba encontrarlo, a pocos metros del cuerpo desnudo de Laura. Aquel farsante no era digno de ella.

Quizá se marchasen algún día las pesadillas. Quizá pudiese volver a disparar sin sentir el temblor recorriendo su cuerpo, pero no podría volver a contemplar aquella medalla sin recordar el peor día de su vida.

No había dormido más de tres horas en toda la noche y el cansancio acumulado durante esa semana, unido al principio de gripe que seguía ganando terreno en su organismo, le hacían parecer un guiñapo. Durante el trayecto a la capital, Marcos se prometió que haría una visita a su hermana al mediodía y así podría ver de nuevo a su sobrinita. Pero lo primero era ducharse en casa y cambiarse de ropa, tomar un paracetamol, unas vitaminas y un desayuno contundente.

No haberse despedido de Laura, al marcharse antes del alba, le empezaba a generar remordimientos. Se sentía como un marido infiel que vuelve con su mujer tras haber saciado sus instintos primitivos con una amante ocasional. Esperaba que la chica no tuviese ese pensamiento tan negativo. La llamaría de todas formas a las nueve para explicarle que debía estar temprano en una reunión.

El móvil sonó de repente y pensó que sería ella, pero se trataba de su hermana.

—Hola, estaba pensando en ir a veros hoy o mañana.

—...

—Estoy bien, sí. El caso se va complicando y paso más tiempo en el pueblo que en casa, pero todo va bien.

—...

—Solo a Inés. Está casada y tiene una niña algo más pequeña que Cristinita. Regenta una cafetería justo frente al ayuntamiento. Y está igual que siempre. Le di recuerdos de tu parte y ella te los devuelve.

—...

—Sí, comeré bien y llevaré siempre un paraguas conmigo. —Marcos sonrió al comprobar que algunas cosas no cambiarían nunca—. Otro beso para ti y la niña, dale un abrazo a Paco.

La cocina volvió a ser la elegida aquel domingo para el cada vez más concurrido grupo. Ahora se habían incorporado Fran y Cristina, que seguían mostrándose distantes entre ellos de un modo cómicamente forzado. Quizá alguien debiera decirles que a esas alturas todos conocían su relación, incluido el propio Marcos y sin que David tuviera que irse de la lengua. Su comportamiento el uno con el otro era tan evidente... más aún para quienes están adiestrados para estudiar esos gestos.

Marcos estaba saciado, pero por pura gula tomó un bollo relleno de chocolate de la cesta que seguía en mitad de la mesa y aceptó el café que Irene le ofrecía al mismo tiempo. Luego, tras dejar que todos dieran los primeros tragos y mordiscos, comenzó su exposición. Paco era uno más en la reunión, sin adoptar protagonismo ni mostrarse como el líder de la investigación, aunque todos sabían que cuando aquello se solucionase (si se solucionaba), sería el que aparecería junto a los alcaldes de Huelva y Riotinto ante los micrófonos. Eso a Marcos le importaba muy poco. A pesar de su relativamente corta carrera, ya había comprendido que la cadena de mando estaba diseñada así. Por otro lado, el comisario también aportaba ideas y le frenaba en sus impulsos, algo que valoraba y respetaba de su experiencia y dedicación. Eso no quitaba que aquellas reuniones le servían al comisario para estar al corriente de cada progreso y dato relativo a la investigación, así no quedaría como un idiota si debía responder de improviso a la pregunta de algún medio, del Ministerio del Interior o del alcalde.

—Bueno, todos tenéis la información en los dossiers que Irene ha fotocopiado y que os ha repartido hace unos minutos. Solo apuntaré una serie de detalles destacados. En primer lugar, y el más importante, es que consideramos —miró a David, Cristina y Fran para obtener su apoyo— que no es casual que se descubra cada cuerpo en un lugar donde hace cien años ya murió un niño de la misma edad y sexo en las mismas circunstancias. Tenemos a Andrés y al niño desconocido, ambos de cuatro años, ahogados en el mismo lago y a solo unos metros de distancia. Lo de ahogado, en el caso del esqueleto, es una suposición. Por cierto, el cuerpo murió hace cien años, según la precisión de Maite.

La forense asintió mientras volvía a cambiar de postura, se le había olvidado otra vez llevar un sillón con ruedas. El resto murmuró a modo de aprobación.

—Luego encontramos a Ana, una niña de siete años calcinada en un cobertizo. El mismo cobertizo que se construyó sobre las cenizas del anterior hace cien años y con otra víctima, de siete años también: Julia García, según reza en el informe que fotocopiamos en los archivos de la Guardia Civil.

»Ya no me cabe duda de que el asesino está repitiendo asesinatos del pasado, lo que quiero descubrir es el por qué. Quizá por rencillas familiares —miró a Fran y Cris, los encargados de buscar ese tipo de rumores—, o por ser un familiar de aquel asesino. Aquellos sucesos fueron archivados como accidentes, pero está cada vez más claro que se trata de asesinatos que pasaron por alto ante la policía de entonces.

Hizo una pausa para comprobar que todos le seguían; eso parecía, al menos, por cómo le miraban.

—Y llegamos al punto más importante de todos: cómo continuar con la investigación. Quiero que Irene, junto con la Policía Local y la Guardia Civil del pueblo, se dediquen a buscar en la hemeroteca y en los informes de hace cien años los asesinatos, accidentes y desapariciones en las que estuviesen involucrados otros niños. Quiero un informe lo antes posible con los nombres, apellidos, circunstancias de la muerte o desaparición y el lugar exacto en el que se produjeron. Si hubiesen ocurrido más muertes o desapariciones, podríamos anticiparnos al asesino. Si no existe una relación entre los crímenes actuales, quizá la hubiese entre aquellos, por eso es importante conocer un posible parentesco entre las víctimas, relaciones entre sus padres, todo lo que podáis rescatar.

Los presentes murmuraron y Paco tuvo que poner orden tosiendo con intensidad.

—El primer crimen se produjo el día 11, el segundo fue el 17 y hoy ya es 19. Ese tipo trabaja deprisa, así que vamos a contrarreloj. Cada minuto... cada segundo es vital para anticiparnos. Aunque no comamos ni durmamos, si podemos salvar la vida de un niño, habrá merecido la pena.

Tras tener claras las tareas que debía desempeñar cada uno, se fueron marchando de la sala. Marcos fue llamado por Paco, como de costumbre, pero no llegaron siquiera a la puerta de su despacho.

—No quiero entretenerme mucho. Como tú has dicho, cada segundo cuenta. Solo te he llamado para disculparme. Me han bastado unos pocos días

para comprender que eres un policía formidable y que estás dirigiendo esta operación mejor de lo que hubiera apostado por nadie de aquí. No sé lo que pasó en aquella filtración a la prensa ni quiero saberlo, pero estoy seguro de que te comportas con seriedad y ética. Y no me mires así ni te pongas sensiblero. ¡Lárgate de una vez, joder!

Marcos no supo qué contestar, se limitó a esgrimir una leve sonrisa y se marchó; claro que la sonrisa duró poco, justo lo que tardó en recordar que había filtrado otro dato secreto a Laura la noche anterior. Debería llamarla con urgencia para disculparse por marcharse sin despedirse y también para pedirle tacto con la noticia. Lo haría antes de entrar en el coche, no quería que David supiera de su relación con la periodista ni de la nueva filtración.

Un sol que apenas llegaba a compensar el gélido viento de la mañana abrazó a Laura mientras se preparaba para la conexión en directo. Javi le había indicado que ya tenía la cámara lista, luz y sonido calibrados y encuadre de cintura hacia arriba, con el cuartel de la Guardia Civil al fondo como había pedido ella. El indicador por satélite que cambiaba de color para informar que estaba en directo le dio la señal que esperaba mientras contenía la respiración y carraspeaba.

—Buenos y soleados días, estimados televidentes. Hacemos una conexión extra hoy domingo para llevarles las últimas y sobrecogedoras noticias sobre este horrible caso que nos tiene estremecidos a todos. Y es que no paran de surgir datos que complican y amplían la magnitud de los hechos. Ayer, tras entrevistarnos con varios de los vecinos más longevos del lugar, averiguamos que hace un siglo, más o menos la fecha en la que pudo fallecer el segundo cuerpo hallado en el lago, también se quemó el cobertizo del cementerio inglés. Lo que no creerán ustedes es lo que encontraron dentro. Ni más ni menos que el cuerpo calcinado de una niña de siete años. Han oído bien, exactamente lo mismo que ocurrió ayer. ¿Se repiten los crímenes? No puede tratarse del mismo criminal o tendría más de ciento veinte años. Entonces, ¿Quién está detrás de esta barbarie? El hecho de que la pareja de inspectores principales del caso estuviese casi todo el día en los archivos del edificio que tengo a mis espaldas, el cuartel de la Guardia Civil de Riotinto, no hace más que corroborar la fiabilidad e importancia de este nuevo dato. Aprovecho para agradecer la colaboración del sargento Matías Sánchez por la

información proporcionada.

Hizo una pausa, aunque esta vez no fue de efecto, sino un guiño que sabía que haría reír a Marcos cuando oyese que desviaba la fuente de información al responsable de la Benemérita. Luego terminó su discurso.

—Es más que probable que la policía esté barajando la posibilidad de estar enfrentándose a un asesino en serie que repite crímenes ocurridos un siglo atrás. Tal vez sea una simple suposición mía, pero todos los hallazgos apuntan hacia esa hipótesis. Cualquier dato o nueva información que obtengamos será retransmitida en directo. Buenos días, mi nombre es Laura Moreno Sánchez para informativos del Canal Sur.

—Joooder cómo te has lucido en este vídeo, compañera. Ni siquiera me habías hablado de esos datos. Qué calladito te lo tenías. Lo curioso es que ayer no fuimos a entrevistar a ningún abuelo del pueblo ni hablamos con nadie de la Guardia Civil. Supongo que encubres a tu fuente. Solo espero que lo tengas bien atado para que no te estalle en la cara.

—Gracias por el aviso. Lo tendré en cuenta —le respondió Laura guiñando un ojo y con una sonrisa que dejaba claras su felicidad y satisfacción por aquella conexión en directo. No quedaba ni un minuto para que llegasen las felicitaciones del canal ni para que otros canales usasen, previo pago del que ella no vería un euro, sus imágenes en lugar de las de los reporteros que tenían allí, hospedándose en mejores hoteles, con dietas ilimitadas y sueldos que ella ni imaginaba. Pero aquello cambiaría ese mismo día.

Javi había recogido todo el material y se disponía a subir al coche cuando Laura le pidió que esperase un minuto. La chica se apartó unos metros e hizo una llamada a su productor, diez minutos después regresó con una sonrisa y entró en el coche.

—¿Qué has estado haciendo? ¿Hablabas con tu fuente?

—No, con los que ponen la pasta. Y ahora cobramos el doble, con extra en fin de semana y dietas de verdad. Y vamos al hostel a hacer las maletas, nos trasladamos al Old England House en el barrio de Bellavista.

—Guauuu, compi, espero que te acuerdes de los pobres cuando esto acabe y seas una presentadora de prestigio.

Laura no respondió, arrancó el motor del coche y partió hacia el hostel con una sonrisa que no abandonaría en todo el día.

—Te aseguro que no lo sabe nadie, no te montes películas en la cabeza.

—No imaginas lo difícil que es ser respetada en un oficio como este, casi más que trabajar en la construcción. Si supieran en la comisaría que estamos juntos, todos comenzarían a infravalorarme aún más.

—Nadie te infravalora —respondía Fran con voz condescendiente, lo que enfadaba aún más a Cris—. De hecho, todos te tienen por la mejor del departamento, la que más posibilidades tiene de sustituir al comisario en un futuro.

—Claro que sí, lo que tú digas... Y si eso no lo pensaba antes de llegar el sevillano, ahora que está él al mando de la mejor investigación, imagina mis opciones.

—Ya hemos llegado a la primera casa, dejemos esto para luego.

La pareja de policías afrontaba la primera entrevista de las programadas para ese día. Habían hecho un listado con los vecinos más ancianos del lugar y les visitarían para tratar de conocer rumores sobre el pasado. Luego preguntarían en las farmacias de todo el valle por la venta de Diazepam.

—Buenos días, doña Herminia, la hemos llamado hace unos minutos. ¿Da usted su permiso para que pasemos a hacerle unas preguntas?

—Claro que sí, hermoso. Pasad que hace frío fuera. Un cafecito y unas magdalenas me aceptaréis, ¿verdad?

—Pero solo por ser usted. —Fran parecía tener la extraña habilidad de encandilar a las ancianas y compenetrarse desde el primer minuto con los abuelos del lugar.

Pasaron a un salón decorado de un modo más moderno del que esperaban, se sentaron en un sofá demasiado blando, en el que se hundieron hasta casi el suelo, y se taparon bajo una mesa camilla que a los pocos minutos les hizo sudar a chorros y sentir que perderían las rodillas si no salían rápido de allí. Las magdalenas caseras de limón estaban tan buenas que Fran, haciendo caso omiso de las miradas de reproche y decoro de Cristina, devoró media docena, mojándolas sin vergüenza alguna en el café.

—¡Qué maravilla que haya mujeres en la policía, y tan buena moza y guapa como tú! —La señora se mostraba radiante al contemplar a Cristina—. En mis tiempos hubiera sido impensable. Aún recuerdo cuando vino el NODO a entrevistarme en la facultad de magisterio. La primera mujer en la universidad, decían. Y no sabes lo difícil que me lo pusieron los profesores. Luego, en la primera semana que ejercí como profesora en un instituto de

Madrid, a ver si recuerdo... sí, en Móstoles, los padres de los niños se manifestaron para que no hubiera una mujer impartiendo clases. Decían que solo valíamos como maestra de escuela de primaria. Eran otros tiempos, claro. Y aún queda tanto...

—No lo sabe usted bien, Herminia. Aún queda tanto... Yo aprovecho para darle las gracias por su lucha. No imagina cuánta admiración tengo hacia su lucha y lo que me alegro de haberla conocido. Quizá, si usted no hubiera dado aquel paso tan importante, otras compañeras y yo no estaríamos ejerciendo en estos puestos de trabajo.

La señora se levantó y le dio un abrazo a la chica entre lágrimas, luego tuvieron que serenarse para comenzar con las preguntas.

—Entonces, ¿no recuerda que sus padres o abuelos les contasen a usted y sus hermanos nada sobre niños que hubieran desaparecido, muerto ahogados o en trágicos accidentes?

—He recordado lo del cobertizo del cementerio cuando me lo has dicho, pero no recuerdo nada más. Eso sí, desde siempre los Martínez, los que tienen un taller mecánico en la salida hacia Nerva, han sido bichos malos. Drogaína, porros y salir con fulanas, ya me comprendes. Si tenéis que buscar gentuza, yo empezaría por allí.

—Pues muchas gracias, doña Herminia, ha sido de mucha utilidad hablar con usted. Las magdalenas estaban muy ricas. A ver si se mejora de ese constipado. Ahora debemos seguir con las entrevistas.

—¿A quién van a preguntar ahora? Si es al Eulogio, el de la puerta de aquí al lado, tendrán que gritar, porque está sordo como una tapia. Y no se molesten con la María Auxiliadora, esa no se enteró en sesenta años de que su marido la engañaba con la vecina de enfrente, no iba a estar al tanto de otras cosas...

—Muchas gracias, ya le digo que nos está sirviendo de mucha ayuda. Que pase usted un buen día.

La diferencia de temperatura al salir al exterior les hizo sentir que sus rodillas se partirían como el Terminator en la fundición de metal. Ni se molestaron en entrar en el coche, el siguiente anciano estaba cuatro casas más arriba.

—Como te vea atiborrarte otra vez de magdalenas... Tío, tú no tienes límite ni decoro. ¡Menuda imagen damos!

—Joder, Cris, es que estaban de muerte, debí guardarme varias en los bolsillos.

—Sí, claro.

—Aunque lo peor ha sido la mesa camilla. Si vemos que la siguiente casa tiene otra, mejor nos quedamos de pie.

—Ya te digo, esa anciana debe tener los huesos de madera, no entiendo cómo es capaz de soportar ese calor.

Toda una vida dedicada al cuerpo y a servir con eficacia y presteza por la seguridad de sus convecinos, y ahora se veía relegado a buscar en el ordenador datos absurdos. Que le hubieran apartado de la investigación directa de aquel caso era un ninguneo que alguien pagaría, por la memoria de su abuelo que alguien lo pagaría. Ni siquiera sabía dónde ni cómo buscar aquellos datos, como tampoco encontraba casi nunca las letras en aquel teclado desordenado, seguro que fruto de una venganza de los japoneses por perder la guerra. Entender esas máquinas tan raras era para cerebritos y universitarios, él era un lobo que prefería estar siguiendo el rastro de su presa en el monte.

«Se acabó —se dijo a sí mismo—. Estoy harto de hacer el canelo aquí encerrado ante el chisme electrónico este que no sirve para nada». Y se marchó a hacer lo que mejor se le daba, el trabajo de campo, seguir rastros como un viejo y experimentado lobo ibérico de formidable pelaje y mejor estampa. Claro que, para reponer fuerzas y aguantar la dura jornada, iría a por unos jeringos recién hechos y un café bien cargado al Soleá. No había más de cuatro minutos andando desde el cuartel a la cafetería, pero qué demonios, un vaquero siempre va a todos lados a lomos de su brioso corcel, y aquél todoterreno llevaba más de diez años a su servicio. Cada mancha, colilla y bolsa vacía de cacahuets opatatas fritas que se encontraba en su interior formaba parte de la leyenda de Matías Sánchez, un siervo de la patria.

—Buenos días. Ponme lo de siempre, niña. —Fue su saludo a Inés, dirigiéndose a su escote en lugar de a su cara.

—¡Media docena de churros y un café bien caliente y cargado! —repitió ella con resignación la comanda, como si hubiese un cocinero tras ella pendiente de los pedidos.

—Sí, pero pónmelo con sacarina, que tengo que empezar a cuidarme. Uno ya no es un chaval, ya me entiendes.

—Pero si se te ve fenomenal, no te quejes tanto, Matías. Por cierto, ¿qué

se sabe del caso? ¿Alguna novedad?

—Bueno, ya sabes que toda información es confidencial, pero te puedo decir que el asesino caerá tarde o temprano. Ese hijo de puta no se escapará, te lo aseguro.

—¿Y la niña de Antonio y Concha? No te imaginas lo que lloré al saberlo. Una niña tan buena, tan simpática, siempre jugando con las amigas en este parque. Venía a menudo a comprar un refresco o un paquete de patatas.

—Sí —respondía el sargento con visible pesar—, no entiendo quién puede hacer una barbaridad así. Ya te digo que le cogemos. Lo que más me jode es que pasará unos años en una cárcel, que es como un balneario de esos con piscinas de chorros y una tele mejor que la mía, y luego le pondrán en la calle otra vez.

—A ver, la justicia es lo que tiene, que no vale una mierda.

—Cómo lo sabes... En los tiempos de mi abuelo ya le habríamos encontrado, y llevaría pudriéndose varios días colgado del árbol en el que lo hubiéramos ahorcado.

—Qué bestia eres.

—¿Bestia? Ya no existe la justicia de verdad, la que había con el caudillo. Aquel sí que sabía mandar y tener firmes a los malhechores y a la gente de la noche.

Inés trataba de mantener la conversación, pero aquel extremismo de Matías la había descolocado. Claro que, al pensar en la pobre Anita y en el pequeño Miguel, cuyo padre seguía en la cárcel por querer tomarse la justicia por su cuenta, un fuego se originaba en su vientre, llamas que clamaban por quitar de en medio al desalmado que estuviese haciendo aquellas barbaridades. Prefería no pensar en su niña pequeña, a la que no quitaba ojo en todo el día, y cuando no podía, eran su padre y sus abuelos y tíos los que no se separaban de ella.

El sonido de un teléfono móvil sacó a la camarera de sus pensamientos e hizo que Matías se atragantase, tosiendo fuertemente, con el último churro del plato. Era el móvil de este último.

—Dígame.

—...

—Sí, ya sabes que soy yo.

—...

—¿Cómo dices? Yo no he hablado con ningún...

—...

—Sí, ya te he oído, pero...

—...

—Te repito que no tengo nada que ver con eso. No sé de dónde habré sacado la información. Indagaré entre mis hombres.

—...

—Está bien, sé hacer mi trabajo, ¿qué te has creído?

Matías colgó y puso el teléfono sobre la barra con tanta fuerza que Inés pensó que lo rompería en mil pedazos.

—¿Estás bien? Relájate, hombre.

—¿Relajarme? Me ningunean en la investigación de un crimen en mi propio pueblo y luego me acusan de filtrar datos que ni siquiera conozco. El alcalde acaba de perder a su compañero de golf para toda la vida.

—No hables en caliente, que sabes que en el pueblo no tendrás otra pareja mejor que Manuel para ganar el campeonato. Claro que... quizás en Nerva haya algún buen jugador.

—¿En Nerva? ¡No digas eso ni en broma! Esos monos no saben ni agarrar los palos, seguro que descubrieron cómo encender fuego hace dos días.

—Pero qué burro eres, Matías. Espero que algún día me cuentes lo que te han hecho esos infelices para que les tengas esa manía.

—Sí, algún día. —Soltó unas monedas sobre la barra y se marchó con cara de pocos amigos.

El timbre del teléfono móvil les cortó la conversación justo cuando acababan de aparcar el coche.

—¿Comisario?

—¿Estás con David?

—Sí, estamos a punto de entrevistar a los padres de la chica.

—Bien, dile que mañana tenemos reunión todo el equipo de investigación aquí a las nueve.

—¿Ha ocurrido alguna novedad? No había programado nada para mañana. —Marcos deseaba dormir algo más junto a Laura, no tener que despedirse de nuevo mentalmente y entre las sombras del dormitorio.

—El Ministerio nos ha mandado una psicóloga especializada en perfiles

criminales. Durante el día de hoy la pondremos al día y mañana ella nos dará un perfil aproximado para acotar la búsqueda del asesino.

—Eso es una buena noticia, jefe. Allí nos veremos.

—¿Cuál es la buena noticia? —preguntó David.

Marcos le puso al corriente de la conversación y su compañero no pudo evitar sentirse escéptico ante la ayuda de una matasanos. El inspector le contó que muchos casos se habían resuelto gracias a la colaboración de psicólogos expertos y David preguntó si alguno de ellos fue resuelto por Anibal Lecter. Ambos bajaron del coche entre risas y tuvieron que carraspear y respirar hondo para recuperar la seriedad antes de llamar a la puerta de los padres de la víctima.

—Buenos días, ¿podemos pasar?

Antonio Martín, el padre de Ana, abrió la puerta y les reconoció en el acto. Se echó a un lado como único gesto para invitarles a entrar y ellos caminaron por un pasillo recto y sumido en sombras hasta llegar al salón comedor. El silencio era tal, que el sonido de los pasos parecía ofender el luto del lugar. Allí ya esperaba Concha, bajo un disfraz no muy convincente de madre recuperada por la pérdida de su niña. El maquillaje, el peinado y el vestido sobrio, pero sin llegar al luto, no ocultaban las rojeces de sus hinchados párpados, ni el temblor de sus manos ni los bolsillos llenos de pañuelos de papel a medio usar.

Tanto en el recibidor como en aquella estancia había innumerables fotos de la niña desde su nacimiento hasta lo que Marcos calculó que serían unos pocos meses antes del suceso. En muchas aparecía junto a quien debía ser su hermana mayor. El ambiente estaba enrarecido a pesar de que había una ventana abierta para ventilar y por la que entraba un frío incómodo; como lo era también el silencio que les tenía absorbidos y que Marcos tuvo que romper con el máximo tacto posible.

—En primer lugar y como ya hice por teléfono, les doy el pésame por su pérdida.

El matrimonio asintió sin pronunciar palabra.

—Ahora, aunque sea incómodo, es necesario hablar sobre Ana. Debemos conocer una serie de datos sobre ella y su entorno durante los últimos días para continuar con la investigación.

—Está bien, ¿qué quieren saber? —La voz de Concha sonaba mucho más grave de lo que se habría imaginado por su aspecto frágil y menudo.

—¿Les contó la niña algún suceso ocurrido en la calle o el colegio?

¿Tuvo alguna pelea en estas semanas anteriores? ¿Quizá alguien la abordó por la calle?

—No, no nos contó nada. Ella era muy habladora, nos narraba cada día lo que había hecho en el colegio y luego, después de hacer los deberes y merendar, se marchaba con Elena, la hija de nuestros vecinos, a jugar al parque del Chocolate.

Marcos miró a David de reojo y éste le susurró que se refería al que está frente al ayuntamiento, justo donde se ubica la cafetería de Inés y la tienda de comida casera y bocadillos a la que recurrían a diario. Marcos volvió a pensar en lo pequeño y centralizado que estaba el pueblo.

—¿Tienen o han tenido alguna rencilla con otra familia o vecino del pueblo y alrededores?

—No, nunca hemos entrado en conflictos con nadie.

—¿Conocen o tienen algún trato con la familia de Francisco Vargas? ¿Su hija solía relacionarse con el hijo de los Vargas?

—No tenemos trato, quiero decir que no se encuentran entre nuestro círculo de amistades habituales. Y su hijo era demasiado pequeño para jugar con Ana.

—¿Son ustedes mojinós? —preguntó David de improviso. Marcos le lanzó una mirada inquisidora. No le importaba que su compañero participase en la entrevista, pero no comprendía el motivo de esa pregunta.

—Sí, desde mis abuelos y desde los padres de mi marido. Todos ellos vinieron para trabajar en la mina y nosotros nacimos aquí.

—¿Era la niña muy extrovertida? ¿Pudo marcharse con un desconocido en lugar de ir al colegio? —Continuó Marcos con las preguntas.

—Era simpática con todos, pero no se marcharía con un desconocido, ni faltaría al colegio. El que lo hizo tuvo que... —Se le quebró la voz. Marcos sabía que se refería a golpearla para llevársela a la fuerza. Le hizo un gesto con la cara para indicarle que comprendía lo que quería decir.

—¿Ha tenido algún percance o discusión con algún profesor del colegio?

—No, que yo sepa. ¿Por qué? ¿Sospechan de algún profesor?

—Ahora mismo sospechamos de todo el mundo. Es por descartar opciones. Un profesor, al igual que un vecino o un familiar, es una persona de confianza que pudiera pasar en coche a su lado y decirle que la llevaría al colegio. Y... esto es incómodo pero espero que comprendan que forma parte de nuestro trabajo. Necesitamos saber dónde estaban, con quién y qué hacían el pasado día diecisiete entre las nueve y las once de la mañana.

Se miraron entre sí, algo extrañados por aquella sospecha, pero no dudaron en responder.

—Yo despedí a Anita en la puerta de casa a las nueve menos cuarto, puse en el lavavajillas todo lo del desayuno, luego limpié la cocina y salí alrededor de la diez a comprar a la panadería y el supermercado.

—Yo me marché al trabajo a las ocho menos cuarto, fiché en la entrada a las ocho y estuve allí hasta que me dijeron que tenía una llamada de la policía.

—También trabaja en la mina.

—¿Cómo dice?

—Aquí parece que todos trabajan en la mina. No imagino lo que sería del pueblo si cerrase.

—Ya cerró en una ocasión, y mejor no imagine nada... Aquí no se pude vivir de otra cosa; los que no trabajan en la mina son los que tienen una cafetería, una farmacia u otro negocio destinado a los mineros.

—Entiendo. Trabajando en la mina, igual que Francisco Vargas, ¿nunca entablaron conversación?

—La mina es más grande de lo que se aprecia, que ya es decir. Allí hay administrativos, picapedreros, conductores de volquetes y dos docenas más de empleos que se desempeñan a lo largo de dos kilómetros. Aunque estemos allí mil personas o más durante un turno, no nos cruzamos con más de diez a lo largo del día, y siempre los diez mismos. Incluso a la hora de comer, todo el mundo lo hace en su puesto, no puede perder tiempo yendo a las oficinas.

Marcos apuntaba detalles en su libreta.

—He visto que tienen fotos de la niña con otra mayor, ¿es su hermana?

—Está en la capital, empezó en la Universidad este año.

—También debe de haber sido un golpe muy duro...

—No se lo hemos dicho hasta hoy mismo —contestó el padre, mientras apretaba las manos de su mujer a modo de apoyo—, para que no influyese en un examen que tenía esta mañana. Ahora mismo Silvia estará a punto de llegar aquí. Está completamente hundida. Se llevaban diez años y ayudó mucho a cuidarla cuando Anita era un bebé, la quería como hermana y como madre.

El silencio se hizo más necesario que nunca para evidenciar el respeto que permanecía inalterado a pesar de la presencia extraña de los policías en aquel duro momento.

—Ahora tengo que pedirles algo importante aunque también muy

personal. Quisiera ver el cuarto de Ana, tal vez allí encontremos algo. Si tenía un ordenador, una tableta o móvil con la que hablar por internet, debemos revisarlo.

—Ella no tenía acceso a internet, no nos parecía adecuado para su edad.

—¿Y un diario? A veces escriben un diario sin que sus propios padres lo sepan. No imaginan lo valioso que sería para la investigación.

La mujer miró a Marcos sin parpadear siquiera, aquello que había dicho le parecía tan absurdo. Ni encontrar al asesino ni condenarle le devolvería a su niña. Así que para ella ya nada era valioso.

—Les prometo que no revolveremos sus pertenencias y lo dejaremos todo tal como está.

Una vez a solas en el dormitorio de la chica, pintado de verde y con mucha decoración Disney, David se centró en buscar en cada bolsillo de su ropa y en lo que pudiera encontrar en el armario y los cajones de la cómoda. Marcos se centró en la mesita de noche y el escritorio, buscando entre los cuadernos y los libros del colegio que aún quedaban allí, ya que no se había encontrado su ropa ni la mochila que portaba cuando desapareció. Y escudriñó luego bajo la cama. Tras una hora, salieron de allí con las manos vacías y la sensación de que seguían caminando por un sendero equivocado.

—¿Por qué les preguntaste por su procedencia? —Marcos aún permanecía intrigado por aquella pregunta.

—Por no descartar hipótesis. Quizá el asesino mata a niños de padres que no considera dignos de vivir aquí. O quizá mata a los que son de aquí tras haber recibido el rechazo de los mismos al llegar.

—No entiendo cómo te pueden rechazar en un pueblo por venir desde fuera para trabajar.

—Bueno, muchos consideran que vienes a quitarles el poco trabajo que queda.

—Joder, eso es del siglo pasado, o del anterior.

—En muchos lugares no pasa el tiempo, todo sigue como ha estado siempre porque consideran el cambio como algo negativo, como dar un paso atrás en su vida.

¿Tendría el bigote bien alisado y con aspecto frondoso? Su mujer estaría grabando la emisión del programa y no quería verse luego como un adefesio.

Se había peinado a modo de cortinilla y mantenía la respiración todo lo que podía para meter tripa y parecer un actor de la talla de Al Pacino, como mínimo. Estar ante las cámaras y recibir toda la admiración y respeto por parte de los telespectadores era algo que llegaba tarde, no se le había reconocido el mérito en su momento, pero iba siendo hora de dejar atrás aquella injusticia.

Convocar a la prensa era algo para lo que no estaba autorizado, pero nadie se enteraría, había usado su móvil personal y no el fijo de su oficina. Estaba todo atado. En unos segundos respondería a las preguntas que le hiciesen, relativas al caso, mientras caminaba por la calle como habían acordado previamente. Esperaba que aquellas sabandijas no se la jugasen con preguntas muy difíciles, aunque, si llegaba el caso, improvisaría con su rapidez mental e ingenio y se inventaría las respuestas. Luego diría a sus superiores, si le pedían explicaciones, que mintió para despistarles.

No había nadie tras las puertas de cristal del cuartel. El plan iba como estaba planeado, se le acercarán cuando saliese a la calle y tomase el camino de la izquierda, hacia el paseo del Chocolate. Giró y, ¡bingo!

—Buenas tardes, sargento, ¿podemos hacerle unas preguntas con relación al caso de los asesinatos?

Todo iba como la seda.

—Tengo algo de prisa, trataré de responderles mientras camino, pero no podré darles ningún detalle confidencial, comprendan la situación —dijo tal como lo había ensayado.

—¿Tienen alguna pista fiable que seguir para localizar al asesino? —El reportero parecía demasiado joven, el resto esperaba la respuesta como zorros hambrientos ante un gallinero.

—Sin duda, aunque no podamos facilitar aún esos datos —respondió orgulloso de su rapidez mental.

—¿Sospechan de algún vecino? ¿Algún turista? ¿Padres de alguna de las víctimas?

—Sospechamos de todo el mundo, incluso de ustedes, ja, ja, ja. —No pudo evitar la carcajada, aquello había sido espontáneo y se sorprendió por haber contestado algo que había oído en varias películas. Se sentía como Harry el Sucio.

—¿Hay indicios de que pudiera tratarse de crímenes sexuales?

—Las autopsias no han revelado nada que indique ese tipo de abusos.

—¿Están completamente seguros de que se trata de un asesino en serie?

—No puedo entrar en detalles al respecto. Quizá cuando tengamos más pruebas... Por ahora y por razones técnicas, no puedo responderles nada más.

Hablar con la prensa no estaba siendo tan sencillo como imaginaba. Aquellos tiburones le estaban acosando y se había puesto tan nervioso que ya había tropezado dos veces por la acera; esperaba que cortasen esos descuidos con la edición. El pelo se le había movido, lo había sentido pero no se atrevía a recolocarlo ante ellos por si lo estropeaba más; y no deseaba continuar con las preguntas, que se multiplicaban sin parar. Él, que era todo un maestro equilibrista sorteando todo tipo de situaciones difíciles, estaba sorprendido ante su falta de concentración, seguro que debido al cansancio por el duro caso que tenía ante sí.

—¿Cómo pediría calma al resto de padres y vecinos de la localidad? Deben estar preocupados por su seguridad.

—¿Cómo ha dicho?

El periodista lo miraba atónito, tampoco se trataba de una pregunta tan complicada. El sargento parecía al borde del colapso, sudaba como si volviera de correr una maratón y le temblaba el labio a la vez que miraba nervioso en todas direcciones.

—Le preguntaba por las medidas para calmar a la población y...

—Sí, claro, los vecinos. Pues les aseguro —se detuvo y miró a cámara con decisión y un punto de suspense durante la pausa—, que solo faltan horas para que tengamos a ese criminal entre rejas, les doy mi palabra de que sus hijos están más seguros que nunca.

Dicho esto, levantó las manos para indicar que las preguntas se habían terminado. Aceleró el paso, sintiendo reproches y resoplidos de decepción a su espalda. Había salido victorioso como esperaba, aquellos críos no tenían nada que hacer ante su superior intelecto.

Estaba más agotado que nunca por caminar tanto, pero se atusó el pelo y sonrió pensando en la cara que pondría el inspector de la nacional al comprobar quién mandaba.

La sala grande del local contiguo a la sacristía se usaba como lugar de reuniones y también para formar a los niños que pronto realizarían su primera comunión, el primer enlace con Dios en plenitud de conciencia. Los dos colegios del pueblo habían peleado por conseguir que las clases se

impartiesen en sus centros. Una decisión salomónica y lógica, tomada por el padre Gabriel, acabó con la disputa, así daba uso a aquel espacio desaprovechado y los niños caminarían hacia el centro del pueblo en lugar de dividirse entre los dos colegios de las afueras. Además de eso, el cura vivía justo enfrente y le venía al pelo, aunque no fuera el encargado de impartir las clases.

El padre Gabriel solía pasear a menudo y a oscuras por aquel lugar, antes de que llegasen los críos y el profesor, para impregnarse de los olores y sensaciones que le producía un espacio que consideraba la antesala del paraíso, el punto a partir del cual se encaminaban las almas hacia el sendero de la salvación. La catequesis suponía el primer peldaño hacia el encuentro con el salvador. Así al menos lo sintió él a los ocho años.

Ahora el aula estaba ocupado, había comenzado una clase tras el descanso del mediodía en el colegio y doce niños se preparaban con la ayuda de su profesor para recibir el cuerpo y la sangre de Cristo por primera vez. Un acto lleno de magia y simbolismo, pero que Gabriel miraba ese día con un gesto grotesco y horrorizado en su semblante a través de un resquicio en la puerta de la sacristía. A oscuras y sudando sin parar, le picaba todo el cuerpo y sentía la necesidad de darse una ducha helada. No se sentía capaz de apartar la vista de él, ni dejar de oír su dulce pero grave voz, que parecía cantar los versículos de la Biblia en lugar de leerlos; aquel hombre hipnotizaba a los pequeños como si de una babilónica danza ejecutada por una serpiente mortal se tratase. Antes nunca lo había visto así, le tenía por un ángel de bondad, imagen reforzada por su pelo rubio y ojos azules, herencia de sus antepasados ingleses; pero ahora sabía lo que aquel demonio era capaz de hacer a un alma inocente, y a dos.

Gabriel temblaba ante el pánico que sentía cada vez que le veía o escuchaba su voz. Su cuerpo se estaba consumiendo tan deprisa como sus fuerzas interiores, en las que ya no percibía la presencia y ayuda del Señor, solo el veneno que aquel miserable había inyectado con sus confesiones y sus actos, y que recorría sus venas devorándole por dentro. Sumido en la penumbra, tal como sentía su vida en los últimos días, observaba con un dolor indescriptible cómo el diablo caminaba por aquel lugar santo mientras leía el libro más sagrado de todos a niños de una pureza que él no merecía ni contemplar.

Aquellos angelitos y los vecinos del pueblo seguían viendo al desinteresado hombre de fe y buenos modales, cuando él había tenido la

¿fortuna? de observar cómo se quitaba la careta y mostraba su verdadero rostro: el burlón, verrugoso, jorobado y babeante aspecto del demonio siervo de Lucifer.

¿Por qué? ¿Por qué le había tocado a él lidiar con semejante engendro del mal? ¿Ese fue siempre su destino? Nunca supo con seguridad los motivos que le llevaron a desear el sacerdocio por encima de cualquier otra profesión, medio de vida o camino. ¿Fue elegido por el Altísimo para luchar contra su enemigo cuando este regresase de los infiernos? Quizá no se equivocaba, ya que eso explicaría el por qué llevaba un cuchillo en el bolsillo izquierdo de su sotana sin recordar cuándo lo había cogido ni para qué.

Allí permanecía, frente al desalmado que parecía relamerse ante sus futuras víctimas, como si tratase de atraerlas a su red para inyectarles un veneno mortal de sufrimiento y llevarlas consigo al Averno. No podía permitírselo, debía hacer algo, pero sentía las piernas como de mantequilla, no lograba casi tenerse en pie. Tenía miedo, le tenía miedo al monstruo y también a las consecuencias de delatarlo. Salió de allí corriendo tras arrojar el cuchillo con fuerza contra la pared de enfrente y se dirigió al templo. Corrió como si la vida le fuese en ello y se arrojó a los pies de la talla de San Roque, dando con todo su cuerpo contra el suelo del mármol, exhausto y cansado de esperar respuestas que nunca recibiría. Alzó la vista, con la cara sumida en lágrimas y una herida en su barbilla, y miró a los ojos del santo que llevaba tanto tiempo venerando.

—Dame una señal, por favor, dime lo que debo hacer. Me desollaré las rodillas y el alma si es lo que pides a cambio, pero no permitas que el demonio siga obrando entre mis fieles.

Una anciana que rezaba cerca de él se levantó para prestarle ayuda. El párroco pareció recuperar la cordura y se sentó en el suelo, agradeciendo el detalle y fingiendo encontrarse mejor. Tenía el cuerpo dolorido, pero no le importaba en comparación con lo que habrían sufrido los pequeños Miguel y Ana, y los que vendrían después si no ponía freno a aquella barbarie. Pero, ¿como hacerlo sin romper el secreto de confesión? Se sentía bajo una tortura, o quizá solo fuese una prueba para demostrar su amor a Dios. El Todopoderoso no querría que aquello continuase. Sí, tal vez debía obrar con el corazón y no con las enseñanzas, ahí debía encontrarse la prueba. Pero el valor... eso era otra cosa. No sentía el suficiente valor corriendo por su venas como para ir a la policía y confesar, como tampoco lo tenía para enfrentarse al lobo con piel de cordero. Ni siquiera sabía cómo officiaría la misa del

próximo domingo.

Un momento... Era domingo al mediodía. ¿Cómo había oficiado la misa de la mañana? No lo recordaba. No, eso no era posible. ¿Estaba el diablo afectando también a su conciencia? ¿El diablo? Entonces, se preguntó entre sollozos «¿quién es el diablo?».

—Cuánto tiempo. ¿Qué es de tu vida? No hablamos desde hace casi un año.

—He estado algo liado, Pablo.

—Ya lo vi en los periódicos. Enhorabuena por esa medalla; y siento lo de Miguel, era un buen policía.

Volvió el nudo en la garganta, no podía evitarlo cuando se lo recordaban.

—Sí, él debió llevarse aquella medalla en mi lugar. Bueno, en realidad quería hacerte una consulta profesional, si no te pillo en mal momento.

—Puedes preguntar. Supongo que te refieres al caso que estás llevando en el pueblo minero de Huelva.

—Riotinto. Sí, se nos está yendo de las manos, cada vez hay más presión del Ministerio, de los medios, de los ciudadanos, de todos..., y no sabemos por dónde continuar.

—Te entiendo, me pasó igual con el caso de «El Fantasma». La impotencia trata de consumir tu mundo, no dejarte dormir, comer, beber... hasta que tu mente es demasiado débil para solucionar nada. Un círculo vicioso del que cuesta salir. A veces pienso que esos tipos son enviados del diablo, porque consiguen sumirnos en un estado de autodestrucción que solo les beneficia a ellos.

—Veo que aún no te has recuperado.

—Uno nunca se recupera del todo, pero eso es positivo, porque aprendes a no cometer los mismos errores en el futuro. Lo primero que te aconsejo es que tengas una visión global de todos los crímenes, sean actuales u ocurridos hace un siglo; todo guarda relación, te lo aseguro. Es más, apuesto a que esa relación puede llevarte al asesino. Luego, no te obsesiones con encontrar un móvil a sus acciones, esos perturbados lo hacen por instinto, placer o una llamada divina. Por último, nunca deseches ni infravalores la ayuda externa, quien menos te lo esperes puede dar con la solución ante tus narices sin que tú lo hubieses descubierto en toda tu vida.

—Gracias, esa información...

—Esa información te está pareciendo una mierda ahora, pero cuando te sientes a meditar, y necesitas hacerlo con urgencia, deberás volver a analizarla para darte cuenta de que contiene todas las claves. Ese tipo de asesino es un enfermo, cree librar una cruzada personal y trascendental para la salvación del mundo y de sí mismo, porque matar da sentido a su existencia. Todos son iguales en ese aspecto. Lo que hace diferente o especial a tu monstruo es que está imitando a otro, así que si quieres atraparlo, deberás capturar al original primero.

—Crímenes no resueltos, y ni siquiera tratados como tales hace ya cien años, eso es una odisea. No podría averiguar nada con datos tan sesgados, anticuados y sin criterio.

—Los datos y las pistas serán ridículos, pero seguro que entonces los criminales no eran tan cuidadosos, no tan creativos como hoy. Ponle algo de tu parte y verás cómo aparece la solución bajo todo el enigma.

Marcos permaneció unos minutos con el móvil pegado a la oreja tras despedirse de Pablo Aguilar. Todos sus sentidos se habían centrado en analizar las palabras del teniente, descifrar su significado y aplicarlo al caso que tenía entre manos. ¿Y si tenía razón? Quizá estaba buscando donde no debía, quizá tuviese delante la solución y era tan estúpido de no verla, quizá su relación con Laura, el recuerdo de su error en el anterior caso y la necesidad por demostrar su valía en su nuevo destino, habían creado una barrera que impedía seguir el rastro adecuado.

Volvió a marcar y pidió a Irene que el equipo de la capital se encargase de indagar todo lo posible sobre desapariciones y crímenes a principios de 1900, aparte de descubrir todo sobre aquella Julia García que había muerto abrasada en el cobertizo. Debían dar máxima prioridad. Algo le decía que pronto habría otro niño sufriendo la tortura de un demente. No, eso no podía suceder, sería un fracaso para su investigación y añadiría una víctima más antes de saber siquiera hacia dónde mirar para encontrar al posible asesino.

Tal vez no fuera lo más ético que había hecho en su vida, pero había dado resultado y eso era lo único que le importaba. Cuando llegase al hotel, apuntaría en el almanaque de su portátil aquel día como el punto de inflexión más importante de su carrera, mucho más que el del pasado lunes, cuando se

encontró con la noticia del niño muerto en el lago. Y eso que puso cara de asco cinco días antes cuando le dijeron que debía entrevistar a un zapatero casi centenario en un pueblo minero de la sierra.

Sonrió con un mohín de agradecimiento a sí misma por tener esas ideas; bueno, quizás inducidas algunas por Marcos, pero pocas, y tener la capacidad de llevarlas a cabo con el éxito y la fortuna que no disfrutaban sus más experimentados rivales en la lucha por tener la información más actual y jugosa. Esa mañana había visto cómo las televisiones nacionales mostraban su emisión extra en lugar de las realizadas la noche anterior por sus reporteros en nómina. Aquello hizo que no le importase lo más mínimo el malestar inicial sentido al ver que Marcos no estaba cuando despertó. Luego habló con él y todo quedó aclarado.

Y volviendo a su triunfo personal, se había puesto en contacto por teléfono con ellos nada más conseguir el visto bueno de los productores, que al principio se mostraron reacios a participar en algo tan extraño y nunca antes visto, pero luego recapacitaron y le dijeron que si era capaz de lograrlo, tendría el mundo a sus pies. Con ese comentario no necesitó desayunar siquiera para lanzarse a por la yugular de sus presas. Más de una hora de negociación, usando todo el encanto personal y respeto que pudo mostrar, tanto por teléfono como luego en persona, y logró un hito.

Le hubiese gustado tener tiempo para acercarse a la capital y comprarse un traje de chaqueta acorde a la importancia de lo que iba a protagonizar en solo unos minutos, así cómo volver a hacerse las uñas y dejarse ondular el pelo por Sandra, pero debía conformarse con haber convencido a la recepcionista del hotel para que le planchase de forma impecable el mejor y más sobrio traje que tenía. Por suerte, había logrado que abriesen para ella la peluquería del pueblo, allí la habían adecentado después de tantos días corriendo de un lado a otro. Aquella enorme capa de maquillaje tataría cualquier marca que a sus veintinueve años ya hubiera aparecido para martirizarla.

Javi y otros tres operarios, dos técnicos de iluminación y un regidor, enviados expresamente para aquella conexión, se afanaban en conseguir tenerlo todo listo en el pequeño espacio del salón de la vivienda para la hora en que el Canal Sur trituraría su récord de audiencia.

«¿Y por qué estaba tan pendiente a todo y pensando en tantas cosas absurdas?», se preguntó, pero ya sabía la respuesta. Tenía miedo a fracasar, del mismo modo que lo tenía a triunfar. ¿Qué sería de su vida si aquello no

salía bien? ¿Cómo enfrentarse de nuevo a la cámara si después de tanto esfuerzo quedaba señalada como quien no supo aprovechar la mejor oportunidad que jamás se le hubiese presentado a ningún reportero? O peor... ¿Qué pasaría si montaban un programa de multicontenidos a su alrededor, con millones de euros de presupuesto y ciento cincuenta personas, y no estaba capacitada para conducirlo? No quería pensar en cuántos compañeros conocidos se habían visto en los últimos años con un programa para ellos solos y habían fracasado en la primera temporada. ¿Sería capaz de volver con el rabo entre las piernas a sus orígenes como si nada hubiese sucedido?

«No, por Dios, no pienses ahora en la teletienda...».

Los cables, focos, cámaras, la media docena de desconocidos y mover sus muebles de sitio no formaban parte del trato. Aquella chica que fue tan atenta y dulce horas antes no se parecía a la que tenía delante, ahora tan preocupada por su aspecto y dando órdenes de forma tosca. Si rompían algo o arañaban un mueble o el suelo, tendrían que pagarlo. Su marido, sentado a su lado en el sofá, parecía pensar lo mismo, pero ninguno de ellos dijo nada. Esperaba que el contrato que habían firmado, después del acuerdo por teléfono de la mañana, fuese legal y no les dejasen desamparados tras semejante circo. Jamás en todos los días de su vida hubiera imaginado que haría aquella barbaridad. Pero todo fuese por ella.

Nunca olvidaría el momento en que la reportera llamó por teléfono para, tras darles sus condolencias, ofrecerle un trato que la indignó en un primer momento, como si se tratase de una broma de mal gusto de algún vecino sin sentido del decoro ni el respeto. Más tarde se presentó en la casa y tuvo que pedir a su marido que la echase a patadas. Luego recapacitó cuando ella insistió y, a base de promesas y juramentos, captó su atención y logró un acuerdo que pudiera ser beneficioso para todos. Pero eso fue en la mañana, ahora ya no lo veía tan claro. Por su mente se cruzaban las caras de todas y cada una de sus vecinas, aparte de las madres del colegio y el resto de vecinas con las que se cruzaba cada domingo en la iglesia. Todos aquellos rostros la juzgarían esa noche y, cuando saliese a la calle, lanzarían sobre ella su veredicto durante décadas.

Silvia, muy enfadada al conocer la noticia de la entrevista, se había encerrado a llorar en el cuarto que era de Anita.

Sentía una vergüenza como nunca antes había conocido, y eso que aún no había comenzado aquel espectáculo. No le quedaba claro si tenía que mirar a la cámara o a la presentadora, si debía contestar ella primero o dejar hacerlo a su marido... Pero tampoco parecía que tuviera tiempo de volver a preguntarlo. A su alrededor, todo el mundo comenzó a chillar y correr, la presentadora se sentó en el sillón a su lado y se alisó la ropa a la vez que preguntaba a alguien si tenía el pelo bien y emitía brillos. ¿Brillos? ¿La gente brillaba en la tele? ¿Brillaba ella? ¿Por qué ahora el foco frente a su cara molestaba más que nunca?

«Todo sea por ella, todo sea por ti, cariño. Donde quiera que estés, perdona lo que hemos hecho para darte la mejor despedida».

—Buenas noches, estimados televidentes. Soy Laura Moreno y hoy retransmitimos desde un lugar muy especial. Especial por la emotividad y los recuerdos recientes que aún impregnan estas paredes, especial por el miedo e indignación, a partes iguales, que transmiten los hechos que han logrado traer el luto a esta casa, especial porque jamás antes se había entrevistado en directo a unos padres a escasas cuarenta y ocho horas de la pérdida de un hijo.

La pausa de efecto estaba muy ensayada. Bajó la mirada, unos ojos llorosos volvieron a la cámara y dio la señal para que se abriese el plano y los televidentes pudieran ver a las dos personas que se sentaban a su derecha.

—En primer lugar, quisiera transmitirles, Concha y Antonio, en nombre de toda la cadena y de los telespectadores que nos están viendo, nuestro más sentido pésame por el profundo dolor que deben estar sufriendo en estos momentos.

El agradecimiento de los entrevistados salió de sus bocas como un último aliento en vida. Miraban a la cámara y a Laura, y luego a Laura y a la cámara, sin saber donde quedarse definitivamente, también al chico que llamaban «regidor» y que no paraba de hacer aspavientos con las manos y susurrar cosas a su micrófono, que solo oiría la presentadora, porque ellos no lo escuchaban.

—¿Qué pueden decirnos de la pequeña Ana? Comentan en el pueblo que era una niña inteligente, jovial y muy sociable; pero nos gustaría que ustedes, como las personas que más la conocían y amaban, la describieran.

Concha sintió que aquella pantomima avivaba con agresividad el ascua de intenso dolor que se había prendido con la muerte de su pequeña; que la promesa de pagarles un entierro de primera calidad no compensaba el

ridículo que estaban haciendo; que el dinero, aunque se necesitase con premura y ansiedad, no valía nada en comparación con los valores que se pisoteaban a cambio de él. A pesar de todo, soportó aquella interminable sesión de falsedad, brillos, luces y fingidas lágrimas en primer plano. No deseaba nada más que terminar con todo aquello y recuperar su vida, o lo que sería su vida a partir de entonces sin su pequeña Anita. Poder enterrar lo que quedase del cuerpo de su niña y tratar de olvidar la mierda de camino que le había tocado recorrer.

19 de noviembre de 1917

Algo no va bien, algo no va bien, algo no va nada bien. ¿Por qué no pueden salir las cosas como es debido? ¿Por qué mis ruegos y preguntas no son escuchados ni respondidos? ¿Cómo permites que este fiel devoto y siervo tuyo, que lo ha dado todo por ti, sufra cada día y cada noche por tu indiferencia? Mira mi espalda, casi no puedo moverme, creo que algunas de las heridas son demasiado profundas y otras se están infectando. Pero esta noche volveré a mostrarte que mi dolor puede ser tan infinito como mi amor por ti.

Te amo a pesar de no haberte visto; y, aunque no te veo ahora, creo en ti y me alegro con un gozo indescriptible y glorioso, pues estoy obteniendo la meta de mi fe, que es mi salvación. Fijo la mirada en tu hijo, Jesús, el iniciador y perfeccionador de nuestra fe, quien por el gozo que le esperaba, soportó la cruz, menospreciando la vergüenza que ella significaba, y ahora se encuentra sentado a tu diestra.

Es por no haberlo dado todo..., ¿verdad? Eso es lo que pedías desde el principio, que me quedase sin nada, que me entregase al completo, toda la carne de mi carne. Estas lágrimas que brotan de mis ojos no son por temer la pérdida de la pequeña Luz, porque sé que ella estará en un lugar mejor, bajo tu manto de protección y sabiduría, y junto a sus amados hermanos, lloro de dicha porque he vuelto a oír tu voz, tu mensaje ha llegado con claridad, mi Señor.

Alabado seas en tu infinita paciencia y perdona los pecados del hombre, acepta mi sacrificio y obséquianos de nuevo con tu favor divino. Te suplico que nos llesves de vuelta al Paraíso y nos recibas con los brazos abiertos de un padre benévolo. Acepta mi carne una vez más y escucha mis ruegos. Me entregaré a ti por completo, tendrás todo lo que soy y todo lo que seré.

Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre.

20 de noviembre de 2017

Otra vez se despertó sintiendo tibio el lado de la cama que había ocupado Marcos. Si cerraba los ojos, aún podía oler la mágica mezcla entre su personal olor corporal y el perfume que usaba; hundió la cara en esa parte de la almohada y aspiró con fuerza para tratar de volver más nítidos los recuerdos de la noche pasada. Sin moverse de debajo de la funda nórdica, con pereza tras tantos días trabajando en la calle de sol a sol y pasando un frío inusual, acarició las sábanas mientras, con los ojos cerrados, pensaba en lo fácil que una se acostumbra a lo bueno. Después de años predicando las bondades de tener toda la cama para ella, de no encontrar calcetines masculinos por el suelo o de no tener que pelear por el mando de la tele, ahora echaba de menos despertarse y tener a alguien con quien dormir acurrucada entre sus brazos, pedirle que le trajese el desayuno a la cama o sentir cómo acaricia su pelo mientras deciden los planes para el próximo fin de semana. Ese y otros muchos sacrificios los hizo por lograr su objetivo laboral. Ahora no estaba tan segura de que fuese tan importante.

Tras desayunar con Javi, que podía ser muy desagradable por cómo engullía el desayuno como si fuera a venir alguien a robárselo de un momento a otro, pero era silencioso y no hablaba, algo que ella valoraba mucho a esa hora del día, se puso en marcha

—¿Adónde vamos hoy? —preguntó el operador de cámara.

—Pues me gustaría tratar de entrevistar a algún responsable de la Policía Local o de la Guardia Civil antes del funeral del niño. Quizá consigamos que alguno nos atienda y nos ofrezca algo que mostrar esta tarde.

—¿Estás pensando en ir al funeral? No tenemos permiso de la familia para grabar ni del párroco para entrar en el cementerio.

—Lo haremos desde fuera, una emisión rápida para emitir por la tarde.

—Bueno, tú mandas, aunque superar lo de ayer te será difícil.

—Superar lo de ayer me será imposible. Casi podríamos irnos dos días de descanso a la playa y los productores no nos dirían ni mu. ¡Qué pena que no

sea verano!

El cuartel de la Guardia Civil estaba justo frente a la salida del barrio inglés, así que probarían suerte con el sargento. Aparcaron en la misma puerta y entraron en la zona de recepción, donde un chico joven uniformado dijo que llamaría a Matías Sánchez y les pidió que esperasen unos minutos.

Cuando vieron salir al sargento con una sonrisa de lado a lado de la cara no imaginaban lo que se les vendría encima. Micrófono y cámara confiscados y los dos detenidos e incomunicados en un calabozo. Laura se desgañitaba gritando que quería hacer una llamada, que aquella detención era ilegal, un secuestro, y que iba a acabar con su carrera y las de sus agentes con una sola llamada. Javi se limitó a sentarse a observar cómo la reportera desataba la furia y la tensión acumuladas, en silencio y esperando a que esta terminase.

—¿Pero se puede saber qué haces ahí tan tranquilo? Mira lo que nos han hecho. ¿Acaso te ha pasado esto tantas veces que ya no te importa que vulneren tus derechos?

—¿Has terminado?

—¿Qué si he terminado? Pues mira, no, no he terminado aún. Estoy harta del abuso de autoridad de estos paletos, que se creen que pueden hacer lo que les de la gana, incluso violar derechos constitucionales ¡porque se sientan frustrados al no resolver una mierda! ¡Atajo de inútiles, solo valéis para poner multas y pasear por la calle!

—¿Y Bien? ¿Ya te has desahogado?

—¿Pero a ti qué te pasa?

—Te he hecho una pregunta.

—Sí, ya me he desahogado, ¿contento? —Laura se sentó con resignación a su lado en el banco y se cruzó de brazos—. Ojalá a mí me diese igual todo, como a ti.

—A mí no me da igual todo —dijo con una sonrisa extraña.

—No tengo ni idea de a qué viene esa sonrisa estúpida.

—A que no nos han cacheado.

—Pues solo faltaría que alguno de esos babosos me metiese mano. Seguro que te hubiera gustado verlo.

—Habría preferido hacerlo yo, pero no me refería a eso. Nos han quitado la documentación y los móviles. «Vacíen los bolsillos», dijeron.

—Sí, lo recuerdo, solo han pasado dos minutos.

—Pues quizá debí acordarme de que tengo un bolsillo extra a la altura de la rodilla, donde guardo el móvil de la productora —susurró.

Laura lo miraba atónita, tardó unos segundos en reaccionar, luego sonrió y tomó el terminal entre sus manos. Tenía cobertura.

—Llama a la productora.

—A la mierda la productora, voy a hacer que despidan a esos inútiles.

Esperó cuatro tonos, cinco, seis, «por favor, coge la llamada», siete. Javi vigilaba desde los barrotos. Ocho y... por fin.

—No puedo hablar, estoy en una reunión muy importante, y todos me están mirando con caras de asesino.

—Es una urgencia, de otro modo no te habría molestado. El sargento de la Guardia Civil nos ha detenido e incomunicado en un calabozo, sin leernos los derechos ni decir de qué se nos acusa, y no nos ha dejado hacer ninguna llamada. Estoy con un móvil que mi operador consiguió escamotear.

—Está bien, está bien, calla y escucha; los nervios no te servirán de nada. Conserva la calma, en unos minutos van a sacaros. No hagas ni digas nada hasta que te vea, tal vez en... unas dos horas.

—Quiero matar a ese gordo perezoso.

—¿Qué te he dicho? A callar. —Y colgó el teléfono.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó el comisario. El resto de los presentes también estaban expectantes.

—Matías, el sargento de la civil, acaba de arrestar ilegalmente a la reportera del Canal Sur y a su operador de cámara.

Todos los policías, la forense y la recepcionista quedaron perplejos. Unos con el vaso de café a mitad de camino de la boca y otros pausados en el masticar de una galleta o bollo. Maite comenzó a reír tratando de contener las carcajadas con las dos manos en la boca.

—No me jodas. Ese tío está loco.

—Sí, y empieza a ser un lastre para la investigación. O un lastre mayor aún, para ser exacto. Dame unos segundos para hacer una llamada y conseguir que les suelten.

—Tampoco les vendría mal pasar unas horitas a la sombra.

—No te lo discuto, Paco. Pero con un pueblo asustado, un asesino suelto, una policía que no tiene pistas y una legión de más de cien periodistas deseando decir lo inútiles que somos, lo mejor es silenciar lo que ha ocurrido.

—Lo sé. Si esa reportera hace un directo contando lo ocurrido, tendré al

ministro al teléfono gritándome cómo piensa despellejarme vivo. Haz esa llamada e incorpórate al grupo de nuevo, te esperaremos.

A pesar de no haber más de cuatrocientos metros de distancia, recorrerlos a pie con aquel frío hubiese incrementado aún más su mal humor; y hubiese tenido que pararse con varios vecinos que le preguntarían cómo iba el caso, a los que hubiera tenido que dedicar unos minutos para tranquilizarlos. Después de todos los problemas que llevaba acumulados, de tanto trabajo extra, de saber que no sería reelegido salvo que aquello se solucionase y sin más víctimas, de soportar desaires de algunos vecinos y candidatos de la oposición, ahora recibía una llamada que le había hecho pasar una vergüenza indescriptible. Hace días que debieron rodar algunas cabezas y en unos minutos, quizá demasiado tarde, caería la primera.

Había llegado al parking del cuartel sin recordar si había parado en los semáforos y ante las señales de stop. Bueno, había llegado y eso era lo importante. Entró por la puerta principal y se dirigió al recepcionista.

—¿Quiénes, aparte de Matías, han detenido a los periodistas?

El chico titubeó algo confuso, luego contestó casi en un susurro el nombre de los dos agentes.

—Bien, localiza al cabo Ángel y dile que coja la llave de los calabozos y que se reúna conmigo allí en unos minutos.

No fue directo a las celdas, antes paró en la sala principal, donde Matías era el centro de atención de un corrillo en el que reían al oírle contar por enésima vez las caras de asombro que pusieron la periodistucha esa y el perroflauta de su cámara cuando les encerró en la celda. Todos quedaron mudos cuando oyeron el portazo. Por la cara del sargento pasó un halo de pánico durante un segundo, luego su confianza y buen hacer, sus años de excelente servicio y su amistad con aquel cabezota, le hicieron comprender que solo sería un calentón.

—Vaya, Manuel, te veo algo alterado. Entra en mi despacho y nos tomamos un café. ¡Niña, tráele al señor alcalde un cortadito! —ordenó a una agente que se mantenía ajena a la reunión y atendía llamadas sobre el caso.

—¿Le has pedido que haga de camarera al único agente que está haciendo su trabajo? ¿Estamos ante la peor crisis de la historia del pueblo, con una lupa en el cogote, y tú estás haciendo de sheriff de película cutre? No vamos a

ningún despacho, lo que tengo que decirte, te lo diré aquí.

Los presentes comenzaron a volver a sus mesas de trabajo, en silencio y despacio para no llamar la atención, y dejando solo a su sargento.

—Los agentes Francisco Martos y Eugenio Rodriguez que no vayan muy lejos —añadió el alcalde, luego hizo una pausa para respirar hondo—. Matías, estás suspendido de empleo y sueldo de forma indefinida por el secuestro de los dos periodistas. Martos y Rodriguez serán expedientados.

—¡Vamos, no me jodas! —gritaba enfadado uno de los agentes—. Yo solo cumplí la orden de mi suboficial al mando. Y solo llevo dos meses en el cuerpo.

—Pues deberías tener frescas las asignaturas de las que te examinaste, para haberte negado a cumplir la orden y luego enviar un informe a la comandancia sobre el abuso en el que tu superior te estaba haciendo partícipe. El resto de agentes serán observados en su rendimiento a partir de hoy mismo, con riesgo de expediente e, incluso, de perder su puesto de forma indefinida.

—Eso es una broma... Es una broma, ¿verdad? Coño, que somos amigos de toda la vida y compañeros de golf, de mus... No me toques los huevos y no seas cabroncete, que no pasa nada por tener unas horas a esas alimañas a la sombra y que sepan quién manda.

—Aquí manda el cabo Ángel. Te recomiendo que recojas tus cosas y te marches o haré que te saquen tus propios agentes.

—¿Pero quién cojones te has creído que eres? ¡Ya está bien de mandar, joder! A ver si te enteras de que solo eres un alcalde que lleva tres días con su gordo culo en el ayuntamiento. Yo no soy empleado tuyo.

—No, tú eres empleado de la Guardia Civil, y esto que tengo aquí —mostró un folio en su mano— es un fax recién recibido de la comandancia, que tras saber que habías detenido ilegalmente a dos civiles, han decidido terminar con tu carrera.

Dejó el folio sobre la mesa de escritorio que tenía delante y se marchó. Matías parecía a punto de sufrir un infarto, pero eso ya no era asunto suyo, aún tenía que hacer algo que no le gustaba en absoluto: lamer culos y conseguir un acuerdo beneficioso para todos.

Llegó a los calabozos dos minutos después y con un semblante algo más pacífico, allí se libraba otra batalla a voces. El cabo Ángel y un agente trataban de contener a una muy enfadada periodista que ya había sido liberada.

—Por favor —dijo con calma al llegar—, hablemos en privado, pero con serenidad.

Informó al cabo del cese del sargento y el expediente de los dos agentes, y de que ahora él estaba al mando del cuartel. Lo hizo en voz alta para que los periodistas supieran que se habían tomado medidas drásticas contra quienes les habían detenido y para que el nuevo suboficial al mando comprendiera que no podía cometer un error más.

—Esto no quedará así, os pienso hundir a todos —gritó Laura.

—No creo que eso nos interese a ninguno de nosotros, ¿por qué no lo hablamos con más calma?

Manuel se dirigió al cabo y le pidió que fuese a hacer su trabajo y les dejase a solas.

—No crea que va a conseguir silenciarnos con más amenazas.

—No pienso amenazaros, solo contaros cómo está la situación.

Laura parecía calmarse, y se sentó en el banco del calabozo, que ahora tenía la puerta abierta y eso la reconfortaba. Javi observaba en silencio.

—Ayer usted hizo una conexión televisiva en la que se informaba a la ciudadanía sobre datos confidenciales de una operación policial, en dicho comunicado indicó que la fuente había sido el sargento de la Guardia Civil, pero este cuerpo no tenía constancia de ese dato, por lo que ha incurrido en un delito grave de acusación ilícita y ha entorpecido una investigación policial.

—Pero yo...

—Sí, ya sé que usted creía o pensaba, pero cometió un error que hoy ha tenido consecuencias nefastas, y no me refiero a su media hora en un calabozo, sino al cese, que con toda seguridad será definitivo, de un guardiacivil que llevaba casi treinta años en el cuerpo y que ha deshonrado a varias generaciones familiares.

—Yo no soy responsable de que haya decidido tomarse la justicia por su cuenta.

—Un poco sí. No me mire con esos ojos que los dos sabemos que todo lo originó usted. Lo que la salva es que Matías es tan zoquete que no la denunció a la Policía Nacional; de lo contrario, ahora no habría abogado que pudiera sacarla de un calabozo.

—De acuerdo, reconozco que me pasé un poco.

—Bien. Para terminar la conversación, pues creo que los dos tenemos demasiado jaleo estos días como para perder más tiempo aquí, me gustaría

decirle que, después de rechazar las peticiones de todos los medios para conceder una entrevista en exclusiva, quizá pueda hacer una excepción con su canal.

—¿Cómo dice? ¿Lo haría esta misma noche? ¿Me daría alguna exclusiva o dato confidencial?

—Bueno, no se pase. Se puede arreglar que sea esta noche, pero lo del dato confidencial...

Marcos había colgado el móvil tras hablar con el alcalde y ponerle al corriente de la situación, además de pedirle que fuese lo antes posible a liberar a los periodistas, y se reunió con el resto de policías que esperaban la charla de la psicóloga criminalista. Todos le miraron expectante cuando entró en la cocina, sin poder evitar el bochorno que sentía al saber que ya era evidente para sus compañeros la relación, al menos de amistad, entre la reportera y él. Zanjó el asunto y la incertidumbre con un «ya está todo arreglado».

—Bien señores —dijo la psicóloga con el rotulador en la mano, colocada frente a ellos y con una pizarra blanca que habían improvisado a su espalda—, empecemos.

Recogía su pelo rubio platino en una coleta bien peinada, sin importarle sus cejas oscuras sobre grandes ojos marrones. El mentón afilado, la voz grave y los gestos estudiados que ofrecía con las manos para apoyar sus palabras indicaban una seguridad a prueba de bombas. La doctora Eva Díaz, enviada por el Ministerio, delgada y de unos treinta y cinco años, parecía saber de lo que hablaba

—Si se tratase de un imitador, el perfil pierde algo de exactitud, pero puedo aproximarme igualmente —exponía a los atentos policías—. Es varón, ya que la presencia de asesinas en serie a lo largo de la historia es menos que anecdótica y el detalle de dejar las marcas grabadas lo descarta...

—No comprendo —interrumpía Fran—. ¿Por qué se descarta tan a la ligera la posibilidad de que haya sido una mujer?

Los presentes le miraron de un modo serio e inquisitivo, pero él permanecía firme ante su duda.

—No digo que no pueda ser una mujer, solo que las probabilidades basadas en las estadísticas son muy inferiores contra las que indican que

fuese un varón. Está demostrado que una mujer puede cometer un asesinato con la misma crueldad que un hombre, incluso a sus propios hijos, pero esa estadística cae en picado cuando se trata de asesinatos en serie con el grado de notoriedad que indican los que tenemos ante nosotros. Esa puesta en escena, los grabados en la piel, hacerlo en lugares concurridos... Mi trabajo se basa en interpretar las estadísticas, como ya he dicho, y señalan claramente a un varón de entre treinta y cuarenta y cinco años, y posiblemente no haya sido juzgado nunca, al menos por delitos graves. Lo digo porque, aun consiguiendo sus huellas en el escenario de alguno de los crímenes, no se podrían cotejar con la base de datos si no ha sido fichado anteriormente. Quizá, y eso quiero subrayarlo, estemos ante una persona que no reconoce los límites, me refiero a esos que persiguen obsesivamente a una chica que les gusta, acosan por teléfono a alguien que les cae mal o pueden realizar un pequeño hurto sin considerar que sea delito. Si añadimos a eso el hecho de que nos enfrentamos a un imitador, deberíamos contemplar que hubiera estado durante un tiempo buscando, analizando y estudiando los crímenes del pasado para poder reproducirlos con la mayor exactitud; así que debe ser alguien con mucho tiempo libre, meticulado, ordenado, concienzudo, con una casa, local o sótano grande donde llevar a cabo sus tareas; es muy posible que viva solo y sea educado, aseado y elegante. Por si eso no es complejo ya de por sí, debe ser alguien que aparente la mayor normalidad, que se mezcle entre los vecinos como uno más. Esos pobres enfermos no llaman la atención.

Marcos no pudo evitar el sentir náuseas al oír cómo se refería al despiadado asesino como si fuese un pobre enfermo. Si él tuviera la potestad de decidir su futuro, lo entregaría al padre de la primera víctima. Seguro que Paco el Mulo le daría un castigo más justo que un juez.

—Lo repito, el asesino es culto y formado —añadía la psicóloga—, de otro modo no habría dado con la información relacionada con aquellos sucesos, que incluso la Guardia Civil no supo catalogar como crímenes. Es del pueblo desde hace generaciones y tiene un coche muy común, tanto el modelo como el color, quizás oscuro, son más invisibles en la noche.

—¿Cómo puede aseverar todo eso? —preguntó Marcos.

—La segunda víctima se montó en su coche, o no gritó cuando él, o ella —la psicóloga miró a Fran— se acercó para llevársela; y el coche no llamó la atención de vecinos de una localidad tan pequeña, cerrada y en la que todos se conocen. Nadie observó ningún coche aparcado en las zonas de los dos crímenes, a pesar de la cercanía a la carretera principal y el segundo de los

asesinatos lo cometió a plena luz del día.

—Bien —respondió el inspector, que se reafirmó al comprobar que sus ideas eran idénticas a la de la especialista.

—Os enfrentáis a un sociópata —añadió con un velo sombrío en el semblante—. Y no es un vecino más, sino de los mejores, de los más cultos, amables, honrados, bien vestidos... Aquel por el que todos los demás harían cualquier favor que les pidiese. Por eso nadie sospecha de él. Ayuda a sus vecinos y se presenta voluntario para todo lo que sea el bien común. Da sin pedir nada a cambio.

—En un pueblo pequeño eso no es gran ayuda, hay tantos así...

—Sin duda, pero es un comienzo.

La vida de Palmira no había sido de color de rosa, no se asemejaba a las idílicas que mostraban las películas y teleseries. Más bien se parecía a una carrera de obstáculos con cristales afilados sin llevar zapatos para protegerse. A pesar de eso, siempre había salido adelante, logrando llevar a su familia a un estado casi exento de necesidades. Claro que jamás se habría imaginado ante la situación que contemplaba a su alrededor esa fría mañana de noviembre.

El tímido sol, que se mostraba solitario en un cielo azul intenso y despejado de nubes, apenas lograba calentar la aflicción que portaban en sus corazones la docena de vecinos que se habían dado cita en el cementerio para despedirse de su pequeño Andrés. El resto del pueblo tenía miedo a dejar solos a los niños en casa y no querían llevarles a ver un funeral. No les culpaba, como tampoco les necesitaba. No necesitaba a nadie para enterrar a su hijo, podría haber excavado con sus propias manos una tumba en el patio de su casa y así velarlo cada día que le quedase de vida. Ahora tendría que imaginar que su pequeño, el único que llenaba de sonrisas sus calamidades, estaba encerrado tras aquella fea losa en la pared, como si aquello fuese una colmena de abejas. Los nichos solo eran un negocio para los curas. Un ser querido debía enterrarse siempre en el suelo, y no emparedarlo de aquel modo tan frío.

Su marido, a más de veinte metros de distancia y encadenado como si fuese un criminal o un animal salvaje, rodeado de alfeñiques uniformados, no pudo llevar sobre su hombro la pequeña caja de madera blanca con el

cuerpecito de Andrés. Aquello no podría olvidarlo mientras viviese, si es que se podría llamar vida a lo que les quedaba.

El padre Gabriel daba la misa como si tuviese prisa, se veía muy nervioso y miraba constantemente en todas direcciones. Palmira se giró y observó en la distancia a los policías que la habían entrevistado, ¿qué demonios hacían allí? No se les había perdido nada. Si no fuese porque su Paco parecía tan calmado y la miraba con una sonrisa que transmitía su deseo de no empeorar más las cosas, iba a dar dos voces a aquellos inútiles y a los periodistas que la estarían esperando a la salida del cementerio. A su izquierda estaba Eugenia, la vecina de la casa de enfrente, llorando a moco tendido; a la derecha Daniel, el compañero de trabajo y mejor amigo de su marido, aunque seco y distante como nadie; otros que se había acercado eran el tendero de la calle de al lado, una prima segunda con la que llevaba mucho sin hablar o aquel concejal tan amable que le dio el pésame al entrar y constantemente la miraba con pesar, el único representante del ayuntamiento. No recordaba su nombre, pero pensó que ya no quedaban vecinos así de educados.

No pensaba llorar, eso quedaba para la intimidad del hogar, y ya se había vaciado durante esa semana. Ahora tocaba rehacerse y tratar de cuidar a Paco, que estaría viviendo un infierno incomunicado en una celda, y a sabiendas de pasar luego una buena temporada en la cárcel. La sabandija de Eusebio el Largo seguía en coma y mal rayo lo partiese y el diablo se lo llevase con él. El único consuelo que le quedaba en vida era saber que la estirpe de ese demonio estaba casi extinta.

Pero no, no era el momento ni el lugar para continuar con aquellos malos pensamientos, era la despedida de su pequeño Andrés, que ahora jugaría en el cielo con sus cochecitos y sus muñecos de indios y vaqueros. Todos ellos se los había metido Palmira dentro del ataúd, para que no los echase de menos en el cielo.

Virginia vio los juguetes por el suelo en el salón y el recibidor de la casa, el dormitorio deshecho como si hubiese pasado por allí un huracán, la merienda sin comer sobre el escritorio, pero el niño no contestaba ni se le oía jugando por la casa. Ya se había marchado en otra ocasión a la calle sin avisar, con la de veces que sus padres le habían dicho que no lo hiciese. La mujer suspiró y trató de calmarse para no darle un azote, en cuanto

apareciese, por sus constantes muestras de rebeldía. Con ocho años, el niño ya debería dar menos trabajo y ayudar a sus padres en las tareas de la casa, en lugar de escaparse a la primera de cambio. Claro que parte de la culpa era suya, con la que estaba cayendo en el pueblo, debió asegurarse de cerrar la puerta de la entrada con llave. Esa manía de todos los vecinos de tenerla abierta se iba a terminar.

Salió por la puerta, cerrando sobre su pecho los dos lados de su rebeca de lana para mitigar el frío, y observó que la calle estaba vacía. ¿Habría ido a casa de la vecina? Muchas veces entraba sin vergüenza alguna y le pedía unas magdalenas o los dulces que hubiese cocinado esa semana. «Este chico acabará con la paciencia de todo el vecindario», pensó.

La vecina no le había visto, y ambas comenzaron a mostrar miedo y preocupación al pasar por sus mentes las noticias de los últimos días. La prensa y la televisión informaban que un desalmado andaba suelto por el pueblo, cometiendo innumerables atrocidades a niños pequeños, y habían logrado que cundiera el pánico entre casi todos los vecinos. Pero era imposible que eso le sucediese a su niño; no, a ella no. Aquello solo le pasaba a los demás. Las desgracias solo salían en la televisión y les ocurrían a siempre otros. ¿O no?

Sacó el teléfono móvil del bolsillo con un incontrolado temblor de manos y llamó a su marido al trabajo, aún faltaban horas para que regresase de la mina. Este la tranquilizó y le pidió que llamase a la Policía y buscase ayuda entre los vecinos para localizarlo, seguro que había entrado en cualquier casa o se había ido al parque a jugar. «Pero el niño no va lo suficientemente abrigado, dejó el chaquetón en la entrada, no tenía sentido que se hubiera ido al parque», pensó Virginia.

Una hora más tarde, medio pueblo buscaba al pequeño por cada casa y cada rincón de las calles y parques. Su madre ya no podía contener las lágrimas ni la presión que oprimía su pecho.

Jamás habría pensado que aquella decisión fuera a suponer su aislamiento más cruel e injusto. No se atrevía a cruzar la puerta de su propia casa por miedo a las miradas acusadoras de sus vecinos. Pero, ¿qué podrían saber ellos sobre su situación? ¿Qué tendrían que opinar sobre algo tan privado y personal como la muerte y el entierro de una hija? Esos últimos

años estaban pasando por una mala racha, el sueldo de la mina cada vez daba para menos y los estudios de su hija mayor en la capital se comían una porción que obligaba a hacer matemáticas para llegar a fin de mes. ¿Quién demonios iba a imaginar que necesitaría un seguro de muerte para sus dos ángeles? Cuando la funeraria le dijo el precio de un entierro básico, creyó que el mundo se le venía encima. O pagaba o se quedaba con el cuerpo incinerado y metido en una urna de aluminio, que tampoco era gratis. Así que la oferta de la periodista y su cadena llegó como agua de mayo. Hacerse cargo de todo y con el servicio *deluxe*. Haría lo que fuera por despedir a su pequeña de la mejor forma posible, y una lápida en el suelo con una estatua de un ángel tallada en el más bello mármol blanco era lo más que había tenido jamás su familia. La despedida perfecta para la que había sido un ángel en vida.

Llevaba desde antes del alba observando la calle tras el visillo de la ventana de su habitación. Los hombres que habían salido a la mina, los niños que partieron hacia el colegio y las madres que salían ahora a hacer los recados, todos ellos parecían haber mirado de soslayo hacia su casa al pasar frente a ella. ¿Acaso la juzgaban? ¿Por qué tendrían que juzgarla? ¿Ellos hubieran obrado de forma diferente? ¿Acaso no hay que hacer lo que sea por un hijo? Ella llevaría la frente bien alta, incluso en el entierro de su pequeña Anita; y no le importaría lo más mínimo lo que pensasen los demás.

Maldito pueblo semiabandonado, lleno de casas con fachadas descascarilladas que no eran más que el espectro de otra época, observando y juzgando sus actos desde la distancia, con sorna y malicia.

No había desayunado pero tampoco tenía hambre, este había desaparecido en el momento en que llamó la policía unos días antes para comunicarle que toda su vida se había terminado. No podía separarse de aquella ventana, sin importar le las ganas de ir al baño, la sed o el dolor de rodillas, aquella era una justa penitencia por haber vendido el recuerdo y dolor de su hija a cambio de unos malditos euros. Maldecía el dinero escupiendo al suelo y prometiéndose a sí misma que no volvería a darse un capricho mientras viviese. Lo haría por su princesita.

El recuerdo de las veces que la regañó por haber elevado la voz con sus risas o por correr jugando en la casa la hizo llorar hasta sentir que explotarían sus pulmones. Qué poca importancia tenía todo aquello ahora..., una carrera o unas carcajadas a la hora de la cena. Daría su vida sin dudarle un instante por volver a oír su voz, su risa, sus pasos por los pasillos; por volver a abrazarla, besarla y decirle que era lo que más quería en el mundo, que la

perdonase por haberla regañado por semejantes tonterías; y que se sentía orgullosa de haber tenido una hija tan buena y cariñosa.

Pero ya no podría hacerlo, ya era demasiado tarde.

Otra vecina cruzaba por delante de la ventana y lanzaba una mirada rápida a su fachada, ¿podría verla tras las cortinas? ¡Dios, qué vergüenza! ¿Cuánta gente la habría visto la noche anterior en la televisión? No podría soportar aquello. Se imaginaba cómo todo el pueblo se acercaría en el entierro, de uno en uno, para decirle que sentía su pérdida, pero en sus ojos y en sus tonos de voz podría ver los reproches por haber aparecido en televisión vendiendo su dolor y la pena por una niña que no merecía aquel espectáculo.

Quería morirse, quería morir y estar junto a su pequeña. Lloró y lloró durante todo el día sin moverse del lugar.

No llevaba ni veinte minutos de trayecto cuando le dieron la noticia de la desaparición del niño. Tras colgar el teléfono e informar a su compañero, un hondo suspiro precedió el aumento considerable de velocidad a la vez que activaban la luz azul y la sirena. El caso se estaba convirtiendo en una pesadilla. Aquel lunes empezaba a lo grande, y luego había quien decía que el lunes era un día como cualquier otro. Marcos se sorprendió al comprobar que seguía con el móvil pegado al oído a pesar de que hacía un minuto que había terminado la conversación, no era la primera vez que le ocurría; trataba de asimilar la información que le indicaba que había llegado tarde y otro niño podía haber engrosado la lista de víctimas del asesino.

—Apaguemos un segundo la sirena, después de todo, no hay mucho tráfico y tengo que hacer una llamada.

David asintió mientras se concentraba en las curvas y el inspector llamó a la recepción de la comisaría de Policía Local y luego a la del cuartel de la Guardia Civil, quería asegurarse de que todos los efectivos en el pueblo se concentraban en localizar lo antes posible al niño desaparecido. Desde ambos teléfonos le aseguraron que así era, y que casi mil vecinos, incluyendo poblaciones como Nerva, El Campillo y La Dehesa, estaban ayudando en las labores de peinar el pueblo. Un mal presentimiento cruzó por su cabeza, demasiada casualidad que hubiera desaparecido otro crío.

—Seguro que es una travesura, estará jugando con algún amigo en su casa y ni se está enterando de que le buscan —dijo David, como si le hubiese

leído el pensamiento.

—Esperemos que sea así, no podemos invertir todo lo que tenemos en buscar a un niño travieso. Pero si está relacionado con el caso y se trata de una tercera víctima...

Los dos callaron, no había mucho que añadir al respecto, solo acelerar y llegar lo antes posible para ayudar en la búsqueda.

Pasar el día en la comisaría central de Huelva no era su mejor idea de avanzar en la investigación, pero había que cumplir órdenes. Cuando Marcos y David se marcharon hacia el pueblo, ellos sintieron que se iban a perder un día interesante de descubrimientos para pasarlo ante un ordenador, como un castigo por unos malos resultados de los que no eran culpables, buscando en la hemeroteca datos del siglo pasado que quizá no tuvieran nada que ver con el caso, aunque el inspector Navarro hubiera asegurado que era una tarea vital. Cristina sonreía pero a él no le hacía ninguna gracia, y no era por ansias de progreso sino por saber que la chica tenía talento para aportar sobre el terreno y no delante de un ordenador.

Las horas pasaban despacio mientras miraba una página tras otra, escaneada y con una letra ilegible, sobre sucesos sin importancia ocurridos en aquella zona en una época que ya no importaba ni podría influir en la investigación. Pelea, muerte por accidente en la mina, pelea, muerte por accidente en la mina, pelea, muerte por accidente en la mina... Y así sin parar durante horas.

—¿Encontraste algo? —preguntó a Cristina.

—Solo muertes en la mina o accidentes. Nada relativo al caso —respondió ella.

—No te agobies —dijo, a pesar de estarlo él—. Seguro que conseguimos algo que le sirva al inspector Navarro para la investigación.

El bar frente a la comisaría se sumía en un estruendo de platos, cubiertos y bullicio que impedía mantener conversaciones privadas, más aún cuando varios compañeros policías les miraban de soslayo, entre sonrisas sin gracia, para cuchichear luego sobre su posible relación.

—¿Pedimos gazpacho y pollo asado? —preguntó Fran, siempre fan del pollo asado.

—Como tú quieras.

—Te noto apagada y distante.

—No, en serio, estoy bien. Es que aún trato de ordenar toda la información que voy acumulando en el coco. ¿Tú viste algo interesante?

—Nada, más de lo mismo.

—Entonces volvamos pronto, a ver si descubrimos algo.

Eso era lo que Fran más valoraba de Cristina, *su* chica. Y cómo se sentía de orgulloso al decir o pensar que era *su* chica, *su* novia. Ojalá en un futuro fuese algo más. Si había alguien con tanto o más talento que el inspector Navarro para solucionar el crimen, sería Cristina. Incluso sentía vergüenza y decoro al hablar de ella como si fuera suya de verdad, cuando la sentía tan lejana a él, tan superior, inteligente, capaz... cuando se sentía él mismo *su* novio y no a la inversa. Valía tanto como policía, como persona y como pareja, que debía apartar aquel pensamiento para no hundirse e infravalorarse.

El almuerzo no duró más de veinte minutos. Mientras otros se quedaron para el postre o café, ellos ya estaban ojo avizor ante cualquier dato relevante que pudiera aparecer en la pantalla del ordenador. Y así permanecerían hasta que el inspector encargado del caso, o el comisario, les indicase otra tarea. Aquello solo sucedería tras resolver el caso y comenzar otro, o tras encontrar un dato relevante al mismo; clave que solo una mente privilegiada como la de Cristina Collado podría revelar.

De todas las desapariciones o muertes de niños ocurridos aquel 1917, tres de ellos fueron seleccionados por apellidarse García, como Julia, la víctima del incendio en el cobertizo. Uno de los chicos tenía catorce años y falleció al cruzar las vías y ser atropellado por un tren de mercancías de la mina, aquello no cuadraba con los crímenes, pero los otros dos eran diferentes. Miguel y Luz García, de cuatro y cinco años respectivamente, cuyos cuerpos nunca fueron encontrados. Fran comprobó tres veces los datos hasta que Cris se acercó y lo hizo una cuarta, mostrando un semblante que dejaba claro que allí había ocurrido algo más que una casualidad.

—¿Estás segura de lo que dices? —preguntaba Marcos.

—Totalmente. Es mucha casualidad. ¿Tres hijos pequeños en un espacio de tiempo de tan pocos días? Aquí hay gato encerrado. Apuesto a que tenemos al asesino del siglo pasado.

—Manuel era un nombre tan popular hace un siglo como el apellido García.

—Sí, pero que los tres niños tuvieran un padre llamado Manuel García en una zona tan pequeña es demasiada casualidad. Y las dos desapariciones

coinciden en fechas muy próximas con el incendio en el que murió Julia García.

—Desde luego que tiene mala pinta, y eso de que no fueron encontrados los cuerpos...

—Concuerda con el primer niño. Miguel García, de cuatro años, debe ser el cadáver encontrado en el lago. La tercera tenía cinco, y apuesto mi placa a que si aparece muerta o desaparece una niña de cinco años en los próximos días, es porque ha seguido el camino de aquella pobre desgraciada.

—¿Tu placa? Me gustan tus cojones.

—Soy una mujer.

—¿Y eso te quita cojones policiales?

Cristina esbozó una sonrisa sin pretenderlo, luego apretó los dientes.

La celda individual de aislamiento en los calabozos de la Guardia Civil se componía de una cama, un retrete y una pequeña mesa con una silla. Todo parecía de juguete en relación a su tamaño, sobresalía la mitad de su piernas al tumbarse en la cama, pero la higiene y la temperatura eran aceptables, y desde allí no tenía que soportar quejidos de otros reclusos. Sin embargo, la inactividad lo estaba matando, nunca había permanecido tantos días sin hacer nada y sentía cómo todo el cuerpo se le entumecía lentamente. No hablar con nadie no suponía ningún inconveniente, jamás había sido hablador y tampoco conversaba a menudo con sus compañeros en la mina durante el trabajo, tan solo si le preguntaban algo durante la parada del almuerzo. En cambio, no poder ver y hablar con Palmira era un suplicio. Tras la pérdida de sus padres, su buena y fuerte mujer era lo único que le quedaba en el mundo. Y la había abandonado. Después de aquella celda, como le dijo el tipo pequeño y sudoroso que decía ser su abogado de oficio, le esperaba una larga temporada en la cárcel, mayor aún si el Largo fallecía. Cuando saliese de prisión, tanto él como Palmira serían dos ancianos. ¿Cómo iba a sobrevivir ella hasta entonces? No tenían muchos ahorros y el entierro de Andrés se los llevaría todos. Aquello le preocupaba solo a medias, estaba seguro de que Palmira saldría adelante y su fortaleza la ayudaría a resolver el apuro, aunque no se sentía muy orgulloso por haberla dejado sola.

Lo que más martirizaba sus pensamientos era que, a pesar de que Eusebio no podría haber matado a la segunda víctima, y decían que el asesino era el

mismo en ambos crímenes, volvería a golpearlo sin dudar si se encontrase en la misma situación. Aquel hombre y su familia llevaban tres generaciones forzando la situación hasta unos límites que habían rebasado por mucho lo soportable. La propia Palmira estaría de acuerdo con él. La mañana en que salió en su busca no se dijeron una palabra, pero ella sabía lo que iba a hacer y su mirada no podía ser más clara. «Acaba de una vez con ese malnacido» escupían los ojos de su mujer. Y eso hizo.

El sonido de la cerradura indicaba que venían a por la bandeja del almuerzo. Se colocó de pie al otro extremo de la celda, de espaldas a la puerta y con las manos cruzadas tras la nuca. Tardarían solo unos segundos y volvería a sus pensamientos, allí no había otra cosa que hacer salvo pensar. Quizá podría pensar en fugarse de allí, sería más fácil que en una cárcel, es posible que ninguno de aquellos guardias, todos vecinos y conocidos, le disparase si el no les atacaba y se limitaba a correr hacia la puerta. Por cierto, no sabía cómo se salía de allí, no recordaba con exactitud el camino que siguió al entrar. Si no había indicadores en las paredes, no podría hacerlo. Claro que, ¿adónde iría luego? No podría regresar a casa, y si se fugaba al monte no tardarían en encontrarle con perros como había visto en las películas.

No le quedaba otra cosa que hacer allí salvo pensar.

Llevaba dos años en aquel aburrido puesto, recibiendo una llamada cada cuatro días y casi siempre de algún vecino que trataba de denunciar anónimamente a otro con el que hubiera tenido una rencilla, denunciar la pérdida de una mascota o que un coche ajeno estaba aparcado en la puerta de su casa. Dos años sin que nada pasase, jugando al solitario en la pantalla del arcaico ordenador o al apalabrados en el móvil, más aburrido aún porque sus amigos tardaban mucho en responder al juego, ya que estaban muy ocupados en sus trabajos.

Ahora, en cambio, todo había cambiado en siete días. Tenía constantemente varias llamadas en espera mientras atendía al pirado de turno que decía ser el asesino de los niños o que aseguraba que el asesino era su vecino. Tomaba sus datos y seguía con la siguiente. Había pedido ayuda para desempeñar esa tarea, pero sus jefes no confiaban en que aquello sirviese de mucho y le dijeron que atendiese las llamadas que pudiera y se olvidase el

resto, y si tenía que tomarse un descanso, que se asegurase de que el inspector Navarro de la Policía Nacional no estuviera en el edificio.

«Una llamada más y salgo a fumar, esto no hay quien lo aguante».

—Comisaría de la Policía Local de Minas de Riotinto, ¿en qué puedo ayudarle?

Nacho solo pudo oír una respiración muy sonora al otro lado.

—¿Hay alguien ahí?

La respiración se intensificó, casi era un jadeo. Nacho pensó que, al menos, aquello era algo original y se salía de la rutina. ¿Por qué no? Era incluso divertido y excitante.

—Me has alegrado el día, seas quien seas, pero te voy a tener que dejar. Ahora me voy a fumar un cigarro, pero a la vuelta quedamos para un café, si te apetece.

—La clave está en los símbolos. No prestáis atención a los símbolos.

—No me digas. ¿Símbolos? —Le siguió el juego, aguantando la risa.

—Sí, los símbolos grabados con un cuchillo sobre la piel de los niños.

—¿Cómo? ¿Cómo has dicho?

Ya había colgado. Nacho miró a su alrededor sin saber siquiera lo que buscaba, se le habían pasado las ganas de fumar y ahora le temblaba el pulso. Miró por tercera vez la pantalla de la centralita: «número oculto», y se puso a buscar entre el montón papeles de su escritorio el número de teléfono que había apuntado días antes.

El alcalde no podía parecer más asustado mientras terminaban de maquillarle. Trataba de ver algo más allá de los focos, donde se agrupaban en una esquina de la sala de juntas sus asesores y dos concejales que se habían pasado a verle durante la grabación. En aquel momento necesitaba del apoyo de su gabinete. Laura sonreía al saber (la experiencia se lo había dejado claro) que ella quedaría mucho más profesional que su entrevistado si este seguía temblando de aquel modo cuando todo comenzase. Estrenaba un elegante traje de chaqueta que habían enviado los de estilismo, junto con el equipo humano y técnico, desde la productora. Esa tarde colocaría una nueva guinda sobre el pastel que estaba suponiendo su ascenso a la cumbre mediática. Aún no comprendía la suerte que estaba teniendo, incluso sacaba beneficio de los tropiezos; media hora en los calabozos y ahora estaba a punto de entrevistar

al alcalde del pueblo en exclusividad. Cuando el resto de compañeros del gremio se enterase..., no imaginaba las conversaciones llenas de excusas que tendrían que soportar con sus productores.

La sala de juntas del ayuntamiento era perfecta, tenía techos altos, paredes blancas para rebotar la luz y las banderas típicas al fondo y a ambos lados de una foto de rey actual. Cabía todo el equipo técnico y aquellos consejeros y concejales que llegaron a última hora, aunque empezaba a hacer demasiado calor con los focos encendidos. La chica esperaba no sudar o emitir brillos, ya que la emisión se haría en directo y sin pausa alguna.

Tomó de su regazo dos folios y repasó de nuevo todas las preguntas que había improvisado. Aquello tenía buena pinta. Si el alcalde cooperaba como había prometido, la emisión sería un éxito y habría pasado de nuevo su más dura prueba, ya que prácticamente haría las funciones de una presentadora en un programa de una sola emisión, igual que ya había experimentado en casa de los padres de la segunda víctima. Incluso había incluido un par de preguntas comprometedoras para poner más nervioso al alcalde y mostrar su mutismo o falta de información, eso la haría quedar como una periodista incisiva. Indicaron que quedaban dos minutos y sintió algo de nervios por primera vez en todo el día. Miró al alcalde y se preguntó si se los había contagiado.

«Solo dos minutos», pensó Manuel; y trató de tranquilizarse autosugestionándose. Después de todo, no sería muy diferente que hablar en las fiestas patronales ante el pueblo, y además, se encontraba en su sala de juntas, en su terreno. Solo debía acordarse de hacer una pausa, como le había recomendado uno de los asesores, para pensar bien las respuestas y no caer en las trampas que la chica le tendiese. No podía revelar nada que estuviese bajo secreto de sumario, aunque, ahora que lo pensaba, no sabía nada sobre el caso, la policía no le había dado ningún dato relevante ni confidencial. ¿Quizá debió llamarles para pedirles información?

Todos se apartaron corriendo, se produjo un silencio absoluto y...

—**E**stuviste muy bien, una pena que solo durase media hora. Y debiste mandarme las preguntas, te podía haber hecho algunos ajustes.

—¿Ajustes?

—No debiste infundir más miedo en el pueblo. Ese primer plano tuyo

cargado de dramatismo y rogando a los padres que no se separasen en ningún momento de sus hijos pequeños... Ya lo hacían todos, pero ahora los llevarán con correa como a los perros.

—No seas exagerado. Ja, ja, ja. Además, ese niño travieso ha creado más pánico que yo.

—Sin duda. Puñetero crío, todo el pueblo buscándolo y se había ido a cazar ranas al río con un amigo. Casi todo un día de investigación perdido.

—Al menos todo acabó bien y no hay que lamentar una nueva víctima.

—Cambiemos de tema, por favor. ¿Te han llamado desde la productora?

—Sí, han dicho que fue un éxito de audiencia, casi batió el récord de la entrevista a los padres de la chica.

—Aún no comprendo cómo accedieron esos padres a algo así en un momento de tanto dolor y en un pueblo pequeño. Soportarán habladurías de por vida.

—Están muy apurados de dinero. Accedieron solo porque la cadena les prometió que correrían con los gastos de un entierro de primera.

—Aún así...

—No, por favor, yo tampoco quiero hablar de trabajo, estoy cansadísima.

—Ya veo. Me alegro de que se te pasase el susto de esta mañana.

—Debiste dejar que le denunciase —susurró.

—El sargento te habría denunciado a ti por dar su nombre como confidente sin ser cierto. Los dos acabaríais perjudicados. Solo espero que ese tipo se calme y se marche una temporada de vacaciones, y que no se le ocurra hacer alguna tontería a modo de venganza.

—Bueno, olvidemos también a Matías.

Permanecían sentados alrededor de una mesa con velas que la dueña del hotel les había colocado al fondo del comedor. Hacía unos minutos que habían terminado de cenar, la chica se levantó, agarró su mano para llevarlo a las escaleras y subir a la habitación. En silencio, él se dejó conducir. Las miradas entre ambos hablaban por sí solas.

—Me gusta este hotel, y la habitación es preciosa —dijo Marcos.

—Pues a ver si la ves durante el día.

—*Touche*, mañana me verás a tu lado al despertar, lo prometo.

Una hora antes:

Era imposible salir del pueblo por el Paseo del Coso. Tanto su coche como él mismo eran muy conocidos por todo el pueblo y no le apetecía pararse a hablar con nadie. Así que nada de pasar por la rotonda del ayuntamiento, quizá siguiese repleta de prensa, policía y curiosos tras la emisión televisiva del alcalde. Menudo bufón; en el fondo le gustaba eso de ser el protagonista.

Tendría que dar un rodeo para salir por Gregorio García Cardoso. Nadie, ni la Policía ni la Guardia Civil, le pediría que abriese el maletero, pero el somnífero que había inyectado a la chica no haría efecto durante mucho más tiempo y, una vez despierta, se pondría a dar patadas y hacer demasiado ruido. Además, sus padres estarían informando sobre su desaparición en esos momentos y pronto todos la buscarían. Quizá cerrasen los accesos al pueblo para impedir salir a los coches sin haberlos registrado. Tendría cuidado a la vuelta. Si veía mucha actividad, seguiría su camino hacia Nerva y pasaría la noche dentro del coche, bajo algún árbol en un camino poco transitado.

Por fin dejó atrás las últimas luces y, un minuto después, entró en un sendero que destrozaría los bajos de cualquier coche que no fuese su todoterreno. El traqueteo de la grava y los hierbajos golpeando la carrocería, quizá molesto para cualquiera, logró sumirlo en un estado de relax absoluto, haciendo regresar a su mente la situación vivida ese mismo día, cuando llamó a la comisaría local del pueblo. Tal vez se sobrepasara en su misión (aquello no estaba planificado), pero veía tan perdidos a esos inútiles... Y eso que pronto habría acabado todo. El final se acercaba tan rápido que sentía no estar saboreando el proceso que había estado planificando durante más de un año. De repente, comenzó a reír a carcajadas al pensar en la cara que habría puesto ese engendro vicioso y casquivano de recepcionista al escuchar su voz distorsionada.

Apagó las luces del coche y frenó. Conocía bien el camino, lo había memorizado en los últimos meses para poder llegar sin luces y no llamar la atención desde la carretera o desde la mina. Cuando sus ojos se adaptaron a la poca luz de la luna creciente, continuó más despacio. Oía los golpes del maletero, la niña ya se había despertado.

TIERRA

21 de noviembre de 1917

La luz del alba me ha sorprendido aún despierto, no es la primera noche que no logro dormir. El dolor físico de la espalda se suma al interno que crece sin cesar desde hace ya tanto que no recuerdo cuando me visitó por primera vez. La soledad tampoco ayuda, la casa está fría y siniestra ahora que la pequeña Luz y yo nos mantenemos en ella como espectros que recuerdan días mejores. ¡Qué injusta es la vida! Cuando vivía su madre, yo no era más que un borracho, un desecho indigno de la compañía de mi familia, mucho menos de la tuya, mi Señor. La felicidad siempre pasó de largo por la puerta de la casa, como lo hacían los vecinos con sus miradas de desaprobación. No fue hasta que me la arrebataste de tisis, que supe de tu presencia y tu bondad infinitas. A veces la veo en sueños, me sonrío en silencio y extiende su brazo para acariciar mi pelo y hacerme sentir que mi sacrificio es una bendición para todos. Me reconforta que ella esté de acuerdo con mi sacrificio y se sienta enaltecida ante el destino de nuestros hijos.

Que gobierne en nuestros corazones la paz de Cristo, a la cual fuimos llamados en un solo cuerpo. Y seamos agradecidos. Quiero alabarte, Señor, con todo el corazón, y contar todas tus maravillas.

Esta tarde fuimos a la iglesia, allí cantaban dos vecinas y parecía que hubieras enviado dos ángeles para darnos la bienvenida. Luz se confesó y volvimos en silencio a casa. Le dije lo importante que sería que se mantuviese sin hablar durante toda la tarde y noche, que permaneciese pura de pensamientos y, gracias a tu bondad, mi Señor, volvería a ver a sus dos hermanos, por los que preguntaba cada día insistentemente y con lágrimas en los ojos.

Sé que la acogerás en tu seno con el mismo amor y calor con que recibiste a Miguel y a Julia, que le enseñarás los divinos senderos de la sabiduría y su espíritu se mantendrá inmaculado por los siglos de los siglos. Qué dicha tan grande es la de elevar mi sangre y mi carne a los altares

destinados a quienes llevan tus enseñanzas y su sacrificio hasta la santificación.

Así que, recibiendo un reino inconmovible, muestro mi gratitud, y mediante ella te sirvo agradándote con temor y reverencia.

21 de noviembre de 2017

Eco lejano de disparos, remordimientos en el estómago, frío y humedad en una noche sombría y casi sin luces en las calles. Se sentía completamente agotado tras correr desde no recordaba dónde hasta un desconocido destino al que sus pies le empujaban. Su compañero lo necesitaba, eso era lo único que importaba. Le había fallado y tenía que llegar cuanto antes por si todavía podía salvarle. Aún estaba a tiempo, aún cabía una posibilidad.

Tras la puerta de entrada se extendían unas infinitas escaleras, el olor era nauseabundo pero su cuerpo se adaptaría. Subió peldaño a peldaño hasta perder la noción del número de plantas que tendría aquel edificio. En Sevilla no había nada tan alto... salvo la torre nueva, y lo que observaba no podía ser el aspecto del rascacielos de reciente construcción. Seguía subiendo aunque no lograba reunir más fuerzas, y a pesar de contar con la única compañía de sus jadeos y los latidos que sentía a toda velocidad martilleando su cuello.

Última planta. Solo observó una puerta en el pasillo estrecho y sucio que se extendía ante él, tras cruzarla volvió a caer en la piscina de sangre, siempre la sangre, sangre por todas partes. Esta vez notó algo distinto, no estaba solo. A su lado flotaba su compañero, boca abajo e inmóvil. Le dio la vuelta mientras trataba de mantenerse a flote con esfuerzo, pero siempre que giraba su cuerpo se mostraba boca abajo. Una y otra vez, hasta quedar sin fuerzas y tener que usar el cuerpo de su compañero como flotador. Entonces lo vio, vio aparecer su rostro, con ojos inertes fijados en él... y el timbre lo inundó todo con su agudo sonido.

Debía tratarse de una equivocación, apenas sentía haber dormido unos minutos cuando el estridente sonido del móvil le sacó de esa pesadilla que ya formaba parte indivisible de su subconsciente. El gruñido de Laura provocó que se disculpase mientras trataba de atender la llamada con toda celeridad. En la pantalla pudo ver un número desconocido, si era una broma o equivocación, iban a oírle.

—¿Quién es?

—Siento despertarle, inspector, pero hace dos horas que comenzamos un dispositivo de búsqueda en el pueblo y, al no obtener resultados, ampliaremos el radio varios kilómetros a la redonda.

—¿Cómo dices? Por favor, habla más despacio, creo que aún no me he despertado del todo. ¿Qué dispositivo de búsqueda? ¿Quién eres?

—El cabo Ángel Díez, estoy al mando de la Guardia Civil tras la destitución del sargento.

—Sí, ya sé. Al grano, por favor.

—Nos informaron de la desaparición de una niña hace dos horas — Marcos se puso de pie en un acto reflejo—. Le llamé por teléfono, pero no atendió la llamada; su compañero, el subinspector Sobrá, también ha estado llamándole.

—Dos desapariciones el mismo día, espero que no sea otra travesura.

—No lo creemos, los padres anunciaron la desaparición a las once de la noche y se trata de una niña de cinco años.

Marcos emitió un chasquido de rabia.

—¿Dónde estáis? ¿Está el subinspector contigo?

—Estamos a punto de salir del cuartel para dividirnos en sectores. Si no tarda mucho en llegar, podemos...

—Estaré ahí en cinco minutos.

Colgó el teléfono y comprobó que tenía cinco llamadas perdidas y siete wasaps. ¿Pero cómo...? ¡Maldita, sea! Se había dejado el teléfono dentro del chaquetón en la habitación mientras cenaban en el comedor de la planta baja. Encendió la lámpara de su lado de la cama y comenzó a vestirse a toda prisa. Laura se giró al notar el ruido y la luz, no necesitó hablar con él, sabía que algo importante había pasado.

—¿Adónde vas? Es temprano, sigue durmiendo.

—Ni lo pienses. Ha pasado algo y yo no me lo pierdo.

—Ha desaparecido una niña. Debemos buscarla antes de que...

—Por eso, a estas alturas mi canal debe ser el único que no ha hecho una emisión en directo.

—Eres imposible. Me marcho, luego hablamos.

Laura comenzó a maquillarse lo más rápidamente que pudo, mientras tanto llamó a Javi por teléfono y pensó en qué ropa ponerse y en el lugar desde el que sería más adecuado emitir.

El turno de tarde siempre era el peor; uno sabía a qué hora entraba, pero nunca a la que iba a salir. Claro que Nuria reconocía que se concentraba mucho mejor empezando a las cuatro de la tarde que a las ocho de la mañana. Ese despertar con malhumor y aún medio dormida, del que hacía gala en el instituto y luego en la universidad, la había acompañado a la academia y aún se resistía a abandonarla.

Seguir pistas y sucesos del siglo pasado en el ordenador era imposible, no había nada o casi nada registrado, al menos en localidades pequeñas como Riotinto y alrededores. Escanear aquellos documentos y crear las fichas en la base de datos era tarea de los policías y guardiaciviles de esos cuarteles, pero ponerse a ello parecía no ser nunca una prioridad, así que llevaban décadas acumulando polvo en sus sótanos. Los documentos que habían traído Marcos y David eran reveladores, pero con información sesgada y sin sentido entre ellos, aparte de haber varias lagunas por resolver y ella no podía perder tanto tiempo yendo al pueblo para buscar en los archivos, así que usó su voz más melosa y juguetona, que nunca le fallaba frente a mentes masculinas, tan débiles y manipulables, para conseguir que un agente del cuartel se ocupase de buscarlos y enviárselos escaneados por mail. De ese modo había logrado agrupar una cantidad de piezas que quizás encajasen como un puzzle, solo necesitaba tiempo y visión global.

Pensar en manipular a los chicos había traído a su mente a Inma. Se enfadaría otra vez y le haría su clásica escenita de celos, como cada noche que regresaba tan tarde a casa. Ya la compensaría con la sorpresa de una cena romántica el viernes por la noche. No comprendía cómo podría sentirse celosa cuando casi no había chicas en la comisaría; y, exceptuando a Cris, alta, delgada y con una melena rubia que le quedaba muy bien, no eran muy agraciadas que digamos. En el fondo, Nuria sabía que los celos llegaban desde el otro lado. Aún mantenía una relación con Carlos cuando la conoció a ella, pero se enamoraron esa misma tarde y dos semanas después abandonó a su novio para pedirle a aquella administrativa de banca que viviesen juntas. Le costó mucho aceptar aquellos sentimientos y afrontarlos con decisión de cara a Carlos y a su familia. Claro que esa muestra de amor, y otras posteriores, no habían hecho desaparecer las dudas sobre su cambio definitivo de acera; por ese motivo eran frecuentes sus brotes de celos cuando algún chico se acercaba a pedirle fuego en un bar o la observaban la noche en

que lucía un generoso escote o una minifalda más corta de lo habitual.

Una pieza encajó a la perfección entre otras e hizo que varias se conectasen como por un efecto dominó. Nuria estaba excitada mientras tomaba apuntes sin cesar en una libreta. Pensaba marcharse en unos minutos, pues el sueño ya comenzaba a ganar la batalla y a su alrededor solo quedaba la dotación mínima de compañeros para el turno de noche. Aquel dato que descubrió era importante, muy importante. Y estaba segura de que obtendría más resultados si seguía unos minutos más ante el ordenador. Miró la hora en la pantalla del móvil, que permanecía en modo silencio, y observó que tenía dos llamadas perdidas y dos mensajes de Inma; mejor no leerlos, ya suponía el contenido. Era la una y media de la madrugada, quizá demasiado tarde para llamar al inspector, pero recordó sus palabras: «si consideráis que es importante, llamad a la hora que sea». Tomó el teléfono y llamó al número apuntado en la agenda; sorprendentemente, descolgaron mucho más rápido de lo que hubiera imaginado.

La llamada desde la central de Huelva podía suponer el dato o pista necesario para atrapar al asesino e impedir que matase a la niña que había raptado. Claro que debían ser muy rápidos y cautos en sus acciones. Mover un dispositivo humano tan numeroso y perteneciente a tres cuerpos diferentes de seguridad era complejo; además, necesitaban calmar a la población, que en un número superior a las doscientas personas se había unido a la búsqueda.

Por teléfono, Marcos consiguió que todos los civiles, locales y nacionales se unificaran y dirigiesen a la necrópolis de La Dehesa, justo al lado de las oficinas centrales de la mina. David conducía cuando un rayo partió el cielo en dos a su derecha e iluminó la gran cicatriz sangrante que el hombre había horadado a la tierra; el estruendo posterior hizo de terrorífica banda sonora, junto con el repicar de la lluvia sobre el metal del vehículo.

—Solo faltaba eso, que lloviese durante la noche. Tenía que empezar a caer ahora...

Marcos no respondió, solo alentaba a su suerte por llegar a tiempo. Aquel dato descubierto hubiera sido vital unas horas o un día antes. Maldita sea, ¿por qué iban tan despacio?

Dos docenas de coches y todoterrenos se agolparon sobre la encharcada grava que actuaba de aparcamiento de turistas frente a la puerta metálica que

impedía el acceso a la necrópolis romana. Marcos bajó y preguntó por qué no entraban. «Tiene un candado, necesitamos que alguien de la mina venga a abrir», respondió un guardia civil. El inspector entró en su coche y ordenó a David que acelerase para atravesar la puerta. Los presentes corrieron para seguirles.

Aquello estaba demasiado oscuro y era más extenso de lo que había imaginado, y tardarían quizá demasiado en colocar los focos autónomos. Marcos tocó madera para que fueran impermeables, ya se esperaba cualquier cosa. Cogió una linterna de la guantera, desenfundó su pistola y se adentró en aquel pequeño valle sembrado de grandes rocas.

—Parecen toros mecánicos —susurró David a su espalda.

—Cállate, aquí es fácil esconderse, así que no me distraigas.

La lluvia repicaba en el suelo, sobre las piedras y en los chubasqueros, podrían tener al asesino caminando a veinte metros y no verlo ni oírlo. Marcos temblaba al sentir el enorme peso del arma en su mano, nunca había sentido algo así.

—Me separaré unos metros.

—¡No! No te muevas de mi lado.

David se sorprendió con su reacción.

—¿Estás bien? ¿Te ocurre algo?

—Mientras no tengamos más luz, debemos permanecer juntos. Ese cabrón podría llevar una escopeta o rifle y dispararnos desde la oscuridad de uno en uno. Algunas de estas rocas están algo elevadas sobre el suelo, podría usarlas para esconderse debajo y atacarnos por la espalda.

—¿Crees que se arriesgaría contra tanta gente? Fran y Cris van por nuestra derecha, los civiles están preparando las luces y los locales rodeando el perímetro.

—Ese tipo está loco, ya has visto lo que le hace a los niños. Si se ve acorralado, no dudará en hacer una locura. Y ahora silencio, por favor.

La lluvia se intensificaba, creando una cortina de invisibilidad para ellos pero también para el asesino, si es que aún permanecía allí.

—**B**uenas noches, estimados televidentes, aunque lo de buenas sea una mera forma de saludar. Y es que nos encontramos bajo un fuerte aguacero a las puertas de la necrópolis romana encontrada en La Dehesa, a poco más de

un kilómetro de Ríotinto, y todo el dispositivo policial que ven a mi espalda se esfuerza en encontrar en este lugar a una niña desaparecida en el pueblo hace algo más de dos horas. No tenemos información de la Policía, pero intuimos que han dejado de buscar por el pueblo, concentrando todos los esfuerzos en este punto, por algún tipo de pista fiable. Solo esperamos que la niña aparezca sana y salva y termine esta pesadilla de una vez. Seguiremos informando con las novedades que surjan. Soy Laura Moreno para informativos del Canal Sur.

Lanzó el micrófono verde a su compañero, que casi no pudo atraparlo al vuelo mientras sostenía la cámara. Ambos estaban empapados por no haber cogido paraguas antes de salir del hotel. «Por suerte —pensó ella— me he recogido todo el pelo en una coleta para no tardar mucho en peinarme, así no se ha estropeado con la lluvia».

El frío mordía con fuerza sus orejas, entró en el coche y observó cómo llegaban por la carretera cuatro furgonetas oficiales de otros informativos; seguro que habían estado dando vueltas por las calles del pueblo, intentando entrevistar a algún vecino y probando suerte por si localizaban a la niña. Bueno, una vez más había sido la más rápida. Se secó con una sudadera de Javi que encontró en el asiento trasero, olía algo a sudor pero era mejor que nada. Puso la calefacción a toda potencia y llamó a su operador de cámara.

—Tenemos que hacer algo, no podemos quedarnos aquí toda la noche.

—¿Y adónde piensas ir? La noticia está aquí.

—No, la noticia está ahí dentro; y si ocurre algo, no podremos grabar nada que no capten también las dos docenas de buitres dándose codazos que llegarán en cinco minutos. Hay que moverse.

—¿Movernos? Hemos aparcado en primera línea, vamos a perder esa ventaja.

—Quiero dar un rodeo, quizá puedas captar algo con el zoom de la cámara, ahora con los focos que han colocado podemos grabar a los inspectores de la nacional.

—Pero para dar un rodeo hay que entrar en senderos imposibles, te vas a cargar el coche.

—Ya llevaba tiempo pensando en comprar otro... Monta o te quedas aquí.

El coche, ante la atónita mirada de un policía local que custodiaba la puerta, salió disparado hacia un lateral y se adentró en la oscuridad, rompiendo la densa vegetación a su paso.

Había faltado poco. Había faltado demasiado poco. ¿Cómo había llegado la policía tan rápido? ¿Cómo sabían que la tercera ofrenda se haría en aquel lugar? Debían pasar dos días, quizá tres, según sus cálculos y en el caso de que lo lograsen finalmente. Revisaría el diario nada más llegar a casa para ver si había cometido algún error. La llamada al recepcionista de la Policía Local no podía haber acelerado la investigación. Nadie salvo él y... sabían dónde estaría esa noche.

Conducía a menos de diez kilómetros por hora, dejando caer el coche en punto muerto por la ladera de la colina, sin hacer el más mínimo ruido y entre una vegetación que casi le ocultaba a la vista de los ojos curiosos. Unos cuarenta metros más adelante tendría que acelerar con fuerza para subir la siguiente colina, de allí saldría a la carretera principal y podría entrar en el pueblo sin que hubiera un solo policía o guardia vigilando los accesos, claro que debía ser cauto y que nadie viese su reconocible coche, salpicado de barro y a esas horas de la madrugada. Él mismo tenía un chubasquero de camuflaje completamente lleno de barro. No se veía nada delante y, aunque se conocía el camino de memoria, no esperaba hacerlo bajo aquella tremenda lluvia, los limpiaparabrisas no daban abasto y podría perderse o tropezar con una gran piedra o agujero.

Por los retrovisores observaba cómo cada vez había más focos iluminando la necrópolis, aparte de los delgados y temblorosos haces de luz de las linternas. Debía de haber más de veinte policías buscándole, a buenas horas. Y menuda noche les esperaba. Él estaría duchado y durmiendo como un angelito cuando aquellos vieran llegar el amanecer y no pudieran con el peso de sus cuerpos.

«¡Maldita sea! —pensó de nuevo—, ¿cómo lo han sabido tan rápido? ¿Tendré que improvisar en el paso final?». Y comenzó a acelerar despacio, el sonido de la lluvia, la oscuridad y la distancia le harían invisible. Además, seguían buscando entre las grandes piedras, nadie se molestaría en mirar hacia la colina de al lado.

Pensaba que no tendría que madrugar en una temporada, pero debía acudir a la llamada de sus superiores en la Dirección General de la Guardia

Civil. No había muchos kilómetros desde su casa, pero se levantó muy temprano para no escuchar más reproches y otras tonterías por parte de su mujer, aparte de estudiar sobre el mapa la forma de llegar sin tener que atravesar el pueblo.

La tarde anterior había pedido a su mujer que le planchase su uniforme de gala. Aunque debía ir de paisano, nadie le privaría del honor que suponía aquel traje en su familia. Además, estuvo mirando si su coche particular arrancaba o se había quedado sin batería tras tanto tiempo sin uso, aparte de presión de neumáticos, estado del aceite y darle un lavado rápido con la manguera. Todo aquello lo distrajo y le evitó pasar unas horas oyendo la vergüenza que sentía su mujer al pasear por el pueblo mientras, según ella, la señalaban todos con el dedo.

Llevaba ya unos minutos en la carretera, bajo una fina lluvia y pensando en cómo defenderse de las falsas acusaciones que tendría que oír, cuando tuvo que girar la cabeza para no ver el cartel que indicaba la llegada al termino municipal de Nerva. Tomó un camino sin asfaltar unos metros antes de la primera vivienda y rodeó el pueblo hasta llegar a la Avenida de la Constitución, el coche iba completamente embarrado y estuvo a punto de quedar atascado en un par de zonas encharcadas, pero había merecido la pena. Solo quedaban unos sesenta metros hacia su destino: aquel horrible edificio blanco, más parecido a un chalet o cortijo de toreros que a una gloriosa sede de su amada Benemérita.

Dentro sería lo más duro, tendría que soportarle; llevaba años sin verle, pero seguro que se había ofrecido gustoso para ser el que le diese la puntilla. Aquel niño no se habría quedado conforme tras quitarle el puesto de teniente, seis años atrás, mereciéndolo mucho menos. Y todo por haber trabajado en la comandancia en la capital durante una década, haber resuelto casos de importancia y tener una carrera universitaria. ¿Qué valía todo aquello ante la superior inteligencia y el prestigio de ser la tercera generación de guardiaciviles de su familia? ¿Qué sabría aquel niño, seguro que nombrado a dedo por haber nacido justo en ese apestoso pueblo, sobre dirigir un glorioso cuerpo como el de la Guardia Civil? ¿Qué olfato tendría si en vez de un majestuoso lobo parecía una asustadiza comadreja?

Aún recordaba algunas mañanas, mientras se dirigía al trabajo, cómo seis años atrás se había puesto el uniforme de gala, el mismo que llevaba en ese momento, para estar presente en el pueblo vecino cuando se informase de su ascenso a oficial. Su padre, que ahora le había retirado la palabra tras la

suspensión, lloró aquel día al ver a su hijo partir para recoger el premio a su dedicación y mérito. Cuando anunciaron el desconocido nombre del que le había arrebatado su sueño, quedó en estado de shock, hasta pensó que podría ser una broma por parte de sus compañeros o de la central. Luego vio a ese flacucho, varios años menor que él y con sonrisa de gilipollas, recibir todas las felicitaciones, ¡como si fuese un puto héroe! ¡Joder, si hasta llevaba gafas! Tuvo que salir de allí para respirar aire. Luego, sin despedirse de nadie, volvió a Riotinto y se emborrachó hasta perder el conocimiento. Nunca más había tenido que volver a aquel miserable pueblo de inútiles enchufados.

—Bien, Sánchez. El problema que tenemos aquí es complicado de resolver, pero seguro que entre todos logramos llegar a una solución beneficiosa tanto para ti como para nosotros.

Aquel niño, que parecía estar más delgado cuando él se había convertido en una mole de músculo, como debe ser, así se impone respeto, le había hecho esperar más de veinte minutos, como si lo suyo fuese una visita al médico de un ambulatorio. Parecía serio, pero por dentro seguro que estaba disfrutando al humillarle. Si pudiera... si pudiera, saltaría sobre la mesa y le haría tragarse esas gafas de empollón de oficina.

—Conseguir que no se haya cursado una denuncia contra usted y contra el cuerpo por parte de los afectados ha supuesto un duro trabajo de negociación por parte del alcalde de Riotinto y de esta oficina. Quizá con un cambio de destino, después de unas pruebas pertinentes por parte del gabinete de psicólogos, podamos lograr su reinserción en el cuerpo.

Encima parecía que le estuviese haciendo un favor. Lo ponía por el malo de la película, lo suspendía de empleo y sueldo, lo obligaba a ir al loquero y luego pretendía destinarlo lejos de su casa, de su pueblo, de su territorio. Todavía pretendería que le diera las gracias, el muy hijo de...

—Espero percibir un arrepentimiento por su parte. Debido a su cargo y su responsabilidad, nos preocupa que algo tan grave pueda repetirse en un futuro, o quizá algún suceso de peores consecuencias.

—No, no, no... —interrumpió, mientras sacudía la cabeza de un lado a otro.

—¿Cómo dice? —El teniente se mostraba extrañado.

—Deja de hacer como si no me conocieras, los dos sabemos a quien tiene cada uno delante.

—No le comprendo, ¿se encuentra usted bien?

—Mejor que nunca, sanguijuela. Hace seis años seguro que lamiste

muchos culos para quitarme este puesto que me pertenecía. Pero ahora no soy el mismo. Ahora no me vas a pisotear más. Llevo sangre de guardiacivil por mis venas y un niño con gafas no me va dar más órdenes.

—Mire, Sánchez. Está claro que aquí hay algún tipo de malentendido o usted se encuentra bajo los efectos de alguna sustancia o medicamento...

—Medicamento el que te voy a meter por el culo.

—¡Bueno, se acabó! ¡No tengo ni idea de qué es lo que le pasa a usted, pero está claro que no se encuentra capacitado para desempeñar su cargo! Y una vez descartada la primera opción, ya solo le quedan otras dos. Un expediente y ser acusado por su delito, luego será expulsado del cuerpo en el acto; o dimitir y tratar de llegar a un acuerdo de prejubilación. Largo de mi despacho y no vuelva por aquí. Mande en un plazo de veinticuatro horas su decisión por correo electrónico o con una llamada a la comandancia.

Matías parecía sumido en un sueño, miraba a su alrededor como si no supiese siquiera dónde estaba.

—¿No me ha oído? ¡Márchese o haré que lo saquen a la fuerza!

—Este debería ser mi despacho, mi oficina. Esta debería ser mi mesa, ese mi uniforme y yo debería estar sentado ahí... en mi silla... —balbuceaba sollozando.

Las diez de la mañana y, aunque ya no llovía con tanta intensidad, el agua y la humedad les tenía calados bajo los chubasqueros amarillos que les había prestado la Guardia Civil. Cristina tenía hambre y los pies le pesaban al arrastrar las botas cubiertas de barro y de cansancio extremo. Se habían cambiado de sector, rotando cada hora, por si alguien veía algo que a otro se le hubiese escapado. Si el asesino cumplió su misión, la intensa lluvia habría tapado todo rastro de haber ocultado a la niña. Si llegó después que ellos, tuvo que cambiar de idea y, casi con total seguridad, habría improvisado un lugar diferente y más alejado. Lo que estaba muy claro era que el criminal ya no se encontraba allí.

No ponía en duda la orden de su superior ni los resultados de la investigación desde la central. Si en aquella zona era donde debía estar la siguiente víctima, allí estaría. Pero quizá habían llegado demasiado pronto. Al menos, eso sonaba mejor que pensar que era ya tarde para la niña. Claro que no explicaba lo de los símbolos grabados en la piel; si una llamada

anónima, que aún estaban tratando de rastrear con los medios a su disposición, decía que eran la clave, debían significar algo importante. Nadie salvo ellos sabían lo de los grabados, así que debió ser una información proporcionada por el propio asesino o algún cómplice, si es que lo tenía. Podría haberlo hecho para desviar la atención, pero eso se salía del perfil psicológico que hizo la experta. Bueno, debía dejar de pensar en ello y centrarse en su tarea.

Miró a Marcos y a David a la luz de la mañana y pensó que ella debía tener el mismo aspecto de derrota. Todo aquel perímetro parecía sacado de una película de zombis de serie B, con dos docenas de cadáveres enfundados en chubasqueros amarillos, salpicados de barro y arrastrando los pies mientras caminaban despacio y mirando hacia el suelo. Fran le dedicó una mirada de compasión desde la distancia, odiaba que hiciese eso, que tratase de protegerla en momentos tan duros, como si ella no hubiera tenido que soportar las mismas pruebas físicas, psicotécnicas y teóricas para llevar la placa. Aquello le dio fuerzas, demostraría que podía aguantar como el que más.

Decidió alejarse de su ruta unos metros y comenzar a buscar pequeños desniveles en el suelo, montículos que no pudieran apreciarse desde la distancia ni estando de pie. Si el asesino había cavado una fosa y luego había vuelto a meter la tierra junto con un cuerpo, debía quedar una pequeña protuberancia. El suelo era principalmente de roca, pero había bastantes zonas que solo contenían grava, no se distinguiría la superficie de la tierra removida por culpa del agua de lluvia, pero no había caído durante tanto tiempo como para igualar el terreno. Cada diez pasos, se arrojaba al suelo y lo contemplaba a ras, como un golfista en el *green* estudia los pequeños desniveles. Algunos compañeros de búsqueda cuchicheaban, se daban codazos entre ellos para luego reír, pero no le importaba, a esas alturas... Si ese sistema daba con el cuerpo, habría merecido la pena.

Una, dos, tres veces. Aquello podría ser una estupidez, tal vez las risas de los demás policías eran síntoma de que se había equivocado y que debía descansar la mente además del cuerpo. Hasta la séptima.

Tuvo que asegurarse mirando desde cuatro ángulos diferentes, luego caminó despacio, algo escéptica aún, y se puso a cavar con sus propias manos, la tierra estaba muy blanda, casi tanto como el barro de la orilla del mar. Un policía local llegó corriendo y le preguntó qué estaba haciendo, ella no respondió, el presentimiento era demasiado fuerte y centraba sus fuerzas

en hundir los dedos en el barro y tratar de hacer un agujero. En menos de un minuto tenía alrededor a una docena de compañeros observándola. Uno de ellos susurró que se había vuelto histérica, ella lo oyó pero hizo caso omiso. Notó que alguien se arrodillaba frente a ella y supo que Fran trataría de detenerla. Alzó la vista, nublada por el agua que aún caía de su pelo y el llanto que había comenzado a brotar.

Era Marcos.

—¿Estás bien? Descansa un segundo, por favor. Cristina, confío en ti; si crees que está aquí, haré que vengan con palas en este mismo instante.

El inspector quedó mudo cuando ella paró y subió muy despacio sus manos, parecía tener los dedos partidos o distorsionados por el agarrotamiento del frío y los pegotes de barro adheridos, pero no fue eso lo que hizo que el tiempo se detuviese para todos los presentes. Mezclados con el barro había varios mechones de oscuro cabello que nacían del agujero que había cavado.

Nadie esperó a que trajeran esas palas, cuatro policías se unieron a Marcos y relevaron de la tarea a Cristina. La carita de la pequeña surgió a los pocos segundos y todos se apartaron ante el horror. Tenía los ojos y la boca abiertos en una mueca extrema que no dejaba duda sobre la barbarie. La habían enterrado viva.

Marcos se preguntó cuándo fue la última vez que se sintió descansado. La falta de sueño empezaba a alcanzar proporciones insospechadas. Recordaba lo agotado que había estado los meses de sus últimos exámenes en la facultad y las semanas antes de las pruebas teóricas para la academia. Pero entonces todo era más fácil. La vida de nadie dependía de sus decisiones, de su talento, de su efectividad y esfuerzo. Ahora se martirizaba por sus errores, por su lentitud, por haber perdido el olfato y la suerte.

—¿Qué es lo que te tiene tan preocupado? —David notaba la decepción y la derrota en la cara de su superior.

—Todo, todo ha salido mal. Él ha ganado, tenía la partida ganada desde el principio y nosotros solo hemos sido peones movidos sin opción de triunfo y de un lado para otro del tablero. Ese cabrón ha matado a los tres niños sin que se lo hayamos impedido.

—Pero aún podemos atraparlo, y hemos estado muy cerca esta vez.

—Casi ganar no es lo mismo que ganar, es perder. Y ya poco importa que le atrapemos, su objetivo está marcado en reproducir lo que ocurrió hace cien años. Atraparlo no devolverá a la vida a estos tres niños. Y, por si todo eso no fuera ya bastante, sabemos que por algún lugar de esta zona reposa el cadáver de otra niña que deberíamos encontrar para que reciba un entierro como es debido, pero no tenemos efectivos para cavar dos mil agujeros en su búsqueda. Al menos, sin descuidar la tarea de atrapar a ese...

—Bueno, por hoy está todo terminado. Hemos hecho lo que hemos podido y hemos encontrado a la niña a las pocas horas del crimen.

—¿Eso quieres que le diga a sus padres? ¿Que hemos cumplido simplemente encontrando el cadáver de su pequeña?

—Tío, necesitas un descanso, igual que todos los que estamos aquí. No servirá de mucho a la investigación, ni te servirá a ti personalmente, que te machaques por no ser Dios y estar en todas partes.

David le dio un pequeño golpe en el hombro a modo de apoyo y se marchó a casa. Quedaba todo el día por delante y necesitaba dormir unas horas. Marcos miró a su lado y comprobó que Cristina aún no se había ido, permanecía sentada sobre una roca, con los brazos manchados de barro hasta los codos y una mirada perdida al infinito que no presagiaba nada bueno. ¿Quién sabe? Quizá ayudar la psique de un compañero propiciara que la suya misma se reiniciase y dejara atrás esa sensación tan tóxica de culpabilidad.

—¿Cómo estás?

Ella no respondió, ni siquiera movió un músculo.

—¿Tan jodida? Pues imagíneme a mí, y eso que aún no sé cómo enfrentarme a los padres de la niña. Pero no debes martiri...

—Estoy embarazada.

Una lágrima brotó para recorrer su mejilla, dejando un surco limpio entre el barro. Marcos se acercó más, tocando hombro con hombro, y perdió la mirada en el mismo punto lejano que ella. Así permanecieron varios minutos.

—¿Lo sabe Fran? —añadió él en un susurro.

—Aún no. Aún no sé...

No terminó la frase, lo hizo Marcos por ella.

—...si traer una criatura a un mundo como este.

Le extendió un pañuelo de papel y ella se sonó la nariz con fuerza.

—Es complicado. Lo de este caso solo está siendo la gota que colma el vaso. Fran —suspiró con tanta intensidad como si el alma hubiera querido escapársele del pecho—, con Fran solo llevo unos meses y aún le veo más

pendiente de jugar a la consola o ir a por comida a casa de su madre que cambiando pañales y educando a un niño. Ni siquiera sé cómo se lo tomaría él.

Había comenzado a hablar en un hilo de voz monótona y ya no podía parar, necesitaba vaciarse de miedos e incertidumbres y nada mejor para lograrlo que un desconocido que supiera y deseara escucharla.

—Ni siquiera tenemos destino fijo, mañana podríamos estar cada uno en una punta del país. Mañana podría estar sola porque él no se sintiese preparado. Mañana podría estar él solo con el bebé porque a mí... Con nuestro trabajo debemos contemplar que un día no regresemos a casa.

—Vivir con ese pensamiento es precisamente eso, vivir, vivir intensamente y no preocuparnos por si llega o no. No debes dejar que el miedo a la muerte condicione tu vida. No nos conocemos prácticamente, pero supongo que es el motivo principal de que me cuentes esto. Si quieres mi opinión, yo miraría en mi interior. Si te sientes preparada para tenerlo, criarlo y amarlo, y también deseas hacerlo, que nada te frene, ni el trabajo ni tu pareja. El miedo no debería gobernar tu vida, aún somos demasiado jóvenes como para permitirlo.

¿Se lo había dicho a ella o a sí mismo? Ni lo sabía con certeza ni pensaba invertir un segundo en averiguarlo. Permanecieron durante unos minutos más en la misma posición, en silencio y con la mirada perdida en el infinito, mientras las nubes se abrían y permitían que el dios Sol tocase con un dedo de luz la tierra, llenando de destellos el campo de encinas y pinos.

La imagen temblaba un poco a pesar de que habían asegurado el trípode con bolsas de arena en su base. Pero con el zoom óptico y digital de la cámara al máximo y aquel viento racheado era imposible ofrecer nada mejor. Al menos se podía apreciar con claridad cómo cinco personas enfundadas en trajes de plástico blanco y mascarillas para la boca metían un pequeño cuerpo desnudo en una bolsa negra. Por la zona aún quedaban muchos policías y guardiaciviles con chubasqueros amarillos.

Tras unos seis minutos de espera para que desde la redacción central pudieran pixelar el cuerpo de la niña y así poder usarlo como fondo de la conexión en directo, le dieron el ok a Laura. Esta había permanecido toda la noche deambulando por los alrededores del lugar y tenía un aspecto con el

que, si se hubiera visto ante un espejo, nunca hubiera aparecido ante la cámara. No sentía los dedos de los pies ni de las manos, le dolía todo el cuerpo y nunca había tenido tanta hambre y sueño, pero todo fuese por lograr su objetivo.

—Buenos días, estimados televidentes —su tono era demasiado bajo y su semblante muy derrotista, pero esta vez había más sinceridad que nunca en su mirada y su voz—. Quisiera pedirle disculpas por el aspecto que pueda tener. Mi compañero Javi, que aunque no le veáis está siempre detrás de la cámara, y una servidora llevamos desde la una de la madrugada a la espera de conocer el desenlace de la desaparición de la menor que anoche se produjo en el pueblo de Riotinto. Pero como podrán ver en las siguientes imágenes, tenemos que lamentar una nueva víctima del terrible asesino en serie que tiene atemorizada a la población de este pacífico pueblo. Un pequeño cuerpo desnudo, aún sin confirmar, pero todo apunta a que se trata de la niña desaparecida a las once de la noche pasada, fue encontrado hace unos instantes por la policía enterrado en la necrópolis romana de la localidad de La Dehesa. —Agua, salpicaduras de barro y arañazos de la vegetación se mezclaban en su cara, pero sus ojos a punto de estallar en llanto era lo que más destacaba—. Una inocente criatura de unos cinco años que se suma a los cuerpos del pequeño Andrés, de cuatro y de Ana, de siete. No comprendemos aún quién y por qué está cometiendo estas barbaridades... —y se derrumbó.

»Perdonen esta falta de profesionalidad —dijo tras unos instantes y después de secarse las lágrimas de la cara con la manga del empapado jersey, restregándose más aún el barro—. Quisiera devolver la conexión, pero, por favor, desde la redacción o desde donde sea, que alguien venga a buscarnos, he roto mi coche atravesando el monte para llegar hasta aquí y no sabemos cómo vamos a volver.

Javi amplió el plano para que se apreciase el coche junto a ellos, destrozado contra una gran roca y sumido en una maleza que lo envolvía todo hasta casi dos metros de altura. La imagen volvió al plató de los estudios centrales, donde la presentadora del programa matinal no supo qué decir. Pasaron rápido a publicidad.

21 de noviembre de 1917

Porque la sabiduría que desciende del cielo es ante todo pura, y además pacífica, bondadosa, dócil, llena de compasión y de buenos frutos, imparcial y sincera. Y por eso tendré cuidado con mi manera de vivir. No viviré como necio sino como sabio, aprovechando al máximo cada momento oportuno, porque los días son malos. Solamente te temo a ti, mi Señor, y te sirvo en verdad con todo mi corazón; pues he visto cuán grandes cosas has hecho por nosotros.

Esta tarde, cuando el turno de la mina se reducía a unas docenas de trabajadores esparcidos por aquí y allá, llevé a Luz conmigo al lugar más cercano a ti, mi Señor: el cementerio que construyeron los romanos hace miles de años, quizá cuando tu hijo vino a visitarnos para darnos la salvación con su sacrificio. Luz caminaba asida a mi diestra, y a mi siniestra una pala que sería el instrumento de Abraham para su ascensión al reino de los cielos.

El llanto incontenible de mi niña me sonaba a cánticos celestiales y oraciones de gratitud bajo la oscuridad y el frío que ya arreciaba en el monte. Su mirada trataba de conectar con la mía sin encontrar un destino común. La dulce voz de Luz, sumida entonces en rezos, me incitaba a cavar con devoción, en silencio y orando por la dicha de recibir tu recompensa. Cada golpe en la tierra, cada centímetro horadado en el agujero, cada sollozo ahogado de la niña. Te siento cada vez más cerca, mi Señor.

Es el turno de la ascensión.

Mi pequeña se tumbó con obediencia aunque con ruegos y lloros; no se lo tengas en cuenta, no sabía lo afortunada que era. La acaricié a modo de despedida, sus cabellos, la suave piel de sus mejillas húmedas por el llanto, los labios deformados en una mueca de súplica... Cuando empecé a rellenar el agujero, sus aspavientos e intentos por salir me obligaron a golpearla con la pala en la cabeza, una vez y otra y otra después. Cada golpe sentí tus fuerzas en mis brazos, gracias por no abandonarme en tan importante momento.

Ahora su cuerpo yace en lugar santo y su espíritu levita a tu vera. Trátala con cariño y misericordia. Sabes muy bien los planes que tienes para nosotros, planes de bienestar y no de la calamidad que ahora padecemos, a fin de darnos un futuro y una esperanza.

En paz me acuesto y me duermo, porque solo tú, mi Señor, me haces vivir confiado.

Se separó de su marido en la misma puerta de casa, ambos volvían de pasar toda la noche haciendo compañía a unos vecinos con los que, curiosamente, jamás había hablado hasta que el cruel destino les unió en la tragedia vivida por sus hijas. Concha pensaba en cuánto más se podía incrementar el dolor de un ser humano, a pesar de parecer que ya había sobrepasado su límite. El desgarrador llanto de Araceli, como un puñal cortando el tiempo y el espacio, le indicó que había visto entrar por la puerta de su casa al inspector, o mejor dicho, que había comprobado el semblante que portaba el mismo al invadir el momento sin tener derecho a ello. Habían permanecido toda la noche despiertos, con la televisión apagada para no hacer caso a especulaciones morbosas de la prensa ni saber nada de la desaparición de la pequeña Rosario hasta que las fuentes oficiales se pronunciaron. Rezando, suplicando entre murmullos. El lento deterioro sufrido a lo largo de los interminables minutos y las eternas horas fue haciendo mella en su vecina como si del pasar de décadas se tratase. Parecía encogerse y arrugarse en aquel sillón, con las manos de su marido sosteniendo las suyas en una especie de cofre de temblor y desalentadora esperanza.

Concha sintió sumirse en un negro velo de amargos y demasiado recientes recuerdos cuando el espectro demacrado del inspector Navarro se paró ante Araceli en silencio y sin poder levantar la mirada. Ella gritó hasta quedar vacía de vida, gritó hasta dar la sensación de haber perdido el alma. Luego dio una bofetada al policía con una fuerza insólita, éste no se inmutó, permaneció allí ante ella, como si considerase justo cualquier castigo que Araceli le impusiera. Pero ya no hubo más, la mujer se volvió a los brazos de su marido y los dos quedaron aislados del resto del mundo. Todos se marcharon para dejarles a solas con su dolor. La incertidumbre había desaparecido para dar paso al fuerte golpe de una realidad que no deseaban siquiera contemplar.

Concha y Antonio regresaron a su casa y ella abrió la puerta mientras Antonio pasaba de largo para ir al supermercado. El tibio aroma del hogar la

recibió al entrar, pero ya no la reconfortaba, estaba compuesto de una mezcla de olores que incluía el de Anita, y no quería que la niña desapareciera lentamente de sus recuerdos como lo haría su impronta, convirtiendo el aroma de la casa en otro muy diferente, lleno de soledad, sombras y silencio. Cerró tras de sí y puso su bolso y el abrigo sobre la cómoda de la entrada, bajo una oscuridad necesaria para no observar las dolorosas ausencias que la mortificaban. Caminó despacio en la penumbra hasta la puerta de la cocina, sorprendiéndose a sí misma al no desear romper el luto y el respeto que inundaban aquellas paredes, como si fuesen ajenos a ella. Antes de entrar se detuvo con una mano sobre el marco de la puerta y, sin saber por qué, la volvió a llamar. «¿Ana?». No más que un susurro. Ni siquiera sabía por qué lo había hecho, pero no era la primera vez desde su marcha, ya en alguna ocasión, en el baño del piso de arriba o al pasar frente a la puerta de su habitación, la había llamado al sentir su presencia. Quizá fuese para ella como ese miembro amputado que uno cree sentir, a veces como un picor, pero que cuando intenta rascarse en un acto reflejo comprueba que ya no está. Solo queda el vacío, la ausencia. Dicen que los bebés pueden sentir la presencia de su madre incluso desde la habitación de al lado, luego se va perdiendo esa cualidad, o quizá solo se olvida al desarrollar otros sentidos. Concha creía haber recuperado esa capacidad de poder sentir a su pequeña cerca de ella. No le importaba si la llamaban loca, aquello mantenía el vínculo entre ambas y no deseaba perderlo jamás.

Se sentó ante la mesa de la cocina, mirando el infinito en los azulejos blancos de la pared. El silencio era maravilloso, igual que la oscuridad, de esa forma desarrollaba más aún su percepción.

Ya nunca volvería a estar sola.

Eran las cinco en punto de la tarde y la reunión de emergencia se llevaba a cabo en el despacho más grande de la comisaría de la Policía Local. De ese modo solo tuvieron que desplazarse el comisario e Irene desde la capital, ya que todos los demás, incluida Maite, estaban en la zona. Sobre el mueble del fondo reposaba aún alguna foto personal y varios trofeos de golf y mus del anterior inquilino. El cabo Ángel se apuntó mentalmente la tarea de meterlo todo en una caja y hacer que se la enviaran a Matías. Casi no cabían dentro del espacio, pero el lugar bastaría para ordenar ideas y planificar la actuación

ante los nuevos sucesos y descubrimientos. Marcos llevó una caja de pasteles recién hechos y no tuvo que insistir a nadie para que los devorasen en cuestión de minutos. El inspector había tratado de despejar la mente tras el duro encontronazo con los padres de la chica. Por muy desgarrador que fuese su dolor, también conocía lo liberador que suponía terminar con la incertidumbre y desesperación ante la ausencia de un ser querido. Lo peor que se podía experimentar, más doloroso incluso que la certeza de la muerte. No saber qué había ocurrido, dónde estaría su hija, si sufría dolor o sentía miedo, todo desaparecía en una cruel pero liberadora y definitiva realidad.

—Siento que haya sido tan pronto —comenzó Paco—. Me gustaría que pudierais descansar después de la noche anterior, pero estamos bajo lupa, todos nos observan y nos hacen responsables de la muerte de la niña, la tercera víctima este mes. ¿Podimos hacer más? ¿Quién sabe? Lo único que puedo decir es que me siento orgulloso de vosotros por vuestra entrega, como también estoy seguro de que cogereis a ese cabrón.

Los presentes asintieron en silencio, con visibles muestras de abatimiento y decepción tras no haber dormido más que una reparadora y breve siesta.

—Si la información de Nuria es correcta, y apuesto a que es así —continuaba Marcos— después de acertar con el lugar en el que se cometería el tercer crimen, ya poco importa lo que hagamos. Sabemos dónde estará el asesino aunque no cuándo. Y es probable que este no siga los pasos del original a pies juntillas, es posible que no pare y siga asesinando. Quizás anoche fuera la última ocasión en la que podíamos haberle detenido anticipándonos a él.

—¿Qué vamos a hacer con lo de los símbolos grabados en las víctimas? —preguntó Cristina—. La llamada anónima dijo que eran la clave, aunque podría tratarse de una estrategia para desviar nuestra atención.

Marcos la vio más entera que unas horas antes en la escena del crimen, pero aquello tampoco significaba mucho, él también lo parecía. Una ducha caliente y unas horas de sueño hacían milagros en el físico, pero el interior era otra cosa.

—El tercer cuerpo tiene un triángulo invertido atravesado por una línea recta. Sin duda son símbolos diferentes entre sí y debemos averiguar su significado. Si no tenemos en la agenda el contacto de algún experto en simbología, llamaremos a todas las comisarías con máxima urgencia para que nos den el teléfono de uno o varios.

—¿Diremos al experto que esos pobres niños fueron grabados? Podría

filtrarse a la prensa. Sería un horror para los padres. —Irene se estremeció al pensarlo.

—Mentiremos. Yo mismo me encargaré de tratar con el experto, le diré que esos símbolos estaban en el suelo y al lado de cada víctima, y le pediré máxima discreción y rapidez. Aparte de eso, solo nos queda rezar para que todo suceda como hace cien años, como Nuria ha detallado y todos tenemos en el informe. Permaneceremos día y noche, por turnos de doce horas y dos policías por turno, vigilando esta calle de aquí —dijo señalando un punto sobre el gran mapa del pueblo que tenía a su espalda—.

—Será muy descarado, jefe —intervino David—. En este pueblo detectan un coche extraño en cinco minutos. Todos, incluido el asesino, notarán que hay un coche en el mismo lugar, o que se turnan varios, durante días. Y más aún si hay desconocidos dentro.

—Lo sé, nadie ha dicho nada de vigilar desde la misma calle o metidos en un coche. Por eso tú y yo nos encargaremos de una misión hoy mismo. Pasamos a otro punto, el análisis de la voz de la llamada. ¿Sabemos algo?

—Nada —respondió Paco—, los expertos de la central han aislado el sonido ambiente y no hay ruido de bomberos, de policía, de perros ladrando, de niños jugando, nada en absoluto, como si estuviese en un sótano o en mitad del campo.

—¿Y la distorsión de la voz?

—No es digital, ni siquiera con un trapo sobre el auricular. Se hizo alterando la voz, como un imitador de famosos, un humorista.

—Pues no tiene ni puta gracia.

—No, no la tiene —respondía el comisario al comentario de Fran—. El caso es que todo el mundo tiene ya sus tareas para el resto del día de hoy y mañana. Quiero rapidez y discreción. ¿Cuándo podríamos tener una entrevista con los padres de la nueva víctima?

—Quizá mañana a primera hora podría pasarme por allí —respondió Marcos.

—Podemos hacerlo Fran y yo —le interrumpió Cristina, y una mirada cómplice sirvió de puntal de apoyo para ambos—, así libero de algo de trabajo a Navarro.

Marcos y el comisario asintieron y la reunión se dio por finalizada. Antes de salir, el Inspector pidió hablar unos segundos a solas con su compañera.

—¿Te encuentras mejor?

—Podría preguntarte lo mismo.

Ambos trataron de sonreír sin lograrlo.

—Debes decírselo a Fran, es también su responsabilidad y decisión. No quiero meterme donde no me llaman, pero se nota que te quiere solo con ver cómo te mira. Incluso está preocupado, allí al fondo de la sala, como si no le viéramos, mirando todo el rato en esta dirección.

—A veces el amor que se siente por una pareja se diluye en cuanto aparece un tercero, y no me refiero a un amante.

—Quizá esté más preparado para ser padre de lo que imaginas, eso no puedes saberlo sin ponerlo a prueba.

—Ya, tienes razón. Me alegro de que estés ahí. Gracias.

—No hay de qué. Pero, ¿dónde iba a estar si no?

—Ya sabes a qué me refiero.

—Gracias a ti por quitarme el mal trago de volver a enfrentarme a los padres de esta nueva víctima.

—Hemos venido a trabajar, va siendo hora de que repartas las tareas y no te las quedes todas para ti.

Marcos sonrió, esta vez de verdad.

—¿Sospechas de alguien en particular ahora que tenemos los datos de los crímenes de hace cien años?

—Por un lado tenemos a un fanático escudado en la religión en el pasado, por otro a un loco que los repite en la actualidad. Quizá solo loco o quizá fanático también. Esas ofrendas... No quiero precipitarme, pero no veo el momento de entrevistarme con el cura de este pueblo.

Cristina observó cómo fruncía el ceño mientras mil hipótesis circulaban por la cabeza del inspector.

«Tres, tres niños inocentes, y yo pude evitar esta tragedia, pude impedir que el diablo llevase el infierno al menos a dos de esas casas. No podré mirar a las caras de sus padres cuando vengan los domingos, ni cuando me los cruce por la calle. ¿Y cómo oficiar sus misas? Ahora el alcalde quiere hacer un homenaje conjunto de los tres niños y que yo les prepare una oración especial. Pero si no sería capaz de pronunciar dos palabras seguidas sin que mi pecho estallase en deseos de gritar que todo fue culpa mía. Si hubiera tenido valor para enfrentarme a mis juramentos y llamar a la policía, quizá de forma anónima. No, debí hacerlo con todas las consecuencias; si mi voto de

secreto de confesión me evita frenar al diablo, ese voto no puede haber sido escrito por ti, mi Señor».

El párroco, que había recibido unas horas antes la noticia del nuevo crimen, permanecía desnudo y sentado en un rincón de su dormitorio, abrazado a sus rodillas y mordiéndose las uñas con saña.

«Esta semana volveré a verle en las catequesis de los niños. Esos pobres angelitos alrededor del demonio que está acabando con ellos. ¿Se detendrá? ¿Pondrá fin algún día a esta barbarie? Si no lo hace por propia voluntad, tendré que armarme de valor y hacerle frente. Por lo pronto, cuando venga a confesar su nuevo crimen, le pediré que deje de hacerlo amenazándole con entregarle a la policía. Sí, creo que esa es la solución, eso es lo que debo hacer».

—¿Quién está ahí? ¿Hay alguien ahí?

«He visto una silueta, sí, era una silueta moviéndose en la oscuridad. Pero eso es imposible, nadie ha podido entrar en la casa sin que lo haya escuchado. Y solo Antonia, aparte de mí, tiene la llave de la casa. Me acercaré despacio y encenderé la luz del pasillo, el diablo siempre usa la oscuridad, así que lo sacaré de su terreno».

Los dedos ensangrentados por morderse la carne temblaban mientras él trataba de levantarse torpemente del suelo. Caminó aterrado hacia la puerta y luego giró a la izquierda, la puerta de la calle estaba cerrada. Al lado del perchero estaba el «intruso».

«No, no puede ser. Soy yo, es mi reflejo en el espejo del recibidor. Creo que me estoy volviendo loco, debo dejar atrás esta pesadilla, solucionar de una vez esta locura. Sí, necesito confesión, necesito desahogarme y limpiar mi alma de pecado. ¿A quién pediré confesión? ¿Confesión? —Por su mente se cruzaban imágenes caóticas de su trabajo y de los últimos días, en los que casi no había dormido— ¿Quién confiesa a los feligreses en esta parroquia? Soy yo... ¿Quién da la comunión a los niños de la catequesis? Dios mío, soy yo... No recuerdo las últimas misas recitadas, ni recuerdo las confesiones al instante de oírlas a los fieles... No, no, no... no es posible. Yo no...».

Cruzó los dedos de las manos, como si fuese a comenzar a rezar, y miró a un punto infinito sobre su cabeza; cayó de rodillas al suelo y comenzó a llorar.

—Dios misericordioso, ¿me has abandonado para permitir que entre el diablo en mí y obre a su voluntad?

En aquel informe de una docena de folios se encontraba la clave. Si lo hubieran descubierto unos días antes, esa última víctima, como mínimo, habría salvado la vida. Nuria había realizado un trabajo de recopilación, análisis y composición asombroso. Informes de la Guardia Civil de hacía cien años justos se mezclaban con declaraciones de vecinos y conjeturas de los investigadores. No había orden alguno y la letra era ilegible en muchos documentos, pero la agente había conseguido descifrar el galimatías y hacer que todo tuviese sentido. Un perturbado que había denunciado la desaparición de su hijo pequeño, de cuatro años, luego reconoció que la chica de siete hallada calcinada en el cobertizo del cementerio inglés era su hija mayor, de siete. Para cuando se descubrió que faltaba la hija mediana, de cinco, ya era tarde, solo les quedó el documento de un perturbado que confesaba sus acciones antes de poner fin a su diabólico ritual.

Los pasos seguidos por aquel lunático, un tal Manuel García, trabajador de la mina con amplio historial de borracheras y peleas, que había perdido a su mujer de unas fiebres unos años antes y que posteriormente se había acogido a la religión como vía de salvación (todo ello según el informe que Marcos tenía delante), estaban detallados cronológicamente y al detalle. Todo estaba allí, todo había estado allí desde el principio, en los informes del sótano y grabado a fuego en el ADN de aquel pueblo que ya sería tildado de maldito para el resto de los tiempos. Sus vecinos, los que quedasen sin marcharse después de los sucesos, jamás se recuperarían de aquello.

Si todo hubiese sido informatizado... Si los habitantes no hubieran olvidado... Si la propia Guardia Civil no hubiera sepultado toda la información para impedir el pánico y evitar la vergüenza en aquella época... ¿La Guardia Civil? Sí, siempre estuvo en esos sótanos. El asesino tuvo que poder acceder a esos datos, conocerlos de algún modo para reproducir con exactitud los crímenes. El asesino estuvo en ese sótano, quizá el asesino pueda ser... Pero, ¿con qué fin haría algo tan salvaje?

¿Qué hacer con la cantidad de horas que tiene el día cuando uno se ve arrojado a la inactividad por la fuerza? Desde luego que no pensaba quedarse en casa realizando tareas domésticas, recados o soportar a su mujer. Hasta ahí podíamos llegar. El caso es que el golf se hacía aburrido los días entre

semana, con los amigotes en sus respectivos trabajos, sin nadie con quien competir ni conversar.

Lo peor de todo, de no hacer absolutamente nada salvo ver la tele desde el sofá, era el balance que su mente realizaba de lo sucedido en comparación con lo que debió suceder. Toda la vida esperando la oportunidad de demostrar su valía, de hacer ver al pueblo, y a los piojosos de Nerva que le negaron su merecido ascenso, que no había mejor investigador que él. Pero todo se torció, parecía que el Universo se hubiera propuesto impedirle cumplir sus sueños.

Y todo desde aquella noche en la que debía haber brillado como la estrella que es. Llegó el primero a la escena del crimen tras la llamada de Fermín. ¿Un niño muerto en el embalse? Pues claro que sí, ese era su caso, su destino, un futuro de reconocimientos fabricado por él mismo desde el principio, desde que su madre le trajo al mundo en una gloriosa y respetada familia. Aquel era su territorio, el lugar en el que nada ocurría sin su consentimiento, así que era su caso, su asesinato.

Pero la alegría solo duró algo menos de dos horas. Las que tardó en aparecer el estirado niño de la nacional. Aún no le habrían salido pelos en los huevos y ya tenía un cargo de inspector; seguro que gracias a un buen enchufe y una carrera universitaria, como si eso fuese necesario para este trabajo. El olfato es algo que los perros con pedigrí tienen desde nacimiento, él mismo no tenía la secundaria terminada, pero sabía apretarle las tuercas a un maleante en la sala de interrogatorios con la cámara apagada. Había que valer para eso. Había que valer y tenerlos bien puestos para hacer lo que uno tiene que hacer por conseguir sus objetivos.

Pero todo se fue a la mierda.

Si él estuviera patrullando aún, se habría podido evitar el tercer crimen. Nunca se habría producido. Y ahora estaría frente a los micrófonos de la prensa, atusándose el bigote con coquetería y haciendo largas pausas de efecto ante la admiración de todos. O quizás no. Seguro que ese miserable, el innombrable, se acercaría desde Mordor para mostrar sus galones de teniente y apropiarse de todo el mérito de la investigación. ¡Maldita sea! Ya no podía soñar más de dos minutos sin que apareciese algún malnacido para convertirlo todo en pesadilla.

Matías se levantó del sofá con notable esfuerzo y fue a la cocina a por otra cerveza.

Llovía sin tregua de nuevo, lo que hizo brillar las mojadas calles del pueblo bajo la mortecina luz azafranada de las farolas. Los neumáticos del coche resbalaban al tomar cada curva y dos señoras de mediana edad, bajo sendos paraguas negros, conversaban animadamente en la puerta que sería de la vivienda de una de ellas; se giraron al sentir el paso del vehículo y la historia se repitió. Silencio y reprobación, como con el resto de vecinos que se habían cruzado ese día; todos dejaban de hablar al verles pasar y les dedicaban aquel gesto tan significativo. A David parecía no importarle, de hecho, quizá no se daba cuenta siquiera.

El compañero de Marcos se mostraba distante o irritado, según la hora del día o si acababa de hablar con su novia, que protestaba constantemente vía mensajes de móvil por no haberle visto ni un momento de esa última semana. El inspector pensó que quizá fuese por estar pasando las noches junto a Laura y bajo una terapia que le sentaba de maravilla, porque, aunque sonase fatal en su mente cuando lo pensaba, creía que David necesitaba un buen polvo para eliminar de su mente esa tensión y recuperar el cien por cien de la concentración. Se encontraban ahora en la recta final de la investigación y necesitaba a todos sus efectivos con la mente puesta en el caso. Cristina podría tener una excusa por su embarazo, la incertidumbre que le generaba su pareja y la futura decisión de tener o no al bebé, pero no podía consentir que su compañero más cercano estuviese pensando en su chica en esos momentos.

—Despierta, te noto distante —le dijo por fin.

—Estoy cansado, necesito dormir tres días seguidos.

—Ya dormirás una semana cuando todo termine. Ahora te necesito despierto y alerta.

—Bueno, no creo que el asesino cumpla con esta parte final, pero si me equivocase, seguro que no elige el día de hoy, con tanto revuelo y tanta búsqueda. Seguro que está dormido en su madriguera.

—Lo único que nos queda para salvar el culo es atraparle, así que solo podemos vigilar esa zona de un modo invisible y no volver a llegar tarde. ¿Lo entiendes?

—Claro, solo bromeaba. Mientras haya café recién hecho y bocatas tamaño XXL, se aguanta lo que sea necesario. Será por trasnochar...

—Creo que hemos llegado ya, pero quiero aparcar una calle más abajo y

así llamar menos la atención.

—Claro, dos extraños vestidos de negro en un pueblo como este y tras los crímenes... ¿quién se daría cuenta de que somos policías?

—Tú y yo tenemos que conversar sobre el sarcasmo ese que sacas de vez en cuando.

Llamaron al timbre de la primera vivienda de la calle y esperaron un largo rato. Cuando casi se marchaban, un murmullo tras la puerta les indicó que había alguien al otro lado.

—Buenas tardes, Policía Nacional. Queremos hablar con el propietario de la casa.

Unos segundos más tarde se oyó cómo se abría el cerrojo. Un señor de unos cuarenta años envuelto en una bata marrón de felpa apareció ante ellos; al fondo, en lo que sería el salón, una señora y una chica adolescente se asomaban con curiosidad.

—Yo soy el propietario —fue lo único que dijo, con cara de pocos amigos.

—Quisiera hacerle una pregunta, será solo un segundo. ¿Vive solo en la casa? —Se sintió estúpido al hacerlo, ya sabía que no, aunque llevaba la pregunta tan estudiada que no sabía qué otra cosa decir.

—No, vivo con mi mujer y mi hija.

—De acuerdo, era solo una labor estadística. Hace bien en ser tan precavido, puede cerrar de nuevo si lo desea. Buenas tardes.

Antes de cumplir el consejo de los policías, les dedicó una mirada de desaprobación que no pasó desapercibida para ninguno de ellos. Marcos sabía que todos en el pueblo consideraban su trabajo una pantomima, y que no hacían lo que debían para atrapar al asesino. Ese momento que acababa de ocurrir, necesario por otro lado, no había hecho más que reforzar la idea. A la mañana siguiente, todos hablarían de las tonterías que iba haciendo la policía de casa en casa.

—¿Se puede saber qué estamos haciendo? ¿Buscas al sospechoso de casa en casa y preguntando? Ya sé que la psicóloga dijo que era un tipo que seguramente viviese solo, pero esto... —preguntó David muy sorprendido pero susurrando en cuanto se encaminaban a la casa de al lado.

—Lo sabrás en un rato, si es que tenemos suerte.

—No me tengas en ascuas. ¿Sospechas que el asesino vive en esta calle y estás buscando a alguien que dé el perfil?

—No seas impaciente.

Dos casas más y logró su objetivo. Antonio era un señor viudo de unos ochenta años que vivía con la única compañía de un perro; sus hijos y nietos le visitaban desde la capital solo en verano y por las fiestas. «Casi mejor, porque solo vienen para hacer ruido y estar aquí como si esto fuese un hotel», les confesó a los policías.

—¿Podemos hablar dentro de su vivienda? Tengo que pedirle algo muy especial y no quisiera hablarlo aquí en la calle.

—Mejor, por que estoy algo sordo y tendría usted que gritar.

Precedidos por el perro, un cruce de labrador negro que ya pintaba canas en el hocico, pasaron a una cocina que se encontraba casi al final de la vivienda, atravesando un pasillo-recibidor y luego el salón. A pesar de su edad, Antonio se mantenía ágil y mostraba tener energías para mantener la casa limpia y ordenada. Aunque hacía casi tanto frío dentro como en la calle, y no parecía el anciano muy propenso a tener más luz encendida que la estrictamente necesaria. Se sentaron en las dos únicas sillas que había ante la pequeña mesa de la cocina; el perro, sin quitarles ojo, se tumbó en un rincón ante el frigorífico. Antonio les ofreció café y David sintió recuperar fuerzas con solo oírlo.

—Pues ya me dirán qué necesitan de mí —dijo tras servir tres tazas y apoyarse en la encimera de la cocina.

—Su casa.

—¿Cómo ha dicho?

David estaba más perplejo que el propio Antonio. Mientras ellos habían quedado con la taza de café a medio camino de la boca, Marcos aprovechaba para dar un sorbo y hacer una pausa.

—Le digo que necesitamos su casa. Sospechamos que el asesino de... Habrá visto las noticias, ¿verdad? —El anciano asintió con la cabeza—. Pues, como le comentaba, sospechamos que es muy probable que el asesino pueda aparecer por esta zona en estos próximos días. Si nos quedamos en la calle, metidos en el coche, llamaremos la atención de él y de todo el pueblo, así que busco un lugar desde el que vigilar sin ser vistos.

—Pero...

—No se asuste, nadie va a echarle de la casa. Solo necesitamos una habitación de las que dan a la calle, montaremos un dispositivo de vigilancia veinticuatro horas al día con tan solo dos policías por turno, que se irán cambiando cada doce horas. Trataremos de no molestarle lo más mínimo. Aunque debo pedirle otro favor, si es que acepta la propuesta; debe usted no

contarle a nadie que estamos aquí, ni familiares, ni vecinos ni amigos. El secreto es vital para el éxito de la misión.

Antonio pareció dudar, pero un destello iluminó su mirada, incluso sonrió.

—Estaría encantado de ayudarles, a ver si cogen a ese hijo de... ¿Y cuándo quieren empezar? Puedo arreglarles el cuarto en un momento. —Ya había dejado la taza sobre el fregadero y salía a toda prisa para adecentar el dormitorio. Sus ganas de trabajar eran admirables.

—No se preocupe, usted no tendrá que hacer nada. Siga con sus tareas y nosotros nos ocuparemos. Los cambios de turno los haremos temprano en la mañana y tras la hora de la siesta para evitar que nadie nos vea entrar y salir de la casa.

—O pueden usar la puerta del patio, da a la calle de detrás.

—Eso es mejor aún. Es usted un colaborador formidable.

El anciano sonreía ante la idea de tener compañía, conversación y sentirse útil. David también lo hacía, el café y descubrir la idea que el inspector tenía bajo la manga le hicieron recuperar la confianza en resolver el caso. Hasta el perro parecía contento con la noticia, movía la cola mientras les miraba.

—David, haremos turnos de doce horas. Esta noche vendrán dos agentes desde la capital, pero por la mañana entrarán Fran y Cris. Las noches nos tocan a nosotros.

—Joder... Sandra me matará.

Dolor y cansancio, eso era todo lo que sentía, por dentro y por fuera. Trataba de hacer memoria para recordar algún momento de su vida en que hubiera estado más agotada y dolorida, pero no lo conseguía. Se encontraba tumbada en la cama del hotel, en albornoz, con una toalla alrededor de la cabeza y una lechosa mascarilla hidratante por toda la cara. No se quejaba porque no había nadie allí que la oyese y sería en vano, pero ganas no le faltaban. Comía patatas fritas de una bolsa que había comprado en un ultramarinos, además de chocolate, helado y gominolas. A la mierda la dieta, se lo había merecido; y cambiaba con la otra mano los canales del televisor. Hasta levantar el mando a distancia y apretar los botones, incluso llevar patatas a su boca, era un suplicio. Laura tenía agujetas, arañazos y moretones por todo su cuerpo tras haber bajado aquella colina llena de piedras y

enormes matorrales, no se veía absolutamente nada entre la oscuridad y la lluvia, el coche saltaba con ellos dentro y ni los cinturones de seguridad impidieron que se golpearan contra el techo y sus ventanillas. El impacto final contra la roca fue lo peor. Los airbags les hicieron más daño que beneficio, aturdiéndoles con el golpe sobre sus caras. Salieron del vehículo y, con el frío y los nervios de la situación, no percibieron el daño, pero ahora Javi y ella estaban para el arrastre.

En la tele no daban nada interesante, hacía un rato que nadie llamaba al móvil ni mandaba mensajes, ni siquiera Marcos, así que el aburrimiento estaba dando paso demasiado deprisa a un sueño soporífero. El cuerpo le pedía dormir diez horas o más seguidas, pero quería aguantar un poco más. Eran las nueve menos diez y quería ver la emisión en diferido de su conexión, la daban a las nueve y media. Su redactor y varios compañeros más le dijeron que nunca la habían visto más destrozada, pero eso era incluso mejor para la noticia y para ella como reportera. Toda Andalucía, y seguro que todo el país, había visto lo que era capaz de hacer por cumplir con su trabajo.

«¿Qué será lo próximo que tenga que hacer para superarme? —pensó—, ¿matarme? Necesito descanso... y poner freno a esta locura. Estaría bien perderse por alguna playa caribeña una semana entera junto a Marcos».

Pensar en él provocó una sonrisa, pero rápido tornó en preocupación. Cuando todo acabase, ella tendría que trasladarse a Sevilla, si aceptaba el puesto, que aún no lo tenía decidido. Unas propuestas por parte de Tele5 y Antena3 la hacían dudar sobre su futuro más conveniente. Aquello implicaría vivir en Madrid, quizás Barcelona, o quizás viajar constantemente. ¿Cómo se podía tener tan mala suerte? ¿Es que nunca iba a tenerlo todo a la vez? Justo cuando despegaba en su trabajo, volvía a ilusionarse con una relación, pero amor y trabajo eran incompatibles por completo. Las relaciones a distancia nunca funcionan.

«Bueno, estoy demasiado cansada como para andar ahora con decisiones trascendentales, lo que tenga que suceder, sucederá».

Y aprovechó para enviar un nuevo mensaje a Marcos, quería saber si se había decidido a pasar la noche con ella o volvería a su casa. Antes le había dicho que necesitaba cambiarse de ropa, o meter unas mudas en una mochila para llevarlas al hotel, no lo recordaba bien. Luego le dijo que estaba tan cansado que casi prefería dormir con ella y ahorrarse los viajes de ida y de vuelta a la mañana siguiente, de eso se acordaba con nitidez.

El canal nacional que sintonizaba en ese momento comenzó a narrar las

noticias. Era de esperar que Riotinto apareciese en primer lugar, como cada día desde hacía nueve, pero nunca hubiera imaginado que la noticia del día fuera la que tenía ante sus ojos.

Una patata frita quedó a mitad de camino de su boca, que también quedó congelada ante las imágenes en vídeo que mostraba el televisor. Los dolores y agujetas desaparecieron al instante, como si ya no tuviese cuerpo, solo era un ente, un alma observando atónita el televisor. Como en un bucle constante, se veía una secuencia de tan solo unos doce o trece segundos en la que ella entraba en el hotel en el que se encontraba en ese momento, agarrada de la mano de Marcos y ambos sonriendo como dos estúpidos enamorados en un parque en primavera. ¿Quién les había grabado? ¿Cuándo? Y lo más importante, ¿Por qué? Aquello fue tan impactante que apenas se dio cuenta de los rótulos sobreimpresionados en pantalla ni de los comentarios que hacía la reportera del canal:

—Una relación amorosa entre dos personas ajenas al mundo de los focos y la farándula no sería nunca noticia, y menos aún en un informativo serio, pero nos encontramos ante una excepción al tratarse de la reportera del Canal Sur Laura Moreno Sánchez y del inspector de policía Marcos Navarro, encargado del caso de los crímenes de Riotinto. Que conste que todos nos alegramos por su bonita historia de amor, pero no podemos evitar una sonrisa malvada al esclarecer los motivos que llevan a la reportera más famosa de la semana a conseguir tanta información en primicia, entrevistas con el alcalde y estar la primera al pie de la noticia en cada novedad que se produce...

Sin siquiera pensarlo, como tras un calambrazo espontáneo que hubiera recorrido su cuerpo, cambió de canal, aún alucinada por lo que acababa de presenciar, y vio las mismas imágenes con una narración diferente, aunque con el mismo mensaje. Luego otro canal y otro más. En todas las televisiones nacionales aparecía como la noticia del día, había eclipsado incluso a la tercera víctima del asesino.

Todo su mundo, su trabajo, su relación con Marcos, sus expectativas de futuro... se derrumbaron ante ella como un castillo de naipes; y no había podido hacer nada por impedirlo. Las mismas reporteras que se daban codazos y zancadillas entre sí, que trataban de sobornar y chantajear a quien fuese necesario por conseguir una noticia o fastidiársela a la competencia, se habían aliado entre ellas para arruinarle todo lo que había conseguido con entrega y dedicación. Había llegado la primera al lago, fue encarcelada y realizó la entrevista con el alcalde a cambio de su silencio, había estado

dieciséis horas al día siguiendo a policías y guardiaciviles para conseguir estar la primera en los hallazgos, ofreció pagar los gastos del entierro a los padres de la segunda víctima para lograr una entrevista inédita e histórica, casi se mató, rompiendo su propio coche, para tener una visión clara de la necrópolis en el tercer hallazgo... Pero ahora era una vendida, la simple concubina de un policía que había recibido información constante de su pareja. Tanto trabajado y tanto conseguido para perderlo en un instante.

Ya no tenía sueño, solo ganas de llorar.

22 de noviembre de 1917

Navego entre tus siervos como uno más del redil, sin orgullo ni vanidad. La mano izquierda no sabrá lo que ha hecho la derecha por su bienestar y su salvación. Un día, puedo ver que muy cercano, volveremos al paraíso y disfrutaremos de la vida eterna y de tu compañía. Se acabará el hambre, la suciedad, el cansancio, como también lo harán los pecados de los hombres; redimidos por el sacrificio de sangre que te he ofrecido.

Las nubes no me han permitido ver el sol al despertar, pero sé que ha sido el permiso que has otorgado a mis pequeños para que lloren juntos por su dicha y esa lluvia llegue a mí en forma de mensaje. Puedes decirles que lo he recibido y que no quepo en mí de felicidad. Pronto podré ver la luz y el cálido abrazo del sol sobre la piel de los hombres, la curación de mis heridas y el perdón por los pecados cometidos. ¿Qué Dios hay como tú, que perdonas la maldad y pasas por alto el delito del remanente de tu pueblo? No siempre estarás airado, porque tu mayor placer es amar.

Al atardecer me han preguntado unos vecinos por la niña, sabiendo de la muerte de su hermana mayor y la desaparición de su hermano menor, algunos se preocupan por su tristeza y soledad, no comprenden, ilusos, que se encuentra rodeada de sus seres queridos, feliz y jugando en tu casa, mi Señor. No comprenden que ella, al igual que sus dos hermanos, ha entregado su alma para lograr que todos se laven los vicios y flaquezas que inundan de inmundicia esta tierra baldía de devoción. No comprenden que su sangre producirá ríos de riqueza que barrerán el fango de cochambre e impurezas que ahora les rodean. No comprenden que mis ángeles tienen un lugar de privilegio a tu diestra, que su sacrificio les ha concedido ese santificado puesto. No comprenden que mi pequeña Luz está tan por encima de ellos que no deberían siquiera pronunciar su nombre sin hacer una reverencia ante su divina persona. No comprenden el daño que me hacen al recordarme que ya no está, como tampoco lo están sus hermanos, un daño por su ausencia que queda eclipsado por la alegría de tu abrazo.

No comprenden.

22 de noviembre de 2017

El reloj marcaba las diez y media de la mañana y, aunque llevaba despierta varias horas, no tenía la más mínima intención de salir de la cama. Ya podía arder el hotel con ella dentro. Tras ver las noticias la noche anterior, apagó el móvil y se dio un baño con el agua casi al punto de ebullición. Lloró desconsolada durante más de una hora, viendo pasar por su mente mil opciones de triunfo desfilando hasta caer por un precipicio. Tras desahogarse y sentir el agua ya fría, abandonó la bañera y trató de dormir unas horas.

¿Qué haría con su vida ahora? Desde luego no encender el teléfono jamás, hasta morir con cien años. Sabía lo que se encontraría: docenas de llamadas y mensajes de la redacción, de Marcos, de sus amigos y familia, de productores cancelando las ofertas succulentas que tan amables y sonrientes había enviado días antes... No, no estaba preparada, ni lo estaría nunca, para enfrentarse a esa realidad.

Los golpecitos en la puerta hicieron que se sobresaltase. Era la forma de llamar de Javi.

—Laura, ¿estás bien?

No respondió.

—Joder, contesta si me oyes, porque estoy preocupado, los de arriba también. Echaré la puerta abajo si no contestas.

—Vete, no quiero hablar con nadie.

—Creo que te has montado una película después de lo de anoche. No hay nadie enfadado contigo, los productores te apoyan, te lo garantizo.

Se dio cuenta de que había dormido desnuda, tras salir de la bañera. Fue a buscar ropa interior y una bata, luego abrió y dejó entrar a su compañero.

—Menudo careto tienes. ¿No has podido dormir?

—Poco, pero no te quejes, mírate el tuyo primero.

—Heridas de guerra, a las chicas les encantan.

—Menudas chicas conocerás tú.

—Ya se te pasó la hora del desayuno, pero siendo la *celebrity* del pueblo,

la dueña dijo que te darían de comer a la hora que te levantases.

—Menuda celebridad estoy hecha. Creo que pasaré de salir a la calle hasta que se olviden de mi cara. ¿Crees que podrías conseguirme una peluca rubio platino?

—No digas chorradas y enciende el móvil. Tendrás que responder por lo de anoche, dejar claro que te has partido el alma por conseguir los reportajes, como ya les he dicho yo y como ellos confían en que ha ocurrido. No dejes que esas arpías, que pasaban más tiempo en la cafetería que trabajando, te hundan porque las hayas hecho quedar como inútiles.

—No puedo, en serio que no soy capaz. No quiero salir de aquí. Te agradezco el apoyo y que me hayas respaldado ante los jefes, pero aún no estoy preparada.

—Bien, entonces me obligas a darte terapia de choque.

—Ni se te ocurra sacarme por la fuerza, y menos con estas pintas y la bata.

—Nada de eso, solo voy a poner la tele, a ver de qué hablan esta mañana.

—¡No! Eso es peor, no quiero más humillación.

Javi logró atrapar el mando a distancia antes de que ella se lo impidiese. Al cabo de un segundo, la televisión mostró Tele5. Laura se había metido bajo la funda nórdica con los ojos cerrados, las manos tapando sus orejas y cantando como una niña pequeña para no ver ni oír nada.

No había calculado que medio cuerpo quedaba fuera de la funda nórdica. Javi aprovechó para pellizcarle con fuerza el culo y ella chilló de dolor, no tenía bastante con las magulladuras, aquel bestia le dejaría un nuevo moratón. Salió de debajo del nórdico para darle una bofetada y se encontró con las imágenes del descubrimiento de la tercera víctima, las que ellos habían grabado desde el punto en que accidentaron su pobre Ford Fiesta. ¡Mierda! Volvía a acordarse de que le faltaban dos años por pagar.

—¿Nuestras imágenes en Tele5?

—Nuestras imágenes en todos los canales, y desde ayer. Lo que grabaron sus reporteros fue tan cutre que han pedido o comprado las nuestras a la redacción.

—Pero, ¿y lo del hotel? ¿Lo de mi relación con Marcos?

—Eso saldrá en los programas de cotilleos, descuida. Pero en los telediarios y tertulias serias no les darán más bombo.

En la televisión, las imágenes dieron paso a un plano abierto de la mesa de tertulia y luego a un primer plano de la presentadora.

—Increíbles imágenes las grabadas por el equipo del Canal Sur. Felicitamos a la reportera, Laura Moreno, y a su operador de cámara por un trabajo como pocas veces se ha visto. Esperemos que tus productores te compren un coche nuevo, Laura, te lo mereces por profesional.

—¿Ana Rosa? ¿Ana Rosa ha vuelto a pronunciar mi nombre? ¡No me lo puedo creer! Estoy soñando, pellízcame otra vez. —Javi se lo tomó al pie de la letra—. ¡No, bestia! Era una forma de hablar. ¡Ana Rosa ha dicho mi nombre! ¿Lo has oído?

—Pues claro, pero no ha dicho el mío. Qué mierda de trabajo y qué poco reconocido y pagado.

El sabor metálico era casi tan repulsivo como el denso olor que entraba gelatinoso en su nariz hasta provocarle arcadas. La sangre de su compañero brotaba de las paredes, caía como lluvia del techo, el suelo estaba inundado y casi había cubierto el cuerpo herido en mitad de la sala. La pistola se le escurría de la mano y trataba constantemente de sujetarla mejor. Le temblaban las piernas ante la idea de que el sospechoso que había disparado a Miguel apareciese de improviso. Llevaba el seguro del arma quitado y el dedo temblaba presionando levemente el gatillo.

La estancia era cuadrada y tenía una puerta en mitad de cada pared, ni un solo mueble y casi no había luz. Marcos miró su reloj pero no pudo descifrar la hora, debía ser de madrugada y tanto la ambulancia como los refuerzos ya tardaban demasiado. El sonido de pisadas le puso más alerta, contuvo la respiración y apuntó hacia la puerta de su derecha, pero fue la de la izquierda la que se abrió con un estruendo, seguido de un disparo que perforó su hombro. El dolor no le impidió responder con su arma, abatiendo al asesino con dos disparos en el pecho. Tomó aire como si la vida le fuera en ello, como si llevase minutos aguantando sin respirar, sintió subir la cena desde el estómago y dejó que su cuerpo se relajase tras vomitar.

Cuando todo parecía haber terminado, y buscaba donde sentarse para evitar el temblor de las piernas, las otras tres puertas se abrieron a la vez, de ellas aparecieron tres asesinos idénticos que le apuntaron y... ¡bang!

Casi mejor no salía de aquella casa en todo el día. David había traído comida para aguantar una semana y Fran, cuando llegó con Cristina para el

turno del día, le prestó una muda de ropa que le quedaba bien. Antonio les permitía ducharse en la casa y les preparaba constantes aperitivos, era un hombre servicial que se preocupaba por acoger a sus invitados de la mejor forma posible. Seguro que algo de culpa tenía por la conducta de sus hijos y nietos durante las fiestas, pensó Marcos.

Esa mañana se había despertado en el sofá del salón y gracias al timbre de una llamada de móvil; pensó que se trataba de Laura, pero resultó ser el comisario. Este le dijo que había esperado toda la noche para no llamarle en caliente y porque sabía que él también lo estaría pasando mal, luego le pidió explicaciones a su relación con la reportera y las filtraciones. No había mucho que decir, le contó el lapsus ocurrido en el lago, culpa suya, pero aseguró no haber dado pistas ni información alguna a la chica. Es más, era imposible que Marcos supiera dónde se iba a encontrar el tercer cuerpo o que nadie adivinase que el sargento de la Guardia Civil iba a arrestarla ilegalmente. Paco parecía haber aceptado sus palabras, pero una pequeña diferencia en su tono de voz indicó al inspector que había dado un paso atrás en la confianza y relación que mantenía con su jefe.

Colgó el teléfono y pensó en llamar de nuevo a Laura, pero decidió dejar que fuese ella la que lo hiciera cuando se sintiese preparada. Fue a desayunar y ahora se entretenía charlando con el anciano, que le recordaba mucho a su abuelo. Fran y Cris ya llevaban más de dos horas de vigilancia en el dormitorio. La conversación le distrajo de la pesadilla sufrida, pero también le hizo sentir culpable por no haber pasado más tiempo con sus abuelos cuando era adolescente.

Sombra, porque el perro resultó ser perra, se había tumbado a los pies de su amo, golpeando con la cola el suelo y a la espera de que cayera algún trozo de comida sobrante del desayuno. Antonio aprovechó el momento para contarle a Marcos que la encontró siendo un cachorro hacía quince años mientras paseaba con su difunta esposa por los alrededores del pueblo.

El móvil volvió a sonar y Antonio dejó de narrar la enésima anécdota de la mañana cuando vio que Marcos le indicaba que saldría al patio posterior para atender la llamada.

—Por fin, pensaba que te habías marchado del país. Me tenías muy preocupado.

—Yo pensé que tú estarías enfadado conmigo, que creerías que estaba contigo por acceder al caso. —Hablaban en voz baja y temblorosa, como si acabase de llorar o lo hubiera estado haciendo durante demasiado tiempo.

Parecía incluso infantil.

—No he sentido en ningún momento que tratases de sonsacarme información, y la poca que te haya dado yo, la has tratado con respeto o te la has guardado. Eres una gran periodista y lo estás demostrando.

Hacía frío en el patio, intensificado por la sombra de la enorme higuera que lo cubría casi por completo. A su derecha, sobre el muro de separación con el vecino, dos gatos trataban de aprovechar el sol de la mañana; el aire era más limpio y fresco que nunca, olía a geranios, a hierbabuena y a tostadas recién hechas. La voz de Laura... la voz de Laura ponía la guinda al pastel. Ya casi había olvidado la angustia que habían supuesto esos últimos dos días y se sentía con renovadas fuerzas para afrontar la recta final del caso con decisión y sabiendo que lograría anticiparse al asesino.

—Que sea una gran periodista no significa nada. En este mundillo es más importante lo que aparentas que lo que eres. Y con ese vídeo de ayer me he hundido hasta el fondo.

—Tus superiores valoran lo que haces y cómo lo haces, estoy seguro. Confía más en ti misma y sal ahí fuera a comerte el mundo; no permitas que cuatro cotorras amargadas te fastidien tu gran momento.

Laura permaneció en silencio, solo se oía su respiración profunda.

—Gracias por el apoyo, por estar ahí y por no enfadarte por la parte que te ha salpicado a ti. ¿Qué tal estás tú? Te veo animado.

—Uno de los dos tiene que complementar al otro, ¿no? Me siento bien, ahora más descansado, a pesar del incómodo sofá de Antonio y de su perra, que se tumbó sobre mis pies durante la noche.

—¿Antonio? ¿Perra?

—Es largo de contar.

Tras unos minutos más de conversación, Marcos quedó con ella en esperar unos días para volver a verse, tal vez y con un poco de suerte se calmarían las habladurías y todo regresaría a la normalidad. Le prometió que la llamaría varias veces al día o le mandaría unos mensajes, luego se despidieron enviándose un beso y sintió tras colgar cómo volvía a tener diecisiete años. Aquello le gustaba. Los recuerdos provocaron que se quedase unos minutos más observando las ramas y hojas de la higuera movidas por la suave brisa.

Un año juntos. Hoy es veintisiete de agosto y hace un año desde que comenzaron a salir. Puede parecer mucho tiempo a los diecisiete, pero a ellos

les ha sabido a poco; solo han podido verse en la aldea de sus abuelos algunos fines de semana y en las vacaciones de semana santa y verano. La distancia es un suplicio, pero Marcos espera a cumplir los dieciocho y sacarse el carnet de conducir, así podrá ir a verla todas las semanas al pueblo.

Este día debe ser especial, ninguno de los dos había estado con una pareja anterior durante tanto tiempo ni había sentido una conexión tan intensa, y cada instante que pasan juntos se sienten más unidos. Este verano ya entra en casa de Laura y ella en la suya, con mucha vergüenza y en contadas ocasiones.

Cada noche antes de acostarse mira en el cajón de abajo de su mesita, allí reposa el regalo de aniversario que fue a comprar acompañado de su hermana Rosa; entre los dos eligieron unos pendientes de oro del estilo que suele usar Laura. Esta noche se lo dará cuando se reúnan a solas en la parte de atrás de la escuela, donde se besaron por primera vez.

Hay mucha gente por las calles, comparado con las dos docenas que habitan la aldea cuando no están en fiestas, y se oye la música de la orquesta que ameniza la velada en la plaza frente al bar. Casi todos los mayores y los niños pequeños deben de estar ya bailando o tomando algo fresco, él tiene cosas más importantes en las que pensar. Ya casi ha llegado a su destino, gira en la esquina y allí la encuentra esperando. Está sentada sobre la fuente de piedra, con un vaquero ajustado negro y una camiseta blanca de tirantes, a pesar del frío que hace esta noche, se ha puesto la misma ropa que el año pasado y eso le provoca una sonrisa. Se besan de nuevo, ahora sin la vergüenza y vacilación de la primera vez, bajo las estrellas y una farola con casi cien años a la que alguien ha puesto una bombilla de bajo consumo. Frente a ellos se extiende el campo de encinas que dormitan en la oscuridad. Laura se adelanta y le da su regalo, una camiseta de su equipo de fútbol favorito; Marcos se la pone a ella tras ver que tiene la piel de gallina. A continuación le entrega la cajita con los pendientes. Siente el cosquilleo de los nervios mientras ella rompe con curiosidad el papel de colores. Unos minutos después han retomado los abrazos y besos, pero no durante mucho más.

«Ven conmigo, tengo otro regalo más», dice Laura mientras le lleva de la mano por las calles empedradas. Se cruzan con amigos que van o vienen del recinto de la fiesta, todos ríen, vienen de beber y fumar a escondidas, ellos no se percatan, ni siquiera los oyen. Esa noche solo existen ellos dos.

Se aseguran de que nadie les ve entrar en la casa de los abuelos de ella y

caminan en silencio y bajo la oscuridad hasta llegar a su habitación. Algo en su interior les dice que cada paso será recordado de forma mágica durante el resto de sus vidas. Tras cerrar la puerta el mundo desaparece. No, en realidad no desaparece, solo pasa a formar parte de un Universo donde solo hay dos habitantes. Se desnudan el uno al otro entre besos y trémulas caricias precipitadas. Tanto tiempo esperando y ahora no saben qué hacer ni cómo. Una vez decididos y lanzados a dar aquel paso tan importante, comienzan juegos mayores que provocan gemidos y, unos minutos más tarde, jadeos incontrolados. La tensión desaparece tan de repente que quedan sumidos en un estado de relajación en el que solo hay cabida para susurros y caricias. Es la primera vez para ambos y se sienten afortunados por elegirse mutuamente. Las preguntas surgen bajo la timidez de la curiosidad: ¿Te ha dolido? ¿Te ha gustado? No lo mencionan, pero saben que no pueden permanecer mucho tiempo allí y tratan de exprimirlo al máximo para almacenar en sus recuerdos cada abrazo y cada beso, cada aroma y cada susurro

Todo se sume en la oscuridad.

La luz cegadora y una voz gritando les despierta. ¡Mierda, nos hemos quedado dormidos! Desde la puerta de la habitación, la madre de Laura grita y llora, llamando a su marido y dando la sensación de que le dará un ataque al corazón de un momento a otro. El Universo a vuelto a admitir al resto de miles de millones de personas, sin haber avisado ni pedido permiso. El paraíso se convierte en infierno tan rápido como ellos intentan vestirse. Marcos ve bloqueada la puerta de salida y la ventana tiene rejas. Qué más da, allí todo el mundo sabe dónde vive el resto. No se miran entre sí, la vergüenza ante lo que está pasando les supera y quieren morirse allí mismo.

—Navarro, ¿todo va bien? —Fran estaba en la puerta del patio.

—Sí todo bien, ¿necesitáis algo? —Marcos aún llevaba puesta la sonrisa que el recuerdo le había provocado, aunque aquella noche fue la última que vio a Laura, hasta el día del lago. Los padres de ambos les castigaron durante meses y les impidieron volver a verse. Creyeron morir, pero aquello no sucedió y la vida siguió adelante.

Era muy temprano esa mañana cuando se levanto para ordenar y limpiar la casa, así como el sótano. Tras la ducha y un afeitado a conciencia, se visito

con un traje de chaqueta a medida, como era costumbre en él cada día antes de partir hacia el trabajo. Solo estaría allí unas pocas horas, tampoco había mucho que hacer en invierno. Además, con todo lo ocurrido esa semana, no había más tarea que debatir con los compañeros sobre las últimas novedades de los crímenes; lo mismo que hacía en la cafetería con los parroquianos de turno antes de entrar o luego, si se pasaba a tomar una cerveza al mediodía.

Una vecina le saludó con una sonrisa, se trataba de Fátima, una señora de avanzada edad que a veces le acercaba a casa una fiambreira con cocido. Devolvió el saludo y continuó su paseo. Casi no veía niños por las calles, solo se había cruzado con dos y sus padres les llevaban casi atados con una cadena. Ahora vio al tercero, la hija de María Isabel, caminando junto a su madre; ambas lo saludaron con efusividad, la niña haría la comunión ese año y tenía buena relación con el catequista. Cuando se marcharon y él prosiguió su camino, recordó con una sonrisa que aquella niña era su segunda opción si no hubiera encontrado a la de siete años. Qué poco había faltado para que aquel ángel ardiese en el cobertizo.

Pasó junto a la fachada de la iglesia y un escalofrío recorrió su cuerpo. Siempre fue muy religioso, aunque nunca tanto como para haber intentado hacer carrera eclesiástica. Su labor durante unas semanas al año para preparar a los niños para la primera comunión era el mayor trato que tenía con la religión en esos momentos. Si exceptuamos las confesiones que, por diversión y martirizar al estirado cura del pueblo, había realizado los últimos días. Hacer esas atrocidades a los niños no le satisfacía en absoluto, solo cumplía con su misión, pero contarle luego al párroco con pelos y señales cada crimen... era extasiante, no había nada más divertido.

Ahora se cruzaba con un todoterreno de la Guardia Civil, dentro iban un agente y el cabo Ángel. Por fin habían echado a ese sargento inútil, retrógrado y atocinado del cuerpo, menuda imagen daba al pueblo, parecía sacado de una película de Berlanga. El caso es que siempre había tenido una relación cordial con Matías, aunque le diese asco con esa descuidada barriga, la calva mal peinada con cortinilla, las manchas de grasa por todo el uniforme, su forma de sorber el café y ver luego gotear su bigote mientras contaba chistes machistas o guarros en presencia de Inés, que sonreía por compromiso. No está el patio como para andar perdiendo clientes fijos, pensaría la chica.

«¿De dónde saldrán esos personajes? Está claro, de sus padres. Un neandertal cría neandertales», pensó.

Con las manos enfundadas en guantes negros de piel, quitó una pelusa invisible de su abrigo y continuó caminando con la elegancia que le caracterizaba, y que todos admiraban en el pueblo, hasta llegar a su lugar de trabajo.

Fran llevaba más de dos horas observando tras el visillo y no había visto más movimiento por la calle que un coche y dos ancianos paseando. Ya podrían estar en una casa de la avenida de la cafetería y el ayuntamiento, al menos así estaría más entretenido. Cristina descansaba tumbada sobre la cama, y aprovechaba para seguir buscando información con el ordenador portátil y comunicarse vía correo electrónico con el resto de agentes, el comisario y la forense. Claro que el último chasquido de decepción que había emitido dejaba claro que se tomaba un respiro para tratar de pasar otra pantalla del juego que últimamente la tenía absorbida. Ahora que se había olvidado del Candy Crush...

Tampoco quería molestarla y pedirle que le diese conversación, ya que la notaba rara en los últimos días. La sorprendía a veces sumida en una pesadumbre que rozaba la depresión, incluso creyó oír una noche cómo se levantaba al baño corriendo, quizá fue a llorar. Debió levantarse tras ella para preguntarle, se hizo el dormido y ahora se arrepentía. ¿Estaría cansándose de la relación? ¿Habría conocido a otro? Se llevaba muy bien con el inspector nuevo, pero no parecía que hubiese más que afinidad y compañerismo; además, Marcos estaba con aquella periodista. En menudo jaleo se había metido con el comisario por ello, no le envidiaba en absoluto. ¿Y si Marcos fuera un picaflor? Quizá se acostaba con todo lo que se le ponía a tiro. Estaría bien jodido si eso fuese verdad, perdería a su novia el mismo día que el empleo, porque le mataría allí mismo. ¿Y si estuviera enfadada porque no mostró mucho entusiasmo y participación con lo de dejar el piso de alquiler y buscar uno para comprar a medias? Esperaba que no fuese eso, porque una hipoteca a medias es como un hijo; peor aún, el hijo se marcha antes de los treinta, pero la hipoteca te acompaña durante cuarenta. ¿Y si fue porque salió de fiesta con los compañeros hace quince días y llegó algo borracho a casa? Tampoco creía que aquello fuese para tanto, solo salía una o dos veces al mes y no solía beber casi nunca.

«Menuda forma de comerme el coco —pensó—, con lo fácil que sería

preguntarle directamente a ella. Pero es que me da pánico, no quiero enfadarla más aún. Teniendo que pasar doce horas al día a su lado y luego regresar a la misma casa a convivir, no sería muy inteligente sacar temas personales y romper el pacto que hicimos de no mezclar trabajo con relación. ¿Y si me contesta que yo debería saber de sobra lo que le pasa? Los hombres no somos adivinos, hacemos tantas tonterías a lo largo del día, que podría ser cualquiera de ellas. ¿Y si le pido perdón sin más? ¿Y si le hago algún regalo y me disculpo, así en general? Quizás cuele».

Lanzó una mirada furtiva hacia atrás y la descubrió ensimismada con el juego del portátil, se veía tan bonita con esa luz acariciando su cara. Esperaba no hacer el idiota y echarlo todo a perder, vivir sin ella sería un suplicio, pero más aún si la tenía que ver luego en comisaría o patrullando juntos, saliendo con sus amigas, rehaciendo su vida con otro.

—¿Alguna novedad?

La irrupción del inspector Navarro en la habitación rompió el frágil clima que se había creado con el silencio y la tensión de la pareja.

—Nada nuevo, no es la calle más transitada del pueblo.

—Pues imagina de noche, que es cuando nos toca a David y a mí, aquí a oscuras y en silencio para no llamar la atención desde la calle.

—Anda que no os lo pasáis bien vosotros dos aquí solitos y con esta cama tan grande —dijo Cristina con un tono que hizo reír a Marcos.

—Menos mal que el grandullón no te oye, porque lleva unos días falto de sexo y está insoportable.

Ambos rieron y Fran detectó las miradas cómplices entre ellos. No podía ser verdad, ¿Qué era aquel buen rollo y complicidad? ¿Tenían algo más que una relación cordial? ¿Se había cansado Cris de él y ahora apuntaba a un policía de más nombre y rango? No, la chica que él conocía no sería tan interesada y frívola. Debía dejar de comerse el coco. Necesitaba salir a estirar las piernas, o mejor aún, sería perfecto que hubiera algún gimnasio por la zona donde pegarle a un saco o hacer guantes.

—Ja, ja, ja —reían aquellos dos. A Fran le apetecía mucho hacer guantes con el inspector Navarro en la calle.

—Bueno, dejemos las bromas aparte, es urgente que hagamos balance de los nuevos datos averiguados aquí y los enviados desde la central. —Marcos tomó una silla y se acercó para situarse entre la cama y la otra silla, desde la que vigilaba Fran—. El candado de la puerta de la necrópolis no estaba forzado ni daba muestras de haber sido abierto con la llave al menos en las

dos últimas semanas. El asesino debió entrar por otro lugar.

—El perímetro está rodeado de una alambrada en muy mal estado, se podría acceder por cualquier punto con solo forzar un poco el alambre —añadió Cristina.

—Eso demuestra que el asesino es de la zona y la conoce al milímetro. Seguro que estudió con antelación el punto exacto por el que entrar.

—Y no sería la primera vez, para los otros dos crímenes eligió también sitios medianamente cerca de vecinos o trabajadores de la mina, pero en horarios en los que sabía que no se cruzaría con testigos molestos —aportó Fran, que seguía de espaldas a ellos pero atento a la conversación. No quería perderse una palabra ni un tono de voz, no fuera que allí estuviese sucediendo «algo» de lo que no estuviese informado.

—Correcto —añadía Cristina—. Y pasando a otro punto, la autopsia reveló que llevaba unas diez horas muerta, llegamos tarde por muy poco. Si hubiéramos tenido la información una hora o dos antes... No me puedo creer que hayamos tenido tanta mala suerte; aunque no peor que la de esa pobre niña y sus padres.

—No podemos pensar ahora en eso, hicimos todo lo que estaba en nuestra mano. Ahora debemos atrapar al criminal —la consoló Marcos—. Por cierto, ¿cómo fue la entrevista con los padres de la chica?

—Difícil. Aquella mujer parecía un guiñapo y su marido no tenía mejor aspecto. Era la primera vez que entrevistaba a los padres de un niño asesinado y no me gustaría volver a hacerlo jamás.

Marcos asintió en silencio, sabía lo que decía, él había sentido lo mismo con los padres de las dos primeras víctimas.

—No aportaron nada diferente al resto de padres —continuaba la chica—. No tenían rencillas ni enemigos, ni habían protagonizado ninguna pelea en las últimas semanas o meses, la niña no había dicho nada sobre desconocidos que la hubiesen abordado por la calle los días antes... Creo que este tipo de preguntas estandarizadas no sirven para nada. En fin. La niña tenía una rutina normal, como cualquier crío de su misma edad. Colegio, deberes, jugar con amigos y sus primos, relación convencional con su familia... Lo de siempre.

—Ya lo imaginaba. Las entrevistas son obligatorias para el informe, además, nunca se sabe cuándo puede surgir una clave o pista que nos lleve a solucionar el caso.

—¿Y los grabados? ¿Sabemos algo del experto? —preguntó Fran.

—Esta mañana temprano Irene localizó a un profesor experto en

simbología de la Complutense de Madrid. Tras llamarle me pidió que le enviase un dibujo o foto de los símbolos por correo, así que los dibujé en un trozo de papel y le envié una foto con el móvil. Aprovecharé ahora para mandarle un mensaje por si ha obtenido progresos.

—¿Creéis que todas esas líneas de investigación sirven para algo? Quiero decir, se supone que ya solo le queda un último paso, si es que la información de Nuria sigue siendo fiable y el asesino se ajusta a ese plan. —Cristina divagaba mientras Marcos escribía el mensaje y el silencio se había vuelto a unir a la penumbra del dormitorio.

—Quizá encontremos a algún fanático de los símbolos en el pueblo o alrededores. —El inspector dejó el móvil sobre la cama y contestó a la chica—. O quizá la línea de descendientes del asesino del siglo pasado nos conduzca a un familiar que haya retomado aquella «afición». Nunca se sabe, por eso no se puede dejar ningún fleco sin revisar. Si hubiéramos ido al archivo de la Guardia Civil un día antes, quizá dos horas antes, y Nuria hubiera comenzado a investigar dos horas antes, habría llegado a descifrarlo a tiempo de impedir el tercer crimen y detener al asesino.

—O quizá no

Cristina y Marcos miraron a Fran con intriga tras su comentario. Él se percató y añadió:

—El efecto mariposa: un cambio en el pasado provoca una reacción en cadena impredecible sobre el futuro. Quizá Nuria nunca lo hubiera descifrado, quizá el encargado por Paco para descifrar los informes hubiera sido otro, quizá no estaríamos aquí vigilando una calle desierta. —No quiso decir eso último, el malestar por su relación con Cris le estaba afectando. Respetaba a su superior en el caso y admiraba su decisión y su instinto. Esperaba que Navarro no lo tomara en cuenta.

Marcos y Cristina estaban demasiado ocupados asimilando aquel razonamiento como para haber percibido el tono de esa última frase. Sin duda, un suceso provoca muchos cambios en el futuro, quizá tuviese razón Fran y era absurdo pensar en lo que hubiera sucedido si las cosas se hubiesen iniciado de otro modo o se hubieran acelerado. Ahora debían centrarse en...

—Un mensaje. —Marcos tomó el móvil y observó el globo verde en la pantalla—. Es del experto en simbología. Los cuatro elementos.

—¿Cómo?

—Dice que son símbolos muy reconocibles para cualquier estudioso o aficionado entusiasta. El triángulo invertido del niño del lago significa agua.

El triángulo normal de la chica del cobertizo significa fuego. El triángulo invertido con una línea en el centro...

—Tierra —completaron al unísono Fran y Cristina.

—Eso es.

—Falta aire. Y se corresponde a la perfección con la información de Nuria. Ahora sabemos que estamos ante la pista que nos llevará al asesino.

El negocio no podía ir mejor para Inés, y la idea de traer tapas y comidas caseras desde casa estaba dando resultado, ya que muchos periodistas, policías y otros curiosos que visitaban el pueblo se marchaban a otra cafetería o restaurante en cuanto les decía que no tenía nada para ofrecerles de comer. Con un poco de suerte, no tendría ninguna inspección municipal que le pidiese la licencia para servir comidas.

Le disgustaba la idea de estar sacando tajada de la desgracia de tres familias, pero con la crisis ya estaba pensando en echar el cierre si no conseguía vender algo más de cuatro cafés y tres cervezas al día. Casi no pasaban turistas, menos aún en invierno, y no se podía vivir de lo que dejaban de beneficio los concejales del ayuntamiento de enfrente.

Ahora mismo conversaban en la barra dos de ellos, no estaban de acuerdo entre ellos tras conocer la posición del alcalde en la última reunión municipal. Daniel, concejal de festejos, opinaba en contra de la postura del edil. Aquellos trágicos sucesos significarían un aumento de visitantes y de asistencias en los festejos de verano del pueblo. Javier, concejal de cultura y actividades, opinaba que lo único que debía hacer el pueblo era centrarse en la explotación de la mina y no convertirse en un escaparate circense para morbosos que dejasen cuatro euros a los restaurantes locales durante el siguiente año, para luego desaparecer y que el pueblo siguiese sumido en la misma ruina.

A Inés no le venían mal esos cuatro euros para salir adelante y pagar hipoteca y préstamos, pero había aprendido en los cuatro años que llevaba en el negocio que no es aconsejable tomar partido por ningún parroquiano si ello significa poder enemistarse con otro. De hecho, en lo que a ella y a su marido se refería, no eran seguidores de ningún equipo de fútbol ni de ningún partido político.

—Lo que necesita el pueblo es fama y que llegue el dinero. Ya lo decía el

pintor: «que hablen mal, pero que hablen».

—Eso es una tontería, Daniel. Es pan para hoy y hambre para mañana. El pueblo necesita actividades para los jóvenes y para la gente de treinta a cuarenta y cinco, necesita tener algo que ofrecer para que no se vayan; al contrario, para atraer más población y evitar el éxodo. Hemos perdido casi un veinticinco por ciento de población en los últimos veinte años. Lo que necesitamos es un milagro y que la mina encuentre una veta importante, eso crearía muchos puestos de trabajo.

—Sí, Javier, pero como no creo en los milagros, hay que aprovechar el momento. Salimos en todos los canales de televisión a diario, así que el pueblo tiene que estar más limpio que nunca y debemos convencer a Manuel para que haga unas declaraciones con un video detrás que muestre imágenes del pueblo y del recorrido turístico del tren de la mina.

—Lo que tenéis que hacer es hablar menos y apretar a la policía para que coja de una vez a ese malnacido. —Se sumó un vecino a la conversación—. Los niños no salen a la calle ni para ir al colegio, los padres están asustados, hay tres familias destrozadas, algunos vecinos se han marchado a otros pueblos... En lugar de buscar la forma de traer gente, deberíais estar evitando que se fueran.

Los dos concejales se sintieron sin argumentos para rebatir un pensamiento que se había generalizado entre los habitantes. Una verdad incuestionable. Siguieron tomando sus cervezas en silencio, un silencio incómodo que formaba parte del ambiente de la cafetería desde hacía una semana, además de los momentos de tensión y gritos de los que proponían castigos y soluciones a la captura del asesino.

Inés pensó en David y Marcos, llevaban unos días sin aparecer por el lugar. Aunque no les culpaba, no debe de ser fácil relajarse unos minutos tomando un café mientras docenas de personas te miran y murmuran sobre tu ineptitud. A la chica le hubiera gustado ver a aquellos tertulianos de cerveza y periódico deportivo tratando de resolver una cadena de crímenes como aquella. Aún quedaba más de uno que consideraba injusto el cese de Matías. Si la vida de los niños del pueblo tuviera que depender de él... Inés prefirió apartar esos pensamientos.

Ver por televisión los avances del caso más importante de la historia de

la provincia, posiblemente del país entero, no sería lo mismo que estar sobre el césped y disputando el balón al contrario. Aún se sentía con energías y consideraba que podía aportar una ayuda importante a sus compañeros. Así que la baja de maternidad se pospondría hasta que se resolviera el caso o el bebé asomase la cabeza y pidiera permiso para salir, lo que viniese antes. Después de haber tenido que pasar el mal trago de hacer la autopsia a tres cuerpos tan pequeños, y no contaba el esqueleto centenario, no iba a quedarse fuera cuando todo apuntaba a que estaban a punto de atrapar al asesino.

—Pero mírate, mujer, parece que estés a punto de estallar. Y ya terminaste con los análisis en el laboratorio, así que puedes marcharte a casa a descansar. —Paco era un incordio cuando se ponía paternal.

—Prefiero estar sentada en mi despacho que en casa, allí me aburriré sin tener nada que hacer ni nadie con quien conversar.

—Pero si solo serán unos días, no debe faltar mucho para que esa tripa reviente como una piñata.

—Mejor no hablemos de tripas a punto de explotar, Paco, que llevas unos años descuidados... Pronto necesitarás un barco más grande para tus escapadas a pescar.

—Yo tengo ya un pie fuera del cuerpo, me quedan tres añitos para jubilarme y no pienso correr tras un sospechoso. Creo que tantos años manteniendo aquel hercúleo cuerpo se han ganado un merecido descanso. —Miró con nostalgia una de las fotos de la pared de su despacho, cuando a los treinta y seis años recibió el ascenso a inspector. Suspiró y trató de tomarse la terquedad de Maite, que ya conocía a la perfección, con filosofía y calma.

—Cuando considere que debo marcharme, ya lo haré yo misma.

—Bueno. Haz lo que te parezca, no digas luego que no te lo advertí.

La forense salió del despacho después de guiñarle un ojo y decirle que en unas semanas su tripa habría desaparecido, pero la de él costaría mucho más. Luego se sentó en una silla al lado de la mesa de Irene.

—Ya te ha vuelto a sugerir que te vayas a casa, ¿verdad?

—Eres adivina.

—Pues menudo fastidio si te vas, ahora que Cristina está todos los días en Riotinto, solo quedamos Nuria, Marta y yo, parte de tus visitas. Aquí solo hay chicos. Y que conste que no me quejo —dijo con una risita—, pero a veces gusta tener conversación y no solo un bonito escaparate que mirar.

—Eres la mejor. ¿Qué haría yo sin estos momentos de risas contigo?

—Pues convertirte en zombi, después de pasar tantas horas entre

cadáveres... Qué mal cuerpo se me pone cada vez que pienso en tu trabajo.

—No te creas que es tan malo, allí nadie levanta la voz, no se quejan cuando le cortas con el bisturí y nadie se da cuenta si te echas una siesta de vez en cuando.

—Por Dios, Maite. No me digas que te duermes allí abajo, qué miedo. ¿Y te acuestas en esas mesas de metal donde suelen estar los...?

—¡No seas animal! En mi despacho tengo un sofá.

—Jo, qué susto me habías dado.

—Hablando de susto. ¿Sabemos algo de los chicos? ¿Alguna novedad?

—Los elementos.

—¿Cómo?

—Las marcas grabadas en la piel son elementos: agua, fuego y tierra.

—Falta aire... Nuria no se equivocaba.

Llevaba años sin divertirse tanto, a pesar de no hacer gran cosa, charlar y tener compañía joven. Antes solo contaba con Sombra, pero la conversación con el animal nunca era especialmente animada; y hasta hacía ochos años, también a su mujer. Paquita era su gran soporte, su motivo principal para la existencia; por ella se levantaba temprano para hacer el desayuno y por ella se acostaba tarde, tras limpiar la cocina después de fregar los platos de la cena. La enfermedad la fue deteriorando durante sus últimos seis años y medio, pero aquello, como decía ella a menudo, había sido más una bendición que una desgracia. A pesar de las constantes visitas al hospital, de la debilidad progresiva y de la pena que ella sentía cuando pensaba que lo dejaría solo, fueron unos años maravillosos. Paseos cada atardecer, salir a coger setas, comenzaron a ir al cine de nuevo, juegos de mesa antes de dormir, besos furtivos sin motivo alguno, así como pellizcos a traición en el trasero cada vez que se cruzaban por el pasillo. Volvieron a sentirse tan enamorados como cuando se citaban a escondidas tras la casa de los padres de ella para agarrarse la mano, y lo que ella le permitiese al no estar casados aún. ¿Quién podía presumir de tanta dicha? ¿Quien tenía la oportunidad de vivir dos noviazgos tan apasionados y felices con el único amor de su vida? A él tampoco le cabía duda de que fue una bendición. Pero perderla fue tan duro... Aún trataba de olvidar la soledad y el frío que embargaron su cuerpo y su alma en el mismo instante en que, sentado al lado de su cama en el

hospital y acunando su pequeña mano ya consumida, como la de una niña, su corazón dejó de latir y el suyo se marchó con ella. Ya no habría más alegrías, sonrisas, caricias ni susurros de «te quiero» regalados porque sí.

Es lo que le toca al que sobrevive, el recuerdo de un ayer feliz y una vida en un presente injusto.

En el salón de casa, tras terminar las tareas del hogar como le hubiera gustado a Paquita que siguiera haciendo mientras las fuerzas le acompañasen, intentaba mitigar el pasado con la insulsa televisión y la compañía de aquella perra tan buena, el último ser que permitiría que le acompañase. Había decidido no tener más perros a la muerte de Sombra para no dejar en su corazón el vacío que él mismo sentía por la ausencia de su ser más querido.

Ahora le daba conversación aquel muchacho simpático, el que antes de aparecer por su casa ya había visto en las noticias. Parecía escucharle y mostraba una educación que ya no tenía la juventud. Eso se había perdido para siempre. El grandote y risueño que le acompañaba era majo también, aunque tenía pinta de ser un sinvergüenza con las mujeres, su sexto sentido nunca fallaba. Le recordaba al Gregorio, un compañero de la mili que se acostaba con todo lo que se le ponía delante, hasta que le pegaron unas cosas raras en el pito y tuvo fiebres. No, el grandote no era tan sano y formal como Marcos.

—¿Y cómo se entretiene usted aquí, Antonio? —Le preguntaba el inspector. Estaban sentados en los sillones que flanqueaban el sofá ante el televisor mientras el otro policía seguía vigilando la ventana en el dormitorio. Era tarde y a Antonio le faltaba poco para acostarse. Sombra ya lo había hecho y roncaba en su cama de mimbre en un lateral del salón. Marcos la miró un par de veces, parecía que rezase para que aguantara allí toda la noche y no volviera a subirse sobre él en el sofá si decidía dar una cabezada durante el turno de vigilancia.

—Siempre hay mucha tarea que hacer. Limpiar la casa, recoger lo desordenado el día anterior, sacar de paseo a Sombra, podar y regar, hacer la compra, cocinar... Aquí no puede aburrirse uno.

—¿Y no queda con vecinos para dar un paseo, jugar a las cartas o el dominó, o tomar una cerveza o café?

—Ya quedan pocos de mi edad por el pueblo, y para oír los achaques de los demás, prefiero estar aquí tranquilo y hacer mis tareas. Si saco un hueco, me gusta ver la televisión, así me entero de cómo va el mundo.

—Veo que no tiene miedo a la soledad.

—La única soledad que debería preocuparte es la que llevas dentro de ti, no la que te rodea. Estar acompañado de personas no hace que te sientas mejor cuando no tienes el alma arropada por recuerdos y experiencias que nunca van a permitir que estés triste. Esos que ves jugando al dominó en el bar o a la petanca en el parque son personas que llevan la soledad dentro, pero buscan compañía en el lugar equivocado.

Marcos quedó en silencio, no sabía qué decir y solo podía pensar en Laura tras aquellas palabras tan cargadas de sabiduría y experiencia.

—Debía ser maravillosa —dijo por fin.

—¿Quién?

—Su mujer, debía ser una mujer maravillosa y debieron quererse mucho para que usted siga portando su sonrisa a pesar del tiempo que ha pasado.

Antonio llevaba un rato con la mirada fija en el televisor, pero no parecía verlo, como si sus ojos pudieran viajar al infinito y traerle recuerdos que le hicieran compañía cada vez que lo necesitase. Tras las palabras del inspector, sonrió y le dio las buenas noches. Ya era tarde.

Marcos le observó marcharse en silencio, y pesar de la pena que le había producido al principio la soledad del anciano, envidió su carácter jovial, predispuesto y activo, aparte de comprobar que era un raro espécimen de los que ya no se encontraban, de esos enamorados de su mujer hasta más allá de la muerte. Era todo un ejemplo a seguir.

También se levantó y fue a hacer compañía un rato a David.

23 de noviembre de 1917

Cuando en mí la angustia iba en aumento, tu consuelo llenaba mi alma de alegría. Me has dado a conocer la senda de la vida; me llenarás de júbilo en tu presencia, y de dicha eterna a tu diestra.

No, en absoluto, no siento el alma llena de alegría ni he visto la luz sobre la senda de la vida, ni el camino que debe conducirme hasta tu diestra, mi Señor. No los he sentido ni un solo día de mi desdichada vida. No he visto progreso alguno tras tanto sacrificio por mi parte, tras entregarte a la carne de mi carne una y otra vez hasta quedarme sin nada, vacío. No siento más que soledad y angustia, más que miedo e incertidumbre, más que abandono y desdicha. ¿Dónde estás y cuándo llegará tu gracia, tu entrega, tu don, tu bondad hacia el hombre tras la consagración a la que me has conducido?

Solo siento tinieblas en mi alma, y también a mi alrededor. Silencio y desprecio por parte de mis prójimos, todos me observan como si fuera un apestado, un paria, un engendro del diablo. Después de tanto trabajo, de tanto esfuerzo por ellos, después de entregar todo lo que poseo para su salvación, solo recibo indiferencia y dolor. ¿Es esa mi recompensa, Señor? ¿Es eso lo que tienes para mí después de todo lo que he hecho por ti? ¿Acaso no te he dado todo lo que poseía? Mírame, mírame aquí postrado ante ti, suplicando por mi redención, por el perdón de los hombres, por la riqueza prometida.

¿No comprendes que la esperanza que se demora enferma el corazón, pero el deseo cumplido es árbol de vida? Cuando esperaba yo el bien, vino el mal, cuando esperaba la luz, vino la oscuridad. Y ahí me tienes, sumido en las sombras por un mensaje que nunca enviaste con claridad. O disculpa mi incompetencia si no supe interpretarlo, si no supe descifrar cuál era la prueba a la que me estabas sometiendo. Habla y oiré, ordena y obedeceré. Eres mi camino, mi guía, mi luz, mi esperanza. Soy tuyo y mi carne está a tu diestra. Guía mis pies por el sendero de la liberación y podremos encontrarnos por fin.

Para ti, Señor, no hay nada imposible. Por eso te digo con toda el alma:

tú eres mi herencia y en ti confío.

23 de noviembre de 2017

El día anterior no hizo conexión en directo, el canal emitió un reportaje resumen en diferido y ella se dedicó a descansar y ordenar pensamientos en la habitación; solo salió para almorzar y cenar en el comedor del hotel, donde por suerte no tuvo que cruzarse con nadie. Llovía como nunca antes había visto, como si el cielo quisiera recuperar el tiempo perdido para llenar de vida el campo y los ríos, como si llorase por las desdichas de aquel páramo olvidado.

Javi aprovechó para pasar el día con sus padres y hermanos en la capital, así que Laura permaneció con la única compañía de los mensajes que Marcos le mandó durante el día. Él también la echaba de menos, pero aquella situación era necesaria para ambos si deseaban recuperar la confianza del comisario y de los espectadores. Ya tendrían tiempo, tras el caso, para irse de vacaciones y ponerse al día.

De los productores que le habían ofrecido succulentos contratos por incorporarla a sus cadenas no tenía noticia alguna. No sabía si tomárselo como algo positivo o negativo. Quizá no les importase la noticia de su relación con el inspector, tal vez solo la quisieran por su fama, y aquello le había dado más aún. O no se molestaban siquiera en llamarla para cancelar la oferta. No iba a darle más vueltas a ese asunto, lo que tuviera que pasar, sucedería en breve; y contaba con el apoyo de sus productores, tenía garantizado un programa de sobremesa como presentadora y eso era ya más que suficiente, suponía alcanzar el sueño que la hizo estudiar periodismo.

Que la hubieran grabado junto a Marcos podría ser algo beneficioso, el empujón que necesitaba para decidirse por un trabajo u otro, por marcharse de Huelva para mejorar laboralmente o quedarse para mejorar sentimentalmente. Y aunque la relación con el inspector se podría terminar unos meses o años después, y autoflagelarse por la decisión; también podría resultar un fiasco su experiencia conduciendo un programa y que se cancelase. Por lo que también se martirizaría por haber rechazado a Marcos y

la posibilidad de fundar una familia con el único chico del que había estado enamorada.

Si sus caminos se habían cruzado de nuevo después de tantos años era por algo. Ni siquiera se habían visto en Sevilla durante sus etapas universitarias, ni paseando por el centro o saliendo de copas por Huelva. ¿Cuáles eran las posibilidades de volver a encontrarse en la orilla de un lago una noche de invierno y ante un crimen? Tal vez allí debían confluír sus dos universos para formar uno solo. Quizá debiera quedarse todo como estaba. Quizá en vez de presentar un programa con tertulianos del corazón y cargar con una tonelada de maquillaje y la responsabilidad de contentar a un público ávido de cotilleos insulsos, debiera pedir un trabajo como reportera de informativos. Había descubierto que le gustaba investigar sobre los sucesos, buscar a los responsables, entrevistar a los testigos, tratar de llevar la noticia lo antes posible a los espectadores.

—¿Estás despierta?

Javi daba unos suaves golpes en la puerta. Sí, iba siendo hora de levantarse y mover el culo, de enfrentarse al mundo y salir a dar la cara. Haría su trabajo sin importarle que las demás reporteras murmurasen a su paso. Llevaba toda una vida sin importarle lo que pensasen los demás, no iba a dar un paso atrás y comenzar a hacerlo ahora.

—¿Laura?

—Sí, sí. Ya salgo, espérame abajo para desayunar.

«Se acabaron las lamentaciones. Mueve el culo, Laura, sal ahí fuera y cómete el mundo», se dijo.

—¿Hay noticias desde arriba? —preguntó Javi con la boca llena cuando la vio aparecer por el comedor.

—No tenemos ninguna directriz, así que he pensado improvisar. Mandaremos el correo de cada mañana al comisario, al alcalde, al jefe de la civil, a todo el mundo. Nadie contestará, como siempre, pero hay que hacerlo. Luego quiero hacer una serie de grabaciones.

La chica se sentó y volvió a su rutina de tomar un simple café solo con sacarina y media manzana. Quería compensar el atracón de patatas, chocolate, helado y gominolas del día anterior. La pesadez de estómago que arrastraba le pasaría factura a lo largo de la jornada.

—¿En la plaza del ayuntamiento?

—No, quiero empezar con la necrópolis, acercarnos más que la última vez, que se vea bien el lugar donde hallaron a la tercera víctima. ¿Has traído

tu coche?

Javi se puso pálido y dejó de masticar en el acto. Mirando a Laura con pánico.

—No seas gallina, hombre. Esta vez aparcaremos en la entrada y buscaremos un hueco en la alambrada para colarnos. —Javi parecía volver a respirar—. Luego haremos tomas por el pueblo, calles, gente caminando, cafeterías, ayuntamiento e iglesia..., ya sabes, para montar más tarde comentarios o usarlos en noticias posteriores.

—Pero, ¿es necesario hacerlo hoy? Ahora está lloviendo.

—No tenemos nada mejor que hacer, y quizá oigamos o veamos algo mientras grabamos. No seas vago, ¿acaso tienes algo mejor que hacer? Y termina de desayunar, pareces un culturista, por Dios.

—Para una vez que paga la cadena, no pienso parar hasta que reviente. Toma, guarda unas magdalenas en tu bolso para luego.

Marta llevaba toda su vida, o al menos desde que tenía uso de razón, yendo a rezar cada día de la semana a primera hora de la mañana. Se confesaba los martes, que no había nadie en la cola, salvo que sintiese algún deseo impuro o pensamiento de ira o envidia hacia alguna vecina; luego se marchaba a hacer la compra. Así lo hacía su madre antes que ella y así lo había aprendido.

Las ocho y media y la puerta seguía cerrada, llevaba media hora esperando y el padre Gabriel no aparecía. ¿Estaría enfermo? En tal caso habría avisado al sacristán para que se encargase de sus tareas, pero allí nadie aparecía y ella llegaría tarde al supermercado. Miró el reloj de pulsera por enésima vez, suspiró y probó de nuevo a empujar la gran puerta de madera. Nada.

Seguro que en el super había ya una docena de vecinas. Qué rabia le daba tener que conversar con ellas mientras se las cruzaba por los pasillos o cuando hacía cola en la caja, siempre contando chismorreos y haciendo que tardase más del doble en volver a su casa. Aquello no era justo, no podían hacerla esperar tanto para rezarle al santo. Seguro que el día traía alguna desgracia. Cuando a una ni le permiten rezar por las mañanas, es que el mundo se está volviendo loco. Eso era culpa de las tecnologías y las ondas que viajaban por los cables, todo el pueblo y el campo estaban ahora llenos

de cables por todas partes. Antes paseaba una y solo se veían pinos, encinas y pájaros cantando.

La juventud solo trae desgracias. Ya nadie guardaba luto, mientras ella llevaba veintisiete años vistiéndolo por su querido Juan, que en paz descanse; ni se respetaba a los mayores como se hacía cuando era pequeña; ni se preocupaba nadie por los valores de la familia, de seguridad, amor, generosidad, lealtad y responsabilidad. Si ya ella lo vaticinó cuando dijeron que venía un párroco nuevo. Aquel crío imberbe no podía ser el encargado de enseñar la palabra de Dios, no señor. Y sus palabras se reafirmaron el primer domingo, cuando oyó la misa en castellano, como si estuviese de tertulia en el bar. ¿Será posible? ¿Adónde vamos a llegar con las moderneces? Con lo bien que daba la misa en latín el padre Federico. Que Dios lo tenga en su gloria.

—Antonia —dijo para llamar la atención de una vecina que pasaba por el parque frente a la fachada de la iglesia—, mira las horas que son y la iglesia aún cerrada.

—Qué raro, ¿no? ¿Has ido a llamar al padre Gabriel a su casa?

—Sí, claro, no tengo yo nada mejor que hacer que ir a despertar a ese zángano.

—Pero si vive en esa casa de ahí, no hay ni diez metros.

—Es una cuestión de principios. Yo hago mis tareas cada día sin que nadie me tenga que llamar la atención.

—Pero mujer, a ver si el pobre hombre ha tenido un accidente.

—Ave María Purísima... Bueno, en ese caso, acompáñame y lo busquemos juntas.

La puerta de la vivienda se abrió con la presión de los golpes. Era habitual tener las puertas sin el cerrojo echado en el pueblo, al menos los días entre semana, pero abierta de aquella forma no era lógico.

—Gabriel, padre Gabriel, ¿se encuentra usted bien?

Las dos señoras no se atrevían a entrar sin permiso, pero nadie contestaba desde el interior de la oscura vivienda y comenzaron a preocuparse. Quizás Antonia tenía razón y había sufrido un accidente, o un infarto. Cada año estaba más gordo y ya se oía más fuerte su respiración que su voz durante las homilías. Dieron un paso, el más difícil por el decoro que sentían, y entraron en el recibidor.

—¿Qué hacéis por el pueblo? ¿El comisario ha aumentado la presión policial sin avisar? —Cristina volvía de comprar un dulce en el supermercado, y estirar las piernas de paso, cuando se encontró de repente con Nuria y Alberto, dos compañeros de la central que se encargaban de trabajo administrativo para el caso.

—No te lo vas a creer, pero el cura del pueblo ha desaparecido. El comisario sospecha que pueda estar relacionado con el caso, pero aún no hemos inspeccionado su casa, así que no podemos sacar conjeturas —respondió Nuria.

—La capital se va a quedar sin policías.

—Ya te digo, menudo pueblo. Hay más actividad aquí que en el resto de la provincia.

—Podíamos habernos acercado alguno de nosotros.

—El comisario dejó claro que ya os coméis turnos de doce horas y que mejor que no os vieran entrando y saliendo mucho de la casa esa en la que tenéis montado el operativo.

—Luego podemos quedar para almorzar, le diré a Fran que comeré con vosotros; espero que no se enfade por comer solo. En el pueblo no hay mucho donde elegir, pero se come muy bien.

—Eso está hecho, luego nos vemos. Saluda a Fran.

—De vuestra parte.

Cristina dio la vuelta a la calle para entrar por el patio trasero y cruzó la casa después de responder con una sonrisa agradecida el enésimo piropo que Antonio le hacía esa mañana, se le veía muy animado. Sombra también, tumbada a los pies de su amo, golpeaba el suelo con la cola cada vez que veía a la oficial.

—No te vas a creer a quiénes he visto por la calle.

—A Nuria y Alberto —respondía Fran sin apartar la vista de la ventana.

—¿Cómo lo sabes? ¿Han mandado mensaje desde la central?

—No, pero dos policías nacionales de uniforme han pasado por delante de la puerta. El pelo canoso y los andares arrastrando los pies de Alberto y la melena de leona y la silueta inconfundible de Nuria.

—¿Silueta inconfundible?

Fran hizo una pausa incómoda, no sabía qué decir y se le notaba demasiado. Lanzó una mirada rápida hacia su compañera y el semblante inquisidor de esta no le transmitió mucha confianza.

—Bueno... ya sabes, nos adiestran para ser buenos analizando la fisionomía de las personas.

—¿Y analizas a menudo la fisionomía de Nuria?

—No, pero si tuviese la nariz más grande del mundo y lo comentase, no estarías mirándome con esa cara. Si Nuria tiene un pecho tan desproporcionado que hasta le han tenido que adaptar el uniforme, pues tampoco creo que sea un crimen ni una infidelidad que lo mencione.

—Si algún compañero masculino tuviese un paquete desproporcionado, hasta el punto de que le tuviesen que adaptar el pantalón del uniforme, ¿te gustaría que lo mencionase como rasgo principal al referirme a él?

—No me puedo creer que estés montando todo esto por una tontería así, cuando sabes perfectamente que te quiero y que Nuria es lesbiana.

—¿Has dicho que me quieres?

Otro silencio incómodo para Fran, menudo día llevaba, entre la investigación tan aburrida, el extraño distanciamiento de Cristina y ahora esta conversación...

—Nunca me lo había dicho antes —añadió ella.

—Bueno, quizá me cueste ser cariñoso. Ya sabes cómo somos los hombres, nos cuesta ponernos tiernos, pero eso no quita que no tengamos sentimientos.

—¿Sentimientos? —espetó con una medio sonrisa—. Nunca te habría imaginado diciendo esa palabra.

—¿Lo ves? Ahora te ríes de mí. Mi autoestima como policía no se siente cómoda con todo esto. Vamos a cambiar de tema.

—Anda y ven aquí, tipo duro. A ver si sale Antonio a pasear al perro que vas a ver lo que es bueno. Ya va siendo hora de darle un uso más divertido a esta cama tan grande

—Quita, no seas pegajosa. No podemos distraernos de la investigación.

—Serán solo unos minutos, y podemos hacerlo mientras miramos por la ventana.

Fran trataba de quitar las manos de Cristina de su pantalón y evitar que siguiera dándole besos en el cuello. Si el anciano entrase o pasase frente a la puerta, que permanecía abierta, se llevaría una imagen un tanto peculiar de la seriedad de la policía. Aquella situación era divertida a la vez que embarazosa, pero no había logrado que olvidase el extraño comportamiento de la chica, especialmente los cambios de humor repentinos que tenía, los largos momentos en que parecía ausente y el hecho de haber vomitado esa

mañana a pesar de no estar mareada.

Era un alivio poder salir de la oficina, dejar de hipnotizarse frente a la pantalla del ordenador y levantar el culo de la silla. El trabajo de campo era una bendición cuando una llevaba tanto tiempo encerrada en la cueva. Claro que oía el caso contrario por parte de su compañero. Alberto llevaba años patrullando sin acceder a las rotaciones de la oficina, en parte porque se llevaba fatal con el ordenador, no sabía usar los canales de búsqueda y tecleaba como una abuela el primer día de clases de informática; como tampoco tenía mucho don de gentes a la hora de pedir colaboraciones, informes o datos por teléfono. Así que se moría por estar en invierno bajo el arropo de la calefacción y sentado en un sillón cómodo de escritorio. En verano no le importaba tanto, siempre sonreía contando anécdotas de lo fresquitas que iban las chicas a la universidad o la playa. Nuria intuía que a esas chicas las veía desde el interior del coche patrulla y con el aire acondicionado al máximo.

El cielo anunciaba que llegaría en pocas horas una fuerte tormenta desde el norte, así que ya estaría diluviando en toda la sierra. Al montarse en el coche notó el frío húmedo que calaba los huesos, aunque quizá era la falta de costumbre y que echaba de menos el pequeño radiador que tenía bajo la mesa de su escritorio. Ahora lo estaría usando su compañero Miguel. Ya en el trayecto en coche disfrutó con las vistas, llevaba casi año y medio sin ir a la sierra y todo se veía tan verde. Una suave llovizna les sorprendió media hora antes de llegar al pueblo, en pocos minutos se convirtió en un torrente que obligaba a reducir mucho la velocidad y estar atento a la carretera, que se volvía resbaladiza en sus curvas más cerradas. Se bajaron del coche y Alberto habló por primera vez en toda la mañana. Nuria intuyó que si su conversación favorita eran las chicas, se sentiría muy intimidado con ella como compañera. Desde luego que parecía azorado como un adolescente pidiendo por primera vez salir a una compañera de clase.

—¿Aparco aquí o intentamos llegar a la calle? —se limitó a decir.

—¿Qué le pasa a la calle? —respondió ella.

—Yendo desde aquí, tendríamos que subir en dirección prohibida.

—Entonces aparca por aquí, si no queda nada, nos vendrá bien el paseo bajo la lluvia —dijo con una sonrisa irónica. En el fondo agradecía salir del

coche, que estaba empañado de vaho y le estaba provocando dolor de cabeza al tener la calefacción al máximo.

Cuando se encontraron con Cristina y conversaron entre ellas, a Nuria le dio la sensación de que Alberto estaba aún más agobiado con la situación. «Cada vez más chicas en el cuerpo, adónde vamos a llegar. No veo yo a estos muy aptos para enfrentarse a un tipo grande y violento», parecía pensar en ese momento según la imaginación de Nuria. Luego, a pesar de no haber transcurrido ni dos minutos, comenzó a resoplar con impaciencia, como si fuese un suplicio el tener que soportar el cotorreo de dos marujas. No, Alberto no iba a ser su pareja ideal, pero era mejor soportarle que aguantar más días metida en la central. Ya contaba los minutos para la hora del almuerzo y tener con quién conversar.

La vivienda del párroco era como todas las demás del pueblo, salvo que no habría tenido que pagar hipoteca por ella, ni I.B.I.; menuda suerte tenían los curas. Quiso decirle eso a Alberto, pero pensó que quizá él no era ateo, como ella, y pudiera molestarse. Se aseguraron de colocar los paraguas en una zona de la entrada en la que no destruyesen una posible pista y entraron tras enfundarse guantes de látex. Se notaba que faltaba el dueño desde hacía muchas horas, hacía casi tanto frío en el interior como en la calle.

El recibidor contaba con un perchero y un mueble tipo cómoda, ambos de madera oscura, como el resto de muebles que luego observaron por la casa. En uno de los cajones solo había facturas de agua, luz y gas, y en el resto enseres como pilas, llaves sueltas, cargadores de móviles o zapatos. En el perchero había un abrigo de buena calidad, prácticamente nuevo, y dos paraguas.

De ese recibidor se pasaba directamente al salón, pero antes, a ambos lados, había puertas que comunicaban con dos dormitorios, uno de ellos, el de la izquierda, reconvertido en despacho y almacén de trastos viejos. Aquella parte le tocó a ella, el dormitorio se lo adjudicó Alberto «por sus galones y veteranía». Nuria no sabía por dónde empezar en aquel caos, pero decidió hacerlo por el escritorio, allí se encontró con misivas del obispado que contenían sugerencias, informes y datos sobre posibles cambios en la temática de las misas. También correspondencia con su hermana, que vivía en Córdoba, y un sin fin de material de oficina. No había ordenador, ni portátil ni de sobremesa. Leyó cada documento o nota y buscó algún doble fondo en cada cajón. Luego se dedicó a los trastos, aquello no prometía mucho, eras sillas viejas, alguna mesita, una máquina elíptica para hacer

ejercicio que estaba rota, cuadros antiguos y cajas de cartón, todas contenían ropa vieja, posiblemente donada por los vecinos.

Alberto apareció por la puerta y le dio un susto de muerte. Llevaba en la mano una fusta de cuero y se mostraba jovial como un niño.

—Mira lo que tenía este tipo escondido en el armario.

A Nuria le recordó las películas que había visto sobre el Opus Dei y los cilicios o látigos para autocastigarse.

—Parece que al padre le iba la marcha —añadió el subinspector.

Sin duda que no era religioso, eso soltaba buena parte de la tensión entre ambos, quizá aún pudiera hacer de aquel dinosaurio un compañero divertido.

—Preferiría no tocarlo, a saber qué zonas del cuerpo se azota y si lo limpia después de usarlo —respondió ella con una risita contenida. Alberto lo dejó caer al suelo en el acto y puso cara de asco.

Pasaron a registrar a medias el salón y luego la cocina y el baño, dejando el patio para el final, a ver si con un poco de suerte había dejado de llover. No llevaban media casa revisada cuando llegó la hora de almorzar, y aún no habían encontrado ninguna prueba que vinculase al párroco con los asesinatos, tampoco había indicios de que se hubiese marchado del pueblo por su propia voluntad. Las maletas estaban en la casa, el coche aparcado en el garaje, toda su ropa, zapatos, abrigos, documentación, dinero en una cajita de metal. Nadie se marcharía de casa dejando todo aquello, parecía haber desaparecido sin más. Y si había dejado la puerta abierta, no tenía sentido apagar las luces, así que, lo que fuera que ocurriese, sucedió durante el día. No había sangre en el suelo, muebles movidos o rotos ni ningún otro rastro de violencia, así que solo podían hablar de desaparición a secas, sin poder vincularla al caso principal ni asegurar que allí se hubiese cometido un delito.

La conclusión provisional que Nuria sacaba del registro y análisis era que el párroco había salido sin abrigo ni paraguas porque pensaba regresar muy pronto, o alguien pudo entrar en la vivienda y llevárselo sin que forcejeasen, un conocido. Lo único que no le quedaba claro era el por qué no había regresado. Quizá sufriese un accidente, tal vez estuviese retenido en otra vivienda, podría estar disfrutando de unos días de relax. No, esa última opción la descartó en el acto.

Según Marcos, que el cura hubiese desaparecido tenía muchas

interpretaciones, y la de estar agobiado por el trabajo estaba descartada, prefería centrarse en las otras dos propuestas por Nuria. El inspector se acababa de levantar tras dormir unas horas en su casa de Huelva, se echaría luego un rato más tras el almuerzo y partiría a la tarde con David hacia Riotinto para otro turno de noche. Aún era pronto para dejarse ver con Laura y demasiado arriesgado ir a dormir a su hotel, así que no había mucho que decir al respecto. Recibió el mensaje de Nuria justo al despertarse y, ante un plato de pasta y una lata de coca-cola, meditaba las opciones planteadas por la agente.

El cura podría ser el asesino. El fervor religioso del asesino original de 1917 creaba un vínculo con el imitador, era más que posible que fuese alguien vinculado de forma directa con la religión. Quizá el padre Gabriel se había marchado o escondido para culminar su obra, evitando así la presión policial. Se trataba de un vecino al que todos conocían y tenían aprecio y amistad, importante para ganarse la confianza de los niños y lograr llevarlos con él para asesinarlos.

La segunda opción era que hubiera sido raptado por el verdadero asesino. Ese vínculo religioso que tendría el criminal podría haberle delatado por su contacto con el párroco. Si el cura oyó o vio algo sospechoso y había tratado de convencer al asesino para que abandonase sus fechorías, era posible que este lo hubiera quitado de en medio para evitar un testigo. Quizá incluso se lo contó como secreto de confesión.

Esas dos hipótesis eran las que más convencían a Marcos, aunque de la primera no estaba convencido del todo, había una laguna en el planteamiento. Si la policía no iba tras él párroco, si no existía presión policial alguna, no tenía sentido la desaparición, al contrario, ahora sí que había llamado la atención. ¿Sería ese el motivo? Podría ser el criminal y trataba de jugar al gato y el ratón, como cuando realizó la llamada a la Policía Local.

Debió sacar unos minutos para entrevistarse con el cura. Llevaba días pensando hacerlo, pero acabó dando prioridad a otras labores y ahora se arrepentía del error. No tenía la más mínima duda sobre la vinculación del párroco y su desaparición con los crímenes, en mayor o menor medida, y quizá hubiese avanzado en la investigación de haberse entrevistado con él unos días antes. Estaba perdiendo instinto, facultades, aquello no le gustaba.

Apenas había tocado la comida, el caso le absorbía toda la atención. Hizo el esfuerzo de probar bocado mientras apuntaba en una libreta esas conjeturas y lo que pensaba pedir a sus compañeros de la investigación. Entró en el

dormitorio, comprobó la alarma del móvil y se acostó de nuevo.

No pudo dormir más, se limitó a dar vueltas en la cama a esos últimos pensamientos. Su organismo no estaba recuperado de la falta de sueño, pero el cerebro le impedía descansar; sabía de la importancia de no perder un minuto ahora que solo faltaba arrestar al asesino antes de que finalizase su «misión». Se incorporó en la cama y colocó el portátil sobre su regazo, debía enviar muchos mensajes y adelantar trabajo. Luego llamó a David y le pidió que estuviese listo en quince minutos. Podrían resolver algunos asuntos por el pueblo antes de comenzar su turno de vigilancia.

El sacristán no se encontraba en casa cuando Marcos y David llamaron al timbre de la puerta. Eran poco más de las siete de la tarde y solo se les ocurría otro lugar en el que pudiera estar. Caminaron calle abajo unos doscientos metros y entraron por la puerta principal de la iglesia. No necesitaron preguntar, el lugar estaba casi vacío a consecuencia del temporal. Dentro solo había dos señoras mayores vestidas de negro y rezando, una chica joven que hacía fotos con el móvil y, al fondo tras la mesa del altar, un señor de mediana edad, muy delgado y activo.

—Espera David, esperemos unos minutos, quiero ver si se pone nervioso.

—¿Sospechas que pudiera ser el asesino?

—¿Quién sabe? Esperaré hasta haber hablado con él antes de responderte.

—Pues cuéntame algo que no sepa, ¿o estaremos aquí en silencio todo el tiempo?

—Recibí este mediodía un mensaje de Maite. La autopsia de la tercera víctima ya está finalizada. El asesino también usó un somnífero casero como en la segunda víctima, Diazepam diluido en agua para inyectarlo con facilidad; un cuerpo tan pequeño queda dormido durante una hora o quizás menos. Es imposible de rastrear, ya que es un medicamento que se vende mucho y el asesino pudo comprarlo hace años o ir a una farmacia de la capital.

—Sí, cuando Fran y Cristina preguntaron en las farmacias del pueblo y de Nerva, les dijeron que se vende a los mineros como gominolas.

—Por lo demás, no hay muestras de acoso. Recibió dos golpes en la cabeza producidos con lo que seguramente fue la pala de cavar el agujero, no suficientes para matarla ni que perdiese el conocimiento, pero sí para aturdirla al resistirse a ser enterrada viva.

—Joder, cómo me gustaría estar un rato a solas con ese tipo.

Marcos no respondió, aunque pensaba de igual modo. Ya había observado al sacristán el tiempo suficiente, sin ver muestras aparentes de nerviosismo por la presencia de los policías. Al acercarse a él notaron un más que visible gesto de malestar por interrumpirle en su trabajo.

—Buenas tardes, ¿es usted Francisco Martínez, el sacristán de esta iglesia?

—Sí, señor, pero pueden llamarme Paco —respondió con voz ronca y mirada desconfiada.

Marcos se identificó, así como a David, y le comunicó que debía hacerle una serie de preguntas relativas a la desaparición del párroco. Paco asintió y les invitó a pasar dentro de la sacristía para poder continuar con sus tareas.

—¿Lleva muchos años trabajando junto al padre Gabriel?

—Desde que llegó para sustituir al padre Federico, yo por entonces llevaba tres años aquí.

—¿Tiene confianza con él? Supongo que tantos años juntos han debido crear un vínculo de amistad.

—Bueno, no tenemos los mismos gustos y aficiones. Él prefiere irse a casa a leer cuando tiene un rato libre, o montar en bicicleta si el tiempo acompaña. Yo suelo irme a casa, cuido de mi madre enferma, o me paso un rato a tomar una cerveza por el bar. Allí hacemos campeonatos de cartas o quedamos para ir a por setas los fines de semana; no me gusta comer setas, pero aquí todo el mundo lo hace en esta época. Así que solo veo al padre cuando coincidimos en la iglesia.

Paco se afanaba con tesón en sus tareas a la vez que hablaba, aquel hombre parecía la eficiencia personificada. Casulla, cíngulos, estolas y otras pertenencias del cura estaban impecablemente limpias y planchadas, colocadas en los cajones abiertos de un chifonier y en orden para ayudar a colocárselas al párroco. También revisó que hubiese obleas y vino suficientes para la eucaristía y apuntó en un papel que debía comprar seis bombillas nuevas, dos para sustituir las fundidas y las otras cuatro de reserva. David parecía ponerse nervioso ante lo rápido que se movía por la estancia.

—¿Cree que alguien pudiera hacerle daño? ¿Algún vecino o extraño llegado en las últimas semanas o meses que pudiera tener intenciones de agredirle?

—¿Lo pregunta en serio? Claro que no, ¿quién querría hacer daño a un cura? El padre Gabriel no entraba en disputas ni socializaba apenas, más allá de dar consejo o confesión a los feligreses.

—¿Le contó algo... —Marcos trató de elegir la palabra adecuada— inusual en los últimos días o semanas? ¿Algún problema personal que hubiera tenido? ¿Algún roce con alguno de esos feligreses?

—No hablábamos nunca de temas personales, pero le vi extraño.

—¿Extraño? —Los policías se lanzaron una mirada de soslayo.

—Estaba muy raro, como si su cabeza estuviese en otro sitio; sudaba más de lo corriente en él; caminaba deprisa y moviendo los labios como si contase en voz baja algo a sí mismo. La misa del domingo pasado... parecía un robot, como si sus labios la recitasen de memoria pero él no supiese ni lo que hacía ni dónde estaba. Ni siquiera parecía darse cuenta de que lo ayudaba a vestirse antes de la misa, ni luego al desvestirlo.

—Entiendo. ¿No se interesó por él ni le preguntó si le sucedía algo?

Paco se encogió de hombros.

—No solíamos conversar, solo me daba indicaciones y yo cumplía. Pensé que podía tener fiebre o que habría tenido alguna discusión con su hermana. No se me ocurrió que pudiera marcharse sin avisar.

—¿Ha visto a alguien extraño por la iglesia o alrededores? ¿O quizás hablando con Gabriel?

—Estos días hay muchos extraños, como ustedes. Con todo el revuelo que se ha formado, el pueblo está revolucionado y muchos vienen a curiosear, hacer fotos..., como si esto fuese una calle más o un monumento de una ciudad turística —dijo con pesar y algo de malhumor.

—Suele ocurrir. Luego todos desaparecen y algunos lo echan en falta —apuntó David al recordar que la chica joven que hacía fotos con el móvil había dejado dinero en el cepillo y las beatas que rezaban no.

—Bueno, no nos salgamos de la entrevista. —Marcos lanzó una mirada significativa a su compañero, las opiniones personales no tenían cabida en una investigación—. ¿Sabe si el párroco tiene algún inmueble en el que hospedarse o un amigo cercano con el que haya podido marcharse?

—Toda la familia del padre Gabriel —hizo hincapié en la palabra padre, como si le molestase que los policías no le tuvieran esa referencia o respeto— es su hermana Cándida, que vive en Córdoba y con la que nunca ha tenido mucho trato, ni especialmente cordial tras una herencia en la que sus padres se lo legaron casi todo a Ga... al padre Gabriel. De eso me enteré porque mantuvo una conversación por el teléfono móvil en esta misma estancia hace unos cinco o seis años. De amigos no sabría decirle, aparte de los parroquianos del lugar, nunca le vi hablar familiarmente con nadie.

Paco hizo un gesto con sus manos que indicaba el fin de la conversación, si es que no tenían más preguntas que hacerle. Un hilo de hostilidad era percibido por los policías, pero era algo habitual cuando se entrevistaba a algunos testigos o personas relacionadas con el caso. Marcos y David se encaminaron a la puerta, cuando el inspector se giró.

—¿Por qué tanto empeño en sus tareas? El párroco no está en el pueblo y hoy no es día de misa.

—Aquí no se deja de trabajar bajo ningún concepto. Mis tareas son las que son, independientemente de que esté el padre o no. Además, mañana a primera hora vendrá un representante del obispado para sustituir al padre en su ausencia o algún sacerdote de la zona que cubra sus responsabilidades, aún no me lo han aclarado.

Aquello había sido una vía muerta, salvo el detalle del nerviosismo y comportamiento en general de Gabriel en los últimos días. Sería demasiada casualidad que se comportase de un modo inusual a los ojos de quien le servía desde hacía décadas cuando se estaban produciendo esos horribles crímenes en el pueblo. El padre estaba implicado de algún modo, era el asesino o le conocía, en cualquier caso estaba de fango hasta las axilas. Encontrarle era vital para la investigación.

Caía la tarde sobre el pueblo y el monte que se extendía más allá del barrio inglés de Bellavista, un panorama que solía ser digno de una postal en los días soleados y que podía admirarse desde la sala de juntas del ayuntamiento, pero con aquella tormenta solo se veía agua golpeando los cristales y un fondo gris oscuro y borroso que presagiaba una noche de aguacero. Los que allí se encontraban, el alcalde con sus concejales y consejeros, estaban demasiado ocupados como para pensar en el tiempo. La reunión extraordinaria convocada por el edil para buscar soluciones al momento de crisis que vivían estaba llegando a su fin.

Manuel se desesperaba ante tantas presiones, le llovían insultos y órdenes desde todos los frentes. Y no podía más con aquella situación. Maldita fue la hora en la que decidió presentarse a alcalde. Ya le decía su mujer que se centrara en sus clientes, sus juicios y jugar unas partidas en el club de golf los domingos. ¿Para qué meterse a solucionar la vida de quienes no lo habían pedido ni lo agradecerían después?

—¿Y qué hacemos con la prensa? Se reproducen como ratas y se comportan igual —dijo un concejal.

—Pues tu mujer está encantada, el bar va mejor que nunca con tanto periodista y turista —le respondió un asesor.

—Tampoco entremos en eso. Comen lo más barato y nunca dejan propina, aparte de pedir factura. Así que tampoco será tan positivo para la economía del pueblo.

—Claro, mucho mejor pagando en efectivo, ¿verdad?

La mofa del asesor crispó aún más los nervios del concejal. El alcalde tuvo que poner orden.

—Si os comportáis como niños, os echaré de la reunión, ¿está claro? — Se produjo un silencio que los asistentes aprovecharon para mirar sus papeles o perder la vista en alguna ventana—. Demasiado serio es lo que está ocurriendo aquí como para andar pelando por temas personales. Tenemos que solucionar una serie de cuestiones y quiero sugerencias positivas. Lo primero de todo, y más molesto, es la prensa.

—Que se fastidien y hagan su trabajo. No tienen por qué estar molestando todo el día.

—Pues yo creo que podemos convocar una rueda de prensa diaria, a primera hora o a la última de la tarde y contar todo lo que sepamos, así les tenemos contentos y no nos agobian por la calle.

—Esa idea es muy buena, Luis —respondió el alcalde entusiasmado—. ¿Y la policía? Tenemos asignados a todos los efectivos de la Policía Local y la Guardia Civil como apoyo a los nacionales de la capital. Algunos vecinos se han quejado porque, al poner denuncias por altercados locales, no había ningún agente para ayudarles.

—Pues nuestros policías y guardias solo hacen tareas administrativas de apoyo, así que se están haciendo los suecos para no atender las denuncias locales.

—Sí, ya lo pensé. Debemos apretarles las tuercas para que sepan que no nos temblará el pulso a la hora de pedir despidos o suspensiones de empleo y sueldo. Además, los que no estén haciendo nada, podrían contener a la prensa en los alrededores del ayuntamiento.

Todos asintieron y Manuel pasó al punto siguiente.

—¿Cómo va la creación del gabinete de crisis para tratar de limpiar lo antes posible el nombre del pueblo? No podemos permitir que durante décadas nos llamen «El pueblo de los niños asesinados». Vamos a desbancar

a Puerto Hurraco como el pueblo más negro del país.

—He pensado —respondía el concejal de festejos— en colocar un plasma aquí en la pared con imágenes de la mina, el cerro del Corta Atalaya al atardecer, el tren turístico con familias sonrientes, la iglesia, el barrio inglés. Así mientras hablas salen las imágenes detrás y, de forma subliminal, todos podrán ver lo bonito que es el pueblo para hacer turismo. También podemos poner imágenes de setas, cogí yo el domingo una que casi llenaba la canasta entera...

—Me parece bien, esa es buena idea. También podemos pedir colaboración a Huelva, que en las oficinas de turismo se centren en recomendar el pueblo como destino principal y hacer hincapié en lo bonita que es la zona y las cosas que pueden hacer por aquí los turistas que lleguen preguntando por los asesinatos.

Todos callaron, no les gustaba esa palabra y rezaban para que no se volviera a pronunciar en el pueblo nunca más.

—Y ahora nos encontramos con la desaparición del padre Gabriel. Parece que a perro flaco todo se le vuelven pulgas. La Policía Nacional tendrá que construirse una comisaría en el pueblo si esto sigue así.

—¿Y si le hubieran asesinado también?

Era un simple comentario de un asesor, pero todos se giraron para mirarle perplejos.

—Ni se te ocurra decir esa barbaridad. ¿No has tenido bastante ya con los tres niños?

—Solo decía lo que pensamos todos. Los niños desaparecidos acabaron encontrándose...

—Quiero pensar que esto no tiene nada que ver con lo de los niños. Que el padre Gabriel se ha ausentado por algún motivo, o que ha salido a dar una vuelta en bicicleta y ha tenido un accidente. Esperemos que lo encuentren rápido y esté bien —zanjó el alcalde.

La reunión llegó a su fin tras el debate y la asignación de tareas para cada responsable de un área de gobierno. Pidieron al cabo Ángel que les mantuviese informado de cualquier novedad sobre el caso del párroco y que se empleasen todos los medios a su disposición para encontrarle lo antes posible. Los presentes abandonaban la sala entre murmullos y conversaciones privadas cuando Javier, el concejal de cultura y actividades, pidió al alcalde hablar unos segundos a solas.

—Dime, ¿qué te preocupa?

—Hace mucho que no se habla de la mina, de presionar a la concesión para mejorar las condiciones de los trabajadores.

—No somos un sindicato, Javier.

—Lo sé, pero la mina es como nuestro monedero, sin ella no subsistiríamos. Si vuelve a cerrar... ya imaginas las consecuencias. El pueblo se creó para dar cobijo a sus trabajadores y llevamos más de seis generaciones mamando de esa teta como para descuidarla ahora.

—Pero los crímenes y la desaparición del cura son prioritarios. Cuando esta pesadilla haya pasado y todo se haya calmado, volveremos a nuestras tareas habituales.

—Me da la impresión de que las prioridades no están del todo claras, Manuel. Los tres niños y el cura son solo cuatro vecinos en un pueblo de cuatro mil; y contando La Dehesa, El Campillo y Nerva somos más de doce mil los habitantes que dependemos de forma directa o indirecta de la mina.

—Eso es muy cruel y desconsiderado hacia las familias de los pobres niños.

—Es que somos políticos. No debemos ser considerados sino pensar en el bien común. ¿Quién está haciendo algo por todos ellos en estos momentos? ¿Quién se está preocupando por su futuro y por mejorar sus condiciones de vida? Al final, soy el único que está trabajando y pesando en ellos.

—Todos pensamos en ellos, pero por el momento no podemos hacer otra cosa al respecto. El tema de la mina será abordado después.

—Está bien, olvídalo. Sé que no lograré hacer que cambies de idea.

Javier salió de la sala ante la atónita mirada del alcalde, que no comprendía la falta de empatía de su amigo hacia los familiares de los niños.

Regresar a la necrópolis fue duro, habían pasado dos días, ¿o eran tres? No lo recordaba con claridad, parecían meses. Y no fue la transmisión en directo, ni la imagen de los policías vestidos de amarillo, la exhumación del pequeño cuerpo o el golpe con el coche; de aquella mañana solo recordaba la derrota física y mental. Estaba colapsada por el trabajo incesante que llevaba realizando durante esa semana bajo una presión que ella misma se había inducido.

Al caminar por el lugar observó que del trabajo policial no quedaba rastro alguno, ni cintas blanquiazules de «prohibido el paso» ni huellas, ni siquiera

el paso de forenses o la policía científica. Lo que no se habían llevado ellos, lo habrían hecho los curiosos o acabó barrido por aquella lluvia que no cesaba de caer. Quizá desde el ayuntamiento se apresuraron por devolverle su aspecto original y así tratar de convencerse a sí mismos de que el macabro suceso nunca había ocurrido. Javi grabó imágenes de la zona y Laura comentó ante la cámara un pequeño discurso que había redactado la noche anterior.

Desde la plaza frente a la fachada principal de la iglesia intentaron sin éxito aprovechar el sol de la mañana, que solía bañar todo el frontal de piedra del edificio en días claros, para hacer una nueva grabación. Quizá dejase de llover y pudieran volver unas horas después. Tras la desaparición del párroco, muchos vecinos que paseaban por el lugar respondieron a las preguntas de la reportera y comentaron sus opiniones y suposiciones con respecto a lo que le habría sucedido al padre Gabriel. El sacristán, con malos modos, les impidió entrar con la cámara en la iglesia, aunque todo quedó grabado y sería un buen material para montar y emitir por la tarde. Quizá volviesen a la plaza para usar la iglesia como escenario del directo.

Recorrieron cada calle del pueblo en busca de vecinos que quisieran hacer declaraciones, luego seleccionarían los mejores. Era una suerte que contasen con mucho material grabado en días anteriores, con mejor clima; niños pequeños jugando en un parque bajo la protección de sus padres, ancianos caminando al atardecer, trabajadores de la mina al volver de su turno, turistas que visitaban la zona. Aquellas secuencias se fusionarían con las opiniones de diversos colectivos sobre los sucesos acaecidos y darían un tono muy humano a su reportaje.

Hicieron una única parada durante el duro día de trabajo. A las cuatro de la tarde fueron al hotel para almorzar, quitarse la ropa empapada y darse una ducha caliente. Laura aprovechó para elegir la ropa que usaría en la emisión en directo. Javi usó ese tiempo para hacer selección de material y mandar las notas sobre el montaje que la reportera había elegido; básicamente, el orden de emisión de cada trozo de video y la palabra clave de su discurso para cambiar de cada secuencia a la siguiente.

—Buenas tarde estimados televidentes —unos pocos vecinos se agolpaban tras ella y bajo sus paraguas en la plaza de la iglesia, el foco de la cámara daba algo más de luz a Laura con respecto a la fachada del templo, que parecía sumirse despacio en la oscuridad de la noche y la densa lluvia—. Me encuentro en estos momentos en un lugar muy simbólico para todos los

vecinos de Minas de Riotinto, atrás pueden ver la iglesia a la que tantos han ido a rezar por las almas de tres inocentes niños que ya no volverán jamás a sus casas —imágenes de vecinos afligidos dando las condolencias—. Nos hubiese gustado mostrar el bello templo y hablar con el sacristán sobre lo sucedido, aparte de la extraña desaparición del párroco —imágenes del sacristán enfadado, echándoles del lugar—, pero se nos ha negado la entrada. Y como dicen que Dios se encuentra en todas partes, aquí en la plaza es donde han decidido los vecinos rezar y hacernos compañía. Y es que nada frena el curso de la vida, así que estos vecinos valientes y cargados de coraje continúan adelante —imágenes de trabajadores de la mina, paseos de ancianos y excursionistas llegando de coger setas o dar una vuelta por el campo—, aunque persiste el recelo con respecto a dejar a los niños la tan valiosa libertad que disfrutaban hasta hace unos días —imágenes de niños en los parques bajo la supervisión de sus padres—. Quizás el tiempo siga avanzando para todos en esta pequeña y hermosa localidad del Andévalo onubense, pero una cúpula de velo gris seguirá sobre sus corazones tras haber sufrido las consecuencias de los horrendos crímenes que han puesto a prueba su esperanza y fortaleza. Desde aquí pedimos a la policía que no descansen hasta sacar de las calles a ese terrible monstruo...

Una emotiva melodía acompañó la parte final del discurso y la despedida de Laura, así como imágenes de niños jugando felices. Fundido en negro y vuelta al plató en directo.

¿Cómo se había convertido su vida en un caos en solo una semana? Nunca hubiese imaginado que su trabajo, fácil de realizar y de unas dos horas al día, se acabaría transformando en algo tan absorbente, e incluso peligroso. Recordaba con una sonrisa la anécdota vivida en los calabozos de la Guardia Civil, pero podría haber acabado mucho peor si aquel sargento lunático no hubiera sido frenado a tiempo por el alcalde. El accidente de coche colina abajo tampoco estaba entre los momentos épicos que recordaría de forma agradable cuando tuviese nietos frente a una chimenea. El caso es que siempre acababa saliendo todo bien y lograban un reportaje de primera. Su compañera se había vuelto un imán para los accidentes, pero también contaba con la suerte de dar la vuelta a la tortilla y salir victoriosa.

¿Quién le hubiera dicho, cuando comenzó las clases de operador de

cámara siete años atrás, que iba a estar filmando las mejores imágenes del crimen del siglo? Aunque no había pensado en tales cosas hasta que le llegó la proposición de la cadena de hacerle un contrato fijo y dejar de ser autónomo. Aquello era un salto a mejor, no lo discutía, aunque no sabía si deseaba seguir haciendo esas locuras, como lanzarse en coche colina abajo con un coche pequeño, el resto de su vida. Laura parecía entusiasmada con su popularidad y el beneficio a corto plazo que ya le había ocasionado, aunque también se encontraba algo superada por los acontecimientos en otros aspectos. Él se veía a sí mismo de una forma más simple, no se dejaba llevar por conjeturas sobre lo que le deparaba el futuro, trataría de vivir el momento y acumular experiencias, es lo que siempre había definido su estilo de vida y no pensaba cambiar.

La música de Led Zeppelin dejó de sonar. El ipod, o el pequeño altavoz al que estaba conectado, se había quedado sin batería. Bueno, terminaría de afeitarse sin música, o mejor aún, la cantaría él mismo. La lluvia se oía ahora más claro al golpear las contraventanas de madera. Podría salir a tomar algo y probar suerte buscando a alguna chica simpática por el pueblo, ya lo había intentado sin mucho éxito en días anteriores. Pero después de toda una jornada con la cámara en el hombro, yendo de aquí para allá y calado hasta los huesos bajo el delgado chubasquero, prefería darse un baño y encargarse unas botellitas de vodka a la recepción después de bajar a cenar. Se tomaría un par de copas antes de dormir, si lograba encontrar alguna película decente en la televisión. ¿Quién le iba a decir unas semanas atrás que se quedaría un viernes noche en casa cuando tenía un succulento contrato fijo que le proporcionaba el triple de sueldo que antes? No podría celebrarlo como era debido, pero no importaba, cuando todo aquello acabase, saldría a quemar la ciudad.

Su teléfono móvil llevaba sonando toda la tarde, alguna que otra llamada y muchos mensajes, pero no había tenido tiempo ni ganas de leerlos. La idea de contestarlos todos le hizo dar un suspiro profundo. Otro mensaje sonó en ese momento, fue a cogerlo de la mesita en la que se estaba cargando, ochenta y cuatro por ciento, suficiente. En la pantalla revisó el listado: su hermana, dos amigos, publicidad, un colega del canal y el último de Laura. Abrió ese por si había ocurrido algo urgente. Aunque sabía que la chica le llamaría directamente o golpearía la puerta de la habitación si necesitase algo.

<¿Bajamos a cenar a las diez? Hoy me apetece una copa, a ver si deja de llover y buscamos un garito, o tendremos que tomarla aquí en el hotel.>

Mira qué marchosa se había vuelto de repente... Con lo estirada y altiva que se había mostrado desde que la conoció. Al final podría animarse la noche, Javi no descartaba ninguna posibilidad. Laura estaba muy buena y con dos copas encima, ¿quién sabe? A él siempre se le habían dado bien las distancias cortas. El depredador tenía fijada a la presa de la noche.

Miró el reloj, quedaban veinticinco minutos para las diez. Se duchó tarareando una canción y buscó su camisa de la suerte antes de bajar al restaurante.

—¿Por qué me has abandonado? ¿Por qué me has dejado en manos de tu enemigo? ¿No he sido siempre tu más ferviente seguidor? ¿Qué he hecho mal? ¿Que he malinterpretado de tu mensaje? Dime algo, dame una respuesta. No me abandones.

La oscuridad invadía el sótano de la casa y su posición, amordazado y atado a una silla, no le permitía caminar hasta encender la luz ni abandonar el lugar como le gustaría. Sentía aún algo de sangre brotar del golpe en su cabeza, así como el apelmazamiento de la que se había secado sobre su cara.

Eligió el camino más cobarde y ahora estaba pagando las consecuencias de su error.

Podría haber ido a la policía, podría haber llamado de forma anónima por teléfono, pero romper el secreto de confesión era un pecado y una falta que no podía asumir. Sentía pánico ante la idea de desobedecer las normas y el consejo del obispo, y ahora se encontraba en un pozo del que no podría salir. Tenía miedo, mucho miedo a la muerte. Nunca había pensado en ella y ahora la veía tan cerca que sentía ganas de gritar y llorar para lograr espantarla y que pasase de largo, aunque sabía que no sería tan sencillo.

Aquel monstruo, demonio o diablo ascendido desde los infiernos había vencido. Ya nadie le podría detener en su misión de locura. Era imposible razonar con él, trato de hacerlo cuando fue a su casa a decírselo en persona, incluso amenazándole con denunciarle a la policía. Lo había intentado de nuevo cuando, una hora más tarde, fue él quien se acercó a charlar a su casa. Dialogaron en la cocina durante unos largos minutos, en los que seguía empeñado en terminar su obra, su sacrificio, y traer el perdón y el paraíso perdido a los castigados habitantes de la zona. Gabriel le propuso tomar un café y seguir hablando sobre el tema, necesitaba llevarle a su terreno y

convencerle de su error, pero en cuanto le dio la espalda para buscar la cafetera, aquel astuto demonio aprovechó para apretar su cuello hasta dejarle inconsciente. Luego despertó en aquel sótano sin saber cómo había llegado, pero ató los cabos en cuanto recuperó del todo la consciencia.

Un sonido seco y metálico hizo que se estremeciese de miedo y se marchasen de su mente todos aquellos recuerdos y pensamientos. La luz se hizo y lo vio bajar despacio las escaleras, aún llevaba aquella diabólica sonrisa dibujada en el rostro.

—Veo que ya has despertado. Pensé que tendría que terminar mi ritual sin tu bendición, padre.

Iba vestido de una forma extraña, no con sus habituales trajes a medida, sino como los actores de una película de otra época. Tras bajar la escalera, se dedicó a buscar otra silla por la estancia, que permanecía llena de trastos viejos. Tras elegir una, la colocó frente a él y se inclinó hacia su rostro.

Tenerle tan cerca le provocaba un miedo atroz. Después de saber por su propia boca todo lo que había hecho a esas tres criaturas, pensaba que su poder maléfico se podría traspasar de un cuerpo a otro a través del aliento o la mirada, que el diablo había poseído el cuerpo de aquel desgraciado y ahora podía pasar al suyo propio. ¿Pero qué estaba diciendo? El estrés y la falta de sueño en la última semana le pasaban factura y comenzaba a divagar. Aquel no era más que un despreciable monstruo que había encontrado la forma de divertirse más despiadada que se podría imaginar. No, no haría que se doblegase, no le mostraría temor. No dejaría que venciese.

—Ahora voy a quitarte la mordaza. Si tratas de gritar, te golpearé y te la pondré de nuevo. Mejor pórtate bien y así podremos terminar antes con nuestro cometido. ¿Te parece?

Gabriel asintió con la cabeza. Le miraba fijamente y sin dar muestras de pánico ni súplica, pero sudaba sin cesar.

—Ave María Purísima.

El padre le miró entre extrañado y horrorizado, pero no emitió palabra alguna.

—¿Te parece cristiano denegarle la confesión a un feligrés? Vamos, padre, no me haga enfadar. Ave María Purísima.

—S... sin... sin pecado concebida.

—Mucho mejor. Padre, me confieso por los pecados que estoy a punto de cometer.

—¿Es necesario quitar una nueva vida? —La voz salía en un leve susurro.

—Más de lo que imagina. Un cuarto sacrificio, el más importante, debe realizarse para terminar el ritual y obtener la recompensa del Altísimo.

—El Señor no quiere sacrificios, ya detuvo la mano de Abraham. Solo desea que seamos puros de espíritu y sigamos la senda de la virtud.

—Eso suena muy bien, padre, sobre todo para las beatas que van a oír su misa los domingos; pero es lo mismo que decir que tenemos que sentarnos y no hacer nada, esperando algo que no llegará nunca. Precisamente este pueblo lleva sin hacer nada demasiado tiempo, y es necesario que alguien alce la voz, que se mueva para lograr que todos salgan beneficiados. Solo un paso más, solo un sacrificio más, y beberemos de las mieles del Paraíso.

—Estás loco, lo has estado desde el principio y yo debí denunciarte.

—No te he traído para discutir eso de nuevo, no me hagas enfadar. Quiero la absolución de mis pecados. —Se levantó de la silla visiblemente impaciente, molesto y apretando los puños.

—Eso no se puede exigir, y menos si no hay arrepentimiento por parte del pecador.

—¿Cómo iba a arrepentirme? ¿Cómo renegar del bien que estoy a punto de lograr para todos los habitantes de la zona? Lo que he hecho es necesario y volvería a hacerlo mil veces.

—Eres un asesino y no tienes absolución. Tendrás que arder en el infierno.

—No, padre, no... —Parecía perder del todo los nervios—. Ese no es el camino.

—Tú hace mucho que te has separado del camino de la razón, estás dominado por el maligno. No habrá perdón para ti. Jamás.

En un arrebato que cogió por sorpresa al párroco, tomó la silla en la que había estado sentado y la lanzó con todas sus fuerzas contra la pared, rompiéndose en varios trozos. Respiraba con dificultad, parecía fuera de sí. El padre Gabriel le observaba ya sin miedo, sabía cual sería su destino y lo aceptaba gustoso, solo se arrepentía de su error al no denunciarlo cuando supo de su primer crimen.

Cogió del suelo una de las patas de madera de la silla y la alzó sobre su cabeza, golpeando sin querer la bombilla que colgaba de un cable en mitad del sótano. Tras el fogonazo, regresó la oscuridad y un frío inusual invadió el cuerpo de Gabriel, su sudor parecía hielo. Golpes y gritos... gritos y golpes. Una vez, y otra y otra más, y así sin parar hasta mucho después de que el padre Gabriel dejó de emitir sonido alguno.

AIRE

24 de noviembre de 1917

Qué tarde he comprendido tu mensaje. Qué ineptitud he demostrado de nuevo, mi Señor misericordioso. Perdona a este siervo y dale una última oportunidad. Tras haber guiado mis pasos desde el principio, dando luz al sendero que mis ojos no han sabido ver durante tu apoyo, no me abandones ahora que estamos tan cerca el uno del otro. Tantos años de perdición entre los vicios de los hombres, tantos años de abandono hacia mi familia, tantos años de darte la espalda por desconocimiento de la fe eterna y milagrosa. Al final, has logrado convertir a una oveja negra en pastor del rebaño. Gracias por tu dicha.

Este diario en el que plasmo tu mensaje y el camino que he seguido durante estos días servirá de orientación para los creyentes que realmente merezcan saber cual es el sendero de la salvación, el sacrificio necesario para llegar al destino deseado y el perdón del Altísimo. Bendice este libro y las palabras que hay impresas en él con la misma decisión y valentía con las que has guiado mi brazo en las entregas de las almas que ahora acompañan tu sino. Reza por mí como yo he rezado por tu herencia, ya que en ti confío. Para ti no hay nada imposible, soportaré el sufrimiento y seré consciente en la oración.

Tu palabra se ha hecho verbo y ahora veo con claridad el final que me aguarda. Acompañaré a mi familia a tu diestra, como siempre has deseado. Este diario que escribo, y que muestra la clave para lograr la ascensión a tu reino, quedará oculto entre las ruinas que será mi casa al partir. Solo tus más fieles servidores y los puros de espíritu podrán encontrarlo para descubrir el camino hacia el paraíso.

Por favor, mi Señor, concédeme en tu magnanimidad un último deseo. Quisiera asegurar el santo sacramento de entierro para el pequeño Miguel y la dulce Luz. Dame permiso para indicar a los que queden tras mi partida la ubicación de los niños y así puedan darles sagrada sepultura. Nada me complacería más que saber que otros han oído mis plegarias, que han

comprendido mi entrega y que harán que mi familia descanse unida bajo tierra por los siglos de los siglos, mientras nuestras almas disfrutaran de una merecida gratificación en tu casa.

Te entrego mi corazón para que lo purifiques de cualquier sentimiento que no sea tu amor por mí.

Te entrego mi alma, Señor.

Te entrego mi libertad para que puedas hacer conmigo lo que quieras, para que puedas hacer en mí tu voluntad.

Te entrego mi memoria para recordar todo aquello y solo aquello que tú deseas que recuerde.

Te entrego mi entendimiento para poder ver las cosas como tú las ves.

Te entrego mi voluntad para que sea como la tuya.

Quiero lo que quieres, quiero porque quieres, quiero como lo quieres, quiero hasta que quieras.

Mañana ascenderé hacia tu reino, Padre. He elegido el lugar más adecuado, el más alto y cercano a ti de todos, el que me llevará a tus brazos en un salto celestial. Recíbeme con los brazos abiertos como antes lo has hecho con el resto de mi carne, recíbeme con tu sonrisa de perdón y gratitud. Recíbeme con el calor que apaciguará mi miedo.

Recíbeme.

24 de noviembre de 2017

Un segundo diluvio universal parecía caer sobre el sur de la península. El sonido de la lluvia se oía con tanta intensidad dentro de la habitación del hotel, que hizo despertar a Laura antes de las seis y media de la mañana. Alguien ahí arriba estaría tratando de castigar con furia a los que llevaban tantas semanas quejándose por falta de lluvias. Aquello no se llevaba bien con el trabajo de campo y las emisiones en directo, no señor, no se llevaba nada bien con los equipos electrónicos de vídeo y sonido.

Hacía quince minutos que Laura había conectado de nuevo el cable cargador de su ordenador, y ahora el portátil no podía emitir más calor sobre su regazo después de la cantidad de horas que llevaba trabajando. La chica lo solucionó colocando el edredón nórdico entre el mismo y sus piernas. Permanecía trabajando en la cama y casi iban a dar las nueve. No pensaba salir de la habitación, ni siquiera para desayunar, hasta que tuviese algo nuevo de lo que poder informar, algún dato generado por ella y conseguido tras investigar. De las conversaciones de los últimos días con Marcos había sabido que el asesino grababa símbolos en el suelo cerca de las víctimas. Un dato más que jugoso, sobre todo porque esos símbolos representaban a los cuatro elementos y ello implicaba que aún habría otro crimen más.

Aire, solo faltaba el símbolo del aire, y debía anticiparse todo lo posible al asesino. Si el símbolo del agua estaba en el lago, el del fuego en la cabaña incendiada y el de tierra en el cementerio romano. El del aire debía estar en un sitio relacionado con el aire o el viento, eso indicaba que iba a matar a un pobre niño más. Pensarlo hizo que se estremeciese. ¿Qué lugares relacionados con el aire o el viento habría por el pueblo? Llevaba horas revisando nombres de calles, de negocios, colegios y otros edificios públicos, y sucesos ocurridos en el pueblo que pudieran estar relacionados de algún modo. Incluso pensó en la mina, arrojar al pobre crío a una profundidad de trescientos cincuenta metros.

¿Qué estaría pensando la policía? ¿Qué datos tendría que ella aún

desconocía? Porque debía de haberlos, ya que Marcos y su equipo estaban en un piso franco secreto haciendo una vigilancia de veinticuatro horas, así que había algo que vigilar (sin duda el sitio) o alguien (fuese el asesino o la muy probable víctima). Daría lo que fuese por conocer esos datos, pero debía conformarse con tratar de averiguarlos por sí sola; ya era todo un privilegio conocer lo de las marcas de los elementos. Claro que no podría usar ese dato ante las cámaras porque se lo había prometido al inspector y tampoco quería dar una nueva muestra de su estrecha colaboración con la policía ante el resto de medios.

Los toques suaves que oyó en la puerta eran la señal de que Javi bajaba a desayunar, aunque ella no tenía apetito aún. La noche anterior no pudieron salir del hotel por la lluvia y se tomaron una copa tras la cena en la recepción, por salir de la rutina. Descubrió que su compañero, cuando no se muestra como un baboso machista tratando de llevársela a la cama, era un tipo divertido y con metas en la vida, no muchas ni muy altas, pero metas al fin y al cabo. A la una de la madrugada ya estaba dormida y eso provocó que se despertase tan pronto, además del ruido que emitía el temporal al azotar con fuerza el edificio del hotel y zarandear las grandes contraventanas. En el piso de arriba, justo debajo las tejas de la casa, el sonido debía ser ensordecedor.

Bajó la tapa del ordenador tras estar comprobando la relación entre los elementos y Dios para muchas variantes del cristianismo. Quizá si tomaba un café bien cargado y conversaba unos minutos con Javi, su mente adoptase otro enfoque respecto a la información que había recopilado; podría revelar datos al chico por si él pudiera aportar algo nuevo, algo que a ella se le hubiese escapado. Quizás aquellas piezas desordenadas, y sin aparente relación entre ellas, encajasen después de todo.

La suave luz azulada del alba entraba a través de la ventana y dibujaba los contornos de su dormitorio. Pero él ya llevaba varias horas despierto; de hecho, no había podido dormir más que a ratos durante la noche. Y allí permanecía inmóvil, bajo las mantas y mirando al techo fijamente, sin saber precisar cuánto tiempo llevaba recitando las palabras del diario que conocía de memoria desde que lo encontró en una de sus salidas para hacer fotos de atardeceres. Aún recordaba con claridad el momento en que se topó con la que sería su guía y camino hacia el Paraíso, justo un año y medio atrás.

Ir a pasear solo es mucho mejor que pasar una semana detrás de varios vecinos, tratando de convencerlos para acompañarle uno de sus largos paseos. Las veces que ha ido con ellos, ha sufrido un calvario oyendo sus quejas sobre el trabajo, la economía, los políticos, sus esposas..., o el cansancio por llevar demasiado tiempo caminando. Y lo peor de todo, deciden parar cada media hora para tomar una cerveza de las que llevan en las mochilas-neveras, momento para el que se toman otra media hora. Por eso prefiere caminar solo y conversar con sus propios pensamientos.

Le gusta encontrar lugares especiales, inexplorados y desde los que realizar sus fotografías, que guarda para sí tras imprimirlas en casa; ya tiene una docena de álbumes guardados en un mueble del salón. Siempre está pendiente por internet al estado del tiempo y la composición del cielo, así elige salir aquellos días que no lloverá pero sí contarán con un cielo sembrado de pequeñas nubes, son los perfectos para capturar una bella estampa. En la mochila lleva varios objetivos angulares y filtros degradados para compensar la luz del cielo con respecto a la del suelo, ha pasado suficiente tiempo navegando por docenas de foros especializados como para aprender todos los trucos profesionales que logran convertir una imagen convencional en una bella e inolvidable postal.

No se siente cansado a pesar de las dos horas que lleva caminando, sabe que pronto llegará a la cima de una colina desde la que poder fotografiar el ocaso sobre un pequeño afluente del río Tinto que lleva agua muy rojiza sobre arena tan blanca como la sal. Aprovecha esos últimos momentos para pensar en encuadres, composiciones o distancias focales que usará; luego su mente viaja sin remediarlo, como cada día, a la situación insostenible que vive el pueblo. La mina no da trabajo como antaño y muchos vecinos han hecho la maleta para irse a la capital o a Sevilla. Es una pena que no se muevan lo suficiente desde el ayuntamiento ni desde la dirección de la empresa para pedir mejores exploraciones en busca de vetas más productivas. Un descubrimiento de una gran veta de mineral daría esplendor al pueblo, mejoraría las condiciones y salarios de los mineros y atraería trabajadores que volviesen a repoblar la zona. Se niega a pensar que bajo aquellos miles de millones de toneladas de piedra no quede una riqueza incalculable y a la espera de ser descubierta y procesada.

Ya no falta mucho para llegar a su destino cuando una lluvia de verano le sorprende. Será algo rápido, piensa, no duran más de unos pocos minutos.

Por suerte, se encuentra cerca de una antigua casa de piedra en ruinas. Las gotas bajo el atardecer se convierten en lágrimas de fuego que él trata de evitar corriendo hasta cobijarse bajo su casi derruido tejado, y allí se maravilla con el aroma que desprende la tierra al humedecerse tras meses sin llover. Mira a su alrededor y comprueba que la casa se compone de dos estancias divididas por paredes de piedra y barro que se han ido desmoronado por el paso de los años. ¿Cómo podía vivir la gente así? Solo cien años antes, tampoco hablamos de milenios, y no tenían bañera, lavabo, fregadero... Solo un espacio en el que guarecerse del frío y la lluvia, un colchón en el suelo relleno de hojas secas o paja (lana para los más ricos), y comida para pocos días curándose colgada de cuerdas. Encendían fuego en una cocina de leña y calentaban agua, sopa o algo de carne en los días especiales. Eso era todo. Quizás aquella simplicidad fuese parte del secreto de la felicidad. Tal vez viviesen mejor al desconocer, por la ausencia de televisión y radio, los lujos que otros disfrutaban.

La lluvia parece reacia a marcharse, no podrá hacer las fotos sin mojarse y arriesgar la integridad de su equipo digital de fotografía, así que decide dar un paseo por la casa aún a riesgo de mojarse bajo las zonas en las que el tejado se ha hundido. Deja la mochila con el equipo de fotografía en el suelo y trata de avanzar entre aquel suelo de escombros absorbidos por la vegetación. La naturaleza tardará pocos años más en devolver aquellas piedras y barro al suelo del que proceden, la naturaleza lo puede todo, es la verdadera Diosa, la que impone su inexorable ley y se encarga de que se cumpla. No en vano venimos del polvo y en polvo nos convertiremos. Casi no queda ninguno de los enseres personales de los pobres diablos que habían vivido allí cuando en la mina se hablaba aún en inglés, salvo los tiznados, los obreros locales que pasaban catorce horas en los túneles comiendo y respirando mierda a cambio de una limosna, los que sacaban el mineral que hacía millonarios a los que permanecían en casa, tomando té helado, jugando al tenis o nadando en la piscina. Seguro que el patriarca de la familia que ocupó esta casa era un minero, este lugar no está lejos del cerro de Corta Atalaya, la antigua explotación.

Dos restos de metal a punto de sumergirse en la tierra llaman su atención, uno de ellos parece ser un apero de labranza o utensilio de cocina oxidado, el otro es el pico de una pequeña caja metálica. No tiene nada mejor que hacer, así que aprovecha que la tierra está más blanda por la lluvia para excavar con sus propias manos y sacar la caja. Seguro que está vacía o contiene algún

juguete de trapo o madera podrida, pero quién sabe... y no tiene nada mejor que hacer hasta que pare de llover. Se equivoca, dentro hay un libro no más grande que su propia mano, con las tapas elaboradas en piel muy rudimentaria y escrito a mano. Vuelve a una zona cubierta y se sienta sobre una gran piedra seca, abre el libro y descubre que es un diario, las páginas se conservan bien a pesar del color amarillento. Mira hacia el cielo, cada vez está más nublado y su sesión de fotos tendrá que esperar a otro día, así que comienza a leer.

Desde entonces no ha podido parar de hacerlo.

El diario de Manuel García, escrito en 1917, continuaba aún entre sus manos, lo había estado repasando mentalmente durante toda la noche. En el último año y medio había sufrido más deterioro que en un siglo de espera en aquella caja metálica que aguardaba un nuevo destino glorioso. Lo había leído cientos veces, hasta memorizarlo, y nunca se había separado de él ni un solo instante. Después de usarlo como base de investigación sobre todo lo sucedido en ámbitos sociales y económicos de la época, lo había convertido en una guía espiritual y luego en un sendero psíquico hacia el renacer de la zona, un tesoro entregado por el todopoderoso con las claves necesarias para lograr aquello por lo que había luchado toda la vida. Manuel García se había convertido en un nuevo Mesías a sus ojos. En un nuevo Jesucristo.

Esa mañana haría ayuno y mantendría voto de silencio tras haber tratado de confesarse con el padre Gabriel la noche anterior. Lo que importaba era la intención y él había tratado de hacerle entrar en razón. Matarlo era algo de lo que se arrepentía sinceramente, así que estaba perdonado por el altísimo de forma automática. Y así se mantuvo durante todo el día, a la espera del momento cumbre de su sacrificio final y recitando una y otra vez las últimas palabras de su biblia particular.

«Te entrego mi corazón para que lo purifiques de cualquier sentimiento que no sea tu amor por mí.

Te entrego mi alma, Señor.

Te entrego mi libertad para que puedas hacer conmigo lo que quieras, para que puedas hacer en mí tu voluntad.

Te entrego mi memoria para recordar todo aquello y solo aquello que Tú deseas que recuerde.

Te entrego mi entendimiento para poder ver las cosas como Tú las ves.

Te entrego mi voluntad para que sea como la tuya.

Quiero lo que quieres, quiero porque quieres, quiero como lo quieres, quiero hasta que quieras.

Mañana ascenderé hacia tu reino, he elegido el lugar más adecuado, el más alto y cercano a ti de todos, el que me llevará a tus brazos en un salto celestial. Recíbeme con los brazos abiertos como antes lo has hecho con mi carne, recíbeme con tu sonrisa de perdón y gratitud. Recíbeme con el calor que apaciguará mi miedo.

Recíbeme».

Cristina y Fran se habían marchado de la casa de Antonio a las ocho de la tarde y ahora la noche caía sobre el pueblo como una pesada y húmeda túnica negra que ni las farolas ni las ventanas encendidas de las viviendas lograban mitigar. Eran las nueve y media y David protestaba por el hambre y el aburrimiento, así que Marcos le rogó que se marchase a comer algo y charlar con el anciano en el salón.

La soledad hizo que volviese a pensar en Laura, en los días que llevaba sin verla, que ya le parecían meses, y en qué sería de ellos cuando todo acabase; una situación que siempre habían contemplado como muy lejana a pesar de saber que solo quedaban días para verla llegar. Según las notas y los partes oficiales descifrados por Nuria, faltaba un día o quizá menos para descubrir al asesino. Ese era el tiempo que les quedaba a ellos también para conocer sus opciones de futuro.

Pensar en el asesino y en lo cerca que estaban de descubrir su identidad hizo que se esforzase en eliminar distracciones de su mente y no quitar ojo a lo que sucedía al otro lado de la calle, a pesar de la poca visibilidad que permitía la lluvia en la noche. Aquella gran puerta de madera envejecida era su objetivo. Aquella sería la última parada del homicida y él le impediría completar su macabro ritual. Sin quitar ojo a la desierta calle, sacó su arma y comprobó el cargador y el seguro, era la tercera vez que lo hacía y aún así seguía temblando con la idea de volver a disparar. Solo habían pasado cinco meses desde la última vez que la usó; aquella noche mató a un criminal, pero perdió a un buen amigo por una decisión mal tomada. Sus pesadillas se lo recordaban casi cada noche como un castigo que ya le resultaba eterno. Había pensado en contárselo a la psicóloga de la comisaría, quizá a alguien externo al cuerpo, como su hermana, a Laura, quizás a un psicólogo privado. Tal vez

todo desaparecería si vaciaba su alma y vomitaba la culpa que le corroía las entrañas. Tal vez. En varias ocasiones estuvo a punto de confesarlo a David, pero le agradaba haber dado con un buen compañero, tanto como policía como persona, y no quería crear un muro invisible de desconfianza entre ambos, aquello podría afectarles en su relación y durante casos en el futuro. Si supieran la verdad, si todos los que le rodeaban supieran cómo era en realidad ese héroe condecorado del que se hablaban maravillas fabricadas con mentiras, barro y sangre...

—¿Qué haces? Parece que hables solo, ya se te está yendo la cabeza, ¿verdad?

David estaba en la puerta y parecía un toro de lidia que rumiase los últimos restos de comida digeridos. A Marcos le parecía un luchador enorme de esos que se dedican a la lucha libre de mentira con disfraces y muchas luces alrededor, como el actor ese descomunal que ahora salía en todas las películas de acción. David tenía esa sonrisa entrañable y aniñada, y una personalidad divertida y siempre dispuesta a ayudar o hacer un chiste, dentro de un cuerpo diseñado para dar bofetadas con la mano abierta que le dejan a uno sordo y con seis dientes menos. ¿Qué sería de Francisco Vargas?

—Esto de esperar es un coñazo.

—Ya te digo. Esto... ¿Nos hacemos...?

—No, joder, la broma de Torrente está ya muy gastada en nuestro trabajo. Te creía más original.

—Ja, ja, ja, es que me quedo sin ideas. Será por estar aquí metido, se me están durmiendo las neuronas.

—Esas venían con sueño ya desde fábrica.

—¡Tío, no me des tanta caña! Qué gracioso está hoy el sevillano.

—Es curioso que me llames así cuando yo soy de Huelva y tú de Sevilla.

—Es que es el apodo que te han puesto en la central, yo solo me dejo llevar.

—Tú eres un personaje de narices. Anda, vigila un rato mientras yo ceno algo. Recuerda que estamos a punto, no descuides un segundo las puertas.

Debería estar terminando su conexión en directo, pero ni siquiera la cadena había llamado para preguntar si habría grabación o si tenía algo nuevo y jugoso sobre el caso. El boom mediático que había supuesto la noticia

durante esos días parecía haber sido barrido por la lluvia en las últimas veinticuatro horas, ni siquiera recordaba haberse cruzado ese día con más de dos furgonetas de informativos de la competencia. Al menos, había podido aprovechar para seguir investigando en la habitación del hotel. Ahora estaba segura de que el asesino quería despeñar al siguiente niño desde algún punto alto, pero no encontraba puentes o miradores que fueran del agrado de su sexto sentido, así que seguía buscando a sabiendas de que la solución estaba delante de sus ojos pero se mostraba esquiva ante su cansancio acumulado y el esfuerzo mental y físico realizado.

Javi estaría escuchando música y enviando mensajes a quienes él llamaba «sus nenas» para quedar a tomar algo pronto. Envidiaba su forma de ser tan exenta de complicaciones. Quizá la vida fuese más sencilla y agradable al recorrer el camino cuando uno se limitaba a dejarse llevar por el viento o la corriente de agua que apareciese ante él. Dios, si es que había un Dios en alguna parte, no habría otorgado los dones de la razón y la existencia a los humanos para estar siempre alerta y temerosos ante lo imprevisible. ¿Dios? ¿Viento y corriente de agua?

Laura mandó un mensaje a Javi y comenzó a vestirse a toda prisa, ni siquiera se molestó en maquillarse, pero sí buscó un paraguas o chubasquero entre sus montañas de ropa. No encontró ninguno. Bueno, ya pediría uno en la recepción, a ver si había suerte.

Antonio acariciaba la cabeza de Sombra como si encerase un coche al que tuviese el mayor cariño del mundo, con cuidado y sin parar durante largos minutos, lo que tenía sumido en un éxtasis absoluto al animal, que a duras penas conseguía contener los constantes bostezos. Marcos lo observaba mientras terminaba de comer dos envases de plástico transparente con unas pechugas de pollo villaroy y tallarines con gambas. Necesitaba hidratos para soportar toda la noche. Miró a su alrededor y pensó que sería increíble tener una casita en lugar de un piso, como el chalet que tenían sus padres en la aldea, y vivir con Laura y un perro como aquel. No, no, no podía permitirse pensar en eso. Estaba demasiado cerca del final como para estropearlo. Había perdido la posibilidad de salvar a los tres niños y no podía cometer un último y cuarto error que sería definitivo. Antonio hablaba sin parar, como siempre. ¿Para qué tendría la tele encendida si no la miraba ni escuchaba nunca?

—...menudos son los curas —decía en el momento en que Marcos logró conectar con el anciano—, seguro que el padre Gabriel se ha ido a echar una canita al aire. No sería la primera vez que un cura se pierde de fiesta y acaba tres días seguidos en un burdel gastándose el dinero del cepillo.

—No diga usted eso, Antonio. Seguro que el pobre hombre ha sufrido un accidente.

—Sí, accidentes eran los que tenían las beatas solteras que limpiaban la casa y hacían la comida al anterior párroco. No se imagina lo mucho que se parecían luego los hijos de esas pobres desgraciadas al padre Federico.

—Pero esas son habladurías de pueblo, rumores sin fundamentos que la gente crea cuando está muy aburrída.

—Como dos gotas de agua, se lo aseguro. Los hijos son idénticos al párroco.

—Pero es imposible, y más en aquella época, que el cura entrase en sus casas a esas horas de la noche o que ellas fueran a calentarle la cama.

—Hijo, no sabes cómo agudiza el ingenio el diablo cuando le pica la entrepierna. Las entradas secretas se inventaron cuando la iglesia creó la monogamia.

—Ja, ja, ja. Es usted todo un compendio de sabiduría, Antonio.

—Si yo te contara lo que...

—Espere.

Marcos permanecía con el tenedor a mitad de camino de su boca, paralizado ante las palabras que acababa de oír. Un click había sonado en su mente, el de piezas encajando a la perfección. Soltó la fiamblera sobre la mesa y corrió hacia el cuarto en el que David seguía haciendo su trabajo.

—¿Tienes el teléfono del sacristán?

—¿Cómo dices? —preguntó el subinspector con gesto extrañado.

—El sacristán, ¿tienes su número de teléfono?

—Sí, claro, está en la memoria de mi móvil.

—¡Llámallo, rápido!

Un minuto más tarde corrían calle abajo a toda prisa, bajo la intensa lluvia y sin haberse acordado siquiera de tomar sus chubasqueros.

Aquella chica estaba loca, loca de remate. ¿Cómo si no explicar que se le hubiese ocurrido salir a toda prisa y en plena noche de lluvia hacia la

iglesia del pueblo? Ni siquiera le había dicho el motivo de aquel estado de ansiedad que parecía estar a punto de provocarle un infarto? Las ruedas del coche patinaban en algunas curvas cerradas sobre los adoquines mojados, pero ella apremiaba a llegar lo antes posible, parecía convencida de algo que a él se le escapaba.

Dejaron el ayuntamiento a la derecha y giraron para llegar a la misma plaza desde la que habían hecho la última conexión en directo. Antes de que Javi terminase de aparcar, Laura ya se había bajado del coche y se había perdido entre los haces de luz anaranjada que las farolas lograban proyectar bajo la cortina de lluvia. Las hojas de las palmeras que rodeaban la plaza bailaban frenéticas al compás del fuerte viento. El operador de cámara tardó dos minutos en sacar el equipo del maletero, que ya llevaba protegido con un plástico a medida y con el micrófono ambiental acoplado. Por suerte tenía las baterías cargadas a tope. Salió en busca de la chica y, a pocos metros antes de llegar a la puerta de la iglesia, la vio tratando de forzarla y pensó que estaba como una regadera, pero no iba a dejarla sola, no después de tanto trabajo y tantos presentimientos que habían dado con resultados increíbles.

—Está cerrada, joder, joder, ¡joder!

—Pues claro, ¿pensabas que las iglesias permanecían abiertas las veinticuatro horas del día?

Ella no contestó, parecía sumida en mil pensamientos a la vez que miraba en todas direcciones. Ambos ya estaban calados hasta los huesos. La chica temblaba de frío, tenía el pelo pegado a la cara y a duras penas lograba ver a su alrededor, pero parecía no ser consciente de ello o no importarle lo más mínimo. Miró a Javi y le dijo (o se dijo a sí misma):

—Vamos, busquemos otro acceso.

Él solo pudo verla salir corriendo como si la vida le fuese en ello. Rodeando el edificio por el costado izquierdo, encontraron una vivienda anexada a la parte trasera del templo, debía tratarse de la sacristía, la casa del cura o algo relacionado con ello. Laura se paró ante la puerta y comenzó a golpearla con puñetazos y patadas, pero los segundos, y luego los minutos, pasaron sin que se viesan luces encendidas a través de las ventanas, tampoco se oía nada en el interior. La chica maldijo en varios idiomas mientras parecía buscar una alternativa, aunque solo tenía una, seguir dando vueltas alrededor.

—¡Deja de hacer el idiota y dime de una vez qué coño buscamos! —gritó Javi, sin obtener respuesta.

En el costado derecho encontró otra puerta, también cerrada. Laura se

mostraba derrumbada y comenzó a llorar. Parecía vivir dentro de un universo donde solo habitara ella, donde no notaba la presencia de Javi ni respondía a sus preguntas, se limitaba a encogerse y lamentarse por su mala suerte. El operador de cámara la observó en silencio, bajo la única luz de una pequeña farola unos metros más allá y el sonido del torrente de agua que bajaba la calle como un arroyo. Le temblaba el labio por un frío que parecía no sentir y lloraba de impotencia.

—Apártate.

Laura no le oyó, se había arrodillado en el suelo con la espalda apoyada en la fachada de la casa. Javi supo que no serviría de nada repetirlo, se limitó a sacar su llavero y de él seleccionó un alambre algo retorcido en el extremo. Tras unos segundos, ambos se sorprendieron ante el sonido de la puerta, había logrado forzar la cerradura y tenían acceso al lugar. La reportera pareció recobrar la vida como por arte de magia. Bajo la maraña de pelo se observaron dos ojos que irradiaban destellos de esperanza. Se levantó del suelo y entró la primera sin dar opción a su compañero a decirle nada.

Javi palpó la pared de su derecha hasta dar con un interruptor que encendió la luz en aquel recibidor, y unos muebles de madera oscura hicieron compañía al acre olor a cerrado y carcoma que caracteriza esos lugares. Obviaron las estancias pequeñas y buscaron una que tuviese una puerta extra, ¡por fin! Un despacho o estancia similar contaba con ella, allí había ropa que a Javi le pareció de curas y muchos manteles y cajitas de plata. Cruzaron a toda prisa y... ¡bingo! La puerta estaba abierta y comunicaba con lo que parecía una sacristía. Ya tenían acceso libre a la iglesia.

A través de las vidrieras de colores, la lluvia y la luz de la noche creaban un baile fantasmal que se proyectaba por todo el interior del oscuro templo. Javi se acercó y susurró:

—Me da que acabaremos esta noche en una celda. Espero que no te quejes ni te dé otro brote de histeria como la última vez.

—Cosas peores podrían suceder esta noche...

Javi sintió un temblor recorriendo su espalda al ver el semblante serio de la chica.

Debía realizar el paso más difícil de todos: terminar la obra, culminar el sacrificio, y no sería tan sencillo como había planeado. Al comienzo de su

misión tuvo completa libertad en cuanto a moverse sin levantar sospechas, aparte de obrar en lugares apartados de los ojos y oídos curiosos. Pero ahora debía mostrar al mundo su ofrenda desde un lugar simbólico. Fue una suerte que aquella región, horadada como un queso gruyere durante más de siglo y medio, contase con esa misma tradición bajo algunas de las viviendas del pueblo. Llegar directamente desde la casa del párroco a la iglesia a través de un túnel secreto era algo que no contemplarían aquellos ineptos que se escondían en casa de Antonio, ya imaginaba las caras de idiotas que pondrían a la mañana siguiente cuando vieran el cuarto y último cuerpo. Lo único que podía salir mal era lo que no controlaba, que la altura no fuese la suficiente para ocasionar la muerte con el impacto, que quedase agonizando, en coma o paralítico bajo la lluvia y durante toda la noche era un contratiempo absoluto. Los cuatro sacrificios debían repetirse de forma idéntica a los que cien años atrás habían supuesto la salvación del pueblo. Aunque él había añadido el detalle de los grabados en la carne, un regalo extra para mostrar su devoción, un testimonio más de la entrega del hombre hacia los elementos creados por Dios.

Para lograr una puesta en escena más adecuada al ritual original, se había vuelto a vestir con ropa de su difunto abuelo, de la misma época y similar a la que debía llevar Manuel García cuando cometió sus sacrificios. Y en el bolsillo llevaba su afilada navaja. Ya solo quedaba grabar el último símbolo y dar un paso de fe, de entrega y devoción. Un simple empujón y los cielos se abrirían para entregar la ofrenda de plata.

Quiéreme, ámame como yo te amo a Ti. No dejes que la luz abandone de nuevo a este pecador arrepentido. Tú que viste cómo le quitaron la ropa y le pusieron un manto de color escarlata. Luego trenzaron una corona de espinas y se la colocaron en la cabeza, y en la mano derecha le pusieron una caña. Arrodillándose delante de él, se burlaban diciendo: «¡Salve, rey de los judíos!».

El sonido de la lluvia y el viento era ensordecedor en el campanario de la iglesia, aparte de la escasa visión, pero no había subido para admirar el paisaje. Estaba empapado y seguía tratando de achicar con la manga de la camisa el agua que le impedía ver con comodidad por donde pisaba. Sin soltar en ningún momento el cuchillo en su derecha, ni el diario en la izquierda, murmuraba sin cesar plegarias de ofrenda y de gratitud. Abrió su camisa a duras penas y acercó la punta de metal afilado al centro de su pecho, temblaba ante la idea del dolor que sentiría.

¿Qué fue eso? No, no es posible. A su espalda, en el hueco de la escalera de caracol que ascendía desde la base del templo, oyó cómo se acercaban dos personas. No, nadie podía haberle descubierto, todo estaba demasiado bien calculado y ejecutado. Aquello no podía estar ocurriendo. Hizo una mueca de enfado tras el desconcierto y se giró a tiempo de ver cómo aparecía el rostro de la chica por el hueco. Tras ella apareció una luz cegadora y la voz de un chico joven gritándole que tuviese cuidado. La reportera era más delgada y bajita de lo que había imaginado al verla por televisión.

No hubo tiempo de presentaciones ni opción a que subieran los últimos peldaños hacia la sagrada atalaya. Se acercó rápido y clavó su cuchillo en el estómago de la chica. Esta se desplomó hacia atrás y arrastró por el hueco de las escaleras a su compañero entre gritos que destruyeron el equilibrio de tan histórico y sagrado momento. Ahora sintió aparecer una sensación nueva y en absoluto bienvenida: la prisa. No sabía quién más aparecería y necesitaba terminar con aquello lo antes posible.

Llevó el cuchillo, mancillado con la sangre de aquella pecadora, a su pecho y, bajo la tensión producida por un dolor que lo abrasaba, comenzó a grabar el último símbolo.

Marcos no sabía lo que iba a encontrar en la iglesia, pero si hubiese hecho apuestas, aquello que apareció ante sus ojos sería lo último que hubiera esperado.

Unos minutos antes había entrado junto con David en la casa del párroco; allí se encontraron con algo inesperado, un gran armario había sido movido en el dormitorio y bajo él aparecía una escalera que se adentraba en la tierra y cruzaba bajo la calle hasta la sacristía. Al comprobar que aquella estancia estaba vacía, pasaron al templo y buscaron las escaleras que daban acceso al campanario. Los gritos de Laura y su operador les paralizaron, luego les vieron llegar rodando hasta el suelo. David y él se acercaron a socorrerles y comprobaron que tenían muchos cortes y contusiones, estaban aturdidos y la chica mostraba una herida que sangraba abundantemente en el abdomen. Marcos sintió una punzada de pánico en la boca del estómago.

No, no era el momento ni el lugar, no podía derrumbarse y dejar solo a otro compañero. Si en alguna ocasión debía recuperar la cordura y dejar atrás a los fantasmas, debía ser en ese instante. Puso un pie en el primer peldaño,

mientras David pedía a través de su teléfono una ambulancia con urgencia, y el resto fue mucho más fácil. Portaba el arma en la mano, con firmeza a pesar del sudor y el agua, y comprobó que no había tantos peldaños ni tanta sangre como en sus pesadillas. No, aquello debía terminar de una vez, el caso y sus remordimientos, se lo debía a sí mismo y a Laura.

Como un ojo demoníaco, de pupila azul oscura y llorando sin cesar, el hueco al final de la escalera mostraba la crudeza del temporal. Asomó la cabeza despacio y en silencio, y le reconoció a pesar de estar de perfil y agachado en la penumbra. ¿Javier, el concejal de cultura y actividades? Dios, lo había visto tomando café en varias ocasiones en la cafetería de Inés, así como en reuniones en el ayuntamiento. Claro que casi todos los vecinos del pueblo se habían cruzado una docena de veces con él durante esos días, podría haber sido cualquier minero, policía, bombero, profesor, ama de casa...

El homicida gruñía de dolor, tratando de contener sus gritos, mientras se cortaba con un cuchillo en el pecho, seguro que el mismo que usó para apuñalar a Laura y grabar a los tres niños. En su otra mano portaba lo que parecía un libro pequeño y no lo soltaba ni siquiera para concentrarse en su tarea.

«Duele, ¿verdad, cabrón? Siempre mejor que te grabes tu cuerpo en lugar del de una inocente criatura», pensó Marcos. El inspector salió del hueco y taponó con su cuerpo la salida para que David no estuviera expuesto. El sitio era pequeño para los dos y estaba demasiado resbaladizo, un paso en falso sobre la piedra y caería al vacío. No, aquella noche no perdería a otro compañero. Laura estaba malherida y él tenía gran parte de culpa, no debió darle la pista de los grabados. No podría reponerse de un nuevo fallo si perdía a la chica por otra imprudencia. La admiraba por su tenacidad y su inteligencia; ella sola, con un tercio de los datos que manejaba todo su departamento, había llegado al asesino antes que ellos. Aunque luego cometiese la estupidez de enfrentarse o acercarse demasiado a un loco homicida. La admiraba tanto como la amaba, y no quería perderla aquella noche. Como tampoco permitiría que el asesino al que había perseguido día y noche durante las dos últimas semanas ultimase su plan.

El sonido cercano de las sirenas de policía y ambulancias, acompañados por los destellos azules y anaranjados atravesando la oscuridad y la lluvia, sacaron de sus pensamientos a Marcos, pero no fue al único. Javier se puso en pie, sorprendido por la rapidez. Pensó que la chica había enviado un aviso,

pero no importaba, llegarían demasiado tarde.

—¡No te muevas!

El grito del inspector lo sorprendió tanto que casi resbala y cae al vacío. Estaba demasiado cerca del borde y ambos notaron el error. David subía tras Marcos y trataba de empujarle para lograr salir, pero este seguía sin permitirselo.

—No puedes impedirme culminar mi sacrificio.

—¿Tu sacrificio? Has asesinado cruelmente a tres niños inocentes, ¿qué sacrificio es ese?

—Inocentes como el cordero de Dios, inocentes como Isaac. Si no fuesen inocentes, la ofrenda no tendría sentido.

—¿Sentido para qué? A aquel loco hace cien años no le sirvió para nada, mató a toda su familia y luego se lanzó desde aquí. ¿Para qué? No obtuvo nada con ello. Si existe un Dios, te garantizo que lo envió a pudrirse a los infiernos; donde te estará esperando a ti.

—¿Crees que eso me importa? ¿Crees que todo esto lo hago por conseguir un lugar a la diestra del Señor? No seas iluso. Yo me debo a mi pueblo, a mis ciudadanos. Desde siempre he deseado lo mejor para ellos. Toda esta barbarie tiene como fin su salvación.

Un trueno interrumpió el discurso, iluminando su semblante de enajenado y haciéndole atemorizar ante el estruendo posterior.

—Ahí le tienes —añadió señalando al cielo con ojos de trastornado—, ya has visto y oído la palabra del Señor. El sacrificio llegará a su fin y esta tierra recuperará su esplendor, como hace cien años.

—¿De qué hablas? ¿Qué esplendor? —Marcos sabía que si le hacía hablar, podría lograr que se arrepintiese y no saltara. Después de todo, no dejaba de ser un suicida.

—Una semana después, justo una semana, lo que tardó el Altísimo en crear el mundo, apareció en la mina la mayor veta de plata de su historia. Esto no era más que una aldea de cuatro mineros que habían fabricado sus casas con piedra y adobe cerca de la mina para poder descansar rápido después de los turnos interminables. Tras aquel descubrimiento, creció hasta convertirse en pueblo, al igual que Nerva. Incluso se crearon aldeas alrededor. Trabajadores llegaban desde toda la provincia para sumarse a la extracción de riquezas. La plata dio de comer a decenas de miles de familias durante décadas. Ahora más que nunca volvemos a necesitar una ayuda como aquella. ¿Y qué significan las vidas de tres niños y la mía comparadas con

esas décadas de bondad económica?

—Pero aquello no fue más que una casualidad. En las minas están constantemente buscando y encontrando nuevos filones de mineral.

—¿Casualidad? ¿Justo una semana después de semejante sacrificio? Lo que tú llamas casualidad es para mí el regalo divino como agradecimiento a una entrega personal.

—Pero no habrá entrega esta vez, te lo garantizo, solo tres asesinatos. — Marcos estaba a menos de tres metros y le apuntaba al pecho. Javier moriría en el acto cuando recibiese la primera bala. Aunque cayese luego al vacío, no sería una entrega o suicidio como Javier había planeado, sino el homicidio del inspector.

—No, no me dispararás si no te ataco. Los policías y vuestro estúpido código de comportamiento. Te echarán del cuerpo si me disparas.

—Me importa una mierda. Has matado a tres niños, has destrozado la vida de tres familias y las de todo un pueblo. No pienso permitirte que te lances al vacío. Si haces un movimiento, por leve que sea, te mataré antes de que toques el suelo. No tendrás tu ritual terminado.

La cara del concejal parecía mostrar una mueca grotesca ante esa idea. Una cosa era morir por su pueblo, hacer un sacrificio divino por el que sería recordado (injustamente, eso sí) durante generaciones, pero otra muy diferente era morir sin lograr su objetivo y recompensa. No, Dios no se lo permitiría, no dejaría que aquel inepto policía le privase de su momento final y glorioso.

—No serás capaz —esbozó una sonrisa de seguridad que hizo comprender a Marcos que no se había tragado su farol.

«Ojalá todo fuese diferente, ojalá pudiera hacer lo que es justo en lugar de lo que debo hacer. Si no aprieto el gatillo, este tipo se habrá salido con la suya, no habrá servido para nada todo el trabajo y esfuerzo. Si no aprieto el gatillo, tres familias seguirán llorando por una injusticia que no tuvo su castigo. Si no aprieto el gatillo...».

—¡Espera! Observa.

Marcos dejó de apuntarle y fue extendiendo su brazo hacia la derecha, lentamente, hasta dejar caer el arma a un metro de distancia. Javier siguió, como hipnotizado, el movimiento hasta que la pistola tocó el suelo. En ese momento ya le tenía encima, como el ataque de un lobo en plena noche y sin esperarlo. Con una mano Marcos atenazó su garganta y con la otra sujetó el brazo en el que aún portaba el cuchillo, el inspector era mucho más fuerte que

él y estaba adiestrado para reducirle.

Marcos parecía fuera de sí, zarandeaba al asesino como si se tratase de un alfeñique, aunque tratando de controlar dónde colocaba cada pie para no dar un paso en falso. Pronto le haría soltar el cuchillo y luego le tiraría al suelo para esposarlo. Quizás aquel concejal fuese muy culto, pero había caído en una trampa básica con la que no se lograba engañar a ningún delincuente de poca monta.

Sin la oposición de su superior, David pudo subir del todo, pero ahora debía contentarse con ser un mero espectador de la pelea que se libraba al filo del precipicio. No podía ayudar a Marcos sin arriesgarse a tirarlos a los dos; o caer él también. Otro trueno dividió el cielo en dos e hizo que el subinspector tuviera miedo por primera vez en su vida. Con el arma en su mano, pero presa de los nervios y la incertidumbre, esperaba que apareciese una idea que inclinase la balanza a su favor. Podría disparar para salvar la vida de su compañero mientras el criminal tuviese el cuchillo en la mano, pero no tenía un disparo limpio, Marcos se interponía y no paraban de moverse bruscamente. Es más, si acertaba a su objetivo, este podría arrastrar al inspector y caer juntos.

Entonces comprendió lo que debió sentir Marcos cuando él peleaba a muerte con ese animal de Francisco Vargas. Sentirse tan impotente no formaba parte de su ADN.

Marcos usaba su aprendizaje en combate cuerpo a cuerpo en la academia y su mayor fuerza para moverlo constantemente, quería cansarlo. En un momento de descuido, le dio un cabezazo en la nariz y comprobó que su resistencia se reducía, ya casi estaba a su merced. La sangre brotó de la nariz de Javier como si de una fuente se tratase, respiraba con tanta vehemencia que salpicó la cara del inspector.

Sangre, sangre por todas partes. Su olor, su sabor, su color casi negro bajo la oscuridad de la noche... Las manos perdieron su fuerza y las rodillas casi no le tenían en pie. La cara de Miguel apareció de nuevo, el concejal portaba la cara inerte de su excompañero, con aquella mirada vacía, acusatoria. Otra noche bajo la lluvia, otro momento decisivo.

«No debiste dejarme solo».

La presión de Marcos se redujo al mínimo, dando un segundo de respiro a Javier, que lo aprovechó soltando su mano derecha y clavando el cuchillo en el pecho del policía.

Más sangre, más dolor.

Marcos lo vio todo tan despacio... Se sentía paralizado, a pesar de no sentir dolor alguno por el cuchillo en su pecho. Cayó hacia atrás, justo en los brazos de David, que corrió a sujetarle, mientras vio cómo Javier se lanzaba al vacío.

Y llegó la oscuridad.

* * *

Cuatro días habían pasado desde aquella noche, otra más que desearía olvidar lo antes posible, y dos desde que rechazó la entrega de una nueva distinción. ¿No había nadie a quien dar una puta medalla más que a él? Solo deseaba ver a Laura y comprobar que estaba bien, como le prometían sus compañeros y las enfermeras. «Está unas habitaciones más allá en el mismo pasillo, pronto la verás. Ella también pregunta por ti», le dijo su hermana Rosa.

Paco apareció como cada mañana. No era su cara la que deseaba ver con más ganas, pero al menos era una visita y le daba conversación. La inactividad y el no poder moverse de la cama lo estaban desquiciando. Tanto había deseado descansar durante el caso, y ahora lo detestaba.

—¿Qué tal comisario? —saludó con acritud.

—Ya lo ves, visitando a un policía que parece obstinado en seguir los pasos de este que habla y convertirse en un cascarrabias solitario.

—Disculpa, es que estar aquí encerrado...

—Lo sé, no te preocupes que pronto podrás salir y disfrutar de la contaminación en la calle.

Una sonrisa como única respuesta. El comisario continuó.

—Te prometí buscar el tercer cuerpo y andamos destinando todos los recursos a ello. —Se refería a la tercera hija de Manuel Garcia, aún enterrada en algún punto de la necrópolis romana.

—Gracias, creo que los tres niños deberían reposar juntos.

—Por cierto, aún no me has dicho cómo lo supiste.

Marcos sabía que tarde o temprano le pediría esa información que, por su convalecencia, aún no había redactado en el informe oficial.

—No fue muy complejo de adivinar. Encontramos la carta que el asesino de 1917 envió al cuartel de la Guardia Civil para explicar que había enterrado a su hija en la necrópolis y ahogado al pequeño en el lago, además de los

partes que realizaron los agentes sobre la muerte de la hija mayor en el incendio del cobertizo y el suicidio del padre, ¿recuerdas? Los descifró Nuria. Pensábamos que el concejal había encontrado también esa información, pero nos equivocábamos. Él portaba el diario de aquel perturbado, en el que explicaba al detalle cómo había sacrificado a sus hijos, y luego a sí mismo, por la salvación de la humanidad. Lo encontraría casualmente, mientras salía a buscar setas, hacer fotos o vete a saber,

—Pero es algo demencial. No comprendo cómo alguien ha podido querer repetir aquella barbaridad.

—El fanatismo que movía al concejal no era de tipo religioso como en el original de 1917. Aquel creía, como muchos en la época, que todo se componía de los cuatro elementos: tierra, agua, fuego y aire; elementos con los que Dios creó el mundo en siete días, los océanos, las plantas, las especies animales..., ya sabe. Creía en el antiguo testamento, en un Dios que castiga con firmeza y en los sacrificios extremos para obtener un beneficio divino. La locura y la desesperación por ser un paria le llevaron a sacrificar a su propio hijo, cayendo luego en una espiral que acabó con toda la familia. Aunque aquel no llegó a grabar la piel con símbolos, se limitó a usar el agua, el fuego, la tierra y el aire para recrear un ritual que consideraba le llevaría junto a Dios.

—Pero eso sigue sin explicar los motivos para que Javier Sánchez, un hombre culto, adinerado e integrado en la sociedad, quisiera repetirlo, ya que está claro que no buscaba fama.

—También tiene una explicación. Tanto aquel fanático de hace un siglo como todo el pueblo dependían de la mina, hoy en día las cosas no han cambiado. Una semana después de la última entrada en el diario, una semana después del suicidio de Manuel García, los ingleses encontraron la mayor veta de plata que jamás se haya localizado en España, aquello generó miles de puestos de trabajo, el pueblo creció y alcanzó su máximo esplendor social y económico, incluso salpicó a toda la provincia. Aquella fue la mejor época de toda su historia. El concejal debió pensar que aquel sacrificio, aunque terrible, era insignificante en comparación con las bondades que generó, las recompensas divinas, como habría dicho él mismo.

—Dios mío, cuesta creer que alguien llegue a pensar en semejante barbaridad. Al menos ya no volverá a matar más.

—¿Y se supone que eso es un consuelo? No he hecho más que dar palos de ciego.

—No te martirices.

—¿Cómo que no? Un asesino ha repetido un crimen horrendo con total impunidad, sin que hayamos podido impedirselo en ningún momento. Hemos hecho el ridículo más espantoso.

—¿Preferirías haberle detenido y que el contribuyente tuviera que pagarle una celda durante el resto de su vida? ¿Sabes cómo viven esos gusanos en las cárceles?

—Sí, una y mil veces sí, lo hubiera preferido. El objetivo de ese loco era culminar su obra divina; impedirle hacerlo y tenerle treinta años o más encerrado junto a sus remordimientos hubiera sido un castigo más justo.

—Te comprendo, pero no podemos hacer nada ya. El caso está cerrado y creo que te mereces unos días de vacaciones.

Marcos no respondió, no había consuelo a su nuevo error, un error que había afectado a quien más le importaba. Y allí permanecía, postrado en una camilla, ensartado en agujas y sensores que emitían pitidos ante cada pulsación, pero que no lograban mostrarle lo que más deseaba ver.

Los periódicos que le habían traído se acumulaban sobre la mesita y el sofá cama de la derecha, donde su hermana había dormido la primera noche; hablaban de cómo un valiente inspector se había jugado la vida contra el asesino de Riotinto en el campanario de la iglesia, de cómo él y la valiente periodista del Canal Sur habían resultado heridos por hacerle frente. Hablaban del fin del terror. Como si el terror fuera a desaparecer de las vidas de Paco y Palmira, de Antonio y Concha o de Araceli y David. El miedo permanecería arraigado en sus cuerpos, en sus corazones, para siempre. Él no había hecho más que buscar sin saber dónde.

Se arrancó las agujas y los sensores que daban alimento a su cuerpo y medían sus constantes vitales, y marchó en busca de la chica. Abrió cada puerta de habitación con la que se encontró hasta dar con la de Laura, que parecía estar dormida. Rogó que su aspecto físico no indicase su estado de salud, ya que estaba llena de raspaduras y moretones en las zonas de piel que la sábana y el pijama no cubrían. Se acercó a ella despacio, no deseaba despertarla, y tomó su mano con cuidado. Se sentó a su lado y no pudo evitar que una lágrima testigo de la culpa brotara y recorriese su mejilla. Le hubiese gustado decirle tantas cosas... pero se limitó a acariciarle la mano con sus labios. Tenía tantas ganas de volver a verla sonreír, bromear o hablar de lo que les deparaba su futuro, aunque este, cruel y mezquino, les alejase.

Un gemido casi inaudible, un gesto nacido en sueños, una conexión desde

su subconsciente. Marcos se acercó a su cara y sintió su respiración.

—Estoy aquí contigo, no pienso dejarte sola otra vez —susurró.

—¿Marcos?

—Sí, soy yo. No hagas esfuerzos, pronto te curarás y nos iremos unos días de vacaciones.

—¿Dónde está Mariola? Mariola no está, se ha perdido.

—Aquello ocurrió hace muchos años, luego la encontramos detrás de la estación, ¿recuerdas?

—No, Mariola se ha perdido, encuentra a Mariola.

—No te alteres, tu hermana pequeña está bien, solo fue una travesura.

—Te estoy tomando el pelo, idiota.

Marcos se incorporó para ver que ella le miraba y sonreía.

—No me puedo creer que... Eres incorregible. Pero me alegro de que estés bien, me tenías tan preocupado.

—¿Es tan grave como parece? —preguntó mientras miraba el aparatoso vendaje en el pecho de Marcos.

—Es menos de como suena. Me perforó un pulmón con el cuchillo pero dicen que el tejido se está curando a buen ritmo, solo duele al toser. ¿Qué tal tu estómago?

—Solo duele al comer, toser, estornudar, reír...

—Lo voy pillando... Lo siento, no debí darte la pista de los símbolos. Ahora no estarías aquí así.

—No digas tonterías, lo hubiera descubierto igualmente, doctor Watson.

Ambos hicieron una mueca de dolor tras tratar de reír. Luego él le acarició la frente.

—Esa dieta de suero en vena te está dejando en los huesos.

—Mira quien habla.

—Tienes razón. Tendremos que comenzar una dieta de hamburguesas y helados en cuanto salgamos de aquí. ¿Suena bien?

—Suena fenomenal. ¿Cómo has venido a verme? Me dijeron que no te darían el alta hasta dentro de varios días.

—Me escapé. Una máquina en mi habitación emitía un ruido extraño, así que pronto me encontrarán aquí.

—No tenemos mucho tiempo entonces, pistolero. Tendrá que ser algo rapidito.

—No digas tonterías. Debes descansar.

—No quiero descansar, lo que necesito es conversar, además de salir la

curiosidad. ¿Cómo te fue allí arriba con aquel loco?

—Como el culo. No conseguí detenerle. Ya lo habrás leído en la prensa.

—No pongas esa cara, está mejor muerto que en un calabozo a la espera de juicio. Yo le hubiera empujado.

—Me lo creo —sonrió sin ganas—. Pero se salió con la suya, es lo que traté de impedir desde que dimos con aquellas notas.

—Habérmelas dado a mí, lo habría encontrado mucho antes.

—Ja, ja, ja. No me cabe duda. Te subestimé y creo que el cuerpo se pierde a una excelente policía si no te contrata en el acto.

—Creo que tu empresa no paga tan bien como la televisión, aunque seguro que estaría sexy con el uniforme.

—¿La televisión? —A Marcos le cambió la cara al pensar en el futuro inmediato que les aguardaba—. Pronto la televisión tendrá una presentadora bellísima y con talento. Y yo me sentiré muy orgulloso de ti cada tarde al verte.

—La productora me ha comprado un coche nuevo, es precioso, está abajo en el parking del hospital.

—Ya imagino, te lo mereces. —Ya no la miraba a los ojos, trataba de contener la emoción y mostrarle todo su apoyo, aunque eso supusiera alejarse de ella.

—Es una pena que lo vaya a destrozar por carriles o dejándolo en barrios de dudosa seguridad.

—Y seguro que hace juego con los trajes de marca que te darán para presentar el programa —continuaba Marcos, ajeno a la sonrisa y la mirada de la chica—. No sabes cómo me alegro de que vayas a cumplir todos tus sueños, y alcanzar las metas por las que tanto tiempo has estado luchando. Y que... ¿Qué has dicho?

—Que al coche no le aguarda un futuro muy halagüeño en mi nuevo trabajo, haciendo de reportera de sucesos.

—¿Reportera? ¿Sucesos?

—Parece que a los de arriba les ha gustado todo este revuelo, un caso difícil y con impacto social. Creen que un novedoso programa basado en una presentadora y reportera en el lugar de los hechos, persiguiendo junto a la policía a los criminales, puede tener mucho éxito. Incluso lo doblarán en varios idiomas y lo venderán a cadenas extranjeras.

Marcos no sabía qué decir. Ni siquiera comprendía si aquello significaba que podría seguir estando a su lado.

—Me vas a tener encima como un koala, tonto. Y espero que no me ocultes datos del próximo caso o no podré llegar a tiempo para salvarte.

—Dios mío, no sé qué sería peor, tenerte en Sevilla como presentadora o molestando en cada caso. Mi comisario me matará.

La chica lo agarró del brazo y lo atrajo con fuerza hacia ella, se besaron y él permaneció a su lado hasta que una enfermera rompió la magia del momento y le obligó a volver a su cama.

Marcos volvió a su habitación tratando de contener las risas, aquella enfermera le había recordado a los padres de la chica irrumpiendo en la habitación aquella noche en las fiestas de la aldea.

—**S**é lo que te pasa, no es necesario que sigamos fingiendo más. Debí ser más listo y comprender que no podía retenerte mucho tiempo a mi lado. Al menos me quedará el recuerdo de todo lo que hemos pasado juntos estos meses.

—¿Pero qué dices?

—No estoy a la altura, nunca lo he estado y lo he sabido desde el principio, aunque prefería no pensar en ello. Espero que seas feliz con quien te merezca, Cristina.

—Pero... ¿Serás idiota? No hay nadie más, ¿de qué me hablas?

La televisión, que mostraba un capítulo de Netflix pausado por Fran, ofrecía la única luz en el salón del apartamento alquilado por los dos policías.

—He visto lo distante que estabas conmigo las últimas semanas, lo irritable ante cada palabra o gesto que yo te dedicaba. No tienes que fingir para evitar hacerme daño. Entiendo que cualquiera será mejor para ti que este patán infantil que aún no sabe programar la lavadora...

—Estoy embarazada.

—...Aunque habría aprendido por ti, incluso a echar el suavizante a tiempo. Haría cualquier esfuerzo por estar a tu altura y que te sintieras orgulloso de mí. No sabes cuánto te quiero y lo que deseo permanecer a...

El silencio y sus ojos abiertos de par en par demostraron que acababa de asimilar las palabras de la chica. No supo qué decir, solo rompió a llorar como un niño y ella le abrazó. Luego, tras unos minutos de caricias y llanto incontinente, se miraron y asintieron a todas sus preguntas sin usar las palabras. Las risas y los besos dieron por finalizadas las dudas que habían

atormentado a ambos; ella comprendió que el amor del chico podría romper las barreras de su inmadurez y él, a su vez, supo que lo más importante que le había pasado en su vida no se alejaría, sino que estaría más cerca que nunca ahora que sus sentimientos habían creado una vida que les uniría para siempre.

Aquella noche fue el comienzo de algo maravilloso entre los dos. Un camino incierto por recorrer, pero cargado de esperanza e ilusión.

Tanto deseas y esperas algo, que acabas por convertirlo en mucho más valioso de lo que realmente es. Eso pensaba Maite mientras regaba los geranios del alféizar de las ventanas del salón, sin notar siquiera el frío y la humedad del aire. Su marido estaba en el trabajo y su hijo mayor en el colegio, así que ella se sentía más aburrida que nunca al verse sumergida entre tareas tediosas y repetitivas. Echaba de menos su abrumadora vida laboral, analizar en el microscopio, hacer una autopsia, consultar datos en sus archivos, subir a tomar un café a la máquina de la sala de espera, charlar con sus compañeros, incluso soportar el mal humor de Paco algunas mañanas cuando iba a la comisaría. Aquel ajeteo la hacía sentirse viva. Pero el trabajo de ama de casa era para ella lo más parecido a ser una planta aburrida y mustia que se pasa los días esperando su agua y ración de sol para hacer la fotosíntesis y seguir con su insulsa vida.

Había ido en varias ocasiones a ver a Marcos, aquel flacucho sevillano se había ganado su respeto, había algo en él que le transmitía muy buenas vibraciones, y su sexto sentido nunca le había fallado. Allí había coincidido algunas veces con David, o con Fran y Cristina, con Irene, con Paco... La U.C.I. del hospital Juan Ramón Jiménez parecía una extensión de la comisaría. Adoraba aquel ambiente, aunque no mucho el olor a alcohol ni el silencio o tener que apagar el móvil. Un pequeño sacrificio soportable.

¿Que sería de todos ellos dentro de unos meses, cuando ella regresase? ¿Seguirían el anatómico forense y la comisaría como siempre? Nunca había estado tanto tiempo alejada de la vorágine del trabajo y ya pensaba que se encontraría con otro mundo diferente. Desearía tener un pequeño agujero mágico a través del que poder ver cada mañana a sus compañeros y amigos, estar de algún modo presente en sus vidas y no sentir la soledad y el aburrimiento que la embargaban en ese momento. Incluso al nuevo. Aquel

chico prometía, a pesar de su halo de decepción. Era uno de esos que llega para dejar huella, y por ahora lo había logrado con creces, aunque él pensase lo contrario.

El timbre del microondas. Se acercó a la cocina para tomar su enésimo café descafeinado. No sabía igual ni lograba mantenerla despierta, pero una adicción es una adicción. Miró a través de la ventana y no pudo contener el hondo suspiro. Se moría por teñirse el pelo, ponerse un vestido ajustado sin parecer un Kínder Sorpresa y por tomarse un mojito en un chiringuito de playa.

La televisión seguía bombardeando, por cuarto día consecutivo, con noticias sobre la vida del concejal homicida y suicida, sus hábitos y rutinas, y con los motivos que podrían haberle llevado a cometer sus atrocidades. Matías esperaba a que hiciera buen tiempo para jugar al golf, así que pasaba los días sin nada mejor que hacer que tomarse unas cervezas viendo la tele. Aún era pronto para dejarse ver por el bar, allí le atosigarían con preguntas sobre el caso y sobre los motivos de su cese en el cuerpo. Aún no estaba preparado para enfrentarse a algo así, y tampoco había decidido lo que contaría para justificar que ya no trabajaba en la Guardia Civil.

«Así que esos idiotas piensan que lo hizo el concejal estirado aquel. Qué pandilla de inútiles. Un tío tan educado no puede ser un criminal. ¡Joder, eso es de manual! Si iba siempre impecablemente vestido y aseado. Los criminales son como Paco el Mulo o como los enganchados a la heroína a los que he dado una paliza más de una vez que para supieran que en mi territorio no se permiten maleantes. Esos estirados de la nacional habían tirado a un hombre de bien de lo alto del campanario, como si fuera una apestosa cabra durante las fiestas, y todos se había tragado aquella historia tan absurda».

Matías emitió una carcajada al pensar en lo rodeado que estaba de ineptos y de deficientes mentales que se creían cualquier historia. Pero no, a él no le habían engañado. ¿Quién sabe? Quizá montase una agencia de detectives como esas de las películas. Los clientes harían cola en la puerta para contratar a un investigador de verdad.

—Sí, un investigador de verdad...

Agradecimientos:

Algunos de los mejores recuerdos de mi infancia y adolescencia me transportan a la aldea de El Pozuelo, en la zona del Andévalo de Huelva, donde pasé fantásticos veranos. Aún paso por la aldea cuando tengo la oportunidad. Por eso quise rendirle homenaje en este libro a través de sus protagonistas, así como intentaré usar la propia aldea como localización en un libro futuro. Sin aquel lugar mi vida habría sido muy diferente. Quiero añadir que todos los personajes son ficticios, aunque algunos llevan los nombres y apellidos de buenos amigos que he querido homenajear en la historia. También añadir que me he tomado muchas licencias literarias, ya que la mina de Riotinto tuvo su auge gracias al cobre y no la plata, aparte de usar zonas en 1917 que aún no existían, como el embalse de Gossan. Los pasadizos secretos bajo las calles del pueblo quedarán tras el enigma de quienes deseen visitar tan bello y mágico lugar.

Quiero agradecer a Laura Moreno Sánchez (y a Noelia Pascual Rodríguez) la desinteresada ayuda prestada en la documentación adicional de la zona, sin la cual no habría logrado el toque realista que me gusta imprimir a mis historias. Espero que te haya gustado ver tu nombre en la protagonista. Tú lo has sido en la redacción de la novela.

Al inspector Álvaro Martínez de la Policía Nacional por su paciencia durante las conversaciones en las que yo me empeñaba en modificar los estamentos de la policía en pro de esas licencias literarias que tanto me gusta concederme.

A Ramón Portalés por su amistad y trabajo sobre la obra, sin arrugarte nunca al decirme lo que está mal o hay que modificar.

A Cris por su paciencia bajo la lluvia mientras hacía todo un reportaje fotográfico y tomaba notas sobre el pueblo y los alrededores.

A Stieg Larsson, Camilla Lackberg, Viveca Sten y Asa Larsson por abrir las puertas de un tipo de novela negra que me fascina.

Libros publicados por el autor hasta la fecha.

TRILOGÍA DE ALFIL: (Novela negra)

Tres novelas autoconclusivas que podrás leer en el orden que desees. Su nexo de unión es el protagonista, en este caso el asesino, viviendo los tres episodios más importantes de su vida. Cada novela posee una trama y un subgénero diferentes. La primera (Alfil negro) es una novela negra de asesinatos en serie. La segunda (Alfil blanco) es una doble precuela que explica los orígenes del protagonista, a modo de aventuras, intriga y romance. La tercera (Alfil rojo) es una novela de espionaje que retoma la historia unos meses tras el fin de la primera novela.

No se trata de descubrir al asesino. En estas novelas intentarás descubrir los motivos de sus acciones, a la vez que te sumerges en las aventuras, persecuciones y suspense de averiguar si sale victorioso o es atrapado.

BLOODY MARY: 11 Relatos de horror y violencia.

¿Duermes bien por las noches? Eso es porque no hay fantasmas en tu mente, o que no les has permitido entrar aún.

Imagina la tortura de una hermana que llora por quien no pudo salvar de las tinieblas, pero le queda la venganza. Imagina el deseo de un asesino a sueldo que ansía dejar de matar pero no puede cuando se le plantea el caso más interesante y beneficioso de su vida. Imagina la libido de un violador y asesino que disfruta, en primera persona, de castigar a los niños que captura en su garaje. Y así hasta once relatos escalofriantes.

Un día te levantas y te encuentras en medio de una historia de esas que solo ocurren en las películas o en los sucesos de los informativos. Uno de esos relatos enfermizos del maestro Stephen King. Todo puede suceder, todos somos vulnerables de protagonizar el suceso más espeluznante de la década, solo nos falta ese último empujón... En este libro tendréis once relatos medios de unas 9000 palabras cada uno, escritos y recopilados en la primera entrega de relatos sangrientos del autor. Todos con una temática completamente original. Sumérgete en la densa atmósfera y el ritmo acelerado que te provocarán todas estas historias.

EL OTRO LADO DEL RETRATO: Ivette nunca pensó que viajar a París para buscar respuestas acabaría por sumergirla en la mayor aventura de su vida. Inmersa en una búsqueda frenética para superar las pruebas de acceso

en una sociedad secreta mientras huye de una banda de criminales, tendrá que elegir entre sus sentimientos o la razón; entre naufragar ante sus deseos o dejar atrás la magia que ha envuelto el último mes de su vida.

El Retrato de Dorian Gray (Oscar Wilde) es el punto de partida de esta ofrenda que el autor hace a la fantástica novela del dramaturgo irlandés. Un homenaje y secuela no oficial que pretende sumergir al lector en una historia llena de aventuras, fantasía, magia, amor, sociedades secretas y un viaje inolvidable por el París de Baudelaire.

Viaja por la capital francesa a través de sus rincones más secretos y acompaña a Ivette por los monumentos y escenarios más emblemáticos de la bella Ciudad de la Luz. Conviértete en testigo de una fascinante historia escrita en París y que formará parte de ti para siempre.

HERENCIA DE CENIZAS: Novela dickensiana, ambientada en Inglaterra durante la época victoriana.

Newhaven (Inglaterra), 1867. La joven Elizabeth Heep parece divagar entre los sueños y recuerdos de una vida plena de agrídulces acontecimientos, cuando, en realidad, esta narrando a alguien muy especial los hechos que la han llevado a sufrir tan dramático destino. Comienza la historia con sus primeros recuerdos en una niñez apacible en Kingston, rodeada de amigas en el colegio y de sus crueles hermanas, para, tras sufrir un inesperado revés familiar, verse obligada a trabajar desde los diez años como ayudante de doncella en una mansión de un pueblo cercano. La vida no fue especialmente grata ni fácil para la joven Lizzie, que tuvo que aprender la parte amarga de las decepciones, las mentiras y el duro trabajo de sol a sol.

Novela actual con temática y estructura victoriana y homenaje especial a la figura de Charles Dickens y su maravillosa obra. Sumérgete magistralmente en una Inglaterra en plena expansión industrial, con la terrible e injusta lucha social que se vivía por todo el mundo, y acompaña a Lizzie a lo largo de las etapas de su vida.

WANDA Y EL ROBO DEL CRISTAL: Narrativa juvenil (fantasía y aventuras)

Hace milenios que el Cristal de Arkhul se quebró en cinco pedazos. El egoísmo y ambición del rey Sartan por reunir los trozos y recuperar su poder se verán frenados por la valentía de la joven Wanda, una simple terran que se enfrentará a toda la cruel raza Frogg para salvar a su reino.

Wanda arriesgará la vida en una peligrosa travesía por el mar inexplorado. Un viaje fantástico por la Tierra Conocida en busca de aliados para frenar la invasión de los sanguinarios Frogg.

Y desde Renzar, una pequeña y humilde aldea en el sur de la Región de Silian, el joven Pek tendrá que organizar las defensas de todo su reino, mientras espera a la chica que robó su corazón y partió en un viaje desesperado y suicida. ¿Conseguirá Renzar contener la invasión hasta la llegada de la chica?

Sumérgete en la primera aventura de la valiente, traviesa y divertida Wanda. Un mundo de fantasía como nunca has visto, sin orcos, elfos, enanos, trasgos, etc. Completamente original y protagonizado, por primera vez, por una fantástica heroína.

ANATOMÍA DE UN SUICIDIO: Relato largo (75 páginas) Auto-ayuda con clave de humor ácido y satírico.

Conoceréis con todo lujo de detalles lo que acontece durante y después de un suicidio. Basado en un hecho real, os mostrará la poca importancia que tiene vuestro mundo y lo que os rodea, en comparación con el maravilloso don de la vida que poseéis. Un relato de autoayuda narrado en tono ácido y satírico sobre la importancia de vivir y de quererse a uno mismo.

No podrás evitar reír con las declaraciones de los testigos de la muerte de la protagonista, como lo son la sangre que sale de sus venas, el piso en el que vive, los gusanos que dan buena cuenta de su cadáver o la hoja de afeitar que sirvió para tal fin. Regálalo a quien te importe o a quien desees demostrar que es valioso para ti.